



EL CORAZÓN
DE UNA
CAMPBELL

EDITH STEWART



El corazón de una Campbell

Edith Stewart



Primera edición en ebook: Marzo, 2020

Título Original: El corazón de una Campbell

© Edith Stewart

© Editorial Romantic Ediciones

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Olalla Pons - Oindiedesign

ISBN: 978-84-17474-62-1

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Prólogo

*Escocia, 1745.
Páramo de Culloden.*

Cuando el humo producido por los disparos de los cañones y los mosquetes se disipó, Colin tuvo una primera visión del lugar en el que se encontraba. Agazapado entre cuerpos sin vida de soldados ingleses y jacobitas, contuvo la respiración unos instantes.

Los casacas rojas del rey Jorge se aseguraban de que todo aquel que sufría por las heridas, dejara de hacerlo de inmediato, a golpe de bayoneta o espada. No había piedad para los moribundos. Colin tragó y apretó los dientes para reprimir el dolor lacerante que le producía la herida en su costado. No debía ser demasiado grave puesto que todavía respiraba, se dijo intentando sonreír pese al escozor. Recordó a un oficial de dragones a caballo dirigiéndose hacia él, espada en mano dispuesto a descargar el golpe. Se había defendido con su *claymore*, pero el ímpetu del golpe lo había dejado tirado en el suelo. Gracias a Dios que al oficial no se le había ocurrido desmontar para rematarlo. De lo contrario ya no estaría respirando y recordando la escena. El corte no le había impedido incorporarse y proseguir la lucha enviando al infierno unos pocos ingleses más, antes de desmayarse por el agotamiento.

Escuchaba las voces de los soldados, sus risas y sus pisadas en la tierra regada con sangre británica. Era curioso que ingleses y escoceses se hubieran batido en el páramo de Culloden y que su sangre lo regara entremezclándose. Lo mismo podía decir de los cuerpos sin vida. Cerró los ojos y contuvo la respiración cuando una pareja de soldados pasó cerca de él sin prestarle atención. Controlar sus movimientos por el rabillo y cuando se cercioró de que se habían alejado respiró aliviado. Le habían dado por muerto. Esperaría a la noche para moverse y abandonar aquel lugar, donde la muerte campaba a sus anchas.

La luna quedó oculta tras un denso banco de nubes que le facilitaban la huida. Colin se arrastraba por el suelo por temor a que si se levantaba alguien pudiera verlo y acabar con él. Serpenteó entre los cuerpos de los caídos en la batalla hasta lograr alejarse un poco de allí. Se dejó caer por un terraplén mientras se mordía el labio para no chillar por el dolor en su costado. Jadeó con esfuerzo cuando se incorporó y caminó encorvado durante un tiempo. No sabía con exactitud dónde estaba. Lo único seguro era que debía alejarse cuanto antes de allí. Más tarde, con el amanecer intentaría tener una mejor visión del lugar. Para su fortuna, las voces de los soldados habían dejado de escucharse hacia rato, lo que le indicaba que el campamento inglés quedaba algo apartado de su posición. Y que las patrullas se habían alejado del campo de batalla. Notó la humedad del agua bajo sus pies y sus manos. Un arroyo. Bebió un poco para calmar la sed y se refrescó para despejarse. Debía seguir avanzando sin mirar atrás. El temor a toparse con casacas rojas lo obligaba a no detenerse.

Con la luz del nuevo día percibió la silueta recortada de un edificio. ¿Una casa? se preguntó entre el velo del sueño y del cansancio. Pensó en llegar a esta lo más rápido sin importarle quién pudiera vivir allí. Solo necesitaba descansar unas horas, lavar su herida y comer algo. Luego, seguiría su camino hacia algún lugar apartado de aquella barbarie de la que había sido testigo.

Llegó hasta las inmediaciones de unos de los edificios no sin gran esfuerzo. No había nadie a la vista y empujó la puerta de lo que parecía ser una cuadra, por los caballos que vio. Sin apenas fuerzas se dejó caer sobre la paja y jadeó antes de cerrar los ojos y permitir que la oscuridad lo abrazase de manera cálida y tierna al igual que una amante.

1

Brenna contemplaba la bruma elevándose de manera lenta con los primeros rayos del sol como cada mañana. Permanecía con la mirada fija en el paisaje exterior. La vasta inmensidad de las tierras de Moray, que abarcaban gran parte de las Tierras Altas Por desgracia, cerca de allí se había desarrollado el último encuentro entre las tropas inglesas al mando del duque de Cumberland, y los seguidores del último Estuardo. Durante los últimos días no habían dejado de llegar noticias al castillo residencia de Cawdor relacionadas con la batalla. Lo último que se sabía era que el príncipe Carlos Estuardo había huido a Francia junto con sus más cercanos seguidores. Brenna esbozó una sonrisa amarga al pensar en este hecho. ¿Cómo diablos se atrevía a venir a Escocia a reclamar un trono y a huir como un vulgar cobarde? Se había preguntado nada más conocer esa noticia.

Los incesantes golpes en la puerta de su habitación interrumpieron sus pensamientos. Se volvió desde el gran ventanal y fijó la atención en esta.

—Adelante —ordenó con autoridad al mismo tiempo que se recogía el cabello con una cinta.

—Mi señora... —Un hombre de barba rojiza y poblada entró haciendo una ligera reverencia.

A ojos de ella le pareció preocupado.

—¿Qué sucede, Malcom? ¿A qué viene ese semblante? Pareces preocupado por algo.

—Hay un hombre herido en las caballerizas —dijo señalando con el brazo algún punto a su espalda.

Brenna frunció el ceño sin entender muy bien qué había querido decir su más fiel sirviente.

—¿Un hombre herido?

—Sí. Cuando el pequeño Fraser ha ido a ver al potrillo... Lo ha visto tirado sobre la paja. Ha venido a buscarme y me ha llevado a verlo.

—¿Y? —Brenna arqueó sus cejas con expectación y curiosidad.

—Que es cierto mi señora. Hay un hombre herido.

—Vamos —le ordenó sin demora saliendo de su habitación seguida por el tal Malcom.

Algunos curiosos se habían reunido en las cercanías de las caballerizas. La noticia había corrido como la pólvora por Cawdor. Cuando Brenna y Malcom llegaron el pequeño Fraser los aguardaba impacientes.

—Está ahí —dijo señalando al interior.

—Veamos.

—Esperad. Puede ser peligroso —le advirtió Malcom sujetando a su señora e impidiendo que avanzara.

Ella se volvió con una mirada que rayaba la frialdad. Sonrió irónica ante el gesto de este.

—No creo que represente mucho peligro si como bien decís, está herido. No obstante acompañadme por lo que pudiera suceder.

La sonrisa de ella se volvió risueña y cálida antes de entrar en la cuadra seguida del pequeño pelirrojo y de Malcom.

Sobre un lecho de paja teñida de carmesí descansaba un hombre. Brenna se fijó en como una de sus manos parecía taparse la herida. Se acercó más a él para comprobar que respiraba lo que alertó a Malcom.

—Tened cuidado. Podría tratarse de una artimaña para apresaros.

—Tiene fiebre —aseguró posando su mano sobre la frente del desconocido—. Deberíamos llevarlo dentro. Di a algunos hombres que entren a echar una mano. Y tú, Fraser, habla con la señorita Amy y con Audrey para que lo preparen todo. Hay que lavar esa herida.

—¿Dónde pensáis alojarlo? —preguntó el viejo Malcom sorprendido por el cariz que estaba tomando la situación.

—Mi habitación servirá por ahora.

—Pero...

—Vamos, apresúrate en llamar a algunos hombres —le urgió mientras se subía las mangas de su camisa para ponerse a la faena.

Una vez a solas, Brenna volvió la atención hacia el extraño. Sus ropas estaban sucias. La camisa era de cualquier color menos blanca y presentaba un desgarró en una de sus mangas. El *kilt* estaba deslustrado por el barro y la sangre. A simple vista era un combatiente, que habría llegado hasta allí procedente del páramo de Culloden. El rostro estaba tiznado de pólvora, barro y lo que parecía sangre seca. El cabello enmarañado y pegado a la cabeza. Escuchó un gemido y ella no pudo si no acercarse por si decía algo.

—Mi señora, ya estamos aquí.

Brenna se apartó a duras penas del desconocido. Era como si no hubiera escuchado llegar a sus hombres. Dejó que estos lo cargaran en sus brazos.

—Tened cuidado. Está malherido —les advirtió cuando lo escuchó gemir una segunda vez.

Camino de la entrada, Brenna se topó con su hermana pequeña, Amy.

—¿Qué sucede? Fraser ha dicho que había un hombre herido en las cuadras.

—Así es.

—¿Quién es? ¿Alguien que conocemos?

—No... No lo sé por ahora. Parece un combatiente de Culloden. Tiene una herida en el costado. Es lo poco que puedo decirte... y que parece seguir vivo. Llévalo a mi habitación. Audrey, tú y mi hermana preparad agua y trozos de tela limpia para lavar la herida. E hilo y aguja para suturarla.

—Sí, mi señora —dijo la primera que al momento se dispuso a ello.

—¿Y si es un jacobita? ¿Te has parado a pensarlo por un segundo? —le preguntó Amy sembrando ciertas dudas en la mente de su hermana.

—No, no me he parado a pensarlo. Solo pienso en salvarle la vida... si es que todavía estamos a tiempo de hacer algo por él.

Brenna se dirigió presurosa hacia la entrada de Cawdor, el castillo que los Campbell poseían en aquella región de Moray mientras su hermana pequeña la contemplaba y sacudía la cabeza.

—¿La has escuchado? Podría tratarse de un jacobita y ella solo piensa en salvarle la vida —dijo mirando a Audrey, que pasaba a su lado con una palangana llena de agua y algunos trapos colgados de su antebrazo.

—No se lo echéis en cara. Cualquiera de nosotros habría actuado de igual forma.

Amy resopló y siguió a la sirvienta hasta la habitación de su hermana mayor.

Los hombres dejaron al herido sobre la cama y se apartaron al ver llegar a su señora seguida de Audrey y de Amy.

—Pasadme una daga. Hay que cortar la ropa —ordenó Brenna tomando la que Malcom le tendía y al momento se dispuso a despojar de los harapos al herido.

Este se movió inquieto mientras ella le quitaba los restos de camisa.

—Quemadla toda.

—Mi señora, ¿no pretenderéis dejarlo desnudo? —preguntó Audrey contemplando a su señora con un gesto de asombro.

—¿Por qué no? Sus ropas son un nido de infección que no necesita. No te preocupes. No voy a asustarme por verlo desnudo. ¿Olvidas que ya vi a mi difunto marido cuando me casé? —le recordó sin apartar la mirada de su tarea y que no era otra que despojar del *kilt* al extraño—. Amy, podrías echarme una mano en vez de quedarte mirándolo.

—Sí, será lo mejor.

—¿Conocéis el color de este tartán? —preguntó Malcom cuando se lo arrebató a su señora de las

manos.

—¿Debería? —preguntó arqueando una ceja con suspicacia y curiosidad.

—Es un McGregor. Un defensor de la casa real de los Estuardo —le informó con un tono frío y áspero.

—Un jacobita —resumió Amy—. Estaba en lo cierto, pues. ¿Vas a permitir que se quede?

—Está herido. Nuestro padre nos enseñó a no rechazar a nadie que estuviera en la misma situación que este hombre. Sea del clan que sea —le dejó claro mirando a su hermana con intención de dejar las cosas claras—. Por el momento se quedará en Cawdor hasta que se valga por él mismo. Luego, podrá marcharse donde quiera. Dame un paño con agua, Audrey.

La sirvienta mojó uno y se lo tendió a su señora que al momento lo aplicó sobre la herida. Debía limpiarla bien para ver hasta dónde llegaba. En varias ocasiones se detuvo fijando su atención en el extraño que se agitó, tal vez por el frío del agua; o tal vez por la presión que ella ejercía sobre la herida. Por eso, ella esperó unos segundos antes de proseguir.

Brenna mantuvo la vista fija en el rostro del desconocido y un pensamiento la asaltó en relación a su procedencia. Era un seguidor de los Estuardo. Un jacobita. Un enemigo de la corona. Se mordió el labio y frunció el ceño. A tenor del color de su tartán, él estaba en peligro. Y ella y todos los habitantes de Cawdor también por dar cobijo a alguien contrario al rey Jorge.

—La herida no parece muy profunda —aseguró Malcom acercándose hasta la cama e inclinándose sobre esta—. Un corte hecho con un sable o incluso una bayoneta. Lo cierto es que ha perdido mucha sangre si ha venido caminando desde Culloden —le aseguró levantando la mirada hacia su señora con las cejas elevadas.

—Culloden...—murmuró Amy detrás de ellos.

—Sin duda que se trata de un combatiente.

Brenna cogió aire antes de responder a aquellas afirmaciones tan rotundas y tan peligrosas para aquella casa.

—Está bien. No importa quién sea. Debemos procurarle los cuidados necesarios. Y eso significa cerrar la herida lo antes posible. Trae aguja e hilo, Audrey.

—¿Pensáis hacerlo vos? —preguntó está sobresaltada con aquella determinación de su señora.

—¿Quién va a hacerlo pues? ¿No pretenderéis cabalgar hasta Inverness a buscar al doctor? Apuesto a que tendrá trabajo con los heridos que le lleguen. Y, por otro lado, no quiero que nadie lo vea.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo a que puedan reconocerlo o a que puedan acabar con él? ¿Es eso? —quiso saber Amy mirando a su hermana sin entender todavía a qué diablos estaba jugando.

—Sí. No pretendo que lo ejecuten como a una alimaña. Le daremos la oportunidad de marcharse cuando esté repuesto de la herida.

Brenna se levantó de la cama para encararse con los allí presentes y dejar clara su postura.

—Cometes un grave error, hermana. Si los seguidores del rey lo descubren no solo lo matarán, sino que el clan Campbell será acusado de traición a la corona. Piénsalo —le recordó mirando a Brenna con una mezcla de preocupación y e incomprensión por sus actos.

—Soy consciente de lo que puede llegar a suceder. Pero por ese mismo motivo os pido discreción. Y ahora dejemos las disputas y pongámonos manos a la obra. Le estamos haciendo perder un tiempo precioso —dijo señalando al herido.

Todos parecieron asentir y mostrarse de acuerdo. Ninguno dijo nada más y Brenna procedió a suturar la herida.

La joven señora se mantenía centrada en todo momento sin importarle que la sangre del desconocido manchara sus ropas, y su propia piel. Respiró aliviada cuando arrojó el trapo sobre la palangana cuya agua se había teñido de rojo por la sangre.

—Creo que no podemos hacer más por ahora. Solo esperar las próximas horas a ver cómo reacciona.

—Es un hombre de aspecto fuerte —aseguró Malcom—. Saldrá de esta. No os preocupéis.

—Será mejor que salgamos de aquí y lo dejemos descansar —Brenna se quedó contemplándolo una última vez antes de abandonar la habitación seguida por los demás.

El día había comenzado bastante agitado y nadie podía asegurar qué sucedería a continuación.

—Nadie tiene que saber que él está aquí. Y si llegado el caso se supiera, diremos que es un pariente —les dejó claro Brenna mirando a sus acompañantes—. Eso será lo que diréis si alguien del clan os pregunta.

—Espero que todo salga bien porque de lo contrario acabaremos en la horca por un capricho tuyo —le espetó Amy caminando hacia la salida de la casa.

Brenna la miró con el ceño fruncido y los labios apretados en claro síntoma de preocupación. A su lado el viejo Malcom se limitaba a asentir.

—No os preocupéis por ella. Vuestra hermana es de la que gusta ladrar, pero no muerde. Está resentida con toda esta situación de la guerra. La pérdida de vuestros padres, vuestro hermano Archie...

Brenna entrecerró los ojos cuando escuchó aquel nombre.

—Lo sé, pero debe sobreponerse a esas pérdidas por el bien suyo y de los demás.

—No es sencillo para alguien tan joven como ella. ¿Qué pensáis hacer con él? —preguntó haciendo un gesto con la cabeza hacia la habitación de ella.

Brenna resopló con las manos sobre las caderas y la mirada fija en su hombre de confianza. Luego, caminó hacia el amplio salón del castillo de Cawdor haciendo que él la siguiera.

—Ya lo he dicho. De momento procurar que se reponga de su herida. Luego él mismo podrá decidir —aseguró volviéndose hacia Malcom con los brazos extendidos a los costados y las palmas de sus manos hacia él como si ella exigiera una explicación.

—¿Decidir? ¿Estáis pensando que tal vez él quisiera quedarse? ¿Aquí, en Cawdor? ¿En las tierras de Moray? ¿Con el clan Campbell?

La mirada y el tono de desconcierto y de sorpresa de Malcom sorprendieron a Brenna.

—¿Por qué no?

—Porque los Campbell siempre se han puesto de parte de la corona inglesa. No creo que a un McGregor le haga mucha gracia estar en tierras enemigas. Su clan apoyó al príncipe Estuardo.

—Lo sé. Soy consciente de que una parte de los clanes de Escocia se inclinaron por apoyar al joven Pretendiente.

—Y les ha salido caro —asintió Malcom cruzando sus brazos sobre su denso pecho y mirando a su señora con determinación—. No olvidéis la derrota que han sufrido.

—No, no la olvido. Es cierto que los Estuardo han traído la destrucción a la nación con su romántica idea de recuperar el trono —resumió ella enrabiada por este hecho.

—Solo os pongo sobre aviso de lo que puede suceder cuando el herido recupere la consciencia.

—Primero deberá hacerlo.

—Es fuerte. Como vos. —Brenna levantó la mirada hacia Malcom y lo contempló extrañada por ese comentario. E incluso se permitió sonreír, aunque fuese de manera irónica—. ¿Por qué demonios me miráis de esa forma?

—¿Cómo?

—Como si os acabara de insultar por lo que he dicho.

—Me ha chocado que digas que soy fuerte. Solo eso.

—¿Acaso he dicho algo que no es cierto? ¿Quién lleva las riendas de Cawdor desde que toda esta locura de rebelión, que por suerte ha concluido, comenzó? ¿Quién se ha hecho fuerte sino vos?

—Me adulas demasiado —sonrió ella sintiendo el sonrojo en su rostro.

—Es la verdad. Vos os pusisteis al frente de la casa y las posesiones de la familia cuando llegaron las noticias de que vuestro padre y vuestro esposo habían caído en una escaramuza. Debí dejarme ir con él —masculló Malcom apretando los dientes y cerrando sus manos en puños como si fuera a

descargarlos contra algo o alguien.

—No quedó más remedio ya que Amy y yo nos quedábamos solas. Y mi padre te pidió que te quedaras para protegernos. No podías rebatir su orden. Era el jefe del clan.

—Lo sé. Tenéis su genio y su determinación. Y la belleza de vuestra madre, Brenna. Lástima que ella no esté aquí en este momento.

Los ojos de la muchacha se tornaron vidriosos al escuchar a Malcom referirse a ella. Su madre había fallecido a los pocos días de dar a luz a Amy. Audrey había ocupado su puesto en la educación ya que su padre estaba casi todo el tiempo ausente por negocios hasta que la rebelión estalló y hubo de partir al frente de los hombres de su clan.

—Ya no podemos lamentarnos del pasado. Debemos mirar hacia el futuro.

El sonido de voces procedentes del patio del castillo llamó la atención de Brenna y de Malcom.

—Hay mucho alboroto. Veamos qué sucede —ordenó ella cogiendo su falda entre los dedos para levantarla del suelo y caminar más rápido.

Amy se dirigía hacia ellos con cara de pocos amigos.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene esa cara? —preguntó Brenna a su hermana.

—Soldados del rey Jorge. Y algunos milicianos de otros clanes leales al mismo. Te advertí que tendríamos problemas —Amy entornó la mirada con preocupación.

—Los Campbell siempre hemos sido leales a la corona británica. No hay motivo para alarmarse. Quédate a mi lado, si lo prefieres. Iremos a ver qué quieren. Malcom ven conmigo.

Brenna inspiró hondo en un intento por alejar sus temores. Ciertamente que los Campbell habían apoyado al rey Jorge con hombres, y hasta ese momento este hecho no había supuesto ningún problema para el clan. Pero con la presencia del McGregor en la casa uno nunca podía confiarse.

—¿Habéis quemado su *kill*? —preguntó ella mirando de reojo a Malcom.

—Audrey se encargó de hacerlo.

—Bien. Vayamos a ver qué desean los soldados del rey.

Un ligero temblor le recorrió la espalda erizándole el vello de la nuca. Hacía mucho tiempo que no sentía algo así. Y todo por dar cobijo a un McGregor en su casa.

Brenna se acercó al capitán que mandaba aquel grupo de soldados, y que conocía de otras ocasiones: Thomas Fullarton. Y también era consciente del interés que había despertado en este cuando se enteró de que estaba soltera. No había fiesta o reunión social cerca o en la propia Inverness para que ella, como jefa del clan, no recibiera una invitación. Pero a pesar de estas insinuaciones y atenciones por parte del capitán, ella se mantenía firme en su decisión de no casarse; aunque era algo que nadie sabía.

—Buenos días, capitán —saludó mostrando una de sus mejores sonrisas.

—Señorita Campbell —Thomas le dio un besamanos de cortesía al tiempo de colocaba su sombrero bajo el otro brazo. Luego, se irguió para poderla contemplar mejor, en todo su esplendor. Aquella muchacha era sin duda todo un reclamo para los hombres casaderos de la región. Emparentarse con el clan escocés más poderoso de toda Escocia cuyo patrimonio no tenía nada que envidiar a cualquier lord inglés, era toda una audacia. Una prueba que nadie había logrado superar. Al parecer ella se mostraba algo reticente a buscar esposo.

—¿A qué debo vuestra inesperada visita?

—Solo pasaba para informaros de que algunos rebeldes andan merodeando por los alrededores.

—¿Jacobitas? —ella arqueó una ceja y cruzó los brazos bajo sus pechos a modo de barrera infranqueable para él y para cualquiera.

—Sí. Seguidores del joven pretendiente Estuardo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Os importa que mis hombres descansen un poco? Llevamos casi toda la noche y la madrugada recorriendo estos parajes sin apenas descansar en busca de rebeldes.

—No hay inconveniente. Malcom se encargará de todo —dijo mirando a este, que permanecía a

su lado en todo momento.

—Claro —asintió lanzando una mirada de cierta incomprensión a su señora. ¿Por qué le daba la oportunidad al capitán de quedarse allí con un jacobita herido en una de las habitaciones de Cawdor? Entrecerró sus ojos y los fijó en la muchacha esperando que esta se aclarara. Pero hubo de darse por vencido al ver que no le prestaba atención.

—El capitán y yo tomaremos algo en el salón. Luego, encárgate de que todos estén en sus tareas. Que Audrey aproveche para arreglar mi habitación mientras yo estoy con el capitán —le pidió entornando su mirada con total convicción de que Malcom lo entendería.

—Se lo diré.

—Que sea *ella* la que lo haga porque es la única que sabe dónde colocar todas mis cosas. ¿Queda claro? —Brenna elevó sus cejas y asintió.

—Se hará como gustéis, mi señora.

—Supongo que es complicado llevar un lugar tan grande y espacioso como Cawdor —dedujo el capitán caminando hacia el interior del mismo al paso que marcaba Brenna.

—A todo se acostumbra una. Es cierto que de vez en cuando has de recordar a la gente qué hay que hacer o cómo hay que hacerlo. Pero por lo general la vida discurre bastante tranquila. Entremos.

Brenna lo condujo hasta el amplio salón cuyo suelo de madera estaba cubierto por una gran alfombra. Una mesa se disponía en el medio rodeada de media docena de sillas. Thomas paseó su mirada por la estancia siendo testigo de los buenos tiempos que corría el clan. No en vano, haber apoyado al rey Jorge desde el inicio de las rebeliones le había favorecido sin lugar a dudas.

—Veo que las cosas os marchan bien pese a la guerra —comentó él fijándose en cada detalle antes de fijar su mirada en Brenna.

—¿Por qué lo decís?

—Porque no se nota la falta de recursos en el castillo ni en los jardines. Me refiero a que la rebelión no ha pasado factura como a otros.

Brenna sonrió.

—Tal vez porque supimos mantenernos leales a la corona. De todas maneras, capitán, las pérdidas que el clan Campbell ha experimentado no han sido materiales, sino más bien humanas —Brenna deslizó el nudo que se formaba en su garganta cada vez que pensaba en ellos: en sus familiares caídos en dicha rebelión—. Y esas pérdidas no pueden reponerse.

—Lamento escucharos decirlo. Sé que perdisteis a vuestro padre y a vuestro esposo. De no haber sido por el Estuardo, esta nación sería próspera y viviría en paz.

—De no haber sido el príncipe Estuardo, el que reclamara el trono e iniciara una guerra, habrían sido otros. Inglaterra y Escocia siempre han estado enfrentados aun con un miembro de la familia Estuardo en el trono. Recordad a Carlos I y su enfrentamiento con el parlamento.

—Sí. Ambas naciones parecen no encontrar un camino para el entendimiento.

Brenna tomó su taza y bebió un poco de té que Audrey había llevado al salón, minutos antes.

—¿Puedo haceros una pregunta señorita Campbell?

—No creo que haya nada que os lo impida.

—¿No se os hace duro gobernar un clan como el vuestro sin la mano de un hombre a vuestro lado?

Brenna contuvo la respiración unos segundos. No apartó la mirada del capitán mientras pensaba en ello. Luego, de manera lenta, movió la cabeza.

—Llevo años siendo la dueña de Cawdor. Desde que mi padre falleció en la rebelión.

—Lo sé. Y lo lamento profundamente.

Brenna bajó la mirada por un instante para recomponerse y enfrentarse al capitán. Entendía muy bien el propósito de su pregunta porque ella había sido testigo de su interés en algún momento. Pero lo que menos le apetecía a ella como Campbell y como escocesa era unirse a un inglés de por vida. A un *sassenach*. Que su clan hubiera apoyado al rey Jorge en detrimento del príncipe Estuardo, no

significaba que su lealtad fuera en todos los ámbitos. Ella era una escocesa por encima de todo. Orgullosa del pasado de su país. De sus tradiciones. De su Historia.

—Deseo que ahora que todo ha terminado, el buen ambiente regresé y podamos vernos en alguna recepción más en Inverness.

Brenna permanecía perdida en sus pensamientos y no pareció prestar atención a aquel comentario. Solo cuando él entornó su mirada y la sostuvo fija, ella reaccionó.

—Disculpadme seguía pensando en las consecuencias de la esta cruenta guerra.

—Os decía que espero volver a veros en alguna fiesta en Inverness ahora que todo ha terminado.

—Sí, claro. Es probable.

—Y por otro lado quería reiteraros el motivo de mi visita. Tened cuidado con los jacobitas que han escapado de Culloden. Podrían representar un serio peligro. No me gustaría saber que os pudiera suceder algo.

Brenna sonrió de manera cínica y coqueta a la vez.

—Os preocupáis demasiado por mí, capitán.

—Llamadme Thomas. Nos conocemos desde hace bastante tiempo, Brenna.

—No os preocupéis. Hay gente suficiente en el castillo para salvaguardar mi integridad. Además, no creo que una partida de escoceses derrotados sea un peligro.

—Yo no me fiaría. Pueden ser renegados, violentos y peligrosos.

Ella inspiró hondo recordando al herido que dormía en su cama. De momento no le había parecido nada peligroso. ¿Cómo podía serlo con la herida que tenía en el costado y la cantidad de sangre que se suponía que había perdido? Ni si quiera estaba segura de que saliera adelante.

Audrey y Malcom permanecían encerrados en la habitación de su señora velando al herido.

—¿Cómo diablos se le ha ocurrido dejar que el capitán y los soldados se queden en el castillo?

La pregunta Malcom captó la atención de Audrey, quien se limitó a sacudir la cabeza sin comprenderlo.

—No lo sé. Esa muchacha parece tener la cabeza hueca en algunos momentos. Y este me parece uno de estos. Si al capitán le diera por... ¡Por San Andrés, que no se le ocurra o estaremos perdidos!

—Podrían colgarnos. O fusilarnos ya puestos por dar cobijo a un herido, a un rebelde —sentenció Malcom apoyado contra la cómoda con los brazos cruzados mirando al herido—. ¿Ha habido algún cambio?

—Ha movido la cabeza aquí y allá. Se ha quejado un poco, pero no ha dicho nada, ni ha abierto los ojos.

—Habría que esperar a que pasen las horas y ver cómo reacciona. Pero yo preferiría que el capitán y los soldados se largaran de Cawdor lo antes posible. Eso si que me preocupaba más que la salud de ese jacobita —Malcom hizo un gesto con el mentón hacia él—. ¿Habréis quemado todas sus ropas?

—Sí. No hay rastro de su kilt ni de sus pertenencias. Por eso no hay que preocuparse—. Audrey apretó los labios con gesto de preocupación mientras mantenía su atención en el hombre del clan McGregor.

—He de marcharme para continuar con la batida en busca de rebeldes. Ha sido un inmenso placer volver a veros, Brenna —Thomas le cogió la mano para dejar impresa la huella de su beso mientras ella no parecía inmutarse lo más mínimo—. Agradezco vuestra atención y espero veros pronto en otras circunstancias.

—Seguramente que así será.

Lo acompañó fuera de la casa deseando que se marchara cuanto antes. Estaba algo preocupada por el devenir de los acontecimientos. Quería saber qué tal estaba el McGregor y la presencia del capitán Thomas se lo estaba poniendo más difícil. Deberían extremar las precauciones con el nuevo visitante de Cawdor no fuera a ser que alguien lo viera y los delataran. Sabía que lo que hacía no era lo

correcto. No iba acorde a la corona, pero no iba a dejar morir a un hombre por una maldita lealtad, se dijo despidiéndose del capitán.

—Hasta pronto.

Ella no dijo nada más. Se limitó a asentir y contemplar como él y sus hombres abandonaban sus tierras. Esperaría un poco para no llamar la atención, no fuera a ser que se volviera. Cuando se aseguró de que se habían alejado lo suficiente, ella regresó al interior de la casa con una única intención y que no era otra que saber cómo estaba el herido, aunque no esperaba que hubiera ningún cambio por ahora.

Audrey se alteró cuando vio que la puerta de la habitación se abría. Temió lo peor, pero todo quedó en nada cuando su señora asomó su cabeza.

—¿Se ha marchado el capitán y los soldados? —preguntó Malcom

—Sí. He esperado a que salieran de nuestras tierras para venir a veros. ¿Cómo está? —Brenna se acercó hasta el borde de la cama y se quedó contemplando al herido.

—Se ha quejado en sueños. Creo que estaba recordando algún momento pasado —informó Audrey.

Brenna extendió su mano hacia el rostro de él y la dejó sobre su frente. Por suerte no parecía tener fiebre. Lo cual era un buen síntoma. Luego bajó su mirada hacia el vendaje en su costado y respiró algo más aliviada al ver que la herida no se había abierto. No había rastros de sangre.

—Os habéis expuesto en demasía ante el capitán —comentó Malcom echando un vistazo por la ventana de la habitación, sin querer centrarse en su señora.

—Lo sé. Pero haberlo echado de Cawdor sin más podría haber despertado sus sospechas.

—Los Campbell siempre hemos sido leales a la corona. No creo que nadie ponga en duda nuestra lealtad a Londres y al rey Jorge a estas alturas.

—Sin embargo, he preferido actuar de ese modo para que el capitán no recelara de nosotros. De haber mostrado un comportamiento diferente al de otras ocasiones, podría haber sospechado. Ya os lo he dicho —le rebatió ella molesta en modo alguno porque Malcom pusiera en duda su forma de actuar con el capitán inglés—. Ante todo, está él.

Brenna hizo un gesto con el mentón hacia la cama.

—Es un McGregor. Un simpatizante del joven príncipe Estuardo. Nos causará problemas —le resumió Malcom mirando a su señora con preocupación y con temor a que esto pudiera suceder.

—Es un escocés. Un hijo de esta tierra. Y no me importa el clan al que pertenezca. McGregor, Campbell, Murray o Stewart. Ni que haya combatido por la casa real de los Estuardo. No permitiré que muera como si fuera una alimaña. No en mis tierras —le dejó claro enfrentándose a él como lo haría con cualquier otro miembro de su clan.

Malcom resopló y relajó los hombros. Le debía lealtad a Brenna por se la única y legítima heredera del clan Campbell.

—Eso no lo discuto. Pero... —el aguerrido escocés sacudió la cabeza apretando los labios con preocupación—. Tendremos que ser cuidadoso con las visitas. Y más cuando despierte. Solo espero que no tome represalias contra vos.

—¿Por qué habría de hacerlo? ¡Le hemos salvado la vida! —Brenna frunció el ceño mirando a su hombre de confianza y extendió sus brazos con las palmas hacia arriba.

—Pero somos clanes enemigos.

—La guerra ha terminado, Malcom. Y los Estuardo han sido derrotados junto con sus partidarios. Y la verdad, no creo que le queden muchas ganas de iniciar una nueva rebelión. Ni tenga dónde ir. Y ahora sería mejor que siguiéramos esta conversación en otra parte y lo dejáramos descansar.

Malcom asintió sin decir nada. Caminó hacia la puerta y salió por esta mascullando en gaélico mientras su señora y Audrey, que había sido una simple espectadora quedaban con el herido.

—¿Crees que hago mal?

La pregunta de su señora sorprendió a Audrey. Movi6 sus cejas e inspiró hondo antes de

responder.

—No, mi señora.

—No quiero que me des la razón porque tienes que dármele dado mi posición en esta casa.

—No lo hago, Brenna. No podíamos dejarlo desangrándose en la cuadra solo porque el color de su tartán sea distinto al nuestro.

—Agradezco tus palabras. Soy consciente de los riesgos que corremos al alojarlo aquí, pero siempre podemos decir que es uno de los nuestros que ha regresado del frente. Con esa explicación se terminarían las sospechas.

—¿Creéis que saldrá adelante?

Brenna fijó su mirada en el rostro de él.

—Sí. Sin duda que lo hará —se quedó perdida en su imagen ajena a la mirada de Audrey en ella.

—Deberíais ir a dar un paseo por las tierras y asegurarnos que la gente está en sus tareas. Yo me quedaré un rato más con él por si despertara.

Brenna pareció no haberla escuchado porque siguió al lado de la cama con la atención fija en él. Sintió una mezcla de lástima por la situación que atravesaba. Y cierta ternura por verlo tan indefenso. Esbozó una tímida sonrisa.

—Avísame si hay algún cambio. ¿Querrás?

Audrey percibió cierto anhelo y esperanza en la pregunta de su señora.

—Lo haré. Quedaos tranquila. Id a hablar con Amy. También necesita una aclaración de la situación.

Brenna puso sus ojos en blanco cuando escuchó a Audrey referirse a su hermana pequeña. Caminó hacia la puerta para marcharse, pero ante de cruzar el umbral se volvió para echar un último vistazo a la cama y a su inquilino.

Abandonó Cawdor cuando el tibio sol de la mañana estaba en lo más alto. Hacía un ligero viento que agitó contra su rostro algunos de los mechones que llevaba sueltos. Durante unos segundos permaneció en la puerta de la casa contemplando los jardines y más allá. Dejó que su mirada se perdiera en el camino que el capitán y sus soldados habían emprendido para dar caza a los jacobitas huidos de la masacre de Culloden. Ella no iba a contribuir a esa cacería. Por ese motivo escondería al McGregor hasta que se repusiera y pudiera valerse por él solo para marcharse a sus tierras con su gente.

2

La noche caía sobre el castillo de Cawdor. La gente se había recogido hacía tiempo en el interior de este. Brenna contemplaba el fuego en el hogar del salón sentada en su silla. Ajena a todos los cuchicheos que se producían a su espalda. Permanecía absorta y relajada con la mente en blanco hasta que la voz de Malcom la sacó de su estado.

—Ya sé que no me incumbe preguntároslo, pero... ¿dónde pasaréis la noche?

—En mi habitación —le respondió con total naturalidad ella sin apartar la mirada del fuego.

Malcom frunció el ceño y carraspeó al escucharla.

—¿En vuestra habitación?

Ella volvió la mirada hacia el rudo montañés y lo contempló con extrañeza. No entendía a qué venía aquella pregunta.

—¿Dónde si no?

—Pero... el McGregor ocupa vuestra cama —le susurró para que nadie escuchara el apellido del hombre que había aparecido esa mañana en las cuadras.

—Lo sé. Y no pienso echarlo de esta.

—¿Y dónde vais a dormir?

—Apilaré unas mantas en el suelo —le respondió resuelta, sin concederle demasiada importancia a este hecho—. ¿A qué viene este interrogatorio? —contempló a Malcom con una ceja elevada y una media sonrisa irónica.

—No creo que debáis...

—¿Por qué? ¿Acaso pensáis que va a despertarse y me va hacer algo? En el caso de que abriera los ojos y recuperara la consciencia no creo que tenga fuerzas suficientes para hacer nada salvo descansar. De manera que quedaos tranquilo —le aseguró palmeándole en el antebrazo con una sonrisa divertida por la ocurrencia de él.

—Bueno, pensaba que otra persona pasaría la noche con él. Y que vos dormiríais en otra habitación.

—No. Yo he decidido que se quede en la mía y no voy a obligar a nadie a pasar la noche velando al herido. Además, está dormido. No creo que despierte hasta... mañana. Por ejemplo.

—Si es vuestro deseo...

—Lo es. De manera que ya puedes irte quitando de la cabeza la idea de que vaya a dormir en otro lugar —Brenna volvió la atención a las llamas que devoraban los leños y sacudió la cabeza.

No permitiría que ningún miembro del clan se encargara de velar al herido. Ella había tomado la decisión de que se quedara en su habitación en Cawdor. De manera que él era su responsabilidad como jefe del clan y señora del castillo.

La luz de las velas del candelabro iluminó el rostro de él permitiendo a Brenna contemplarlo con detenimiento a escasos pasos de la cama. Dormía relajado y su respiración hacía subir y bajar su pecho con un movimiento casi imperceptible. La venda no se había teñido de rojo lo que suponía que la herida no se había abierto. Dejó su mano sobre la frente de él para comprobar si tenía calor. En un gesto sin precedentes, ella le apartó algunos mechones de pelo. Sintió una inesperada punzada de ternura sin precedentes. Se fijó en los trazos de su rostro. En su pelo negro algo largo. En la incipiente barba que comenzaba a teñir su mentón. Se preguntó de qué color serían sus ojos. Cuál sería su nombre. Si tenía familia que lo echara de menos. Tal vez una esposa y unos hijos. O si por el contrario estaba solo. Infinidad de cuestiones y curiosidades que la entretuvieron unos minutos antes

de que dejar el candelabro sobre la cómoda. A continuación, se acercó al pequeño hogar con el que contaba la habitación y removió las ascuas para caldear más la habitación. Sabía que con la llegada de la madrugada el frío penetraba en los muros de Cawdor como una daga en la carne. Buscó algunas mantas en el armario y el arcón y las apiló en el suelo improvisando un lecho sobre el que recostarse. Antes de hacerlo, lanzó una última mirada al inquilino de su cama. No se movía. Solo su pecho subía y bajaba, lo que la tranquilizó. Al menos, seguía con vida.

Brenna dejó suelta su melena cobriza y hundió sus manos para ahuecarla. Después se despojó del chaleco y lo dejó sobre una silla. La falda siguió el mismo camino hasta quedarse con una sola camisola de hilo fino hasta el borde de sus rodillas. Apagó las velas del candelabro y se refugió bajo las mantas. La luz que se filtraba por la ventana trazaba una especie de sendero que moría a los pies de la cama. Y la que procedía de las llamas dotaba a la habitación de cierta calidez que contrastaba con la frialdad de la luna.

Permaneció despierta un rato pensando en su hermana. En lo que opinaba al respecto de la situación que se vivía en Cawdor. Después de tener una larga y productiva charla con ella, Amy parecía haberse quedado convencida de que no podían echarlo de Cawdor para que muriera en mitad de sus tierras. ¡No! Ella podía haberse decidido por apoyar al rey Jorge frente al joven Estuardo, pero eso no significaba que todos los clanes partidarios de este fueran sus enemigos. Ni que fuera a dejarlos morir por ese mismo motivo. Cada clan en Escocia había elegido su bando. Y ahora había vencedores y vencidos. Ganadores y perdedores, pero todos eran escoceses que habían buscado lo mejor para los suyos. Cerró los ojos y dejó que el sueño la acogiera entre sus brazos.

El dolor en el costado parecía haber remitido, al menos esa era la impresión que tenía. Sin embargo, prefería seguir en la postura actual que estaba. No estaba dormido del todo sino en un estado de duerme vela. Había escuchado ruidos y algunas voces algo lejanas. Tal vez lo había soñado después de todo. Había perdido la consciencia y la había recuperado en ese momento. De manera lenta comenzó a mover sus ojos y a parpadear tratando de acostumbrarse a la oscuridad reinante. ¿Estaba muerto? Sentía la rabia de no saberlo. Lo último que recordaba era haber caminado durante mucho tiempo hasta encontrar una casa. ¿Estaba allí? ¿Lo habrían ayudado sus habitantes? Poco a poco abrió los ojos que dejó fijos en el techo por encima de su cabeza. Todo le indicaba que estaba en una habitación, recostado en una cama. Pero, ¿cuánto tiempo llevaba en esta? Agudizó su oído para percibir cualquier sonido. El de la madera crujiendo al ser devorada por las llamas en el hogar. El viento golpeando contra la ventana... Todo eso indicaba que estaba vivo. Entreabrió los labios como si pretendiera decir algo, pero solo dejó escapar un gemido. Notaba los labios secos, agrietados; la lengua pastosa. Movié la cabeza hacia un lado y vio una gran ventana por la que se filtraba la luz del amanecer. Cerró los ojos y exhaló un nuevo suspiro. Sentía sed y hambre. Tenía el cuerpo todo dolorido. Y un escozor en su costado izquierdo. Pero no tenía ni idea de dónde estaba y las palabras no acudían a su garganta por ahora.

Brenna abrió los ojos cuando la luz del nuevo día le golpeó de plano en el rostro. Se removió bajo el amasijo de mantas y las apartó al momento. Se incorporó y estiró sus músculos algo agarrotados. Había pasado algo de frío pese a que dejó el hogar con algo de lumbre para que la habitación de mantuviera caldeada durante la madrugada. De repente se volvió hacia la cama pensando en que él seguiría durmiendo, pero cuál fue su sorpresa cuando lo encontró con el rostro vuelto hacia ella y una mirada de intriga en sus oscuros ojos.

Ella dio un respingo cuando percibió su mirada de curiosidad y de sorpresa. Estaba vestida tan solo con la camisola de hilo, y apostaba a que a la luz de la ventana él podría ver las formas de su cuerpo.

Él permanecía contemplándola sin decir nada porque era incapaz de hacerlo y porque no se ocurría nada. Aquella mujer había surgido de la nada. Vestida con una simple camisola de hilo a través de la que él había percibido su cuerpo de curvas generosas. Emitió un gemido y frunció el ceño cuando la vio dar un respingo y apartarse de la ventana. Había sido como una especie de aparición toda vestida de blanco con su melena cobriza cayendo sobre sus hombros y rozando sus generosos pechos.

Brenna se visitó a toda prisa y se recogió el pelo antes de acercarse a la cama. De repente se sintió nerviosa por el hecho de que él estuviera despierto. Pero también sintió la punzada de calor en su rostro y que no se debía al fuego del hogar que acababa de atizar. Era más bien por el hecho de haberse mostrado ante él vestida tan solo con su camisola de hilo. ¿Qué pensaría él de ella en ese momento?

—Estáis despierto —le dijo fijándose en su mirada.

—¿Quién... sois? —él quiso incorporarse para poderla contemplar mejor, pero al momento fue consciente de que estaba algo débil.

—Es mejor que descanséis.

—Podéis darme... agua.

Ella se volvió hacia la cómoda sobre la que había dejado una jarra y un vaso. Con este en la mano se acercó a él. Lo dejó en la mesita de noche para ayudarlo a incorporarse un poco. Se sintió extraña cuando deslizó un brazo por debajo del cuerpo de él para intentar que se sentara. No le resultó complicado porque él colaboró en todo momento.

Él se quedó contemplándola sin dejar de pensar en la primera impresión que ella le había dejado.

—¿Podéis sostener el vaso?

—No hay problema.

—Bien —se quedó junto a él por si las fuerzas no eran suficientes para sostenerlo y beber. Pero cuando vio cómo él se valía por sí mismo, ella se quedó más tranquila.

—Gracias. ¿Dónde estoy? ¿Y quién sois? —entornó su mirada con cautela hacia ella.

—Os encontramos herido en la cuadra ayer por la mañana.

—¿Desde entonces llevo durmiendo?

—Sí. Un día entero. ¿Cómo os encontráis?

—Débil. Con el cuerpo dolorido.

—Es lógico. Tenéis una herida en el costado —le dijo haciendo un gesto con la mano hacia esta.

Él bajó la mirada hacia el vendaje.

—Sí. Un recuerdo de un inglés en Culloden —le dijo con cierta amargura—. Pero, ¿quién sois?

Brenna se humedeció los labios y tragó dispuesta a responder a la pregunta cuando la puerta de la habitación se abrió de manera imprevista dejando paso a Audrey.

— ¡Por San Andrés! Está... —las palabras le fallaron cuando percibió la mirada de él fija en la suya.

—Despierto, Audrey. Ella se encarga de que todo en la casa esté en orden —le explicó Brenna con naturalidad mirándolo.

—Mucho gusto, señora.

Audrey se limitó a inclinar la cabeza de forma respetuosa.

—Mi señora, preparo algo para comer para él.

—Sí. ¿Os apetece comer algo?

Él se olvidó del hambre cuando la mirada clara de ella se clavó en él. Era una mujer... Se limitó a asentir sin decir nada más porque había escuchado a la tal Audrey dirigirse a ella como la señora. ¿Era la dueña de la casa? ¿Y su esposo? Porque él estaba convencido de que habría un señor en aquel lugar.

—Lo que haya. Cualquier cosa estará bien.

—Ya lo has oído. Pero mejor algo ligero en su estado —rectificó Brenna mirando a Audrey.

—Como digáis señora

Audrey salió de la habitación dejándolos solos para que siguieran hablando.

—Ella se ha referido a vos como la señora de la casa... —él entornó la mirada con cautela hacia ella. No pretendía ser descarado, ni quería faltarle al respeto. Por eso se mostró algo taciturno.

—Sí. Así es.

—¿Cómo os llamáis?

—Brenna. ¿Y vos?

—Colin.

—Mucho gusto —le dijo tratando de no fijarse en su torso desnudo surcado por cicatrices y moratones.

—¿Podrías devolverle mis ropas? De ese modo podré salir de la cama.

—Las quemamos. Estaban sucias y rotas. Eran un nido de infección —le respondió ante la lógica cara de estupor de él—. Os facilitaré ropa nueva. No os preocupéis por eso.

—Entiendo.

—Pero antes deberemos ver qué tal tenéis la herida —le aseguró acercándose hasta él dispuesta a retirarle el vendaje.

—¿Vos? —abrió los ojos alarmado por aquel gesto por parte de ella.

—¿Tenéis algún inconveniente? He sido yo la que os la ha curado y cerrado —ironizó ella deteniéndose justo al lado de la cama.

—Yo...

—¿Queréis que os eche una mano? —la voz de Malcom captó la atención de los dos.

Brenna se volvió hacia este con naturalidad, mientras Colin lo estudiaba. Un hombre rudo, fuerte que sin duda sería el esposo o el padre de ella.

—No me vendría mal. Os presento a Malcom —le dijo haciendo una señal hacia este.

No dijo nada. Solo se limitó a asentir a modo de saludo.

—Veo que os habéis despertado.

—Sí.

—¿Qué pretendéis hacer, señora?

—Echar un vistazo a la herida. Cambiar el vendaje.

Malcom asintió sin decir nada más.

—¿Queréis que llame a Audrey o a otra muchacha?

—No valdremos nosotros dos. Ah, y consigue algo de ropa para él.

—Lo haré.

Brenna deslizó sus manos sobre el vendaje. De una manera lenta y segura lo deshizo.

—Incorporaros un poco y apoyaros en Malcom mientras os lo retiro.

Colin hizo lo que le pedía mientras las manos de ella rozaban cada centímetro de piel hasta dejar a la vista el corte cerrado en su costado izquierdo. Se fijó en la costura.

—¿Os duele? —le preguntó observando como él sacudía la cabeza.

—No. De todas formas, he perdido la cuenta de las cicatrices que adornan mi cuerpo.

—Unas cuantas si tenéis —le dijo Malcom fijándose en su espalda, sus hombros y su pecho. Imaginaba que tendría alguna más en las piernas—. ¿Son recuerdos de la guerra?

Colin sostuvo la mirada de Malcom durante unos segundos. Fijarse en este le hacía olvidarse de Brenna y de sus caricias mientras le lavaba la herida con una gasa.

—Casi todas. Vos, ¿no habéis combatido?

Malcom sonrió al escuchar la pregunta y más cuando Brenna le dirigió una mirada.

—¿Creéis que mi cojera es porque me caí de un caballo? No se me nota demasiado, pero estuve a un paso de perder la pierna en la rebelión de hace treinta años, muchacho.

Colin frunció el ceño al escucharle hacer mención a la anterior rebelión de los Estuardo.

—¿Luchasteis en...?

—Estuve en Sheriffmuir, si es lo que queréis saber.

—Mi padre y mi tío lucharon en esa batalla.

—Total... ¿para qué? Para que el Estuardo se marchara a Francia dejando el país dividido —le dijo con resquemor y dejando la mirada perdida en el vacío.

—Entiendo vuestra frustración. ¿Y ahora? Supongo que no habréis combatido.

Malcom sonrió. Miró a Brenna que había terminado de lavar la herida y vendarla de nuevo.

—No. Yo no he podido ir. Pero el resto de los hombres del clan sí.

Colin entrecerró los ojos. La pregunta le quemaba la boca pese a la sequedad y a la debilidad que sentía. Quería saber si estaba entre amigos o enemigos del joven Pretendiente.

—¿De qué clan sois?

Colin no pudo evitar desviar su mirada hacia la mujer que parecía algo distraída; como si no quisiera prestar atención a la conversación.

El silencio comenzó a ser algo incómodo para los tres. Se limitaron a intercambiarse sus respectivas miradas. Brenna parecía esperar que algo sucediera o que Audrey o Amy se presentaran para no tener que responder. Pero, por otra parte, era algo inútil. Debería contarle la verdad.

—Estáis en el castillo de Cawdor —se anticipó Malcom al ver que su señora parecía dudar—. En las tierras de Moray. En las del clan Campbell, muchacho.

Colin mudó el color del rostro al escuchar aquellas palabras que parecieran ser una especie de sentencia para él. Abrió la boca para decir algo, pero Malcom se le anticipó.

—La mujer que tenéis ante vos es Brenna Campbell, dueña y señora de todo como legítima hija y heredera de su padre. Ah... Supongo que también conoceréis a Amy, la hermana pequeña —le dijo poniéndolo sobre aviso de lo que le esperaba.

Colin no supo cómo reaccionar ante aquella confesión. Desvió su atención de Malcom hacia ella. ¡Una Campbell le había salvado la vida! Su clan era leal defensor del rey Jorge de la casa de Hannover. Al mismo que él llevaba combatiendo años. Desde la llegada a Escocia del príncipe Estuardo para reclamar su trono.

—Podrías haberme dejado morir —le espetó con resquemor.

—Pero no lo hice —le dijo ella con un tono serio y frío sosteniéndole la mirada.

—Agradecedle no solo que os haya salvado la herida y os preste cuidados, sino que no os haya entregado ayer mismo a los soldados del rey —le aseguró haciendo un gesto con el mentón hacia Brenna.

—Ya es suficiente, Malcom. Ve a buscarle una camisa y un kilt —le interrumpió ella con un tono que dejaba claro quien mandaba en aquel lugar.

—Espero que no tengáis reparos en vestir el tartán de los Campbell —ironizó Malcom caminando fuera de la habitación—. Llamadme si me necesitáis, señora.

Los dos se limitaron a contemplarse de manera fija mientras lo demás parecía carecer de sentido alguno. Ella percibió cierto recelo en la mirada de él. Se había quedado inmóvil salvo por el leve parpadeo de sus ojos y su respiración. Al parecer no le hacía gracia estar en el territorio de los Campbell.

¿Debo agradeceros entonces todas estas atenciones y cuidados? —le preguntó mirando la habitación en la que se encontraba, así como el vendaje en su costado.

—Si creéis que tenéis que hacerlo —le dijo ella elevando sus cejas y encogiendo los hombros.

Él apretó los labios y asintió. Estaba confundido con todo lo que estaba sucediendo. No era algo que hubiera esperado vivir, la verdad.

—¿A qué se refería él con lo de que no me habéis delatado a los ingleses? ¿Han pasado por aquí? Brenna asintió.

—El capitán Fullarton y una patrulla de casacas rojas; así como varios hombres de clanes leales al rey Jorge. Me preguntaron si había visto a algún rebelde escapado de Culloden.

El silencio volvió a interponerse entre ellos. Brenna seguía centrada en terminar de vendar la

herida, ajena a la mirada de él.

—Estoy en deuda con vos por partida doble. —Ella levantó la mirada cuando lo escuchó y él sintió una ligera molestia en la herida. Sus ojos lo escrutaban con curiosidad. Claros, brillantes y hermosos para cualquier que se fijara en estos—. Pero, nuestros clanes han defendido a un monarca distinto.

—Cierto. Cada uno eligió un bando en su momento. Pero ello no implica que tengamos que matarnos entre nosotros. ¿No creéis? —Ella arqueó una ceja con suspicacia, cruzó los brazos sobre el pecho y esbozó una sonrisa cargada de ironía e intención.

—Supongo.

—La rebelión ha concluido. El joven pretendiente se ha marchado a Francia después de prender la mecha de la rebelión en su tierra.

—Vino a reclamar su derecho al trono.

—Como su padre hace treinta años. ¿Y de qué sirvió?

—Estáis resentida.

—Decepcionada, más bien. Hace treinta años los apoyaron a la corona porque no creían en la absurda idea de Jacobo, el padre del Joven Pretendiente, y en su plan para recuperar el trono. Hubo muchos clanes que sí lo hicieron. ¿Y cuál fue el resultado? —ella arqueó las cejas y abrió los ojos al máximo.

—Lo sé. Me lo han contado. Yo era un crío.

—Pues entonces estamos en la misma situación. Yo no había nacido. Pero con el paso de los años escuché a los supervivientes de la batalla de Sheriffmuir lamentar el tiempo y las vidas malgastadas para nada.

—¿Por ese motivo los Campbell decidieron apoyar al rey extranjero?

—Cada jefe debe velar por su clan. Y yo soy en este momento la responsable de la gente que habita en Cawdor —le dejó claro entrecerrando los ojos y fijando su atención de manera directa en él.

—Eso me incluye a mí.

—Exacto. Soy responsable de vos.

—¿Por qué os arriesgáis por mí? Si los casacas rojas me encuentran...

—Diremos que sois un Campbell. De ese modo no correréis ningún peligro —le aclaró con sentido del humor.

—Ni vos ni vuestra gente tampoco. Os recuerdo que podrían colgaros o fusilaros por traición al rey. Por dar cobijo a un rebelde.

Ella se envaró con orgullo ante él.

—Yo solo veo ante mí a un hombre herido. No sé a qué clan pertenece —le dejó claro elevando el mentón con orgullo.

—¿Qué habéis hecho con mis ropas?

—Quemarlas. Ya os lo dije.

Él sonrió convencido de que aquella atractiva mujer sabía muy bien lo que hacía en todo momento. No en vano era la máxima autoridad en aquel lugar.

—Veo que sabéis cuidar vuestras espaldas.

—Lo llevo haciendo desde que me quedé al frente del clan.

—En ese caso estoy a vuestra merced, mi señora. Disculpadme si no hago una reverencia, pero la herida me duele. ¿Qué tenéis pensado hacer conmigo? Me ha quedado claro que no vais a entregarme a los casacas rojas del rey Jorge.

—Podéis quedarnos en Cawdor el tiempo necesario hasta reponeros.

Él asintió convencido de que así sería. No iba a echarlo de allí como a una alimaña.

—¿Y después?

—Supongo que querréis volver a vuestras tierras, con vuestra familia, amigos... —Se detuvo

cuando lo contempló sacudir la cabeza en sentido negativo—. ¿No lo deseáis?

—No tengo hogar después de la guerra. Muchos de mis seguidores han fallecido. Me temo que no me queda nada por lo que luchar ya. Con el príncipe en Francia, los clanes leales a este seremos castigados de forma severa por alzarnos en armas contra el rey Jorge —le aseguró con un tono de lamento, bajando la mirada hacia sus manos llenas de cortes, ampollas y sangre enemiga que no podía verse pero que él sabía que estaba ahí.

—Os acabo de decir que podéis quedaros en Cawdor el tiempo que necesitéis. No tengo la más mínima intención de echaros. Para hacer eso, os habría dejado desangrando en las cuadras. O mejor, os habría entregado a la patrulla de soldados ingleses, ¿no? Podéis permanecer aquí como uno más. Solo os pediré máxima discreción por el momento. ¿Sabéis a lo que me refiero? —ella entornó la mirada con curiosidad.

—Lo sé. Descuidad. No pienso delataros, ni ser desagradecido después de lo que estáis haciendo por mí. Me mantendré al margen cuando haya presencia inglesa.

—Es por vuestro bien.

—Y por el vuestro. No me haría ninguna gracia veros apoyada contra una pared delante de una hilera de bayonetas.

El golpe seco en la puerta interrumpió la conversación. Pero no evitó que Brenna acusara la calidez del comentario de él.

—Vuestras ropas —dijo Malcom arrojando estas sobre la cama. Lanzó una mirada fugaz a su señora para ver qué semblante tenía y asintió con un gruñido antes de marcharse.

—Parece que no le caigo bien.

—Es lógico. Sois un McGregor. ¿Os veis con fuerzas para levantaros? ¿O preferís quedaros en la cama?

Él sonrió.

—Admito que esta es cómoda. ¿De quién es la habitación?

—Es la mía.

—Pero... —se sintió confuso al escucharla. Por ese motivo había dormido en el suelo. Todavía podía ver el amasijo de mantas sobre este—. Os he arrojado de vuestra cama.

—No os preocupéis. No ha sido para tanto.

—Pero habéis dormido en el suelo —le recordó haciendo un ademán con el mentón hacia el lugar que había ocupado—. No pretendo echaros de vuestra cama y ocupar vuestra habitación.

—Era la más cómoda para que descansaseis.

—Pero, ¡es la vuestra! Esta noche os la devolveré. Decidme dónde puedo dormir y...—intentó salir de la cama, pero se dio cuenta que estaba desnudo por completo y se cubrió con la sábana mientras la mirada de ella quedaba suspendida en la espalda de él surcada por cicatrices.

Brenna se acercó a él para instarlo a regresar a esta. Apoyó las manos sobre sus hombros y lo invitó a que se recostara. Por un momento recordó el tacto de su piel del día anterior cuando lavó su herida y la cerró. La firmeza de sus músculos. Una repentina ola de calor la invadió ascendiendo a velocidad vertiginosa hacia su rostro que se encendió.

—Es mejor que me marche para que podáis vestiros. O bien quedaros en la cama. Yo he de ir a ver cómo está la gente. Ya nos veremos. Y recordad lo que os he dicho acerca de la discreción.

A pesar que lo había visto desnudo, la vez anterior él estaba inconsciente. Pero ahora él había cobrado vida y ella se sentía extraña ante él. Salió de la habitación con el pulso acelerado y una sensación novedosa en su estómago. Sacudió la cabeza y cerró los ojos para desechar cualquier imagen de él desnudo. Debería centrarse en afrontar la situación de tener a un rebelde escondido en Cawdor. Esa era la principal preocupación y no que pudiera sentirse atraída por este.

—¿Acaso te has vuelto loca? Permites que un McGregor se quede en Cawdor... —Amy se quedó con la boca abierta esperando a que su hermana mayor le diera una explicación convincente.

—¿Por qué te muestras así de irascible? No pasa nada porque se esté recuperando de su herida.

—No solo has dado cobijo a un jacobita, sino que se lo has ocultado a los ingleses que se han marchado. Y además pretendes que se quede...

—¿Serías capaz de delatarlo a los casacas rojas, Amy? —Brenna se enfrentó a la mirada de su hermana dejándole claro quien mandaba en Cawdor.

—Los Campbell siempre hemos sido leales al rey...

—Porque era lo que convenía al clan en su día, Amy. Después de Sheriffmuir y de que el Viejo Pretendiente se marchara a Francia con el rabo entre las piernas, nuestro padre decidió que Cawdor se mantendría leal a la corona inglesa. Su único propósito era protegernos de las represalias de Londres. Cada uno de los demás clanes escogió un bando; pero a la postre todos somos hijos de esta tierra llamada Escocia.

—¿Y si lo descubren? ¿Y si alguien lo reconoce estando aquí?

—Lo haremos pasar por un habitante más de Cawdor. Y ya veremos qué se me ocurre llegado el momento.

—Entonces, a tenor de tus palabras, piensa quedarse mucho tiempo... —Amy entornó su mirada hacia Brenna mientras su voz parecía mostrarse dubitativa.

—No lo sé. No me lo ha dicho. ¿Te molesta su presencia?

—Solo el peligro que representa para el clan. Me quedaría más tranquila si se marchara hoy mismo, la verdad —Amy lanzó una última mirada de advertencia a su hermana antes de darle la espalda y dejarla con la palabra en la boca.

—No se lo tengáis en cuenta, pese a que tiene algo de razón. Y una parte de vos está de acuerdo con sus explicaciones —le dijo Malcom apareciendo detrás de Brenna.

Volvió el rostro para contemplar al miembro del clan de más edad y más experiencia.

—Soy consciente de que la presencia de Colin McGregor en Cawdor puede representar cierto recelo entre sus habitantes por el peligro que representa si los ingleses vuelven.

—Pero por otra parte no os veis capaz de expulsarlo de vuestras tierras como a un vulgar delincuente. Es lógico.

Brenna asintió en silencio. No iba a hacerlo por mucho que Amy se mostrara en desacuerdo con su decisión. Ella era la legítima heredera de Cawdor y decidía lo mejor para el clan. Pero, ¿lo era el hecho de que un rebelde se alojara en este?

—Es mejor centrarnos en el trabajo y dejar las cuestiones políticas para otro momento —dijo finalmente tratando de esbozar una sonrisa bajo la atenta mirada de Malcom.

—No os dejéis llevar por lo que vuestra hermana os diga. Ni nadie del clan. Vos sois el *chieftain*. La jefa de los Campbell en las tierras de Moray y lo que vos decidáis estará siempre bien.

—Pero puedo tomar una decisión desafortunada. Dime, ¿lo es dar cobijo a un hombre herido? —miró a Malcom con las manos en las caderas, en una pose de desafío.

—Yo habría hecho lo mismo. Quedaos tranquila y no temáis por los *sassenach*. No volverán por aquí. Saben que el clan Campbell siempre ha defendido los intereses de la corona... Aunque no nos haya gustado hacerlo —Malcom apretó los dientes dejando clara su postura a este respecto. No era nada fácil doblegarse a Londres. Ni algo que a él le apeteciera hacer. Pero como Brenna le había dejado claro a su hermana, el jefe siempre tiene que mirar por el bien del clan.

—Gracias. Confío en que no suceda nada más. Voy a echar un vistazo a los jardines.

—Iré con vos. Por cierto, ¿qué me decís de ese capitán inglés?

—¿De él? —preguntó ella sin saber qué decir.

—Sí, de ese que ha venido por aquí. Creo que en el fondo hay algo más que perseguir a rebeldes.

Brenna volvió su atención hacia Malcom.

—¿A qué demonios os referís?

—A que llevo tiempo percibiendo un interés... —Malcom frunció el ceño y apretó los labios pensando en la manera de decírselo. Pero su mirada y su gesto se lo dejaron claro a Brianna.

—¿En mí como mujer?

—Algo así. Sí. Como si pretendiera cortejaros.

Las carcajadas de Brenna hicieron que Malcom la contemplara con curiosidad.

—Pues ya puede irse olvidando porque no tengo intención de encontrar un esposo inglés. ¿De dónde demonios os habéis sacado semejante conclusión?

—De las continuas visitas que os hace. ¿No me negareis que es un visitante habitual de Cawdor?

—Malcom arqueó sus cejas sorprendido porque su señora no lo hubiera percibido.

—Lo hace por cortesía. Porque los Campbell somos leales a la corona inglesa, por recabar información sobre jacobitas, como ha sido el caso de hoy. La verdad no tengo tiempo para andarme fijando en que sus atenciones hacía mí tengan otras intenciones que las que te acabo de exponer —le dejó claro sonriendo divertida por aquella ocurrencia de Malcom.

—Yo de vos estaría más atenta. ¿Qué me decís de las contadas ocasiones que habéis acudido a una velada en Inverness? No soy ciego, señora.

—Pues ya puede irse quitando semejante disparate de la cabeza si lo que decís es cierto. Por muy atento que pueda mostrarse conmigo, nunca me casaría con un inglés. Tenedlo seguro —ella asintió convencida de sus palabras.

—¿Queréis decir que si podríais casaros con un escocés?

—Sin duda que lo haría. Si el clan estuviera en peligro o necesitara de ese matrimonio para consolidar una alianza. Solo lo haría por esos motivos.

—Nunca os he conocido un pretendiente.

—La verdad es que en estos tiempos que vivimos es una tarea ardua. Llevamos unos pocos de años en guerra.

—Tal vez ahora que esta ha terminado...

—¿Desde cuándo mostráis interés en que me case? Nunca antes os había preocupado por este hecho.

—Tal vez se deba a que va siendo hora de que contaseis con la ayuda de un hombre.

—Desde que Amy y yo nos quedamos solas, nos hemos apoyado en ti le recordó tuteándolo por primera vez.

—Lo sé. Y para mí es un honor hacerlo. Pero me hago viejo y no es a lo que me refiero.

Brenna volvió a reírse.

—Pues si yo soy reticente al amor.... Espera a ver la reacción de Amy si le cuentas algo así.

Malcom gruñó.

—Vuestra hermana es demasiado terca. Es un caso perdido. Ya os lo aseguro.

—Vayamos a ver los jardines y dejemos los sentimientos para otra ocasión.

—Como queráis pero tened muy presente lo que os he dicho sobre ese capitán inglés.

Brenna torció el gesto. No era una ingenua y se había dado perfecta cuenta de las atenciones de este hacia ella. Pero prefería no confesarlo ante Malcom para no alertarlo. En especial cuando habían coincidido en algún evento en la capital, en Inverness, como le había dicho. Pero ella no había querido darle demasiada importancia y siempre se había escudado en la disculpa de mantener al clan. Esa era su única razón de ser.

3

A medida que pasaban los días Colin McGregor se iba recuperando de su herida. Los cuidados que le proporcionaban y el reposo hacían su trabajo. Pasaba casi todo el tiempo reposando en la cama o bien en el salón del castillo. Y eso comenzaba a agobiarle. Quería salir de las cuatro paredes de aquella habitación, que había hecho suya. Pero Brenna no le permitía abandonarla bajo ningún concepto y por las noches era ella misma la que lo velaba sin importarle dormir en el suelo. Él le preguntaba qué tal le había ido el día y ella hacía lo mismo sobre su vida. Durante noches ambos habían logrado llegar a un entendimiento y conocimiento del otro que a ambos parecía sorprender.

A Colin, ella la parecía una mujer increíble. Por lo que le había ido contando le parecía sorprendente. No le había quedado otra alternativa que hacerse cargo del clan Campbell, de Cawdor y de las tierras que este ocupaba. Había sobrevivido a una guerra cruenta como había sido la llegada del joven pretendiente Estuardo a aquellas tierras y el posterior desastre. Que la guerra no hubiera llegado a las puertas de su casa era sin duda algo sorprendente. Bien era cierto que el clan Campbell se puso del lado de Londres en cuanto surgió la posibilidad de repetir el fiasco de hacía treinta años en Sheriffmuir.

Se levantó de la cama no si gran esfuerzo, ya que no había nadie en la habitación para ayudarlo. Pero lo prefería ya que de lo contrario bien Brenna o Audrey no se lo permitirían. Y él se sentía con fuerzas y sobre todo ansias por respirar algo de aire. Tras vestirse y lavarse un poco caminó con paso titubeante hacia la puerta de la habitación. Salió al pasillo sin encontrarse a nadie en la casa en ese momento. Se aferró a la barandilla de la escalera porque tenía perder el equilibrio. Con cada escalón que descendía la herida le tiraba un poco. Según Brenna esta había comenzado a sanar hacía unos días. Cada mañana ella y la señora Audrey le cambiaban el vendaje.

El sol del día lo recibió a la misma puerta de Cawdor. Se detuvo en el umbral y paseó su mirada por la gente que iba y venía hasta que su mirada se centró en las dos jóvenes muchachas que charlaban.

Amy puso los ojos en blanco ante un comentario de su hermana. La situación entre ellas parecía haberse calmado con el paso de los días. Y esta ya no se mostraba tan mordaz con Brenna cuando hablaban de su visita. Claro que por otro lado, esta tampoco hacía mucho por hablar de él delante de su hermana pequeña.

De repente Amy entrecerró sus ojos y se quedó con la mirada fija detrás de su hermana, lo cual llamó la atención de esta.

—¿Qué sucede? ¿Qué estás mirando? —preguntó intrigada Brenna al contemplar el gesto de su hermana.

Pero ella no le respondió sino que se limitó a hacer un gesto con el mentón para que ella se volviera hacia la puerta de la casa.

Brenna no podía dar crédito a lo que estaba viendo. ¿Qué hacía él allí apostado contemplándolas con total calma? ¿Y por qué no estaba acostado?

—No le queda nada mal el *kilt* con el tartán de los Campbell, la verdad —ironizó Amy con una media sonrisa mientras Brenna permanecía con la boca abierta sin saber qué decir a ese comentario. O tal vez se debía a la impresión que le había causado Colin McGregor.

Este se limitó a esbozar una media sonrisa y a dirigirse a ellas dos con un caminar lento pero seguro. A cada paso que daba más ganas sentía de llegar hasta ellas porque era consciente de que ambas le podían servir de apoyo en caso de flaquear. La herida le molestaba un poco pero era soportable. Las había padecido peores. Solo tenía que echarle un vistazo a su cuerpo.

La imagen de Brenna con el pelo suelto le otorgaba una imagen más atractiva, pensó él. Le devolvía la mirada con los labios entreabiertos, las mejillas encendidas por el enojo de verlo levantando de la cama. Se había recogido las mangas de la camisa y algunos botones aparecían desabrochados dejando que él percibiera la blanquecina y suave piel bajo esta, el comienzo del valle de sus pechos. Su imagen era provocadora, casi lasciva e hizo que él se detuviera para recomponerse. No estaba tan bien como él creía si la imagen de ella le afectaba de aquella forma que lo obligaba a detenerse.

A su lado estaba la hermana pequeña, quien lo contemplaba con una mezcla de curiosidad y cierto recelo. Le habían llegado comentarios suyos de que se oponía a su presencia en la casa por el peligro que representaba. Y no se lo rebatiría. Al contrario, tenía toda la razón del mundo. Era un jacobita. Un rebelde que había escapado al desastre de Culloden. Alguien a quien los casacas rojas recibirían con los brazos abiertos, para fusilarlo.

Se detuvo frente a ellas y carraspeó.

—Señoritas.

—¿Se puede saber quién os ha dado permiso para abandonar la cama? —Brenna no esperó ni cinco segundos para echarle en cara su acción. Se quedó contemplándolo con el ceño fruncido y los labios apretados, mientras mantenía las manos sobre sus caderas en un claro gesto autoritario.

El olor a jabón mezclado con el del brezo impactó a Colin cuando ella se acercó hasta él con aquel talante. No pudo si no sonreír por su atrevimiento y por su genio.

Amy miró a su hermana por el rabillo del ojo esperando su reacción. No esperaba que se enfrentara a su invitado de aquella manera; como si fuera uno más del clan Campbell.

—Necesitaba tomar el aire.

—Se os podría abrir la herida —le recordó señalando el costado de él.

—Oh, no creo que eso suceda con vuestros cuidados y los de Audrey.

—Pero... de hacerlo todo nuestro esfuerzo habría sido tiempo perdido.

—No os pongáis de esa manera. Agradezco vuestro tiempo y dedicación a mi completo restablecimiento, Brianna. Señorita Amy, no hemos tenido el placer de conocernos ni de conversar —dijo desviando la atención hacia esta, que había permanecido expectante en silencio mientras hablaba con su hermana.

—Señor McGregor.

—Espero que las diferencias entre clanes y simpatizantes de los dos monarcas, no signifiquen para vos, una traba para charlar. No pretendo causaros ningún problema con los ingleses. Y os prometo irme en unos días.

Amy vaciló sobre la respuesta que debía darle pero se sintió más confusa con su último comentario.

Brenna permaneció en silencio, con los labios entre abiertos al escucharle asegurar que se marcharía pronto. Sin saber a cuento de qué se apresuró a reaccionar.

—No estáis obligado a marcharos.

Aquella repentina irrupción captó la atención de Amy que se fijó en el ligero sofoco que invadió el rostro de su hermana.

—Pero tampoco lo estoy a quedarme —le rebatió él volviendo su mirada hacia ella para quedarse fijo en sus brillantes ojos que parecían reflejar cierto enojo por esa decisión.

—No, no lo estáis —le dijo Brenna molesta por su respuesta o más bien por su determinación a irse.

—Si quiere irse, puede hacerlo señor McGregor —intervino Amy—. Pero que conste que mi hermana no lo está echando. Ni nadie en estas tierras.

—¿Ni si quiera vos? Soy consciente del peligro que represento para el clan Campbell.

Amy bajó la mirada y sonrió.

—No creo que sea mucho si uno se fija en el tartán de vuestro *kilt*. Salvo que, le confeséis a los

ingleses vuestro verdadero apellido.

Brenna se mordisqueó el labio ante la puya de su hermana. ¿Estaba cambiando de parecer al respecto de él?

—En eso tengo que daros la razón —asintió bajando su mirada hacia este.

—Siempre podemos presentarlo como un primo lejano que ha regresado del frente de Culloden. Nadie tendría la más mínima sospecha acerca de él.

—Vaya, no esperaba contar con esa explicación —intervino Brenna cruzando sus brazos bajo sus pechos y realizándolos sin darse cuenta a la vista de él—. ¿Desde cuándo eres tan ingeniosa?

—¿Le queda familia?

—No, por desgracia muchos de mis parientes fallecieron en la guerra. No espero encontrar a nadie vivo en mis tierras, como le he explicado a vuestra hermana en una de las charlas que mantenemos por las noches.

Aquel comentario alentó la curiosidad de Amy que miró a Brenna sin poder creer que lo que acababa de escuchar.

Esta no hizo caso de la mirada de su hermana quien prosiguió con aquella especie de interrogatorio.

—¿Ni estáis casado?

—¡Amy! —protestó Brenna llamándole la atención por la pregunta que acababa de hacer.

El calor subió por su cuerpo hasta cubrir sus mejillas y agitar su pecho.

—¿Qué sucede? Si va a convertirse en un pariente, al menos deberemos conocer su vida. O crearle una para que no levante sospechas. De todas formas, ¿a qué viene tu reacción? Acaba de decir que charláis por las noches como dos viejas amistades. Supongo que tú ya lo sabías, ¿no?

—Pero no creo que preguntarle si está casado...

—No —la negación de él captó la atención de las dos jóvenes mujeres—. No tengo esposa.

—En ese caso, andaros con cuidado si vais a la capital —le advirtió Amy con sorna.

—Lo tendré en cuenta. Pero no creo que me acerque por esta.

Brenna pareció algo más relajada con aquella respuesta. Cuanto menos se diera en ver, menos riesgos correría. Al menos hasta que la situación en Escocia se hubiera normalizado tras la derrota y posterior huida del príncipe Estuardo.

—Pues me temo que tendréis que asistir a alguna que otra velada a las que el clan Campbell es invitado. Si vais a ser uno más... —Amy abrió los ojos hasta su máxima expresión y arqueó sus cejas como advertencia de lo que tendría que hacer.

—¿Por qué?

—Porque de ese modo nadie se preguntará de dónde ha salido el nuevo inquilino de Cawdor. Tenedlo en cuenta. Y ahora, si me disculpáis, voy a la cocina a echar una mano. Seguiremos hablando, *pariente* —le refirió con ironía lanzando una última mirada a este y luego a Brianna.

Se volvió hacia el interior de la casa dejándolos a ellos dos el uno frente al otro sin decirse nada. Solo contemplándose como dos completos desconocidos; y en parte lo eran, aunque a cada día que pasaba lo eran menos.

—No esperaba esta reacción por parte de Amy —dijo Brenna sonando a disculpa.

—Os ha molestado su breve interrogatorio —él entornó la mirada con toda intención y curiosidad por ver cuál era su reacción. Era una mujer bonita, de eso no le cabía la menor duda. Y encontraba un placer desconocido en contemplarla, como en ese preciso instante.

—No... Bueno, sí... Tal vez después de todo tenga razón y tengamos que crearos una nueva vida.

—No le discuto que tenga su recelo acerca de mí. Soy un McGregor. Un defensor de los Estuardo al que los ingleses estarían gustosos de colgar —ironizó sonriendo.

—Pero eso no sucederá —le dejó claro ella de una manera tajante.

—Estáis muy segura de ello. Pero dejadme que os diga que si en algún momento de mi estancia en Cawdor, vuestra vida o la de alguno de sus habitantes corriera peligro por mi culpa, tened por seguro

que me marcharé.

Ella se quedó en silencio asimilando aquellas palabras. Se humedeció los labios y sacudió la cabeza.

—No creo que llegue ese momento si como señala Amy os hacemos pasar por un pariente de otro clan emparentado con los Campbell. Mientras no digáis quien sois en realidad. Vestiréis como un Campbell —le recordó paseando su mirada por él con un extraño sofoco, por ser tan atrevida. Y porque debía reconocer que le resultaba llamativo. Nunca se había fijado en un hombre porque desde joven tuvo que hacerse cargo del clan y de Cawdor.

—Sí. Como bien dice vuestra hermana. Procuraré llevarlo lo mejor que pueda.

—No os preocupéis por el decoro. En estos tiempos convulsos no creo que la gente se preocupe por este.

—Pero yo le debo la vida a la jefa de los Campbell. A la señora de Cawdor —le dejó claro haciendo un gesto con el mentón hacia el castillo que se erigía a la espalda de ella—. Y lo último que querría sería causarle un malestar.

—No me debéis nada —ella sacudió la cabeza acercándose más a él debido al movimiento de sus cuerpos.

—¿Os parece poco mi vida? —le preguntó contrariado por su afirmación.

—Cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo. Cualquiera.

—Vos no mirasteis el color de mi tartán. No tuvisteis reparo en salvar a un enemigo.

—¿Qué puede importarme quién seáis? Estabais en mis tierras y como señora de las mismas decidí prestaros auxilio. ¿Enemigo, decís? —lo miró confundida por aquel comentario.

—Los McGregor y los Campbell siempre hemos estado enfrentados.

—No os lo discuto. Y que hace años la enemistad entre ambos era latente en Escocia. Pero no es menos cierto que ambos clanes lucharon codo con codo; uno al lado del otro en favor del Viejo Pretendiente hace treinta años.

Colin apretó los labios e inspiró hondo.

—Estoy en deuda con vos. Y eso es algo que no puedo olvidar.

—Entonces quedaros —le pidió con total naturalidad. Brenna arqueó una ceja y sonrió.

—¿Cómo?! Pero...

—Quedaros y saldar la deuda con el clan Campbell —le retó envarándose ante él. Acortando la distancia de una manera peligrosa para ambos. Pero sin que ninguno de los dos fuera consciente.

Él la contempló atónito, de manera fija mientras ella parecía cobrar vida ante él.

—¿Cómo?

—Echando una mano en las tierras, la casa, como uno más.

Él inspiró hondo meditando aquella respuesta. Quedarse podría implicar unos riesgos tal vez innecesarios con ella. Era atractiva y eso era algo que él no podía pasar por alto. Ni tampoco aquella forma suya de mirarlo. De ponerlo nervioso.

—Me quedaré salvo que la situación se torne peligrosa para vos o para cualquier miembro del clan Campbell, como os he dicho antes. Si alguien llegara a sospechar que soy un rebelde, me marcharé.

Ella pareció dubitativa ante aquella propuesta de él.

—Pero aquí estaríais...

—Me quedaré solo si nadie sospecha de mí. Prometedme que respetaréis mi palabra como jefa del clan Campbell que sois. Como señora y dueña de Cawdor en las tierras de Moray —le pidió extendiendo su mano hacia ella para que sellara el acuerdo.

Ella lo miró de manera fija a los ojos y deslizó el nudo en su garganta, pero fue incapaz de decir algo. Por eso se limitó a asentir y a estrecharla para aceptar el acuerdo. Dejó que la mano de él atrapara la suya, se demorara más de lo permitido e incluso que su pulgar le acariciara el dorso de la misma, obligándola a tomar aire por un instante.

Colin respiró aliviado cuando la vio asentir. No pretendía causarle ningún problema. No quería

que la tranquilidad que se respiraba en las tierras de los Campbell se viera alterada por estar él allí. Se marcharía a la primera señal de peligro. La vio dubitativa y algo inquieta.

—Y ahora sería mejor que entraseis en la casa y descansaseis. Ya habéis tomado el aire y el sol un poco —le dijo tratando de olvidarse de la leve caricia de la mano de él. De la calidez que sentía y que ella achacaba al sol de la mañana.

—¿Siempre sois así?

—¿Cómo?

—Tan tajante en vuestras órdenes.

—En vuestro caso más.

—¡De manera que se trata de mí!

—Estáis herido —le recordó acercándose a él tanto que sus cuerpos se rozaron de manera casual y apenas perceptible para cualquiera que los viera, excepto para ellos.

—Sí, lo sé. Pero me gustaría poder disfrutar de un rato más aquí fuera. Tal vez podríais enseñarme todo esto —le sugirió paseando su mirada por los alrededores.

—No estáis en condiciones. Creedme.

Colin se dio por vencido y más cuando sintió que la herida le tiraba. Apretó los dientes y ella fue testigo de ese gesto.

—¿Lo veis? —le dijo sujetándolo al contemplar que la camisa estaba teñida de rojo—. Se os ha abierto la herida. Apoyaos en mí.

Su rostro quedaba tan cerca del suyo que podía sentir su respiración, su aliento y su mirada fija en la suya. Los dos parecieron estar haciéndose la misma pregunta que Malcom, que lo contemplaba.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó este rompiendo el hechizo del momento.

—Se le ha abierto la herida —explicó Brenna.

—Ya me ocupo yo. ¿Quién os ha dado permiso para abandonar la cama? —le preguntó con un tono directo y sarcástico.

—¿Es que todo el mundo en este sitio va a hacerme la misma pregunta?

—¿Y qué se supone que debemos preguntaros en vuestra situación? Anda entremos.

Brenna se quedó algo regazada mientras veía a Malcom entrar con él en la casa. No pudo evitar preguntarse por lo que había sucedido antes de que el viejo Campbell apareciera. Pero por el momento no quería darle vueltas. No antes de haber echado un vistazo a la herida.

Colin se recostó en la cama mirando la venda teñida de rojo. Sin duda que ella tenía razón: se le había abierto por levantarse de la cama y ponerse a caminar.

La vio llegar junto a Audrey y la Amy, esta última traía vendas y una palangana con agua.

—Al parecer no sois muy dado a obedecer órdenes —le dijo esta con una sonrisa irónica dejando la palangana sobre la mesita de noche.

—Solo quería tomar un poco el aire.

—Podrías haber lo hecho asomado a la ventana de la habitación —le sugirió Brenna retirando la venda sin apartar la mirada de esta.

—Ya no puedo hacer nada. ¿Cómo está la herida?

—Se os ha abierto en un lado. Tendré que volverla a cerrar para quedarnos más seguros —Brenna levantó la mirada hacia él—. Si se os vuelve a ocurrir salir a caminar antes de que haya cicatrizado, os juro que os dejo desangraros como un cerdo. ¿Me he expresado con claridad?

Tanto Amy como él fijaron la atención en Brenna. Parecían sorprendidos por la rotundidad de sus palabras que no dejaban lugar a ninguna duda.

—Descuidad. Me ha quedado muy claro —asintió él con una mueca de fastidio por tener que darle la razón.

—Pues espero que no lo olvidéis.

—Os advierto que la palabra de una Campbell es ley en las tierras de Moray —apostilló Amy mirando a Colin con cierta diversión, y luego a su hermana. Había percibido algo en el

comportamiento de Brenna hacia él; algo desconocido en ella hasta ese momento.

—Lo tendré en cuenta.

Cuando Brenna terminó de limpiar y cerrar la herida cogió un trozo de lino para volver a vendar el costado de él.

—Incorporaros con cuidado hacia mí —le dijo mientras ella deslizaba sus brazos por detrás de él haciendo que sus cuerpos quedaran casi pegados. Ella tenía la atención fija en un punto en el vacío porque si la levantaba se encontraría con el rostro de él. Sentía su aliento en su rostro y su respiración algo alterada bajo sus manos cuando pasaba el trozo de lino por el cuerpo de él.

Colin no dejó de contemplar el rostro de ella; tan cerca del suyo propio. Tanto que si por casualidad ella lo volvía sus labios podrían rozarse. Trataba de contener la respiración en todo momento para no delatar la impresión que le causaban las manos de ella sobre su piel.

—Está.

Brenna se apartó de él como si quemara. Deslizó la opresión que atenazaba su garganta y se después se humedeció los labios.

—¿Dónde aprendisteis a curar heridas?

—Eso ahora es lo menos. No hagáis movimientos que puedan volverla a abrir.

—Descuidad que no voy a daros la satisfacción de que me desangréis como a un puerco —le aseguró de manera irónica recordando su advertencia—. Al menos podré sentarme fuera. El sol y el aire me vendrán bien para restablecerme.

Amy sofocó una risita al escucharlo y al ver a su hermana poner los ojos en blanco.

—Siempre que no se os ocurra ponerlos a andar o estar a pie firme. —Se volvió hacia la puerta para marcharse, pero la mano de él la retuvo por la muñeca.

Brenna sintió el leve tirón en su brazo. Se volvió de inmediato presa de la agitación que tenía en su interior. Su mirada se fijó en él, en su gesto pérfido e irónico. En esa sonrisa suya que le provocaba un leve mareo.

—¿Seríais tan amable de acompañarme? De ese modo os aseguraréis de que permanezco sentado.

El rubor tiñó las mejillas de Brenna. Lo dijo con una voz ronca y suave que se deslizó por su interior como miel. Experimentó el calor invadiéndola por completo y pese a que quiso negarle su petición se limitó a asentir.

Amy frunció sus labios en un claro gesto de diversión. Tendría una charla con su hermana a solas para hacerle saber lo que estaba percibiendo. Tal vez fueran imaginaciones suyas pero quería intercambiarlas con Brenna.

—De acuerdo. Salgamos a la puerta. Malcom encárgate de ayudarlo —le pidió a este, que había permanecido expectante en todo momento en el umbral de la habitación.

—Como gustéis, señora. Y vos, más os vale hacerle caso o conoceréis a un Campbell cabreado —le advirtió con total naturalidad mientras deslizaba su brazo por la espalda de él.

—Os agradezco todas vuestras atenciones por mí.

Dejó que este lo sujetara y caminó despacio hacia la salida el pasillo y después hacia el exterior. Se sentó en un banco de piedra y permaneció callado durante unos segundos.

—¿Dónde os habéis hecho todas las cicatrices que tenéis? ¿En la rebelión? —la suspicacia y el interés de Brenna impregnaron el tono de las preguntas.

Él sonrió con intención.

—Apuesto a que os ha sorprendido ver mi cuerpo surcado por tantas. No todas son fruto de la rebelión pasada. Algunas me las hice de pequeño. Otras en cacerías. Peleas en tabernas...

—Pues sin duda que poseéis una buena colección de estas.

—Hay cicatrices más profundas señorita Campbell.

Ella frunció el ceño y se fijó en su semblante.

—Lo supongo. Todos llevamos las nuestras.

—Entiendo que ponerlos al frente del clan Campbell, de esta casa y estas tierras... No debe haber

sido tarea sencilla. Y sin un hombre a vuestro lado.

Una media sonrisa bailó en sus labios.

—No. No lo ha sido. Puedo asegurároslo —cogió aire antes de proseguir—. En cuanto a lo de tener un hombre a mi lado, está Malcom.

Él apretó los labios y asintió.

—Cierto. Pero él representa el papel de consejero. No de un esposo, confidente y amante —le refirió fijándose en como el viento agitaba el cabello rojizo de ella favoreciéndole su contemplación. Su piel blanquecina con una fina lluvia de pecas. Sus labios sonrosados que ella humedecía de manera imperceptible cada vez que decía algo. ¿Por qué diablos se fijaba en ella de aquella forma? ¿Qué estaba haciendo? Su vida no estaba allí en las Tierras de Moray sino en las de los McGregor. Pese a que tal vez no le quedara nada en estas tras la guerra.

—No estoy buscando un esposo —le dejó claro contemplándolo de manera directa mientras sentía un golpe en el interior de su pecho.

—Celebro escucharos decirlo.

—¿Por qué, si puede saberse? ¿Y qué os puede importar mi vida? —ella entrecerró sus ojos y sacudió la cabeza sin comprenderlo.

—Es cierto que no soy quien para meterme en vuestra vida. Y que podéis responder lo que os plazca al respecto. Solo digo que por lo poco que os conozco me ha quedado claro que sois una mujer decidida, fuerte, orgullosa, y que no vacila en hacer amenazas como la que me habéis hecho cuando curabais mi herida...

—Eso no ha sido una amenaza —le interrumpió envarándose ante él sin importarle su cercanía en ese momento; ni que alguien pudiera estarlos contemplando.

—Entonces, ¿qué ha sido? Un cumplido desde luego que no —ironizó él sonriendo de manera divertida.

—Una advertencia de lo que os podría pasar si no me hacéis caso.

—Prometo haceros caso ya que después de todo os debo la vida.

—Pues procurad tenerlo presente cuando os levantéis de la cama, o se os ocurra salir a pasear. No os salvé la vida para que vos vayáis por ahí haciendo lo que os da la gana con esa herida sin cerrar —le reiteró haciendo un gesto con la mano hacia esta.

—Lo tendré en cuenta. Y prometo que si algún día tengo que marcharme, me aseguraré de que la herida esté completamente cerrada.

—Más os vale.

—Sed sincera conmigo, ¿no os molesta mi presencia en Cawdor?

—¿Por qué me hacéis esa pregunta? ¿Por lo que representáis? —le preguntó sacudiendo la cabeza—. La causa jacobita se ha perdido. Carlos ha vuelto a Francia. No tenéis nada por lo que luchar. Y para vuestra información antes que McGregor, os considero un escocés.

—Sin duda que tenéis las ideas muy claras.

Ella permaneció en silencio pensando en esas últimas palabras por parte de él. Lo contempló con la duda revoloteando en su mente.

—¿Y vos?

Colin dibujó una media sonrisa burlona. Por un momento vaciló.

—Depende de la cuestión. Podríamos dar un paseo por las tierras de los Campbell. Vuestra compañía me es muy agradable.

—Deberías descansar —le recriminó volviendo el rostro hacia él.

—¿Y privarme de vuestra compañía? —la miró como si estuviera escandalizado por este hecho.

La pregunta hizo que ella se apartara de él y lo contemplase confundida por esa confesión. ¿Qué insinuaba?

—Debo atender la casa, como dueña y señora de esta. De manera que permaneced descansando de vuestra herida en ese banco mientras yo voy atiendo mis tierras.

—Como gustéis. Mi intención no es molestaros. Bastante tenéis ya con haberme prestado vuestra habitación y vuestra cama. Deberíais ser vos quien durmiera en esta. Me basta con que me indiquéis otra en la que dormir un poco.

—Lo hablaremos más tarde. Y procurad no moveros de ahí —le recordó lanzado una última mirada cargada de furia mientras él se limitaba a levantar las manos en señal de rendición.

Ella se volvió dejándolo sentado en un banco a las afueras de Cawdor y regresaba al interior en busca de Malcom, pero quien llamó su atención fue Amy que la andaba buscando.

—¿Ya lo has dejado?

El tono cínico de su pregunta sorprendió a Brenna.

—Se ha quedado sentado en un banco en la entrada. Pero me temo que no tardará en moverse de un lado para otro y que la herida se le vuelva a abrir abra de nuevo —se lamentó ella resoplando ante las carcajadas de su hermana—. Sí, sí, riéte. Tienes toda la razón en hacerlo porque es un loco testarudo.

—No me río de él.

—¿Ah no? ¿Entonces por qué lo haces?

—Lo hago por ti.

—¿Por mí? ¿Y puedo saber qué es lo que te provoca tanta gracia? —Brenna comenzaba a notar que la sangre le bullía en las venas. Si la cercanía de Colin McGregor la ponía nerviosa y la alteraba, lo que menos necesitaba era que su propia hermana se riera de ella en su propia cara.

—Tú. Tu comportamiento. ¿Por qué te pones de ese modo por un McGregor?

—No sé a qué demonios te refieres —Brenna siguió su camino hacia el interior de Cawdor como si en verdad no quisiera escuchar lo que su hermana tuviera que decirle.

—A la manera en que te mira.

Brenna se detuvo de golpe; como si hubiera tropezado con un obstáculo. Volvió la atención hacia Amy como si esta fuera poco menos que una desconocida.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. Me limito a decirte lo que he percibido cuando lo has estado curando. Reconoce que ha habido un instante de tensión entre vosotros.

—Pero, qué tensión ni que...

—Lo he percibido. El hecho de que no lo miraras ni un momento porque eras consciente de lo cerca que estaba su rostro. Lo mismo digo por él. Aunque él, te estaba observando de reojo de manera detenida. Esperando tu reacción.

Brenna inspiró. Sabía a qué se refería su hermana porque ella misma lo había pasado algo mal cuando sintió su cuerpo tan cerca del suyo. Era cierto que de haber vuelto los dos el rostro al mismo tiempo, sus labios se podrían haber rozado sin que ninguno lo pudiera evitar. Un gesto casual, por supuesto, se dijo Brenna. Pero que había sido mejor evitar.

—Deberías andarte con cuidado con él, no vaya a ser que su presencia cause otra clase de peligros —Amy apretó los labios y arqueó las cejas—. Voy a echar una mano a Audrey.

Brenna permaneció con la boca abierta observando como Amy se alejaba de ella, después de haberla dejado con aquella extraña agitación. ¿Qué diablos había percibido? Tonterías, se dijo Brenna siguiendo su camino por sus tierras.

Poco a poco Colin McGregor se iba restableciendo. Los cuidados de Brenna y su obstinación en que no se moviera más de lo necesario surtían el efecto deseado. Él había seguido sus concejos al pie de la letra para no causarle más problemas. Quería restablecerse lo antes posible y poder echar una mano al clan Campbell por atenderlo. Tal vez otros en su lugar al comprobar que él era un

McGregor, y por tanto un defensor de la causa jacobita, lo hubieran dejado morir, lo hubieran rematado y abandonado en un paraje alejado o lo habrían entregado a los ingleses. Pero en el caso de los Campbell, nada de esto había sucedido. Lo que no tenía claro era lo que iba a hacer cuando estuviera repuesto y pudiera valerse por sí solo. No sabía si emprendería el camino hacia su propia casa, que apostaba a que habría sido saqueada como poco, o quedarse en el castillo de Cawdor. Aparecer por sus tierras podría conllevar que alguien lo reconociera y denunciara a las autoridades. Y quedarse en Cawdor... no le parecía una mala idea después de todo. Brenna le había repetido que no tenía necesidad de marcharse si no quería. Los Campbell no lo echarían de sus tierras después de haberle salvado la vida.

Permanecía despierto y apoyado contra el respaldo de la cama dándole vueltas a este tema cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe.

Brenna y su hermana, Amy, aparecieron en ese momento para complicar más todavía sus pensamientos.

—Tenéis buena cara —dijo esta última dirigiéndose hacia la cama.

—Sí. Me encuentro bastante mejor con cada día que pasa —buscó la mirada de Brenna pero esta parecía algo esquiva a este respecto. Se había centrado en echar un vistazo a la herida. Después de que se le hubiera abierto días atrás, quería asegurarse de que esta vez, no volvería a suceder.

—Se ha cerrado del todo. Creo que no hará falta que guardéis reposo durante mucho tiempo.

—Eso significa que podré salir y pasear por los alrededores.

—Siempre que me prometáis que vais a tener cuidado con vuestros movimientos, ya lo sabéis. — Ella levantó su mirada del cuerpo de él hasta su rostro y lo contempló de manera fija por primera vez desde que entró en la habitación. Al hacerlo, el comentario de su hermana de hacía días le vino a la mente. Sobre la manera en la que él la miraba. Por ese motivo Brenna se apartó de la cama y sonrió de manera tímida.

—No deberías ser tan cuidadosa con él —intervino Amy—. ¿No ves, que se muere de ganas de salir de estas cuatro paredes? Yo creo que su aspecto es inmejorable.

—Vuestra hermana tiene razón.

Brenna entrecerró los ojos y lo contempló con una mezcla de rabia contenida y sorpresa. ¿Se ponía de parte de su hermana? se preguntó sintiendo una ligera punzada de celos por ese hecho. Miró a Amy, que sonreía con picardía al ver cómo le había cambiado el semblante a su hermana. Brenna se apartó de la cama con una mirada gélida y la rabia crepitando en su interior.

—En ese caso, que sea ella la que os eche una mano mientras yo busco a Audrey —lanzó una mirada a su hermana y se volvió para salir de la habitación dejando a esta y a Colin McGregor con la palabra en la boca.

—¿Por qué se ha puesto de ese modo? —preguntó él mirando a Amy en busca de una explicación—. ¿Tan mal le ha sentado que os haya dado la razón?

—Ella es así... —le aseguró Amy restando importancia al comportamiento de Brenna—. No le hagáis mucho caso. En ocasiones le molesta que la gente le lleve la contraria o no comparta sus ideas.

—Solo era un comentario por lo que había dicho respecto a mi herida. No pretendía que se molestara.

—Insisto en que no le deis importancia. Dejadme ver la herida, aunque mi hermana ya la ha visto y os ha asegurado que está en perfecto estado —comentó Amy sonriendo por la reacción de Brenna. ¿Celosa porque el McGregor le se hubiera puesto de su parte?

—Lo tendré en cuenta para próximas ocasiones.

—¿Qué tenéis pensado hacer ahora que estáis repuesto? —Amy le sostuvo la mirada esperando que le dijera algo—. ¿Habéis pensado regresar a vuestro hogar?

—Debería hacerlo para ver en qué situación se encuentra. Aunque estoy seguro que no será nada agradable después de estos años de guerra.

—Ya sabéis que podéis quedaros en Cawdor el tiempo que os haga falta. Siempre se necesita gente

para sacar adelante todo esto. Pero os aconsejo que os lo toméis con calma y no os envalentonéis ahora que herida está cicatrizada. Supongo que no os pasará nada porque deis unos cuantos paseos por las tierras de los Campbell.

Colin asintió.

—Agradezco vuestras palabras, Amy.

—Pensad en todo antes de tomar una decisión.

—Creía que no aprobabais mi estancia aquí.

—No es que no lo haga; es que representáis un peligro para el clan. Los *sassenach* siguen buscando supervivientes de Culloden pese al paso del tiempo. A nosotros no acusarían de traidores por daros cobijo, si llegara a saberse que estáis aquí.

—Tal vez lo mejor sea irme cuanto antes.

Antes de que pueda comenzar a coger cariño a esta gente.

—Como queráis. Voy a ver si mi hermana se ha tranquilizado —elevó sus cejas y rodó sus ojos antes de salir de la habitación.

Colin asintió sin decir nada más. Las palabras de Amy parecían aclarar más el futuro. No pretendía que los Campbell corrieran peligro por estar él allí. De manera que se las arreglaría para irse lo más pronto posible. Hablaría con Brenna para comunicárselo.

Brenna caminaba de manera enérgica por las inmediaciones del castillo cuando algo llamó su atención. Se puso la mano sobre la frente para que la luz del sol no le impidiera fijarse en la figura a caballo del capitán Fullarton acercándose a Cawdor. Por un momento experimentó una sacudida de temor a que este pudiera ver y reconocer a Colin. Deslizó el nudo que acababa de formarse en su garganta y se convenció de que nada malo iba a suceder. Pero antes de que pudiera poner en sobre aviso a su hermana y que esta hiciera lo propio con su huésped, el capitán inglés detenía su caballo a escasos pasos de ella. Se apeó y tras pasar las riendas por la cabeza del animal las sostuvo mientras se acercaba a Brenna.

—Buenos días señorita Campbell.

—Capitán, ¿a qué debo vuestra visita? —saludó ella con una leve inclinación de cabeza.

—Hoy no vengo en calidad de oficial inglés, sino como amigo vuestro y del clan —sonrió aclarándole su condición—. Hace un buen día para estar aquí afuera.

—Lo hace. Y ¿qué os trae en calidad de amigo de los Campbell?

Fullarton se quedó mirando detrás de ella durante unos segundos lo que obligó a Brenna a echar un vistazo por encima del hombro y reconocer a Colin traspasando el umbral de la puerta de Cawdor. Sintió que el estómago le daba un vuelco y que el corazón parecía detenerse.

Colin hizo como que no la había visto, ni tampoco a su acompañante que lo miraba con curiosidad. En ese momento, Amy se acercó a él.

—¡Vamos, ¿qué haces aquí parado?! Queda mucho por hacer —le espetó Amy empujándolo para que siguiera su camino. La muchacha bajó la voz, en cuanto se hubieron alejado del campo de visión de su hermana y de Fullarton—. No os volváis ni levantéis la mirada del suelo. El hombre que está hablando con mi hermana, es un oficial inglés. El día que os encontramos herido en la cuadra, vino con un pelotón de soldados buscando rebeldes. Venid conmigo.

Colin la siguió detrás del castillo donde no pudiera ser visto ni reconocido por el capitán.

—No creo que os conozca con vuestro aspecto —le aseguró haciendo un gesto hacia su pelo algo largo y enmarañado, y a su barba de días—, pero no podemos correr ningún riesgo.

—Creo que debería marcharme cuanto antes.

—No tenéis nada que temer si él no os reconoce.

—Ya, pero ¿y si le sonara mi cara? ¿Y si alguien cercano a él me reconociera? —le preguntó con temor a que esto sucediera—. Sería mejor marcharme en este preciso momento.

—Os repito que vuestro aspecto es más que suficiente por ahora para que no repare en vos. Olvidarlo por y echarme una mano a llevar forraje a los caballos.

Colin permaneció callado observando a la muchacha comenzar a trabajar. Ella se quedó contemplándolo extrañada. Le hizo un gesto con la cabeza hacia el forraje para los animales.

—Como gustéis.

Brenna había dejado de prestar atención a las palabras de Fullarton desde que vio a Colin aparecer por la puerta. Había temido que el capitán pudiera reconocerlo cuando se quedó mirándolo. Por suerte, Amy había reaccionado de manera rápida llevándose de allí antes de que ocurriera algo inesperado.

—¿Qué os parece? —le preguntó Thomas Fullarton cuando concluyó su explicación y se quedó contemplándola de manera fija y expectante aguardando su respuesta.

—¿Qué decís? Disculpadme, pero perdí la noción de la conversación por un momento.

—Os comentaba que mi presencia se debía a invitaros a la pequeña fiesta que se celebrará dentro de tres días con motivo de la victoria de su majestad sobre el Estuardo.

—Oh, es... genial. ¿Dónde será?

—En mi residencia a las afueras de la ciudad y he de decir que asistirán personas importantes. Me gustaría que, los principales miembros del clan Campbell acudieran a esta, ya que es sin duda alguna, este ha sido y es el más leal al rey Jorge.

—Sí, por supuesto. ¿Queréis una taza de té? —estaba nerviosa porque no sabía dónde demonios se habían metido Colin y su hermana. Pero tenía que alejar al capitán de allí a toda costa no fuera a ser que aparecieran de repente.

—Sí, claro.

—¡Malcom! —este se volvió hacia ella cuando pasaba por allí—. ¿Puedes encargarte del caballo del capitán?

—Sin problemas, señora —dijo lanzando una mirada de recelo al inglés por verlo allí. Luego miró a Brenna para comprobar el estado de nervios de esta. Pese a que le pareció calmada, no se fiaba. La presencia del capitán no era del todo bienvenida en Cawdor y menos si había un McGregor entre sus cuatro paredes.

Cuando Malcom llegó a la cuadra se quedó perplejo al encontrarse con Amy y Colin.

—¿Qué diablos hacéis fuera de la casa, McGregor? —siseó apretando los dientes con rabia por encontrarlo allí—. El inglés podría veros.

—No te preocupes Malcom. Está conmigo. Lo he traído aquí cuando lo vi salir de la casa.

—No creo que el capitán Fullarton me reconozca —aseguró Colin encogiéndole los hombros sin darle importancia—. Por lo poco que lo he visto al salir, no me suena de habérmelo encontrado en el campo de batalla.

—De todas formas, no estéis tan seguro —le recriminó el Campbell—. Si no él mismo, alguien cercano a este podría hacerlo.

—No os preocupéis por mi estancia aquí. Pienso marcharme en cuanto hable con Brenna.

Amy y Malcom se quedaron callados intercambiando sus miradas.

—Por lo pronto, hay que esperar a ver qué quiere el inglés —le convenció Amy pensando en su hermana y en las miradas que había intercambiado con Colin cada vez que le echaba un vistazo a la herida.

—¿Dónde iréis? Sois un rebelde al que se os persigue. Si alguien partidario del rey Jorge os reconoce no vacilará en acabar con vos o entregaros a los casacas rojas —le aseguró Malcom convencido de que sucedería.

—Vos no lo hicisteis.

—No. No lo hicimos por la señorita. Pero entended que el clan ha corrido peligro desde vuestra

llegada, y lo sigue corriendo aunque tal vez menos ahora que han pasado semanas desde vuestra aparición.

—Podrías pasar por un Campbell sin lugar a dudas —aseguró Amy—. Un miembro de una de las ramas familiares del clan.

—¿Qué esperáis encontrar en vuestros dominios? —Malcom entornó su mirada hacia Colin.

—Supongo que nada bueno después de estos años de guerra.

Tanto Amy como Malcom percibieron cierto tono de pesadumbre en las palabras de él. Como si ni él mismo creyera que merecía la pena largarse de Cawdor en busca de un futuro incierto.

—En ese caso... deberíais pensaros mejor si os conviene marcharos —Malcom le palmeó en el hombro—. Al menos por un tiempo. No tengáis tanta prisa.

—Y os recuerdo que mi hermana no os lo permitirá hasta que vea que podéis valeros por vos mismo. Recordad que prometió dejaros desangrar si se os volvía a abrir la herida —Amy señaló el costado y asintió convencida de que así sería después de todo.

—Soy consciente de ello pero no creo que suceda ya que la herida ha cerrado. Vos misma la habéis visto —Colin apretó los labios y asintió sabedor de que así sucedería. Pero permanecer allí podría poner en peligro al clan Campbell y no era eso lo que a él le gustaría: que su presencia en Cawdor le acarrearra un castigo a Brenna.

—Al menos esperad a hablar con ella. Tal vez la presencia del capitán no sea más que una visita de cortesía. Voy a seguir con lo mío. No os dejéis ver hasta que se haya marchado —le pidió señalándolo con un dedo al tiempo que elevaba sus cejas en señal de advertencia.

Colin asintió y se volvió hacia Amy para seguir con el trabajo. De ese modo se mantendría ocupado y no pensaría en Brenna, y en la manera en la que iba a decirle que se marcharía.

Esta permanecía sentada en el salón tomando una taza de té junto al capitán Fullarton pero su mente estaba indudablemente fuera de las cuatro paredes de Cawdor. Pensaba en Colin y en su hermana, quien poco a poco parecía mostrar algo más de empatía con él cuando en un primer momento quiso echarlo de allí por los peligros que podía suponer.

—Creo que es hora de divertirnos un poco después de tantos años de guerra. Y además, me gustaría agasajaros como es debido Brenna Campbell —El capitán inclinó la cabeza con respeto y la mirada sin apartarla de ella. Pudo observar el sonrojo en su rostro y su gesto de lógica sorpresa.

—¿Por qué motivo?

—Como os decía antes, los Campbell habéis demostrado ser unos de los clanes escoceses más leales al rey Jorge. No olvido la aportación de vuestros hombres en la milicia en la batalla de Culloden.

—Sí. Pero no es a mí a quien se debería rendir homenaje sino a los miembros del clan que cayeron en el páramo de Culloden, capitán.

Aquella explicación, razonable por otra parte, le sorprendió. Ella tenía razón pero él quería honrarla a *ella*.

—Es verdad pero creo que ese homenaje es preferible que se lo deis vos aquí en las tierras del clan. Mi intención es honraros a vos como *chieftain* del clan Campbell.

Brenna sonrió de manera tímida.

—Os lo agradezco de nuevo, pero no creo que sea necesario. —Ella arqueó una ceja con suspicacia ante el interés de él, que venía de lejos como bien sabía ella.

Brenna no era ajena a las atenciones que el capitán le dispensaba siempre que podía. Sus visitas sin motivo aparente a Cawdor para saber qué tal se encontraba ella. Sus invitaciones a fiestas en la capital de las Tierras Altas, sus peticiones de baile, de paseo... Si su padre todavía estuviera vivo, ella estaba segura de que el capitán le hubiera pedido permiso para visitarla con vistas a formalizar una relación. Pero ella no estaba por la labor de hacerlo viniendo de un inglés. Un *sassenach*. Los Campbell habían

apoyado al rey porque de lo contrario, habrían sido poco menos que exterminados como a otros clanes en Escocia. Pero con gusto habría apoyado a los Estuardo para restaurarlos en el trono, se decía cada vez que alguien le recordaba la lealtad de su clan con la corona inglesa.

Él permaneció callado un momento con una sonrisa bastante explícita.

—¿Os molesta este reconocimiento?

—No, solo repito que no es necesario. Nada más.

—¿Y si fuera un agradecimiento personal?

—¿Tratáis de insinuar algo, capitán?

—Ya que me lo preguntáis, me gustaría saber si hay alguien que ocupe vuestra mente o vuestro corazón señorita Campbell. De ser así me gustaría saberlo.

Ella le sostuvo la mirada dejando que este último comentario se asentara en su mente. Debería ser cuidadosa al respecto porque no pretendía ganarse un enemigo. Pero la verdad era, que él no despertaba en ella ni el más leve interés. Y lo que necesitaba hacer era quitárselo de encima cuanto antes. Por eso inventó una excusa que no creía que fuera nada del otro mundo. Y se encargaría de aclararlo con la persona indicada.

—Os debo pedir que ceséis en vuestras atenciones.

—¿Os molestan?

—Veréis, antes de que la rebelión estallara mi padre acordó mi matrimonio con un miembro de otro clan —comenzó explicando consciente del embrollo en el que iba a meterse ella y el susodicho.

—Comprendo. ¿Y vuestro prometido está en Cawdor?

—No, no ha llegado todavía. Pero espero que lo haga pronto para cumplir la palabra que le dio a mi padre.

—Entiendo pero... ¿y si ha fallecido en estos años? Son muchos los caídos durante la rebelión.

—Por ahora no he tenido noticias de que esté muerto. Deseo que no se haya producido semejante desgracia y que aparezca en Cawdor un día de estos —dijo ella temerosa pero no de que en realidad hubiera sucedido algo así, sino más bien pensando en cómo se lo tomaría él cuando se lo contara. Era una locura, un riesgo innecesario lo que estaba pensando hacer, pero necesitaba que él lo hiciera por ella; en pago por haberle salvado la vida.

—No os deseo nada malo, pero en este caso... —Él se quedó callado porque decir algo tan serio y tan fuerte no era de recibo.

—Lo comprendo, capitán. Pero por ahora no quiero daros falsas esperanzas.

Él apretó los dientes y asintió algo decepcionado por estas explicaciones.

—No obstante, aguardaré con paciencia un tiempo prudencial antes de volveros a realizar mi oferta. Estaré atento a ver qué os depara el destino. ¿Quién sabe? Tal vez al final, estemos destinados a encontrarnos señorita Campbell.

Ella sonrió más por educación que porque en el fondo lo deseara. Si todo salía como ella pensaba, el capitán se acabaría cansando de esperar. Y más si ella le presentaba en persona a su prometido. Ese que había acordado con su padre un matrimonio al acabar la rebelión.

—No os quiero entretener más. Un lugar como este tiene mucho trabajo por hacer —le aseguró paseando su mirada por el interior del salón como referencia a lo que era Cawdor y sus tierras—. Os espero dentro de dos días en mi residencia. Os mandaré recado con alguno de mis hombres. Espero que el hecho de que tengáis un prometido no os impida acudir a celebrar el fin de la guerra —le tomó la mano para inclinarse con respeto ante esta pero sin llegar a rozarla si quiera.

—Claro que no. Estaré presente. No os preocupéis —le aseguró acompañándolo hasta la puerta mientras en su interior deseaba ver a Colin McGregor para explicarle todo cuanto antes. Ahora más que nunca este debía permanecer allí, en Cawdor. Al menos durante una temporada. Ya idearía un plan más convincente después.

Se despidió del capitán Fullarton, pero no se alejó de la entrada de inmediato, sino que aguardó a que él estuviera algo lejos para resoplar y dejar caer sus hombros. Por un segundo se relajó, pero supo

al instante que no podía hacerlo si quería que todo saliera de acuerdo a lo que acababa de contarle al capitán inglés. Haría todo lo que estuviera en sus manos para no tener que aceptarlo como esposo después de todo. Y para ello lo primero que tenía que hacer era dar con Colin McGregor.

4

Colin y Amy siguieron haciendo pequeños trabajos esperando a que el inglés abandonara Cawdor. Solo entonces él podría quedarse algo más tranquilo.

—No creo que el capitán os reconozca después de todo. Me refiero a que no lo hará si no, como habéis dicho no os suena de haberos enfrentado cara a cara en algún momento —le comentaba esta de manera más animada.

—No, no lo creo por lo poco que me he fijado en su rostro cuando lo vi hablando con vuestra hermana al salir por la puerta.

—¿Dónde ibais en ese momento? ¿A poner a Brenna de uñas desde por la mañana? —le preguntó con una sonrisa irónica.

—No es mi intención Amy. Lo que le pasa a vuestra hermana es que está algo irascible. Se preocupa en demasía por mi estado. Y creedme si os digo que he sobrevivido a otras heridas y posteriores cicatrices.

—Ya lo creo, a juzgar por el mapa que es vuestro propio cuerpo —le aseguró recordando haberlo visto desnudo el día que apareció en Cawdor—. Pero, entended que os encontramos tirado en medio del heno, sangrando por el costado, la cara pálida... Pensamos que estabais muerto.

—Apuesto a que vos lo deseasteis en algún momento.

Ella frunció sus labios y encogió los hombros sin darle demasiada importancia a este comentario.

—Reconozco que me impresionó veros. Pensé que erais uno de los nuestros.

—Pero cuando supisteis quien era en verdad...

—Lo admito. No voy a negarlo porque no soy de esa clase de personas que dicen una cosa y luego la cambian. Preferí que estuviérais muerto. Pero también lo deseaba porque de ese modo vos no sufriríais por la herida.

—No os preocupéis. No voy a discutirlo. Ni me parece mal que desearais mi muerte. Cada clan buscó lo mejor para su gente. No culpo a los Campbell por ponerse de parte del rey Jorge. Muchos otros lo han hecho.

—Ni yo. Cada uno elegimos un bando sabiendo que uno de los dos resultaría el vencedor y el otro el vencido. Al menos al dividir a los clanes, la mitad seguirían adelante tras la guerra.

—Es una buena deducción. Bien visto, una parte del pueblo escocés saldría menos perjudicado —le dijo ayudándola a colocar una bala de heno—. ¿Está vuestra hermana sola al frente del clan?

Amy se quedó perpleja por esta apreciación. Por ese giro que le daba a la conversación. De un tema general como la rebelión, él saltaba al terreno personal de su hermana. Contempló a Colin sin entender a qué venía aquella cuestión.

—¿Todavía no os ha quedado claro desde que estáis aquí? —ella arqueó una ceja como si no entendiera muy bien a qué venía su pregunta.

—Sí, pero me refería a si está o ha estado casada. La guerra ha asolado el país.

—Soy consciente de ello, pero... —la repentina aparición de ella hizo que Amy se callara y se limitara a sonreír.

Colin se volvió para contemplarla. Ella le devolvía la mirada con curiosidad porque de camino a la cuadra, donde ambos se encontraban, le había escuchado preguntarle a Amy por su vida personal. Tal vez este hecho le sirviera a ella para enlazarlo con lo que tenía que contarle y proponerle.

—¿Se ha marchado el capitán? —preguntó Amy rompiendo el silencio que se había formado entre los tres.

—Acaba de hacerlo. Temí que pudiera reconocerlos cuando aparecisteis por la puerta de la casa.

—No tenía ni idea de que estabais con un inglés. Ni tampoco pude verle bien la cara, como le decía a vuestra hermana. Pero no creo habérmelo encontrado en estos años. Y aunque pudiéramos haber coincidido, las personas cambian mucho con el paso del tiempo y los rigores de la guerra.

—Tenéis razón. La situación que ha atravesado el país cambia a las personas. Por cierto, ¿cómo va vuestra herida? ¿Sentís alguna molestia? Aunque a juzgar por cómo estáis ayudando a mi hermana aquí, me atrevería a asegurar que no.

Colin sonrió divertido por escucharle ese comentario. Se sentó sobre una caja de madera, miró a Amy y arqueó sus cejas.

—Creo todos vuestros males desaparecerán en breve.

Brenna entrecerró los ojos sin saber de qué hablaba. Él permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho mientras la contemplaba de una manera que le provocaba cierta quietud. Creía que podría pasar horas haciéndolo porque en verdad que ella era más que atractiva para él. Algo en lo que había reparado en alguna de las ocasiones en las que ella había permanecido dormida en la habitación. Él se había despertado y la había contemplado con atención a la luz que se filtraba por la ventana. Dulce, tierna, todo un reclamo para cualquier hombre. La había estudiado con atención. Su cabello extendido por la improvisada almohada, sus pestañas moviéndose de manera casi imperceptible, sus labios entreabiertos, y su pecho subiendo al compás de su rejada respiración...

—¿A qué os referís?

La pregunta de ella lo sacó de sus pensamientos, nada oportunos en ese instante.

—Tengo pensado marcharme. Ya he abusado bastante de vuestra hospitalidad.

Brenna no esperaba escucharle decir algo así y por ese motivo se quedó clavada en sitio sin saber qué responder. No podía creer que lo hubiera dicho en serio y justo en ese momento en el que ella iba a pedirle que permaneciera en Cawdor por algún tiempo.

—Pero, debéis restableceros por completo. Recordad vuestra herida. Se os abrió porque...

—De eso hace ya bastante tiempo —le interrumpió su hermana—. Si quiere irse... que lo haga.

—Las continuas visitas de ese inglés podrían...

—Me habéis asegurado que es poco probable, por no decir imposible que os conozcáis. Y cómo os dije, mientras no confeséis vuestra verdadera identidad no hay inconveniente. Nadie en Cawdor va a traicionaros. Ahora bien, si en verdad es lo que queréis hacer... no os retendré contra vuestra voluntad —le dijo enrabiada porque no veía el momento de contarle lo que sucedía ni tenía idea de cómo iba a tomárselo, pero ella apostaba a que no de muy buenas maneras.

—Bueno... En eso tenéis razón. Pero creo que debería alejar de vos cualquier peligro que mi presencia aquí pueda causar, por pequeño que este sea.

Ella se acercó hasta quedar frente a él, retorciéndose las manos fruto de los nervios por decirle aquella tan personal e íntimo. Pero no tenía otra opción después de confesarle al capitán Fullarton lo de su matrimonio concertado por su padre. Se humedeció los labios y se aclaró la voz mientras la mirada de él permanecía fija en su rostro acrecentando sus nervios.

Amy se había vuelto con la mirada entornada hacia su hermana. ¿Qué le sucedía? ¿Su comportamiento tenía algo que ver con el capitán inglés? Se preguntó mientras sacudía la cabeza y permanecía más que expectante por cómo acabara la conversación entre ellos dos.

—No podéis hacerlo.

—¿Cómo? ¿Qué queréis decir? —Se incorporó de la caja en la que había permanecido escuchándola todo el tiempo. Frunció el ceño y la contempló con inusitada curiosidad.

—¿Por qué dices eso? —Amy se sobresaltó al escuchar a su hermana decirlo de una manera tajante y autoritaria.

—Os necesito.

Colin McGregor se había enfrentado a cientos de situaciones arriesgadas y comprometidas a lo largo de su vida. Escaramuzas con las tropas del rey Jorge, duelos a espada o con una simple daga de doble filo. Y nunca antes había sentido temor por cuál fuera el desenlace. Pero debía admitir que

aquella situación y esa mujer comenzaban a poderle.

—¿Cómo que me necesitáis? ¿Por qué? ¿Qué os sucede, Brenna?

Le gustó la manera en la que él pronunció su nombre. Su mirada y el semblante de su rostro reflejaban una mezcla de sorpresa e intriga por lo que significaran sus palabras.

—¿Tiene algo que ver con la visita del *sassenach*? —Amy se mostró directa, dirigiéndose y mirando a su hermana con toda intención.

—Necesito que me hagáis un favor.

—Decidme. Estoy en deuda con vos y con el clan Campbell por salvarme la vida y darme cobijo en Cawdor —le confesó extendiendo sus brazos con las manos abiertas hacia ella como si se rindiera ante la evidencia.

Brenna se aclaró la garganta, se humedeció los labios e inspiró hondo. No había pasado por ese trance ni por otro parecido en su vida. Sabía que lo que tenía que decirle y pedirle no era nada fácil.

—Antes de decir nada, dejadme explicároslo todo —le advirtió para que no le resultara un golpe duro de digerir, que apostaba que así sería. Lo vio asentir. Luego intercambió una mirada con su hermana, Amy, quien estaba igual de intrigada que Colin—. El capitán Fullarton tiene un interés especial en cortejarme, algo que no me agrada en absoluto. Pero esta mañana con su visita ha venido confirmar lo que me temía. Para evitar hacerle ilusiones le he dicho que ya estoy prometida.

—Pero, ¿qué tiene eso que ver conmigo? —Colin hizo la pregunta sintiéndose bastante desconcertado.

Y Amy por su parte se temía lo peor. Su hermana no tenía ni había tenido prometidos en estos años. La contempló retorcerse las manos fruto de los nervios que la tenían prisionera. O mucho se equivocaba, o su hermana iba a cometer una locura.

—Necesito que os hagáis pasar por mi prometido.

Colin resopló al escucharla. Dio unos pasos atrás para volver a apoyarse en las cajas de madera, que había allí porque temía que podía perder el equilibrio por la debilidad de su cuerpo. Sin duda que no estaba restablecido en su totalidad.

Amy sacudía la cabeza sin poder dar crédito a la explicación de su hermana. ¿Cómo se atrevía a pedirle algo semejante a él? ¿Se había vuelto loca o qué?

—¿Algo más?

—Le he asegurado que mi padre concertó mi matrimonio con otro clan. Con una rama del clan Campbell y que vos sois mi prometido.

—Pero no es cierto. Es un invento tuyo —Amy entornó la mirada en dirección a Brenna que se limitó a asentir.

—Pues claro que no lo es. Nuestro padre no concertó ningún matrimonio para mí

Amy abrió los ojos como platos y resopló. Aquello no podía estar sucediendo.

—Pero, ¿por qué no le habéis dicho que no tenéis ningún interés en casaros con él?

—No quiero que mi decisión perjudique al clan. Lo entendéis, ¿verdad?

—¿Lo haces por nosotros?... —Amy contempló a su hermana con la boca abierta—. ¿De qué tienes miedo?

—Vuestra hermana teme que el inglés pueda ir contra los Campbell si ella rechazara su propuesta.

—¿Por qué habría de hacerlo si siempre nos hemos mostrado partidarios del rey Jorge? Aunque no nos haya agradado mucho hacerlo, la verdad —aclaró esbozando una sonrisa irónica.

—Es cierto que lo hemos apoyado, pero con la rebelión terminada puede suceder cualquier cosa, Amy.

—Incluido lo que acabo de deciros —resumió Colin asintiendo con gesto preocupado.

—¿Sería capaz de hacer algo así? Parecéis conocer muy bien a los hombres —se burló Amy al escuchar la conclusión a la que el McGregor había llegado.

—De eso y más. Vos no habéis visto lo que yo. Y creedme que no os gustaría saberlo —Colin arqueó sus cejas en señal de advertencia.

—¿Qué más le has dicho al capitán? —preguntó Amy volviendo la atención a su hermana y al tema en cuestión.

—Le he asegurado que habéis combatido en la guerra y que os estoy esperando para llevar a cabo nuestro matrimonio. Ha sido lo primero en lo que he podido pensar con claridad. Creedme que no me hace gracia ponerlos en este aprieto sabiendo quién sois —le dejó claro mirándolo de manera fija haciéndole ver que no le había quedado otra salida.

Ella arqueó una ceja mirándolo con todo el interés para ver su reacción. Hasta ese momento no había sido tan mala como ella esperaba. Estaba aturdido, era lógico. Pero no había salido corriendo de la cuadra. Ni había dicho que no de una manera clara y rotunda, por ahora. Estas dos reacciones jugaban a favor de ella. Al menos lo pensaría. Esa era la impresión que le daba su reacción.

—Nunca me han propuesto matrimonio —dijo sonriendo fruto de los nervios que todo aquello le producía. Dejó la mirada perdida en el vacío y la mente en blanco por unos instantes. No quería pensar en nada. Pero en aquella situación era algo inevitable. Levantó la mirada y la fijó en ella con exacerbada curiosidad y temor. Pero fue Amy la que se anticipó a los pensamientos del McGregor.

—¿No pretenderás llevarlo a cabo? Me refiero a que todo esto es una excusa para espantar a ese oficial inglés ¿no, Brenna?

Esta abrió la boca para rebatir aquellas palabras de inmediato, pero al ver cómo él se incorporaba y daba un paso amenazante hacia ella, se contuvo y aguardó a que él se tranquilizara. Sin duda que lo había asustado.

Colin la vio retroceder ante su ímpetu.

—Disculpadme si os he asustado con mi gesto. Es que...

—No, es lógico que vos reaccionéis de esa manera. Todo esto es demasiado repentino y serio como para no hacerlo. Os entiendo. Para que os quedéis más tranquilo, sabed que solo se trata de una representación para que el capitán se olvide de mí.

—Claro, claro. Una representación —asintió Colin sacudiendo la mano en el aire, restando importancia a ese hecho.

—¿Y si no lo hace? ¿Qué haréis? —Amy no terminaba de verlo claro. La locura de su hermana podía ir demasiado lejos según lo veía ella.

—Lo hará cuando vea que él existe —le aclaró muy segura de sus palabras. Contempló a Amy y percibió la preocupación lógica en su mirada.

—Tendrás que presentárselo, entonces. Con el consabido riesgo de que alguien cercano a capitán inglés pueda reconocerlo. Pretendes hacer justo lo que hemos evitado durante el tiempo que él lleva en Cawdor.

—Soy consciente de ello. Por ese motivo os pido que no os marchéis —dijo volviendo su atención hacia Colin McGregor quien no terminaba de creer que estuviera viviendo aquella situación.

El tono de ella lo conmovió en cierto modo. Le debía la vida. Era justo que ahora él aceptara su oferta, aunque le pareciera una completa locura.

—Y no lo haré. Quedaos tranquila Brenna. Os lo debo, ya os lo he dicho antes. De manera que podéis contar conmigo. Pero sed consciente del riesgo que corréis desde el momento en el que me presentéis como... —Colin se detuvo antes de pronunciar aquella palabra. Se le hacía extraño hacerlo. Sintió la boca seca. Inspiró y asintió convencido de ello—. Vuestro prometido.

Se escuchó el bufido de Amy al ver que él aceptaba ser parte activa de aquella farsa que podía costarle caro a todos.

—Si el capitán o alguien lo descubre, ya podéis rezar vuestras oraciones porque os matará —le dejó claro Amy a un Colin que no parecía dispuesto a retroceder.

—Tal vez entonces haya llegado mi hora —dijo con total naturalidad.

—Estáis loco, Colin McGregor —le aseguró sacudiendo la cabeza antes de lanzar una última mirada a su hermana y abandonar el lugar dejándolos solos.

—Estáis a tiempo de echaros atrás. Que le haya dicho al capitán Fullarton que estoy esperando el

regreso de mi prometido, no os obliga a quedaros. Siempre puedo decir que sigo esperando.

Colin sonrió.

—¿Y qué haréis? ¿Tejer un tapiz como Penélope esperando el regreso de su amado Ulises?

—Vaya, sois un hombre instruido en las historias clásicas.

—De pequeño escuchaba las historias de los héroes de la antigüedad clásica en casa, junto al hogar. Ulises, Aquiles, Hércules...

Ella logró esbozar una sonrisa tímida cuando lo escuchó. Los nervios del momento inicial desaparecieron. Después de todos sus temores, la conversación no había ido tan mal como había esperado. Confiaba en que todo lo demás fuera igual de sencillo.

—Hay algo más.

—¿Qué más puede haber después de haberme pedido que sea vuestro prometido? —le preguntó acercándose un poco más a ella y contemplándola con la mirada entornada con curiosidad.

Brenna retrocedió al verse algo intimidada por la presencia cercana de él.

—Pasado mañana se celebra una recepción o una pequeña fiesta para celebrar el fin de la guerra y la victoria de los ejércitos del rey Jorge —comenzó diciéndole mientras el gesto de él cambiaba—. El clan Campbell está invitado por haber sido un apoyo importante para la corona.

—Entiendo que tendré que ir ¿verdad? ¿Es eso lo que tratáis de decirme? —Colin endureció el tono de su voz y arqueó una ceja con suspicacia.

—Sí. Sería conveniente que fueseis conmigo.

—En calidad de prometido...

—Sí. De ese modo el capitán Fullarton quedaría satisfecho y me dejaría tranquila.

—¿No ansiáis un matrimonio con un inglés bien posicionado? Como bien decís el clan Campbell siempre ha estado al lado de la corona inglesa —le recordó con mordacidad viéndola en un ligero aprieto—. Aunque al escuchar a vuestra hermana hace un momento, no parece que fuera una elección acertada.

Brenna cogió aire y se tragó su orgullo. Era cierto.

—No.

—¿No qué? ¿No queréis casaros? ¿O no queréis hacerlo con un inglés?

Ella apretó los dientes y cerró sus manos envarándose ante él.

—No me gustan los ingleses y ya os he dicho que si los Campbell se aliaron con el rey Jorge fue buscando el bien del clan. Pero sabed que nos ha dolido tanto o más como a vos ver a nuestros compatriotas escoceses caer derrotados. Y ahora temo que una vez terminada la guerra, las nuevas normas de Londres puedan afectarnos —ella tenía el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. Las manos cerradas en puños como si fuera a golpearlo de un momento a otro.

Colin sonrió divertido al verla de aquella manera. El genio encendido. Ese que seguramente le había sacado de mil y un inconvenientes.

—No hace falta que os pongáis así. Pareciera que fueseis a matarme. Y os advierto que os quedaríais sin prometido.

—Tal vez me equivoqué con vos —le espetó queriendo alejarse de él pero la mano de Colin la retuvo y la atrajo hacia él con determinación para quedarse mirándola a los ojos de manera fija.

Su cuerpo se acopló al de él con total naturalidad y perfección; como si en verdad estuvieran destinados a encontrarse después de todo. Colin sonrió con ternura y calidez sin ser consciente de lo que su gesto le provocaba a Brenna.

Esta acusó la cercanía del cuerpo de él notando la falta de aire en sus pulmones. El temblor en sus piernas y el calor por todo su cuerpo. Se había quedado contemplándolo a la espera de que él le dijera algo.

—Una pequeña discusión de enamorados. Porque supongo que ambos lo estamos, ¿no?

Ella entreabrió los labios para tomar aire.

—Solo es una representación. No estaríamos en nuestros cabales si por algún motivo llegáramos a

estarlo...

Él torció el gesto decepcionado por aquel comentario de ella. Era una mujer bonita a la que acababa de darse cuenta que le gustaría besar. Y a la que también gustaría tener entre sus brazos, como en ese caso.

—Es cierto. Solo es una comedia. Prometo representarla lo mejor que sepa y pueda. Quedaos tranquila —le aseguró cubriendo la mejilla de ella con su mano para que después el pulgar hiciera el resto.

Brenna sacudió la cabeza de manera leve cuando experimento aquella leve sacudida en todo su cuerpo. Cuando la tibia caricia de su mano le arrancó un suspiro y ella hubo de humedecerse los labios por temor a que él la besara. Sin embargo, se vio libre del abrazo de él al instante.

Colin la contempló con una mezcla de fascinación y lástima. Fascinación porque en verdad que ella era una mujer sin igual que había conseguido llamar su atención desde el primer momento. Pero todo se había complicado de una manera que le daba rabia porque aquello solo fuera una comedia para alejar al inglés de ella. Nada más. Y él que pensaba marcharse de Cawdor, pensando que al final ella lograría introducirse en su interior y no tendría sentido permanecer allí.

Brenna se quedó contemplándolo. El destino era caprichoso. Había puesto en su camino a aquel hombre, al que había curado de su herida y ayudado a reponerse. Y al que ahora pedía un favor algo arriesgado.

Colin apretó los labios sin poder dejar de pensar una y otra vez en lo mismo. ¿Y si la comedia se volvía realidad? ¿Y si las miradas fingidas, las caricias o los bailes que compartirían daban pie a algo más serio y más profundo? ¿Qué harían entonces? se preguntó mientras ella permanecía delante de él.

—Más tarde seguiremos hablando del tema. Necesito tiempo para comentárselo a Malcom y Audrey, para que no se lleven sorpresas de por qué os quedáis o por qué os mantenéis a mi lado. Ya habéis sido testigo de la reacción de mi hermana.

—Descuidad. Estaré a vuestra disposición para lo que me necesitéis.

—Gracias.

Él la contempló alejarse por el mismo camino que había tomado su hermana Amy. Se pasó la mano por la nuca y sacudió la cabeza tratando de despejarse de todo aquel maldito embrollo en el que se había metido. Sonrió al pensar en Brenna y en la situación que había creado para sacarse de en medio al inglés. Sin duda que no lo había pensado de manera fría y cabal. De haberlo hecho no se le habría ocurrido. Pero ya era tarde para echarse atrás. Y él no era un hombre que retrocediera ante el peligro. Y menos que se rindiera. Y no iba a hacerlo a estas alturas.

—¿Qué le habéis dicho qué... al capitán? —le preguntó Audrey mirando a su señora con los ojos abiertos hasta su máxima expresión, como si estos fueran a salirsele. Mantenía la boca abierta boqueando como un pez y sacudía la cabeza.

—¿Os habéis vuelto loca, muchacha? —preguntó Malcom contemplándola como si hubiera perdido el juicio—. Una cosa es hacerlo pasar por un Campbell más y otra que sea vuestro prometido. ¿Sois consciente de lo que ello supone?

—Podrías haberle dicho al capitán Fullarton que no tenéis intención de casaros. De una manera educada, pero podrías haberlo hecho —le sugirió Audrey mirando a su señora con una mezcla de desesperación y temor.

—Lo sé. Pero en ese momento fue lo primero que pensé. Inventando un compromiso con un miembro de otro clan por parte de mi padre creía que era la opción más acertada. Además, no quería rechazarlo de buenas a primeras porque pienso que puede sentirse herido en su orgullo.

—Imagino que ya lo estará —sentenció Malcom asintiendo convencido de ello.

—Solo espero que mi respuesta le haga desistir en su propósito de cortejarme.

—Para ello tendréis que presentar al McGregor como vuestro prometido —resumió Audrey llevándose la mano al pecho.

—Lo sé. Soy consciente de ello.

—No estoy seguro de lo que seáis. ¿Y cuándo se supone que vais a hacerlo? —Malcom arqueó una ceja con sentido de suspicacia.

Brenna deslizó el nudo que aquella conversación había formado en su garganta. Cogió aire y mirando al bravo escocés se lo dijo.

—El capitán nos ha invitado a la celebración del final de la guerra y la victoria sobre el Estuardo. Dentro de dos días.

—Y pensáis presentaros del brazo del McGregor —resumió Malcom.

—No me queda otra.

—Es una locura tras otra, Brenna. Primero acogerlo en Cawdor para curar su herida y ahora convertirlo en vuestro prometido. ¿No comprendéis que cuanto más tiempo pase aquí, más riesgo habrá que algún inglés lo reconozca? Acabaréis poniendo al clan y a él en peligro.

—¿Y él qué piensa de todo esto? —Audrey quería poner algo de calma a la conversación que se había tornado en una discusión en toda regla. Tal vez Malcom tuviera razón, pero Brenna era la señora de Cawdor, *chieftain* de los Campbell en aquel territorio, y como tal se le debía respetar.

—Sí, eso es lo importa. ¿Qué opinión os ha dado él? Imagino que estará tan sorprendido o más que nosotros —apuntó Malcom cruzando los brazos sobre su pecho y frunciendo los labios en una mueca de desagrado.

—Está dispuesto a colaborar conmigo. Dice que me lo debe por haberle salvado la vida.

Audrey resopló. Y Malcom sacudió la cabeza.

—No sabe dónde se mete. Ese testarudo. Debería montar en un caballo y marcharse antes de que lo maten —sugirió el escocés ofuscado por el comportamiento de su señora, pero más si cabía por el de ese loco de McGregor.

—Es un hombre de honor. No ha vacilado ni un solo instante —Brenna salió en defensa de él porque comenzaba a estar algo cansada de que dos de las personas en las que más confiaba se mostraran tan reacias. Ella era consciente de lo que había provocado, pero no necesitaba que nadie más se lo recordara. Se bastaba ella sola. Lo que necesitaba en ese momento era todo el apoyo posible para que la situación saliera bien.

—Pero aceptar semejante locura... Lo mejor que podría hacer es marcharse de aquí antes de que algo malo le pase después de haberle salvado la vida; como os ha dicho Malcom —recordó Audrey con el corazón en un puño por el futuro que pudiera correr su señora.

—Ya es tarde para eso. Me ha dado su palabra de ayudarme en todo cuanto precise de él a cambio de haberle salvado la vida —confesó dejando clara cuál era la situación en ese momento.

—El McGregor tiene honor y lealtad. No en vano siguió al príncipe Estuardo hasta el final consciente de cuál sería el resultado —apuntó Malcom asintiendo mientras miraba a Brenna—. Solo espero que todo salga bien. Y que esta comedia que vais a representar no se os vaya de las manos a ninguno de los dos porque entonces estaréis perdidos y nadie podrá salvaros —le resumió él mirándola con cariño.

—A veces me gustaría haber nacido hombre. De ese modo habría combatido y quién sabe...

—No digáis eso por muy ofuscada que estéis —le cortó Audrey de manera tajante mientras tomaba sus manos en las de ella y esbozaba una sonrisa—. Sois la dueña de Cawdor y de todas las tierras colindantes a este. Sois la heredera del clan Campbell y por lo tanto su jefe, su *chieftain*. Y todos debemos obedeceros y ayudaros, aunque vuestras decisiones nos parezcan poco acertadas. Tenedlo presente. Habéis decidido que esto era lo mejor para vos y así será.

—Todo saldrá bien —asintió Malcom.

—¿Me lo decís para que me tranquilice o porque pensáis que así será?

Malcom sonrió ante la pregunta de ella. Pero más si cabía por la mirada de recelo que le dedicó mientras arqueaba su ceja derecha.

—Estoy convencido de que el McGregor se comportara con vos como debe. Y nada malo os sucederá. De lo contrario le rebanaré el pescuezo y esta vez ni vos ni nadie lograréis curarle la herida —asintió mirándola con determinación.

Brenna sonrió nerviosa.

—Es un consuelo saber lo que le sucederá.

—Espero no tener que cumplir mi palabra —Malcom sonrió con ironía contagiando a su señora —. Es mejor dejarlo estar hasta pasado mañana.

Brenna asintió en silencio mientras en su interior se había desatado una batalla entre su deber y su obligación. Se quedó sola en el salón contemplando como el fuego chisporroteaba en el hogar devorando los leños sentada frente al calor que desprendían. No quería darle más vueltas a su decisión. Había sido una imprudente. Se había dejado llevar por el instante en el que se vio agobiada por Fullarton y sus pretensiones de cortejarla. No, no quería que él lo hiciera. No se sentía atraída por él lo más mínimo y era un inglés, un *sassenach*. Pensó en el McGregor de buenas a primeras sin ser consciente de que lo estaba haciendo. Algo en su interior le dijo que era lo correcto. Que pensara en él de aquella forma. Pero, ¿por qué lo había involucrado en su locura? Tal vez pensó que él no se negaría después de que ella le hubiera salvado la vida. Algo egoísta por su parte, pero ya no podía hacer otra cosa. Le había sorprendido que él aceptara tan rápido. Sin ni siquiera mostrar oposición. Lo había aceptado porque creía que se lo debía a ella. Pero luego, cuando la retuvo entre sus brazos y la miró a los ojos dejando que su mano le acariciara la mejilla...

Brenna sintió que su corazón comenzaba a ganar velocidad en su pecho, que su piel volvía a erizarse como entonces y que un escalofrío reptaba por su espalda hasta erizarle el vello de la nuca. Solo pudo dejar escapar un gemido bastante revelador que la hizo arrellanarse en el sillón sin perder de vista las llamas.

Colin permanecía contemplando la vasta extensión de terreno frente al castillo de Cawdor. El idílico paisaje de las tierras de Moray. Por suerte la guerra no había llegado hasta allí para arrasarlo todo. La guerra, pensó. Por fin había terminado, aunque no con el resultado que él hubiera deseado, claro estaba. Le habría gustado volver a ver a un Estuardo sentado en el palacio de Whitehall. Pero esa imagen no creía que se volviera a repetir. Y de hacerlo, él no viviría para verlo. Se lamentó de ello, pero se sintió agradecido por seguir con vida. Gracias a *ella*. Se quedó mirándola mientras repartía tareas con varios hombres y mujeres y no pudo evitar sentir cierto orgullo por ella. Por cómo había salido adelante a pesar de las circunstancias que habían rodeado al país.

—Todo un ejemplo de coraje, pundonor y lealtad hacia los suyos.

Colin no se percató de la llegada de Malcom junto a él hasta que no lo escuchó dirigirle aquel comentario.

—La admiro.

Malcom hizo un gesto con el mentón hacia ella.

—Vos y cualquiera del clan Campbell.

—Una mujer sin igual.

—Os referís a ella como si tuvieseis cierto interés —le dijo el viejo escocés con una media sonrisa a caballo entre la diversión y la ironía.

Colin balbuceó.

—Yo... No... La verdad...

—¿Nervioso por lo que acabo de sugeriros?

—No. Yo... Todo esto es algo que no esperaba. Algo que se me escapa de las manos.

—Pues hacedme caso y sujetadlo bien para que no termine de irse de vuestras manos —le sugirió

haciendo un gesto con su mentón hacia Brenna.

—Supongo que sabéis cuál ha sido su ocurrencia para alejar al capitán inglés.

Malcom asintió con gesto serio.

—Le faltó tiempo para contárnoslo a Audrey y a mí.

—Amy también lo sabe. Estaba echándole una mano en las cuabras cuando Brenna se presentó para contárnoslo.

—Suponía que la pequeña de los Campbell ya se habría enterado. Pero desconocía la manera. Y también os digo que puedo hacerme una idea de cómo habrá reaccionado. Y ahora decidme, ¿qué opináis de todo ello? Ella asegura que no vacilasteis en aceptar su proposición porque asegurarais estar en deuda con ella por haberos salvado la vida.

—Sí. Es lo menos que puedo hacer en agradecimiento.

—Pero aceptar ser su prometido... Sabed que no estáis obligado a hacerlo. De manera que olvidadlo.

—He dado mi palabra —le rebatió con firmeza mirando a los ojos al viejo Campbell.

—La de un McGregor que combatió bajo las banderas del Estuardo. ¿Por qué diablos lo hicisteis?

—Porque era lo justo.

—¿Lo justo? Dejadme decir que en esta tierra ya no hay justicia.

—¿Y el clan Campbell? ¿Por qué diablos sus hombres siempre han apoyado a Londres? ¿Por qué formaron parte de la milicia del ejército inglés? ¿Para preservar el buen nombre del clan? ¿Su honor?

—Era lo mejor en aquel caso. Desde que Jacobo fue expulsado de las islas el clan se vio obligado a apoyar al nuevo monarca cuando nombraron a John Campbell, 2º duque de Argyll, como el representante de Londres en Escocia. Con todo y con eso aguardamos con expectación el retorno de Jacobo reclamando su derecho al trono. Vos no habías nacido si quiera cuando yo estuve allí peleando. ¿Qué gané? Una cojera de por vida por una herida de bala a mis veinte años. Eso es lo que me dejó el príncipe Jacobo y su romántica idea de recuperar el trono del que había sido despojado. Su repentina huida a Francia decepcionó tanto a sus seguidores como a sus detractores, como se ha visto obligado a hacer su hijo.

—Entiendo que os decepcionara. Pero tuvisteis la opción de desquitaros ese mal sabor de boca siguiendo a Carlos Estuardo.

—No, muchacho. Después de treinta años viviendo en paz con el gobierno de Londres, los Campbell no iban a cambiar de bando sabiendo cuál sería el resultado. Brenna decidió no levantarse en armas contra Londres para no perder lo poco que tenemos y que tuvimos que reconstruir hace treinta años. No creáis que por haber apoyado a Londres en su día las cosas han sido fáciles. Los ingleses no se olvidan que somos escoceses, no sé si me entendéis. Aunque peleemos bajo sus banderas. Y a vos, ¿qué os ha traído el Estuardo? Miraros, derrotado y humillado por los *sassenach*.

—Al menos sigo vivo —sonrió sabiendo que era cierto lo que Malcom Campbell le refería. No podía discutir con él porque acabaría derrotado por la evidencia de la situación.

—Gracias a ella y en pago vos aceptáis ser su prometido —le recordó con una sonrisa maliciosa y sacudiendo la cabeza sin terminar de creerlo. — Sois más necio de lo que pensaba en principio.

—Ya os he dicho que se lo debo.

—¿Hasta cuándo? —preguntó sembrando de dudas la mente de Colin—. Una semana, un mes, un año. Porque dejad que os diga que podréis representar vuestra comedia durante un tiempo. Pero llegará el día en el que tendréis que decidir qué hacer. Supongo que me entendéis —le advirtió haciendo un gesto con sus cejas bastan explícito.

—No lo sé. Supongo que el compromiso será por un tiempo prudencial. El que Brenna estime oportuno. Ha sido ella la que ha ideado este plan, no yo —le dijo de manera tajante mientras sentía la rabia de pensar en ello—. ¿Creéis que no lo he pensado?

—Dejad que os diga que, si de verdad lo hubieseis hecho, os habrías montado en un caballo de regreso a vuestra casa, muchacho —le espetó encarándose con él de manera directa, como si fuera a

golpearlo de un momento a otro—. Os repito que sois un loco o un necio por haber aceptado tal propuesta de ella.

—¿Preferís que el *sassenach* la corteje?

—No, claro que no. ¡Por San Andrés! ¿Por quién diablos me tomáis? No soy un estúpido porque haya combatido al lado de los *sassenach*. No quiero verlo merodeando por Cawdor. Pero tal vez se habría cansado de esperar una respuesta afirmativa por parte de ella. Se habría buscado a otra muchacha casadera en Inverness o en los alrededores. O incluso podría regresar a Inglaterra y una vez allí encontrar una esposa. Pero ahora no lo sabremos. Es más, no sé si ella es consciente en verdad del peligro que ha creado con este compromiso.

—¿Por qué estáis tan seguro? Se ha quitado de en medio al inglés.

—No, ese capitán es un zorro. No creáis que va a rendirse de buenas a primeras. Ansía el castillo de Cawdor y casarse con su dueña. Indagará en vuestra vida para saber quién demonios sois. De dónde habéis salido. No, muchacho. Mi señora no ha calculado ese riesgo entre otros varios — Malcom entornó la mirada y emitió un sonido gutural muy concluyente.

—Estaré alerta a todo esto que me decís.

—Sí, seguro que lo estaréis con una mujer tan bonita como Brenna Campbell. Tal vez incluso se os pase por la cabeza seducirla y conquistarla —le aventuró mientras lo palmeaba en el hombro y reía con toda intención—. Pero ya os aviso desde este momento que no es nada sencillo llegar a su corazón. Tenedlo presente en todo momento. No esperéis a una damisela en peligro. Ni a una mujer receptiva de vuestras muestras de cariño. Os aconsejo que no os toméis lo del compromiso al pie de la letra.

—¿Por qué tiene que ser cómo decís?

—No tiene que ser como yo digo, en efecto. Pero reconoced que esta situación dará pie a ello. Deberíais dar un paseo por los alrededores de Cawdor para familiarizaros con todo esto. No en vano sois su prometido... y tal vez futuro señor consorte de Cawdor —le recordó haciendo un gesto con el mentón hacia Brenna.

Colin sacudió la cabeza sin terminar de creer que aquello fuera a suceder. Que le hubiera prometido ayudarla para alejar al inglés no significaba que fuera a llevar a la práctica su papel de prometido, como le advertía Malcom. Reconocía que Brenna era una mujer atractiva. Admiraba su personalidad por encima de todo porque no habría sido nada fácil hacerse cargo del clan, ni de todas sus posesiones. Pero no creía que él fuera a perder la cabeza por ella en ningún momento. La contempló mientras ella se despedía de su hermana. Y entonces volvió el rostro como si estuviera buscando a alguien. Cuando sus miradas se encontraron Colin se percató del rubor en sus mejillas, así como de una tibia sonrisa. Alzó la mano para saludarlo, pero lo que en verdad le estaba diciendo era que fuera hasta ella.

Brenna lo había visto charlar con Malcom durante un rato largo. Seguro que una buena parte de la conversación habría tenido que ver con la proposición que ella le había hecho. Colin caminó con seguridad y aplomo hacia dónde estaba ella mientras volvía su rostro hacia ambos lados como si pretendiera no quedarse mirándola de manera fija.

Él se detuvo a cierta distancia de ella. No quería que el espacio entre ellos fuera demasiado corto. Y más si pensaba en lo sucedido en la cuadra el día anterior cuando la rodeo con sus brazos y la atrajo hacia su pecho.

—¿Qué queréis?

—Os vi charlando con Malcom y me preguntaba si necesitáis algo.

Colin sacudió la cabeza.

—Estaba contemplando la extensión de terreno cuando él me sorprendió.

—Si queréis podemos dar un paseo para que las veáis. Aquellos son los jardines, donde hay gente trabajando para mantenerlos vivos después de la guerra; aunque no ha llegado hasta nuestras puertas.

—Sí, habéis tenido suerte de que no haya pasado por aquí ningún destacamento de jacobitas.

—¿Insinuáis que podría habernos sucedido algo malo?

—La gente pierde el control cuando hay una guerra por medio. Por suerte no os ha tocado.

—¿Os ha comentado Malcom algo acerca de mi propuesta? —Ella entornó la mirada deseosa de saber qué pensaba después de que hubiera pasado el tiempo.

—Me ha preguntado qué me parecía. Nada más.

Ella se mostró inquieta porque no estaba segura de si él se quedaría y cumpliría su palabra después de todo. Tal vez en un primer momento, llevado por la generosidad y el honor...

—¿Y qué le habéis dicho?

Colin percibió cierta duda en el tono de su voz que él se encargó de despejar.

—Os he dado mi palabra de ayudaros como agradecimiento a que me salvaseis la vida. Quedaos tranquila... No voy a desertar de mis obligaciones como un cobarde en mitad de la noche.

—Os lo agradezco. Pensé que tal vez esta mañana...

—¿Me habría subido a un caballo y me habría largado de aquí? —Colin elevó sus cejas con expectación al ver el semblante de preocupación de ella—. Dejad que os diga que hubiera sido lo más juicioso. Desaparecer y no volvernos a ver.

—¿Lo habéis pensado? —ella dio un paso hacia él con el brazo extendido como si pretendiera retenerlo con su mano. Pero se dio cuenta de este gesto en el último instante.

—No. No se me ha pasado por la cabeza. Me quedaré en Cawdor. En las tierras del clan Campbell hasta que vos decidáis que es suficiente.

—¿Yo?

—Sí, vos. Me marcharé cuando no os haga falta. Cuando el *sassenach* se canse de esperaros y vea que debe buscarse otra dama para casarse. Entonces podré irme y vos no tendréis ese problema —le aclaró de manera resuelta y sin darle la menor importancia.

—¿Estáis convencido de que sucederá? ¿Qué el capitán se cansará de esperarme y se buscará otra joven a la que cortejar? —ella sentía una mezcla de incredulidad y diversión por lo que él había dicho, pero también por la forma: sin darle mayor importancia.

Colin asintió convencido de que eso sería lo que pasaría. ¿Cómo no iba a pensarlo?

—No creo que ese capitán vuestro...

—No es nada mío —le interrumpió cuando lo escuchó referirse a este de esa manera. Elevó el mentón y entrecerró sus ojos mientras sostenía la mirada del McGregor.

—Disculpad. Es una manera de hablar.

—Pues cambiad vuestra manera de hacerlo cuando os estéis refiriendo a él con relación a mí.

Colin no evitar sonreír al notar como ella sacaba su temperamento.

—Me ha quedado claro. Como decía no creo que se pase la vida esperando por vos. Tarde o temprano se cansará.

—Y vos os marchareis de Cawdor... —Brenna entornó su mirada hacia él mientras notaba el temblor en sus palabras y un extraño vacío en su estómago. ¿Acaso pensaba que iba a echarlo de menos cuando se fuera?

Aquella pregunta dejó a Colin sin reacción. Pero lo que no esperaba era que ella lo contemplara de aquella forma. Creía que sería lo más justo una vez que el inglés renunciara a ella. ¿Por qué percibía cierta duda en su mirada y en sus palabras?

—Se supone que es lo que debería hacer, ¿no?

Colin recordó las últimas palabras de Malcom acerca de si se le había pasado por la cabeza tratar de conquistarla sin necesidad de representar el papel de falso prometido. Contemplándola en ese preciso instante, él no podría jurar que no le gustaría hacerlo. Y más cuando percibía algo en la mirada de ella que se asemejaba a cierta desilusión.

Brenna asintió.

—Sí, claro. Es lo más... lógico... en este caso —Se retorció las manos e intentaba no quedarse con su mirada fija en el rostro de él—. Vos no sois un Campbell. No conseguirías sentir lo que

nosotros por esta tierra y, además, sois un leal seguidor del príncipe Estuardo —le recordó con un tono mordaz.

—Sí. Pero creo que eso carece de valor una vez que el príncipe ha regresado a Francia, ¿no creéis?

—Sí.

Se quedaron en silencio como si ninguno supiera qué decir para mantener la conversación. Brenna se sentía rara después de escucharle decir que se marcharía en cuanto ella no lo necesitara. Le había sonado algo frío y distante. Pero, ¿cómo esperaba que reaccionara él? Le pagaría su gratitud por salvarle la vida representando un papel carente de emoción y sentimientos reales.

—Por cierto, necesito un apellido. Dijisteis que pertenezco a una de las ramas del clan Campbell —Colin quería romper el silencio que se había impuesto entre ellos—. Y sería bueno inventar una historia acorde a mi situación. No queremos que nadie descubra el engaño, ¿no creéis?

—Tenéis razón. Lo primero que debemos hacer es cambiaros el McGregor —sonrió ella—. Esta tarde la pasaremos en la biblioteca y buscaremos entre los libros de la familia el nombre del que clan que más os convenga.

Vio como ella se colocaba varios mechones de pelo detrás de las orejas, sonreía divertida y lo miraba con confianza y determinación. La parecía convencida de lo que decía, de sus palabras y de sus actos. No parecía temer la situación, o esa era la impresión que le daba.

En ese preciso instante por su mente pasaba una sola pero inquietante cuestión: ¿en verdad sería capaz de abstraerse a sus encantos y no intentar llegar a ella? Si ella se mostraba tan entusiasmada con el hecho de crearle un pasado, ¿cómo podría rechazarla? ¿Cómo no se dejaría arrastrar por su predisposición?

Horas más tarde, Brenna y él penetraron en la amplia biblioteca de Cawdor. Sus amplios y altos muebles de madera estaban repletos de libros, pergaminos y legajos de documentos. Había una gran mesa en el centro con un jarrón que contenía flores. Los grandes ventanales cuyas cortinas de color borgoña, como el vino, estaban recogidas para que la luz entrara a raudales en la estancia. La alfombra que cubría parte del suelo había conocido tiempos mejores, sin duda, pensó Colin al fijarse en esta. El hogar estaba encendido ya que la estancia estaba desangelada. Sobre la repisa había candelabros con velas, varias *claymore*, con la empuñadura recubierta, cruzadas entre ellas, un broquel de madera que habría pertenecido a algún antepasado del clan. Había una *claymore* de las que se sujetaban con dos manos, como la que esgrimió William Wallace durante las guerras de la independencia de Escocia. Prefería recorrer con su mirada toda la estancia a quedarse contemplándola a ella. Aunque lo hiciera por el rabillo del ojo, de una manera disimulada.

Brenna se había dirigido de forma rápida y segura hacia el fondo. Y allí estaba paseando su mirada y su mano por los libros de la estantería en cuestión. Él prefirió permanecer frente las armas del clan. La sintió caminar hacia él con un pesado libro entre sus manos. La había visto ayudarse de un pequeño escaño de madera de tres escalones para llegar a lo más alto de la estantería.

Sonreía complacida por haber hallado el libro que buscaba. Pero también sintió un ligero calor en su rostro cuando se fijó en la manera en la que él la estaba contemplando. Se aferró a este con determinación, como si temiera que se le fuera a caer por la agitación que sacudía su cuerpo. Lo dejó sobre la mesa y permaneció con sus manos sobre este unos instantes en lo que recuperaba la compostura. Luego, caminó hacia él, que permanecía contemplando los recuerdos de días de gloria para el clan.

—¿Os interesan las armas de mis antepasados? —le preguntó captando su atención.

Él se volvió sin ser consciente de lo que iba a encontrarse. La mirada de ella relucía con orgullo; sin duda provocado por los recuerdos de las hazañas del clan Campbell. Sus mejillas se tiñeron de manera lenta mientras sus labios se abrían.

—Admiraba el broquel. No es nada fácil ver un en estos días.

—No creáis. Algunos clanes todavía los conservamos.

—El escudo clásico de los guerreros. Y una *claymore* a dos manos, capaz de partir a un hombre por la mitad. De pequeño escuchaba las historias referentes a la batalla de Stirling Bridge. William Wallace esgrimía una. Era tan alta como vos.

—Esta lo es.

—¿Los Campbell fueron partidarios de Robert Bruce, me equivoco?

—No. No os equivocáis.

Colin asintió, apretó los labios e intentó no pensar en lo atractiva que la encontraba con su pelo recogido y cayéndole sobre uno de sus hombros. Cada vez que pensaba en su propuesta de falso compromiso, más ardua se la hacía la tarea de llevarlo a cabo sin pensar en poderla acariciar y besar.

—Decidme, ¿qué habéis estado buscando con tanto afán?

Ella sonrió por esta pregunta.

—Vaya, pensaba que vuestra atención había estado más atenta en las armas del clan que en lo que yo hacía —Brenna experimentó una leve ola de calor envolviendo su cuerpo y hacerse más latente en su rostro. Por ese motivo bajó su mirada.

—Sí, lo cierto es que estas me han llamado la atención. Pero no es menos cierto que os he observado de reojo, al escucharnos mover un escaño para subiros a este y localizar el libro que

buscabais —le refirió haciendo una señal hacia este con su mentón.

—Este es el libro de la historia de clan Campbell —le confesó volviendo a posar las manos sobre su lomo antes de levantar el rostro hacia él sin ser consciente de su cercanía. Por un momento le costó respirar teniendo que entreabrir sus labios para hacerlo. Pensó que la proximidad de él se había llevado el aire. Y que su mirada parecía estar escrutando su rostro en busca de algo. Pero, ¿el qué? se preguntó ella desviando la atención hacia el libro para abrirlo y centrarse en su cometido—. Aquí aparecen reflejados los nombres de las familias que han derivado del clan Campbell, así como sus aliados.

Colin se encontraba demasiado aturdido para poder decir algo. Tener el rostro de ella tan cerca y... Inspiró, sacudiendo la cabeza y centrándose en la tarea que les aguardaba.

—En ese caso, vos misma conocéis mejor la historia de vuestra familia que yo. Me vale cualquier apellido para ser vuestro prometido —le aseguró con una sonrisa cuya finalidad era disfrazar el hecho de que deseaba besarla en ese preciso instante y en aquel lugar.

Ella decidió pasar por alto sus atenciones y comenzó a pasar las páginas del libro en busca de un nombre para él.

—Procurad que la historia que inventemos sea creíble —le interrumpió obligándola a mirarlo una vez más—. Me refiero a que no me deis el nombre de un clan que pueda haber combatido al rey Jorge. Complicaríamos las cosas.

—Descuidad. No lo haré. De todas maneras, los Campbell siempre hemos sido leales a la corona inglesa, de igual modo que todas las ramas que han surgido de nuestro clan.

—¿Es cierta la historia de que vuestro padre os prometió hace años con miembro de otro clan?

Brenna sacudió la cabeza sin apartar la mirada del libro lo que llamó la atención de Colin.

—No, nunca sucedió nada igual.

—Entonces, ese supuesto prometido... ¿Nunca ha existido?

Ella se incorporó para quedarse contemplándolo de manera fija. Se humedeció los labios y se tomó unos segundos en responder.

—No. Ya os comenté que había sido un invento para alejar al capitán —volvió su mirada hacia el libro y sonrió—. ¿Qué os parece McIvor? Suena bien. Colin McIvor.

Este no prestaba atención a ese nombre, o en si iba bien o mal con el suyo. Se había quedado contemplándola a ella sin saber qué decir. Y cuando esta levantó su mirada para volverla a fijar en él, Colin solo fue capaz de esbozar una media sonrisa.

—Vamos, decidme algo. ¿Qué os parece? No tenemos todo el tiempo. Mañana deberéis acudir conmigo a Inverness como mi prometido y os aseguro que os van a mirar detenidamente.

—Y se preguntarán cómo es posible que me hayáis elegido —La respuesta la dejó con la boca abierta porque no esperaba semejantes palabras—. Quiero decir porque sin duda que podéis aspirar a alguien mejor que un McGregor, Brenna.

—No me importa lo que puedan pensar o decir de vos o de mí. Ambos sabemos lo que hay. ¿A vos si os importa la opinión de los demás? —le preguntó elevando su ceja con suspicacia.

Él permaneció en silencio pensando en lo que iba a decirle, pero lo descartó porque podría ser demasiado atrevido por su parte.

—No, claro que no. Mientras no os afecte a vos ni os ponga en entredicho.

—No os preocupéis. Ser la jefa de los Campbell en esta región no es nada sencillo. Supongo que algunas damas de la ciudad dirán que ya estaba tardando. Qué, cómo era posible que me mantuviera yo sola al frente del clan. Comentarios de ese estilo —ella le restó importancia sacudiendo la mano en el aire y volviendo su atención al libro de los clanes.

—Es cierto. Pero sin duda que habéis logrado algo impensable. Por lo poco que he visto en el tiempo que llevo en vuestras tierras y en vuestro castillo, la gente os respeta y os obedece.

—Ser quien soy es una gran ventaja —le recordó como si quisiera hacerle ver que así debía ser—. Yo velo por su seguridad y el bienestar de todos.

—Cierto, pero me refiero a que os respetan de verdad. Por la clase de persona que sois. Siempre atenta y dispuesta a ayudar y colaborar. Todavía no os he escuchado decir una palabra mal sonante a ningún miembro del clan. Ni siquiera un gesto.

—Oh, bueno... Tal vez se deba a mi carácter. Pero ser jefa aporta esa ventaja. Lo creáis o no. Imagino que en vuestro caso será igual. Me refiero al jefe del clan McGregor. A vos también os respetarán.

Colin esbozó una media sonrisa cargada de ironía.

—No, si tengo que quedarme aquí como vuestro prometido.

—Pero antes habéis asegurado que os marcharéis cuando ya no os necesite. Estáis seguro que el capitán se cansará de esperar. Y vos podréis regresar a vuestras tierras.

—¿Quién lo sabe? —permaneció en silencio unos segundos en los que evitó mirarla. Cogió aire y volvió a hablar—. ¿Qué clan me habíais sugerido antes? —Colin se apresuró a cambiar de tema antes de que este se volviera más personal. Debió marcharse hacía días cuando sintió que su herida estaba perfecta. Pero prefirió quedarse haciendo caso a las indicaciones de ella y ahora se había dejado enredar en un asunto del que no estaba seguro de cómo saldría.

Brenna se dio cuenta del giro que él le dio a la conversación y lo aceptó.

—McIvor.

—Colin McIvor suena bien. Mientras estos no hayan combatido al rey Jorge...

—No, quedaos tranquilo. Los pocos descendientes de ese clan se unieron a nosotros. Habitaban en las tierras de Lorn.

—Un poco lejos de aquí.

—Pero con la rebelión del Estuardo todas las familias se han reunido junto a los Campbell para formar parte de la milicia que apoyó al rey Jorge. Acabo de deciros que se integraron en nuestro clan.

Colin permaneció pensativo unos segundos. Luego asintió cuando se dio cuenta de que no tenía otra salida que aceptar aquella historia. No iba a echarse atrás en ese momento.

—De acuerdo. Luego yo he formado parte de esa milicia en teoría.

—Podría decirse que sí. Partisteis al frente y habéis regresado a Cawdor hoy mismo —Brenna contempló el gesto de desconcierto de Colin. Temía que alguien pudiera reconocerlo o asociarlo con el clan McGregor—. Y en cuanto a vos habéis estado viviendo en Lorn durante los años anteriores a la llegada del Joven Pretendiente. Si alguien se molestara en buscar a vuestros parientes, dudo que lo consiguiera. Muchos clanes pequeños acaban siendo absorbidos por los grandes.

—Como los Campbell —aseguró él sonriendo con suspicacia.

—Como los McGregor —le dijo ella dispuesta a no dejarse intimidar por él. Ya tenía suficiente con la cercanía de su presencia allí en la biblioteca.

—Está bien. Vos sois la que ha inventado toda esta farsa. Diré que después de Culloden pasé a recordaros el acuerdo entre nuestros respectivos padres —la miró a los ojos queriendo saber qué le provocaba el hecho de que le hubiera cogido la mano de una manera natural.

Brenna sintió la leve caricia de sus dedos en el dorso de su mano. Experimentó la misma sensación que cuando él le acarició la mejilla. No hizo ademán de separarse de su lado, sino que dejó que él siguiera transmitiéndole aquella sensación desconocida hasta entonces.

El sonido de pasos en la entrada a la biblioteca hizo que él apartara su mano de manera veloz, de igual modo que su mirada y sus pensamientos sobre ella. Todo a la vez.

—¿Estáis aquí? —la voz de Amy los había sorprendido.

Los dos intercambiaron sus miradas con cierta lástima, al parecer porque su hermana hubiera interrumpido aquel momento.

—Sí. Estábamos revisando el libro de los clanes —le explicó Brenna con total naturalidad mientras Amy caminaba hacia ellos.

—¿Para qué? ¿Acaso le estás contando la historia del nuestro?

—Buscamos el nombre de una familia asociada al clan —aquella explicación no pareció aclarar

demasiado a su hermana—. Si él es mi prometido debemos encontrarle un apropiado para él.

—Entiendo. ¿Pensáis seguir adelante con todo esto?

—Es tarde para echarse atrás —dijo Brenna segura de sus palabras.

—¿Y vos, lo habéis considerando en serio? —Amy entornó su mirada hacia Colin—. ¿Y si alguien pudiera relacionaros con vuestro clan, con los Estuardo...?

—Correré el riesgo.

—Para vos parece sencillo —Amy se quedó con la boca abierta al escucharlo.

—Cuando has llamado a las puertas de la muerte, pero te han arrancado de esta antes de que las abran, todo lo demás no me parece complicado. Puedo hacer el papel de prometido de vuestra hermana sin ninguna complicación —miró a Brenna en ese momento para dejarle constancia de esas palabras.

Esta acusó sus palabras sintiendo la calidez que transmitían. Y su piel se erizó cuando él se quedó contemplándola de aquella manera tan directa y tan llena de confianza y de calidez.

—Pero...

—Amy, todo está hablado entre Colin y yo. Se hará pasar por mi prometido que ha regresado del frente. La rebelión ha terminado. Inglaterra ha vencido y el príncipe Estuardo ha huido a Francia. No tiene por qué haber ninguna complicación.

—Temo que algo malo pueda suceder.

Amy no se lo dijo de manera directa a su hermana porque Colin estaba allí. Pero lo haría en cuanto estuvieran a solas. Temía que ella pudiera llegar a implicarse demasiado en aquella representación sin medir los riesgos que correrían; ni las consecuencias cuando todo ello terminara. ¿Quién le aseguraba que no llegara a sentir algo profundo por el McGregor? ¿Y si este se marchaba dejándola sola una mañana y sin despedirse? Para él sería sencillo hacerlo porque apostaba a que se tomaba todo esto como una aventura más.

—No tienes nada que temer —Brenna la sujetó por los brazos y la miró con cariño, pero también con aplomo y seguridad en sus palabras y en sus actos.

—Estaré al lado de vuestra hermana en todo momento velando por su seguridad. Porque nada malo le suceda.

Amy se volvió hacia él para envararse con la mirada entrecerrada.

—Escuchadme bien McGregor, haced sufrir a mi hermana una sola vez y os prometo que seré yo la que os abra las puertas del infierno para arrojaros a este.

—Con gusto os dejaré que me arrastréis hasta estas, si, como bien decís, hago daño a vuestra hermana aquí presente. Tenéis mi palabra. La de un McGregor.

Amy asintió sin apartar la mirada del rostro de Colin para demostrarle que ella hablaba en serio. Que no le temblaría el pulso llegado el momento.

—Os la tomo. Y vos tenéis la de una Campbell. Os aprecio, pero no permitiré que mi hermana sufra por vos. Quedáis advertido.

—Amy, ¿cómo te atreves a...? —Brenna estaba sobrecogida por la reacción de su hermana, pero más todavía cuando se vio interrumpida por Colin. Este sacudió la cabeza posando su mano sobre la de ella con delicadeza.

—Dejad que se marche. Tiene razón.

Amy asintió antes de abandonar la biblioteca dejando a la pareja a solas de nuevo. Colin McGregor inspiró hondo. Se dio cuenta de que su mano sujetaba la de Brenna todavía. La miró por un instante mientras ella seguía contrariada por lo sucedido allí.

—¿Por qué lo habéis hecho? ¿Por qué no me habéis permitido como señora de los Campbell rebatir la promesa de mi hermana?

Colin se quedó en silencio mientras la contemplaba encararse con él. Su respiración se había agitado en demasía haciendo que su pecho subiera y bajara con celeridad. Que sus mejillas se mostraran arreboladas y que algunos mechones flotaran libre en torno a su rostro. Él solo pudo

sonreír de manera tímida ante la furia desplegada por ella, lo que la encendió más.

—Os pido disculpas...

—¿Por qué demonios os estáis riendo? ¿Os ha hecho gracia que os amenacen de muerte?

Estaba tan cerca de él que podía aspirar el aroma femenino. Contempló su propio reflejo en las pupilas de ella y temió sucumbir a sus labios entreabiertos esperando ¿qué? ¿Que los hiciera suyos? ¿Qué la rebatiera?

—Claro que no.

—Pero, os estáis riendo —ella arqueó una ceja con suspicacia. Quería que él la aclarara qué diablos le sucedía.

—No de vos, Brenna.

—Es bueno saberlo —le dijo cruzando los brazos sobre su pecho como si se tratara de una barrera física que le impidiera a él acercarse más.

—Sonríó porque nunca pensé encontrar algo exquisito como vos en mitad del caos que es la nación en estos días.

Brenna acusó el significado de aquellas palabras. Se quedó paralizada con la boca abierta como si fuera a decir algo, pero lo único que salió por esta fue un leve suspiro. La rabia que sentía comenzó a disiparse como la bruma matinal de aquellos parajes cuando entraba la mañana. Su corazón pareció detenerse e incluso ella llegó a pensar que desfallecería allí mismo ante él. No eran solo sus palabras, sino la forma de contemplarla en ese instante. Había algo en el brillo de su mirada que le producía sosiego y temor al mismo tiempo.

—¿Qué...? —balbuceó sin sentido y sacudió la cabeza. Sin decirle nada más apartó la mirada y se volvió alejándose camino de la puerta de biblioteca. No se atrevió a volverse para ver si él la seguía. Lo habría deseado, la verdad. Que fuera tras ella y le explicara qué había querido decir con aquella expresión. Pero eso no sucedió, y la otra parte de ella, lo agradeció. Los sofocos y las palpitaciones la obligaron a detenerse junto a un pequeño pozo donde se refrescó ajena a las miradas de Audrey, que se había extrañado al verla salir de la biblioteca de aquella manera tan precipitada; como si el mismo diablo la siguiera. Pero no vio a nadie salir en pos de su señora.

Caminó hacia ella mientras la observaba refrescarse en una fuente que había en el patio del castillo.

—¿Sucedo algo señora?

La voz de Audrey la sorprendió. Brian cerró los ojos por un instante en los que controló su respiración y los latidos en su pecho. Se fijó en esta y sacudió la cabeza esbozando la mejor de sus sonrisas.

—No, nada querida.

—Os vi salir de la casa como si os persiguieran.

—Ah, no. No ha pasado nada. Estaba en la biblioteca con Colin... Echando un vistazo al libro de los Campbell y...

—¿Tiene que ver con que él sea vuestro prometido? —Audrey entornó su mirada y esbozó una media sonrisa algo pícaro, algo cínica.

Brenna se quedó boquiabierto al escucharla. Y luego relajó los hombros y sonrió derrotada ante la evidencia.

—¿Por qué estáis tan segura de que él tiene algo que ver?

—Cualquier cosa que os afecte es seguro que tiene que ver con... —no concluyó su comentario al ver a Colin en el umbral de la puerta de Cawdor. Sin duda que este era el responsable del estado de agitación de su señora. Audrey sonrió haciendo un leve gesto con el mentón en dirección a la puerta del castillo.

Brenna se volvió al percatarse de la mirada de Audrey, fija a su espalda. Pese a que no necesitaba ser muy lista para saber a quién estaba mirando. Se sintió derrotada, relajó los hombros y sonrió.

—Es verdad que no me he parado a pensarlo. Solo me centré en quitarme de en medio al capitán inglés —dijo con cierto desprecio hacia lo que este representaba.

—Creo que todos los habitantes de Cawdor serán conscientes de eso, y que les agradaría más que vuestro esposo fuera un escocés, aunque fuera un McGregor —matizó antes de que su señora dijera algo más.

—¿No estaréis pensando que todo esto va en serio? —Brenna miró alarmada a Audrey temiendo que ella o el resto de los miembros del clan pensarán que iba a casarse con Colin McGregor. De repente sintió la angustia apoderarse de su pecho al imaginarse la situación.

—Quedaos tranquila, señora. Todos ya saben que vuestra decisión ha sido una argucia para alejar a ese pomposo *sassenach*.

—Las noticias corren como la pólvora —Brenna arqueó sus cejas con cara de asombro.

—Descuidad que vuestra hermana se ha encargado de pregonarlo.

Brenna hizo una mueca dejando claro que no le sorprendía que hubiera sido esta.

—No me sorprende lo más mínimo.

—Tal vez la cosa sería diferente si el Viejo Pretendiente hubiera hecho bien las cosas en su momento, antes de que los expulsaran del trono y sentaran a su yerno Guillermo. Quiero decir que a lo mejor vuestro padre no se habría visto en la tesitura de rendir pleitesía al rey Jorge —se lamentó la mujer cerrando las manos en puños como si fuera a golpear a alguien—. Pero la aventura de Jacobo resultó ser un fiasco y vuestro padre eligió bien. Los Campbell a merced de los ingleses, como el resto de clanes. Eso lo comprenden todos los habitantes de Cawdor. Y ninguno quiere a un *sassenach* dándoles órdenes.

—Es un consuelo saberlo. Por un momento llegué a imaginar que todos pensabais que...

Audrey sonrió al momento cuando percibió que Brenna respiraba aliviada.

—¿Qué era un compromiso de verdad?

—Sí. No sería de locos pensar en algo así.

Audrey arqueó una ceja mirando a Brenna.

—¿Lo habéis llegado a considerar como tal?

—¿Cómo? ¿Qué? ¿El compromiso? —ella se sintió confusa ante aquella posibilidad. No se le había pasado por la cabeza que ella... o que él... Sacudió la cabeza desechando cualquier aproximación a la realidad—. Pues claro que no. ¿Por qué...? ¿Por qué debería hacerlo? ¿No hablareis en serio?

—Mi señora, es una posibilidad como cualquiera otra que podría darse.

—No. Imposible —Brenna comenzó a caminar alrededor de la fuente con gesto pensativo, sacudiendo y desechando cualquier parecido con la realidad—. Es una simple representación para hacer desistir al capitán Fullarton con respecto a sus pretensiones hacia mí. En cuanto se haya hartado de esperar, Colin se marchará de estas tierras.

—Yo de vos no estaría tan segura —Brenna se detuvo mirando de manera fija a la escocesa como si acabara de insultarla—. ¿Quién sabe? A lo mejor hay un final feliz al final de la representación. Si no necesitáis nada de mí...

Audrey la dejó a solas con sus pensamientos en torno a esta conversación. ¿De verdad ella pensaba que entre ellos dos podría darse el caso de que pudieran acabar sintiendo algo el uno por el otro? No le parecía que Colin fuera un hombre de esos que se comprometen en serio con una mujer. Era más del tipo que disfrutaba de estas en el presente sin importarle el futuro. Él mismo lo había dicho ante su hermana y ella: después de haber burlado a la muerte, aquel compromiso no representaba peligro alguno para él. Por eso mismo, ella estaba tranquila a ese respecto. No creía que él acabara sintiendo por ella algo más que la gratitud por haberle salvado la vida. Nada más.

* * *

Brenna estaba nerviosa. No podía negarlo ni evitarlo por mucho que se dijera así misma que no iba a suceder nada fuera de lo normal esa noche. Que nadie en Inverness o sus alrededores tenía por qué reconocer a Colin como el jefe de los McGregor. Y si ello sucedía, él podía negarlo. Decir que lo confundían con otro hombre, tal vez por su parecido. Se mordía el labio al tiempo que contemplaba

su imagen en el espejo de su alcoba. Audrey permanecía a su lado dándole los últimos retoques.

—¿Qué os inquieta, mi señora?

Brenna movió su cabeza de manera casi imperceptible. Sin duda que su mirada la delataba.

—Lo que pueda suceder esta noche en la velada en casa del capitán Fullarton.

—¿Tiene que ver con vuestro prometido? —el tono sagaz e irónico de Audrey obligaron a su señora a levantar la mirada y contemplarla por el espejo.

—Entre otras cosas.

—Manteneos tranquila y pensad en él como uno más del clan. Que el capitán no os note inquieta o distraída, claro que podría achacarlo a vuestra nueva situación sentimental. Pero evitad que pueda si quiera tener ese pensamiento.

—¿Cómo diablos se me ocurrió algo así?

—Oh, vamos, mi señora. No es para tanto e incluso si lo pensáis con atención, incluso puede que salga algo provechoso para todos, después de todo —Audrey entornó su mirada con intención.

Brenna le lanzó una mirada de incredulidad.

—¿A qué os referís con algo provechoso? —le preguntó elevando su ceja con suspicacia.

—Imaginad que después de todo, él acabara convirtiéndose en vuestro prometido.

—Oh, Audrey, por favor. ¿De dónde sacáis que algo así pueda suceder? Él acabará marchándose una mañana antes de que despunte el alba. En cuanto los ánimos por el fin de la guerra se apacigüen y su presencia en Cawdor ya no sea necesaria.

—En eso os equivocáis.

—¿Qué me equivoco? —Brenna se volvió hacia su asistenta con la incredulidad reflejada en su rostro por el comentario que acababa de hacer esta.

—No considero a Colín un hombre de esa clase —le aseguró mirando a su señora de manera fija mientras terminaba de recogerle el cabello. Luego asintió satisfecha—. Dudo que lo haga cuando os vea esta noche. Y si estáis en lo cierto, se lo pensará dos veces antes de dejaros sola.

—No debéis olvidar que es una farsa, un acuerdo por haberle salvado la vida —le recordó algo molesta con todo este asunto, que tendría su prueba más importante esa noche cuando ella apareciera junto a él delante de la sociedad de Inverness.

—Hacedme caso, señora —Audrey asentía convencida de sus palabras, mientras observaba el gesto de incompreensión de Brenna en el espejo.

Colin había terminado de arreglarse. Su traje impoluto con el tartán del clan Campbell impreso en su *kilt*. Una camisa blanca de hilo y el *plaid* sobre su hombro.

—¿Qué os sucede? —preguntó Malcom cuando lo vio mirarse delante del espejo del salón—. ¿No os gusta vuestra indumentaria?

—Claro que me agrada. Solo que...

—Se os hace raro llevar el tartán de los Campbell.

—No solo eso, sino... todo en general. En este momento me estoy preguntando si no me precipité al aceptar la proposición de vuestra señora —le confesó haciendo un gesto con el mentón en dirección a él.

Malcom sonrió.

—Debisteis pensarlo entonces. Ya es tarde para echarse atrás, McGregor.

—No se me ha pasado por la cabeza hacerlo y procurad que no se os escape mi verdadero apellido esta noche o de lo contrario nos pondréis en un aprieto.

—Quedaos tranquilo que no sucederá. Pero estad dispuesto a responder a cientos de preguntas sobre vos. Supongo que la pasada rebelión será el tema principal de las conversaciones. De manera que procurad manteneros atento. Los McIvor son leales a los Campbell.

—¿Y qué sucederá si por casualidad uno se presenta?

—Eso no sucederá. Los McIvor son un clan pequeño, que vive a cientos de leguas de Cawdor; y

no digamos de Inverness. Mi señora ha escogido bien vuestra nueva identidad.

—Pero, no llevo el tartán distintivo de su clan...

—Dejad de buscaros complicaciones, muchacho. Acabáis de llegar de una batalla, vuestras ropas estaban sucias, roídas... Qué mejor prueba que honrar a vuestra prometida que luciendo los colores de su familia, ¿eh? —Malcom sonrió como un viejo zorro y arqueó su ceja con suspicacia—. ¿No iréis a decirme ahora que tenéis miedo a esta noche? Vos, que habéis combatido por el príncipe Estuardo —palmeó a Colin en la espalda mientras las carcajadas inundaban el salón donde aguardaban la llegada de Brenna.

Colin iba a añadir algo al comentario de Malcom pero fue incapaz de hacerlo porque en ese instante, ella apareció en el salón. Nadie lo había avisado de lo que iba a encontrarse esa noche. Ni de lo que podría experimentar. Pero ya era tarde. Si alguien le hubiera asegurado que la señora de Cawdor era elegante y distinguida como ninguna otra que él hubiera conocido, se quedaría corto en sus descripciones. A estas dos cualidades él añadiría la de su belleza.

—¿De qué hablabais? —preguntó ella con la mirada fija en Colin.

—Me aseguraba que le gusta cómo le quedan los colores de los Campbell —le aseguró Malcom señalando con su mano a Colin, que parecía no saber qué decir.

Brenna sonrió cauta ante esa declaración. Sabía que él no había dicho algo así y que Malcom se lo había inventado para no confesarle el verdadero motivo de su conversación. Desvió la mirada hacia Colin quien permanecía en silencio desde que ella apareció.

—¿Es cierto?

Colin apretó los labios e inspiró antes de pronunciarse. La visión de ella con aquel recogido que liberaba que su cuello dejándolo al descubierto por completo, descendiendo hasta el escote de su vestido, lo había impactado. No creía saber cómo reaccionaría esa noche porque en serio que no estaba preparado para ella.

—Sí, es cierto lo que Malcom cuenta.

—Me alegra saberlo. Y sin duda que estáis en lo cierto —le lanzó una mirada de aprobación al tiempo que asentía y sonreía sintiendo una extraña calidez en su interior.

—Os agradezco vuestras palabras.

Ella se volvió hacia la puerta para abandonar el salón pero no sin echar una última mirada a aquel hombre que podía representar un serio peligro, no para el clan Campbell pero sí para ella misma.

—Es mejor que nos machemos. El trayecto no es demasiado largo, pero conviene salir con tiempo.

<<No quiero ser de las últimas en llegar y que los invitados se queden contemplándome al verme aparecer con él>>

Brenna tenía la intención de pasar desapercibida en la medida de lo posible, pese a que era consciente de que sería complicado si la noticia de su ficticio compromiso se había extendido por Inverness. Algo que sin duda ella creía que así habría sido gracias al capitán Fullarton.

—Os habéis quedado mudo al verla aparecer —le comentó Malcom en voz baja cuando ella salió del salón.

La mirada de Colin fue lo suficientemente significativa.

—No me esperaba...

—¿Qué? ¿Qué os impactara su belleza? Desde que aparecisteis en Cawdor solo la habéis visto vestida con ropa de faena. Es lógico ya que ella es la primera en ponerse manos a la obra en el mantenimiento del castillo y las tierras del clan.

—Pero, no estaba preparado para este cambio.

—Pues haceros a la idea desde esta noche. Y no olvidéis que es vuestra prometida —Malcom esbozó una sonrisa irónica—. Habrá mucha gente que no deje de observaros durante la velada. Comportaros como si en verdad sintieseis algo por ella.

—¿Cómo demonios se comporta un prometido, Malcom? —quiso saber Colin con un toque de preocupación por este hecho.

—No tengo ni puñetera idea porque no lo he estado. De manera que no me hagáis preguntas de ese tipo. Procurad respetarla y tratarla como en verdad se merece u os juro que no podrá salvaros una segunda vez.

—Ya podéis discutirlo con Amy. Ella también me ha amenazado. —le dijo con una sonrisa cínica que contagió al rudo escocés, hasta que estalló en carcajadas.

—Empezáis a caerme bien McGregor —le aseguró echando su brazo por encima de los hombros de este—. Tal vez dejé que la pequeña Campbell lo haga por mí. Y ahora pongámonos en marcha. Y tened cuidado con los ingleses. Esos no hacen advertencias, como bien sabréis.

Colin asintió. Cogió aire y se dirigió a la salida del castillo. A decir verdad le tenía más miedo a Brenna y a lo que podría despertar en él esa noche, que a ese capitán y a todos los ingleses. Sabía cómo escapar del peligro que representaban las bayonetas o las espadas, pero no tenía ni idea de cómo diablos se hacía para escapar de la atracción que Brenna ejercía sobre él.

—Debéis ir en el mismo carruaje que vuestra prometida —le dijo Audrey cuando vio que Colin se iba ajunto a Malcom.

—Claro, disculpadme.

Cogió aire y subió al coche donde ella ya estaba sentada mirando por la ventana. Su atención se volvió hacia él cuando el coche se movió por el peso. Sus miradas se encontraron mientras él se acomodaba en el asiento opuesto a ella. Se sintió observado en todo momento y aunque trató de abstraerse de este hecho, tuvo la impresión de que el reducido espacio del carruaje lo hacía más complicado. No quería demorarse demasiado en ella y en su atractivo esa noche, pero este le llamaba la atención.

—¿Os ibais con Malcom? Me ha parecido escuchar la voz de Audrey llamándoos.

Le costaba incluso pronunciar un simple monosílabo. ¡Por San Andrés, que nunca se había visto en otra como aquella! ¿Qué demonios le sucedía? Solo era una mujer. No tenía que hacer nada con ella, salvo respetarla. Tal vez bailar en algún que otro momento, charlar de manera distendida o incluso pasear si había jardín a la casa a la que se dirigían. No tenía que besarla. Ni acariciarla. Ni si quiera tenía que considerarla de la manera en la que lo había hecho cuando la vio aparecer esa noche.

—Disculpad mi error pero, no suelo acudir a recepciones como esta.

—¿Ni si quiera lo hacíais antes de que la rebelión estallase? —a Brenna le pareció extraña aquella afirmación por parte suya.

—No. Procuraba no acudir a los eventos sociales. Dejaba que fuera mi padre y los demás miembros de la familia. Me aburren, si os soy sincero —le confesó con una media sonrisa.

—Pero, como futuro jefe del clan McGregor... Supongo que necesitaríais buscar una esposa.

Colin frunció los labios y sacudió la cabeza.

—No. Nunca me ha preocupado.

—¿Pensáis permanecer soltero como Malcom? —le incredulidad de sus respuestas la hicieron parpadear en repetidas ocasiones e incluso inclinarse un poco hacia él sin ser consciente del peligro que ello suponía para ambos.

—Tal vez ese sea mi destino. No os lo discuto. Desde que seguí al príncipe, no he tenido tiempo ni ganas para cortejar a una mujer.

—¿Tal vez? ¿Acaso os lo estáis pensando? —Brenna pretendía mostrarse irónica y hasta algo distante con él para calmar los incesantes latidos en su interior. El comentario de Audrey de esa noche al respecto de que tal vez surgiera algo bueno entre ellos, asaltó su mente en ese preciso instante.

—De momento estoy prometido —le explicó encogiendo sus hombros con naturalidad—. ¿Qué más puedo decir?

Aquella confesión le provocó el palpito y a punto estuvo de dejarla sin respiración. Entreabrió sus labios sin darse cuenta de cómo la contemplaba él. Como si en verdad fuera a acortar el espacio que los separaba y besarla. El calor ascendió a su rostro y desvió su atención hacia la ventanilla del

carruaje hasta que él volvió a captarla.

—Decidme, ¿cómo se supone que debo comportarme con vos?

Ella frunció el ceño y lo contempló desconcertada.

—Imagino que habréis tratado con mujeres.

—Sí, aunque ninguna de ellas era mi prometida. Os acabo de contar mi vida. Y las pocas mujeres que han pasado por esta... Bueno, como supondréis no eran como vos.

—¿Qué queréis decir? —Ella experimentó una punzada de curiosidad por ese comentario. ¿A qué se refería?

—No eran dueñas y señoras de un castillo. Ni estaban al frente de un clan tan importante como el vuestro.

—Entiendo —Brenna asintió de manera lenta y se humedeció los labios de manera comedida.

—Por eso os preguntaba por mi manera de comportarme.

—No os preocupéis demasiado por el decoro. Supongo que bailaremos, charlaremos e incluso daremos algún paseo.

—¿Tiene un jardín la casa del capitán para pasear?

—Lo tiene.

—Intentaré ajustarme al guion lo máximo posible. No tengáis miedo.

—No es por mí por quién lo tengo, sino por vos.

—Quedaos tranquila. Nadie me reconocerá. Vos misma lo asegurasteis ante vuestra hermana y Malcom. ¿Por qué pensasteis en mí para hacer el papel de vuestro prometido?

—Porque sois un completo desconocido en estas tierras. Y a nadie le sorprenderá que mi padre acordara un matrimonio antes de la rebelión. Por eso. Podríais haberos negado... —entornó la mirada hacia él cerrando sus manos en puños fruto de los nervios.

—Tenéis razón. Pude hacerlo. Pero estoy en deuda con vos, ya os lo dije. Y un McGregor siempre salda sus cuentas —le dijo resuelto percibiendo cierto desencanto en su mirada. De repente el brillo de segundos antes, había dado paso a un matiz más apagado. ¿Por qué? Por suerte para él o para ambos el carruaje comenzó a aminorar el paso—. De manera que vuestro padre os prometió en matrimonio al mío.

—Sí, pero estalló la guerra y no pudimos llevarlo a cabo. Vos tuvisteis que iros a combatir.

—Y una vez que esta ha concluido, he regresado a buscaros...—entornó su mirada dejando la cuestión en el aire. No tenía ni idea de lo que ella pretendía, por eso quería estar seguro.

—En efecto. Habéis venido a Cawdor para casaros conmigo una vez que la rebelión ha concluido. Ya lo hemos repasado —Su voz pareció desaparecer cuando lo dijo. Los nervios del momento o tal vez de todo lo que estaba sucediendo, parecía que la estuviera venciendo. Ella que nunca había tenido antes problemas, ni preocupaciones sentimentales porque no tenía intención de contraer matrimonio, se veía abocada a representar aquella farsa por su propio bien. Sin ser consciente de lo que le depararía el futuro.

—De acuerdo. Me satisface vuestra historia. Supongo que nos habríamos visto antes. Me refiero a cuando nuestros padres concertaron el compromiso...

—Por supuesto que ya nos habríamos visto. Podemos decir que pasasteis una temporada en las tierras de los Campbell. Y que nos fuimos conociendo. —Lo notaba nervioso. De ahí sus preguntas que repetí una y otra vez.

—Será como gustéis.

—Bien,

—Y... ¿Qué sucederá después de esta noche?

Ella se quedó con la boca abierta dispuesta a responderle, pero los baches del camino le jugaron una mala pasada arrojándola poco menos que contra él.

Colin se apresuró a sujetarla cuando vio que ella se venía hacia delante por el traqueteo de las ruedas. Reaccionó de manera rápida, con determinación y energía mientras no dejaba de contemplar

su rostro, tan cercano al suyo.

Brenna sintió las manos de él sobre su cintura, su mirada fija en la suya y su aliento sobre sus propios labios. Tuvo la impresión de estar a merced de él sin que ella pudiera reaccionar por el momento. Se había quedado paralizada por la situación. ¿Qué estaba sucediendo? ¿A qué venía experimentar aquel calor en todo su cuerpo? ¿Aquel sofoco que incendiaba su rostro? Su respiración se había agitado haciendo subir y bajar su pecho. Permaneció en silencio contemplándolo sonreír al tiempo que la dejaba libre para que regresara a su asiento. Podría haberse adueñado de sus labios primero y de su boca a continuación sin ningún esfuerzo, se dijo regresando a su lugar en el carruaje. ¿Por qué esperaba ella que él lo hiciera? Entre ellos no existía ningún sentimiento ni compromiso que le permitiera hacerlo.

—Creo que estamos llegando —le aseguró Colin poco después con el propósito de tranquilizarla. La había sentido agitarse bajo sus dedos. Y su mirada cargada de expectación primero, y temor después. Tal vez pensara que él se aprovecharía de la situación y la besaría. Pero no era ese su propósito a pesar de que había podido besarla al encontrarla tan tentadora. No era un pendenciero que fuera aprovechándose de cada mujer que tenía cerca, o en sus brazos. Además, el acuerdo entre ellos dos no incluía las muestras de cariño por parte de alguno de los dos.

Brenna se asomó por la ventanilla para corroborar las sospechas de él y asintió al tiempo que los nervios se adueñaban de su estómago. No podía evitarlo, pero tenía miedo a que la farsa no saliera bien. Aunque en un primer momento se había mostrado fuerte y decidida, en ese instante el temor, a que él fuera fusilado y que ella y el clan cayeran en desgracia después de haber apoyado al rey Jorge, se acrecentaba.

En un gesto inesperado, él le sostuvo la mano entre las suyas provocándole un leve sobresalto. El escote de su vestido se agitó captando la atención de él, aunque no lo pretendiera.

—Miradme Brenna —El brillo de sus ojos hizo que él tuviera que pensar lo que iba a decirle. Apretó los labios y deslizó el nudo que le apretaba la garganta. No estaba seguro de si aquella farsa podría durar lo suficiente para ella. Pero tenía que prometérselo—. Todo va salir bien. Os lo prometo.

—¿Por qué lo decís? —La caricia de sus manos la estaba alterando más si cabía en vez de transmitirle la calma que necesitaba después de que los dos se hubieran quedado contemplándose de manera fija y preguntándose qué iba a suceder, como había dicho él.

La respuesta a esa pregunta quedó pendiente porque un lacayo abrió la puerta del carruaje sin que ellos lo esperaran. Colin la miró una última vez antes de apearse y tomar su mano para ayudarla. No apartó su mirada de la de ella durante ese breve espacio de tiempo. Y cuando Brenna se acercó, Colin entendió que era demasiado tarde para echarse atrás y huir de allí.

Brenna contuvo la respiración dentro de su pecho pese a que todavía sentía la leve caricia que le había provocado la mano de él. Pero más que esta, había sido su mirada fija e inquisidora. Como si él se estuviera preguntando algo. Por suerte para ella, Amy apareció a su lado con esgrimiendo una sonrisa bastante significativa.

—¿Qué tal el viaje?

—Normal.

—¿Normal en qué sentido? ¿No ha intentado besarte? —el tono pícaro de su hermana provocó el rubor en las mejillas de Brenna. Esta se contempló con los ojos abiertos como platos.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

Brenna sintió una leve taquicardia al pensar en el hecho de que él se hubiera atrevido a hacerlo en el instante en el que ella quedó a su merced en el carruaje. Porque de haberlo intentado ella no sabía cómo habría reaccionado. Solo entendía que una parte de ella no lo habría evitado, sino que habría sucumbido.

—Al fin y al cabo, es tu prometido —le reiteró bajando la voz mientras ascendían las escaleras de la casa del capitán, donde el servicio les aguardaba.

El sofocante calor se extendió por todo su cuerpo.

—Pero no en el sentido propio de la palabra —le recordó apretando los dientes cuando llegaron al recibidor, donde fueron anunciadas al resto de los invitados.

Colin se pegó a Malcom o tal vez fue este quien lo hizo con él.

—Procurad no alejaros mucho de mí no vaya a ser que os encontréis con algún enemigo del frente. La situación no sería nada agradable, creedme —le susurró el hombre de confianza de Brenna, asintiendo.

—Descuidad. Sé cuál es mi papel en esta comedia.

—Pues procurad no saliros de este en ningún momento.

Colin esbozó una media sonrisa. Sería tan sencillo hacerlo cuando estoy con ella, se dijo recordando la intimidad del carruaje. Tan cerca de él y tan lejos al mismo tiempo, se dijo pensando en el tiempo compartido a solas con ella. Seguía perdido en esos pensamientos y ni si quiera escuchó las palabras del hombre, que estaba frente a él observándolo con detenimiento. Pero cuando sintió la fugaz caricia de la mano de Brenna sobre su antebrazo, pareció regresar del lugar en el que estuviera.

Volvió el rostro y no pudo evitar sonreír al verla a su lado. Iba tan distraído que ni si quiera se había dado cuenta de que estaba allí, a su lado.

—Querido, el capitán Fullarton te está saludando.

Colin asintió y centró su atención en este mientras notaba la presión de la mano de ella.

Brenna se agarró a este fruto de los nervios que sentía en ese preciso momento tan esperado, pero no deseado.

—Disculpadme, capitán. Me habéis pillado pensando en otros asuntos. Acabo de llegar a Cawdor y estoy algo descentrado —le tendió la mano para estrecharla con fuerza y determinación sin perderle la mirada durante el gesto. De ese modo todos se quedarían más tranquilos viendo que no se conocían del campo de batalla. Ni que él tampoco tenía nada que esconder.

—Estáis disculpado en parte por la compañía femenina que tenéis esta noche. Sois un hombre afortunado señor...

—Colin McIvor.

—¿Los McIvor son una familia del clan Campbell? —preguntó mirando a Brenna que iba a responderle cuando Colin se anticipó con naturalidad.

—Así es, capitán.

—No hace falta que os dirijáis a mí por mi rango. Por suerte la guerra ha concluido y por ese motivo nos hemos reunido esta noche. Para celebrar que el Estuardo ha abandonado la isla para regresar a Francia. Confío en que no haya un tercer intento de rebelión —arqueó sus cejas y abrió sus ojos para dejar claro su deseo en que esto no llegara a suceder.

—Así lo deseo yo también ya que pretendo disfrutar al máximo de la compañía de mi futura esposa —aseguró cubriendo la mano de ella con la suya propia contemplándola y preguntándose si aquello llegaría a suceder algún día.

Brenna permaneció expectante, con los labios entre abiertos y el pulso acelerado. ¿Qué había querido decir? ¿Pretendía permanecer con ella todo el tiempo? Pero, eso sería... una completa locura porque ella no tenía la más mínima intención de... llegar a pensar en él como su futuro esposo. Sin duda que lo había dicho para afianzar su postura en todo aquello ante el capitán.

—¿Cuándo se celebrarán los esponsales?

Colin se quedó callado a la espera de que fuera Brenna la que respondiera a la pregunta. No había caído en hablar de la fecha durante el tiempo que había planeado la comedia. Confiaba en que ella tuviera la respuesta. Brenna no había pensado en ello todavía y más después de haberlo escuchado decirle aquello al capitán.

—No hemos fijado fecha todavía. La guerra ha concluido hace poco y él necesita tiempo para descansar y aclimatarse a esta región y a todo lo que conlleva ser mi esposo.

—Espero que sea lo antes posible y que pueda ser testigo de la misma —apuntó él arrojando más

leña a la hoguera de los nervios, que había provocado en Brenna. Una que amenazaba con incendiarlo todo. Tendría que hablar a solas con él más tarde. Antes de que aquella situación se les fuera de las manos.

—Espero que seáis feliz, Brenna Campbell. Y a vos os deseo lo mejor, pero avisadme si os echáis atrás en el último instante para intentar ser yo, el que ocupe el corazón de una Campbell. Y ahora, divertiros.

Colin y Brenna asintieron y se alejaron del capitán seguidos de Amy y Malcom.

—¿Bailamos? Sería de mal gusto no hacerlo siendo el centro de atención de las miradas de vuestro capitán y de parte de la gente que han venido —le susurró inclinándose hacia ella permitiendo que su aliento le acariciara la nuca. Se había acercado tanto que Colin se sintió algo confuso por el aroma que la piel de ella emanaba. Ni qué pensar de la suavidad que percibía.

—Vayamos pues. He de aclarar algunas cosas con vos —le refirió adoptando una pose fría y regia, que enorgullecó a Colin y le hizo sonreír. Ella comprendió que debía transformarse en una mujer fuerte y fría ante él, si no quería que sus atenciones acabaran por precipitarla a pensar en algo insólito.

Colin tomó su mano en la suya y se clavó delante de ella para iniciar el baile. La contempló de manera fija sabedor de que lo que había dicho el capitán Fullarton no era más que una ilusión. No lograría llegar a su corazón por mucho que se lo propusiera. Ni él ni ningún otro hombre. Aquel compromiso era el pago por haberle salvado la vida después del desastre de Culloden. No había más. Podía leerlo en la mirada de ella mientras bailaban.

—¿A qué ha venido decirle al capitán que esperáis disfrutar de mi compañía?

Ella no pudo pasar más tiempo sin hacerle la pregunta que le quemaba la garganta y hacía palpar su pecho de manera constante. Desvió su atención de él porque su manera de mirarla la ponía incómoda.

—Si pretendéis hacer creer a todos que estamos comprometidos, creo que comentarios de ese tipo ayudarán a vuestro propósito.

—Pues no os aficionéis a hacerlos no vayan a pensar que en verdad existe ese compromiso.

—Si queremos que todos os crean y en especial el capitán, más os vale comportaros como una mujer enamorada. De todas formas, el capitán no es tonto y estará al acecho ante cualquier contratiempo. ¿Cómo haremos para casarnos, querida? Tendremos que fijar una fecha, ¿no creéis?

El semblante de ella cambió de repente cuando lo escuchó hacer referencia a la boda. Apretó los labios e inspiró hondo antes de darle una respuesta, pero para su fortuna, la pieza se dio por concluida en ese instante.

Colin esperaba que le dijera algo al respecto de esa cuestión vital. Pero en vez de esto la vio alejarse de él cuando hubiera acabado de bailar y saludarse. No tardó en encontrar compañía en un grupo de damas entre las que creía haber visto a Amy. Sacudió la cabeza y pensó en dar una vuelta por la casa, pese a las advertencias de Malcom. ¿Quién diablos iba a sospechar de él vestido con los colores del clan Campbell y siendo el prometido de Brenna? se dijo dando una vuelta por el salón bajo la atenta mirada de algunos invitados que lo saludaban con una leve inclinación de cabeza.

—McIvor —escuchó el nombre del clan al que pertenecía y una mano posarse en su hombro.

Colin volvió el rostro para enfrentarse al desconocido que llamaba su atención. El capitán Fullarton le sonreía allí mismo.

—¿Qué queréis?

—Nada en particular. Os he visto solo y he pensado en que os unáis a nuestro grupo de debate —le indicó a tres caballeros que lo miraron poco menos que de pies a cabeza cuando se aproximó hasta ellos—. Señores, les presento a Colin McIvor, el prometido de Brenna Campbell, a la mujer que todos hemos tenido el placer de conocer en algún momento. El hombre que ha regresado a Cawdor después de combatir en favor del rey Jorge,

—Señores —asintió Colin sin dejar de prestar atención a ninguno de estos por temor a que

alguno pudiera reconocerlo.

—¿Habéis combatido en la rebelión?

—Por supuesto. En el bando del rey Jorge, como ha señalado el capitán, aquí presente.

—En la milicia de los Campbell, supongo —apuntó Fullarton consciente de esta había sido de gran ayuda para el desarrollo de la batalla final.

—Sí, así es. Los McIvor íbamos en esta pese a que a ningún clan escocés le gusta estar bajo las órdenes de otro, aunque seamos una de las familias de este —aclaró sonriendo cínicamente—. A los Campbell les gusta mandar.

—Tendréis que acostumbraros si vais a casaros con su jefa —apuntó otro de los hombres.

—No me importa si es Brenna la que da las órdenes, caballeros —siguió con sus bromas y su tono distendido para que ninguno sospechara de nada.

—De manera que el viejo Campbell concertó este matrimonio hace tiempo —resumió el capitán.

—Nuestros padres se pusieron de acuerdo para celebrar el matrimonio. Pero con la llegada del Joven Pretendiente y estallido de la rebelión en Escocia, tuvimos que posponerlo hasta mi regreso —Colin apretó los labios con gesto preocupado recordando lo sucedido durante estos últimos años de guerra. Tendría que ser muy cuidadoso cuando hablara con aquellas personas. Todas eran leales a la corona. No podía dejarse llevar por su celo.

—La guerra ha sido cruel para muchos. No solo para los clanes escoceses —señaló un tertuliano—. Imagino que habrá sido un alivio para vos que el príncipe Estuardo haya decidido regresar a Francia.

—Si lo decís por mis deseos de ver a mi prometida, tenéis toda la razón. Y también porque de ese modo el país deja de estar en guerra, desolado y sus habitantes sufriendo penurias.

—Con la guerra concluida, las esperanzas de los jacobitas se han desvanecido por fin —señaló Fullarton.

—Ahora es el momento de pensar en la paz entre ambas naciones —comentó un tertuliano.

—¿Vos creéis que ha valido la pena? Me refiero a que al final Carlos Estuardo ha seguido el mismo camino que su padre hace treinta años —una risa jocosa acompañó aquel comentario.

—No. No creo que haya servido de mucho, la verdad. Salvo para devastar Escocia.

—Tenéis toda la razón, McIvor. No ha servido para nada más que para asolar una parte de esta tierra.

Colin asintió. Permaneció callado durante unos segundos escuchado aquellos comentarios. Tenía la mirada puesta en ella. En Brenna. En lo atractiva y enigmática que se la veía desde su posición.

—Una mujer preciosa —corroboró la voz del capitán dirigiendo su mirada hacia Brenna.

—Lo es. Soy muy afortunado como vos habéis dicho.

—¿Nos os importara que baile con ella?

—No, claro. Yo tengo toda la vida para hacerlo. Id pues —le dijo haciendo una señal con la mano hacia ella.

—Sois muy amable, McIvor.

Colin sacudió la cabeza cuando vio al capitán dirigiéndose hacia Brenna. Lo observó charlar con ella unos segundos antes de que ella aceptara el baile. Por un momento se relajó puesto que el mayor peligro que podría representar para él, estaba ocupado bailando en ese momento. Y después de haber charlado con algunos caballeros no parecía que pudiera tener muchos problemas esa noche. Aquella reunión no era lugar para soldados rasos ni oficiales de menor grado con los que él había combatido. Allí se reunían altos cargos del ejército inglés y de la administración de aquellas regiones.

—¿Podrías sacarme a bailar?

La voz de Amy y su rostro risueño captaron su atención al instante.

—¿Nadie quiere hacerlo con vos, señorita Campbell?

—No penséis lo que no es. Tan solo quiero advertiros del hombre que está bailando con vuestra prometida. ¿Vamos? —levantó el brazo para que él lo tomara y se dirigieran al salón de baile.

Aquella invitación dejó a Colin intrigado y no se lo pensó dos veces en aceptar con una leve sonrisa. ¿Qué tenía que contarle Amy que él no supiera ya? ¿Que era un oficial inglés con cierto poder en la región, dado que la casa en la que estaban esa noche era suya? ¿Que al parecer pretendía a su hermana? ¿Que era el encargado de dar caza a los rebeldes jacobitas que siguieran vivos? Se iba preguntando camino del salón de baile con ella bajo el brazo.

Brenna no fue ajena a la presencia de ellos dos bailando. Si mantenía la atención fija en Colin corría el riesgo de perder el compás de la música, y de los pasos de baile. Pero era inevitable no hacerlo dada su presencia. Toda una atracción para las damas que habían acudido aquella noche hasta allí.

—Sin duda que estáis enamorada —le susurró Fullarton con una amarga sonrisa porque comprendía que no tenía nada que hacer con ella.

El corazón de Brenna Campbell parecía tener ya un dueño.

Ella se sobresaltó con el comentario. Sintió el rubor en su rostro y la palpitación en su pecho. Dejó escapar un suspiro bastante inequívoco de lo que aquella afirmación le había provocado. Contempló de manera fija e intrigante al inglés como si no lo hubiera escuchado de manera correcta o como si ella pusiera en duda aquella afirmación tan rotunda.

—¿Es esa la impresión que os doy? —preguntó con un deje de diversión al tiempo que elevaba su ceja con expectación mientras el lance del baile los acercaba más.

—Solo hay que ver la atención que le prestáis. El gesto de vuestro rostro dice mucho. Os felicito —le aseguró inclinándose de manera respetuosa ante ella.

—Gracias —susurró presa de las emociones del momento. Procuró centrarse en el baile y no en la pareja que formaban Colin y su hermana.

—Pero también siento envidia de él porque ha logrado cautivaros pese a que se trate de un matrimonio concertado entre ambos clanes.

Brenna sonrió tímida.

—Olvidáis que no conocíamos antes de que nuestros padres lo acordaran —añadió ella tratando de dotar de mayor credibilidad a la historia.

—Pero veo que, pese a todo, vos sentís algo por vuestro prometido y futuro esposo.

—Tal vez se haya debido al tiempo que hemos pasado separados.

—Sí, es posible. Tendré que buscarme una mujer entre las damas de la localidad. O incluso regresar a Londres, ahora que vos ya estáis ocupada —le aseguró con una sonrisa cínica y cargada de melancolía al mismo tiempo.

—Agradezco vuestro cumplido y os animo a que busquéis entre las damas aquí presentes a la que pueda convertirse en vuestra esposa.

—Sí, tenéis razón. Pero por otra parte vos habéis dejado el listón muy elevado.

Aquel comentario puso a Brenna más nerviosa. Debería extremar las precauciones en todo aquel asunto ya que Fullarton parecía estar enamorado de ella.

—No creo que sea para tanto.

—Ya os dije la otra mañana que me habría gustado que él no regresara, pero al parecer el destino me es esquivo. Desearía que McIvor se echará atrás en el último momento y rompiera vuestro compromiso.

Brenna se sobresaltó al escuchar aquellas palabras. Inspiró hondo y entre abrió sus labios.

—Yo no lo deseo.

—Disculpad mi atrevimiento. Os he asustado.

Brenna siguió bailando ajena a los comentarios de él. Deseaba que no tuviera razón y que Colin no se marchara en una temporada.

Amy sonreía divertida por la situación. Estaba bailando con su supuesto futuro cuñado siendo el centro de atención de muchos pares de ojos.

—Apuesto a que muchas damas se preguntan a estas horas quién demonios sois.

—Un tipo de lo más normal y corriente —le comentó con una sonrisa.

—Con un pasado bastante peligroso —apuntó ella elevando una ceja con toda intención para recalcar sus palabras.

Colin sonrió, pero no hizo caso a estas.

—¿Qué queríais decirme sobre nuestro capitán? Ya me pusisteis al día la mañana que él apareció en Cawdor.

—No os fieis de él.

—¿Por qué habría de hacerlo? Es un *sassenach*.

—No solo por eso sino porque le habéis arrebatado a la mujer que ama —le confesó acercándose más debido a los pasos del baile.

Colin elevó sus cejas como si aquella información le sorprendiera.

—Yo no le he arrebatado nada. Fue vuestra hermana la que tuvo la genial idea de decir que yo era su prometido. Uno que vuestro padre había acordado antes de que se iniciara la rebelión.

—Tenéis razón. Pero el capitán Fullarton no parará hasta averiguar quién diablos sois. Cuidaos de no cometer un traspie. No me gustaría que os fusilaran y el clan Campbell se viera perjudicado.

—No tengo ninguna intención de que ello suceda, Amy. Y si a vuestra hermana no se le hubiera ocurrido semejante disparate, a estas horas no estaría bailando con vos. Si no más bien cabalgando lejos de las tierras de los Campbell. Creedme.

—¿Y por qué no rechazasteis su proposición? —Amy sacudió la cabeza sin lograr entender porque alguien como él no lo había hecho. Un soldado, un seguidor de los Estuardo, alguien libre y sin ataduras.

—Porque se lo debía.

—¿Estáis convencido de que no os mueven otros intereses?

La pregunta de Amy lo dejó confuso y sin capacidad de respuesta. Justo entonces la pieza de baile terminó y ella se limitó a inclinarse con respeto ante él antes de colgarse de su brazo para volver con la gente.

—Pensad en todo lo que acabo de deciros.

Él la vio sonreír muy segura de sus palabras. ¿Qué interés podía tener él en su hermana salvo devolverle el favor por haberle salvado la vida? Que le pareciera una joven bonita, con genio y decisión no significaba que fuera a casarse con ella. Bien era cierto que le gustaba, que ejercía sobre él una cierta atracción física e intelectual. Y aunque pretendiera ir más allá, no creía que fuera el hombre más apropiado para ella.

Coincidieron con Brenna y el capitán cuando ellos también se retiraban del baile. Por un breve instante las miradas de Colin y Brenna se encontraron. Ella recordó las palabras pronunciadas por Fullarton durante el baile. ¿En verdad estaba enamorada del McGregor? Preguntárselo le provocó una nueva ola de calor que encendió su rostro. ¿Qué había percibido este en su mirada? Desde luego ella estaba convencida de que no iba a enamorarse de Colin. Y ¿por qué le preocupaba lo que Fullarton pudiera decirle?

—Veo que habéis estado bailando con vuestra futura cuñada —señaló el capitán haciendo referencia a Amy, que no se había separado de Colin todavía.

—Ha sido un baile muy provechoso para seguirnos conociendo —aseguró mirando a Amy, y como esta se limitaba a sonreír.

—Si nos disculpáis me gustaría hablar con mi hermana —Amy miró a los dos hombres que no pusieron reparos en ello. Luego hizo lo propio con Brenna quien la siguió desapareciendo entre los invitados.

Colin y el capitán Fullarton permanecieron en el sitio callados durante unos segundos mientras las observaban alejarse.

—¿Os apetece tomar algo?

Colin asintió ante la invitación del capitán. Debería mostrarse cordial para que no pudiera

sospechar nada de él. De adaptaría a cualquier papel con tal de no perjudicar a Brenna ni a los Campbell.

—¿Qué os parece la nueva situación política?

—Apenas la conozco. Como os decía antes, acabo de llegar a Cawdor —le aseguró cogiendo una copa de vino de unos de los sirvientes.

—Entonces sois ajeno a los rumores que corren tanto por Londres como por Escocia.

—Desconozco de qué se tratan. Estoy convencido de que vos los conocéis y deseáis contármelos.

Colin ironizó y ocultó su respuesta detrás de la copa que se llevó a los labios. Sí, no le quedaba duda de que él deseaba hacerlo para observar su reacción.

—Al parecer el rey quiere dar un ejemplo severo a estas tierras.

—¿En qué sentido?

—Más bien a sus habitantes.

—No todos han combatido bajo las banderas de los Estuardo. Supongo que estos no se verán afectados...

—Tenéis razón. No todos los clanes en Escocia son iguales —Fullarton sonrió con cinismo—. Los que traicionaron al rey serán los más castigados, pero también es verdad que hay que dar ejemplo con los demás.

Colin frunció el ceño y entrecerró sus ojos sin apartar su atención del *sassenach*.

—No entiendo que haya que medir a todos por el mismo rasero. Sería contraproducente. ¿De qué serviría entonces que un clan como el Campbell haya luchado en favor del rey Jorge? Si va a tener el mismo trato que el clan Stewart Appin ... No le encuentro sentido alguno —le aseguró sacudiendo la cabeza y encogiendo sus hombros.

—Pero evitaría un tercer intento de revuelta ¿no creéis?

—Capitán, creedme, dudo mucho que los clanes tengan intención de levantarse en armas una tercera vez.

—¿Eso pensáis? —Fullarton elevó su ceja con perspicacia ante aquella declaración.

—Si yo fuera el príncipe Estuardo, me quedaría en París disfrutando de los placeres de la vida social parisina y dejaría tranquila a Escocia, que bastante ha tenido ya. Solo ha traído muerte y destrucción a la nación, como comentaba anteriormente a vuestros invitados.

Colin se mostró convencido de ello. En ese instante él no estaba representando al prometido de la joven Campbell, sino que estaba expresando su propio sentimiento. Como McGregor que había combatido en la guerra desde el primer día cuando el príncipe elevó su estandarte en Glenfinan. Allí estuvo él al frente de sus hombres y dispuesto a luchar por una causa que creía justa.

—En ese aspecto tengo que daros la razón. Solo ha traído destrucción a su propia tierra. ¿Qué haréis vos ahora que la guerra ha concluido? Supongo que permanecer en Cawdor con vuestra prometida y dedicaros a la administración de las tierras.

—Sí. He venido para quedarme. Pero no pretendo inmiscuirme demasiado en la vida que llevan en Cawdor. Dejaré que Brenna siga dirigiendo todo. Después de todo, ella la dueña y señora —la confianza y rotundidad de aquellas palabras y lo que Fullarton había percibido en la mirada de ella hacia su prometido, parecían indicar que aquel compromiso era verdadero, después de todo.

—Sin duda que vuestro gesto os honra. Os deseo toda la suerte ahora que la situación en esta tierra va a cambiar —esbozó una sonrisa algo falsa a ojos de Colin, al igual que su petición y su posterior brindis.

Colin debería andarse con mucho cuidado con aquel hombre como le había sugerido Amy. No sería descabellado pensar que intentara cualquier cosa con tal de apartarlo de Brenna. Los celos podían ser el arma más peligrosa que conocía. Pero, ¿qué podía importarle a él si acabaría marchándose? ¿O acaso estaba considerando la posibilidad de quedarse en las tierras de los Campbell? Pero hacerlo supondría un riesgo mayor al que se enfrentaba en estos momentos. Se quedó parado contemplándola a ella como si nunca la hubiera visto. Contuvo el aliento cuando ella

volvió el rostro y encontró su mirada. Colin inspiró. Ella representaba un peligro mayor que el capitán o cualquier inglés que pudiera saber quién era él en verdad.

6

Amy se había llevado a su hermana lejos de las intrigantes miradas del capitán Fullarton. Ya había tenido su momento de gloria bailando con esta como para quedarse con ella el resto de la velada. Además, necesitaba advertirla de sus intenciones. Cuando Amy se aseguró de que nadie podría molestarlas ni escucharlas, entrecerró sus ojos mirando intrigada a su hermana.

—¿Qué tal el baile con el capitán?

Brenna no entendía a qué venía aquel tono sarcástico de su hermana; ni mucho menos su forma de contemplarla, como si hubiera hecho algo malo.

—¿Por qué pones esa cara y adoptas ese tono? Parece que estuviera tramando algo prohibido con él. Yo podría preguntarte qué hacías bailando con mi prometido —Brenna se encaró de manera inconsciente provocando las carcajadas en Amy. Su comportamiento exasperó a Brenna—. ¿Puedo saber a qué vienen esas risas?

—Sí, no tengo inconveniente. ¿Tu prometido? Vaya. Desconocía que te hubieras tomado tu papel tan en serio.

—Delante de todos, él lo es —le recordó con total naturalidad elevando sus cejas.

—Deberías haberte visto en un espejo. Lástima que no tuviera uno a mano para mostrarte los celos reflejados en tu rostro.

Aquella afirmación tan clara y tan rotunda hizo que Brenna diera un paso atrás contemplando con perplejidad a su hermana. Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿De dónde te has sacado que yo estoy celosa porque él haya bailado contigo?

—De ver cómo me has mirado. Bueno, más bien la manera en la que te has dirigido a mí. Me ha dado la impresión de que soy una especie de rival tuya —ironizó Amy sin abandonar las risas que le producía ver a su hermana algo... tocada o confusa con respecto a Colin. No sería de extrañar que después de todo, esta acabara sintiendo algo por el McGregor.

Brenna permaneció callada dándole vueltas a aquella afirmación de Amy. ¿Celosa de ella?

—No estoy celosa de ti ni de ninguna mujer que pueda bailar, charlar, pasear o incluso que trate de seducirlo. Ambas sabemos que él solo es mi prometido de cara al resto de la gente y en especial a Fullarton. Pero hasta ahí —le dejó claro apretando los dientes.

—Lo sé. Ummm, ¿estás segura de que no te importaría que alguna dama mostrara interés en él?

—Estoy tranquila porque ninguna que se aprecie, lo intentaría sabiendo que está prometido conmigo —le dijo con total convicción y cierto regusto porque su propia hermana pareciera dispuesta a aguarle la velada.

—Está bien. En eso tengo que darte la razón. Y por ese motivo, no sería una idea descabellada que al final acabaras llegando a sentir algo por él, ¿no?

Amy elevó sus cejas formando un arco de expectación y abriendo sus ojos como platos.

—Lo que dices no tiene ningún sentido y lo sabes tan bien como yo. Y ahora si me disculpas, quiero tomar el aire un poco —se desquitó Brenna emprendiendo el camino hacia los jardines. Necesitaba un momento a solas para recomponer su apariencia. Era la segunda persona esa noche que le hacía el mismo comentario. Primero el capitán que le había asegurado que ella estaba enamorada de Colin por la manera en la que lo contemplaba. Y ahora su propia hermana le salía con que podía existir la posibilidad de que acabara haciéndolo. El estado de agitación fue remitiendo de manera paulatina mientras ella permanecía con los ojos cerrados. Cogió aire y se volvió hacia su hermana.

—Sí, yo también lo he pensado —le aseguró caminando al lado de ella.

—Entonces, ¿por qué lo sugieres? Por tus palabras y su mirada pareces convencida de que pudiera

llegar a suceder.

—Solo te lo comento como aviso. Nada más. Por si acaso.

—Él no está más interesado en mí que yo en él. Te lo puedo asegurar. Es un McGregor. Y yo una Campbell. Con eso te lo digo todo —frivolizó ella con una sonrisa irónica—. Por cierto, ¿de qué has hablado con él mientras bailabas?

—No hace falta que insistas. Le he advertido con respecto al capitán y a sus intenciones. Hasta hace poco él era el hombre más interesado en ti. Y tú aparte de darle largas, de repente te sacas un prometido de la nada inventándote una historia de nuestro padre. ¿Crees que Fullarton cesará en sus propósitos?

—Lo hará desde esta misma noche que ha conocido a Colin —aseguró Brenna con el convencimiento de que así sería.

—No, si ve que entre vosotros no se formaliza la relación.

—¿Formalizar? ¿Acaso pretendes que me case con Colin? —Brenna se mostró algo escandalizada por la sugerencia de su hermana. Claro que esa misma situación se la había planteado el propio Fullarton cuando conoció a Colin—. Pero...

—Si el capitán no contempla avances en tu relación puede pensar que Colin es una mera comparsa. Quedas advertida.

Brenna se mordió el labio con gesto de preocupación. Amy tenía razón. Si el capitán sospechaba de Colin y de ella, podría comenzar a buscar indicios de traición.

—Soy consciente de ello. Y el propio Fullarton nos ha preguntado para cuándo están fijados los esponsales. —Brenna observó el gesto de su hermana que reflejaba algo así como: <<acabo de decírtelo>>—. Para entonces imagino que Colin se habrá marchado.

Ella bajó la mirada y esbozó una media sonrisa algo tímida, algo melancólica. Como si en verdad aquello pudiera importarle. Su atención quedó fija en las baldosas del suelo del paseo, que conducía hacia los jardines. ¿Qué podía hacer?

—Creo que no he calculado las consecuencias.

—Ni si quiera las que pueden darse entre Colin y tú. No desesperes... Podría llegar el día que él sintiera algo por ti. O tú por él, tal vez. Y entonces lo que comenzó como una comedia, podría acabar con un final feliz.

—Sabes que eso es muy complicado cuando las dos personas que supuestamente han de... enamorarse; ni si quiera se conocen —ironizó ella con un deje bastante significativo.

—Ya sé que tan solo es una suposición pero... ¿Estarías dispuesta a conocerlo? ¿Dejarlo entrar en tu vida? —Amy cogió las manos de su hermana entre las suyas y entornó su mirada con preocupación. Su tono de voz era serio y determinante. No estaba bromeando.

Brenna cogió aire primero y sonrió después mientras los expulsaba. Apretó las manos de Amy con confianza.

—Nada ni nadie podría rechazarlo si mi corazón lo aceptara. Ni yo misma.

Los labios de Amy se curvaron en una sonrisa muy significativa y concluyente.

—Entonces, tal vez tu prometido logrará llegar a este.

—Si no decide huir una fría mañana de invierno —concluyó ella sonriendo y levantando la mirada por encima del hombro de su hermana. Fue en ese preciso instante que su rostro cambió el gesto. Deslizó la opresión que acababa de formarse en su garganta. De manera lenta sus labios se entreabrieron para tomar irse, lo que aceleró sus pulsaciones.

—¿Qué sucede? ¿Por qué...? —Amy se volvió para mirar en la misma dirección que lo hacía Brenna y comprendió al momento su cambio. Colin acababa de aparecer en la terraza captando la atención de los invitados. Sin duda que su porte era todo un reclamo para las damas, pero también para los hombres—. Tu prometido parece estar buscándote. Deberías ir a su encuentro.

Brenna se quedó sola cuando Amy le soltó las manos, pero ella reaccionó rápido para sujetarlas de nuevo ante la sorpresa de esta. La miró entre la confusión y la expectación sin saber qué decir o hacer.

—No te vayas.

—Pero...

No parecía estar preparada para enfrentarse a él después de la conversación que había mantenido con su hermana. Pero cuando lo vio caminar en su dirección con la mirada puesta en ella, Brenna se vio obligándola a coger aire una vez más. Y quiso retener los constantes latidos provocados por los nervios.

—Al fin os encuentro.

—¿Me buscabais? —intentó mantener la calma en todo momento. El aplomo del que solía hacer gala en otras ocasiones. ¿Por qué se sentía tan diferente a cuando estaban en Cawdor? ¿Es que habitaban en ella dos mujeres? La jefa del clan y Brenna Campbell, una mujer capaz de agitarse bajo la mirada de Colin McGregor.

—Me preguntaba dónde estabais una vez que he conseguido liberarme del capitán Fullarton —resopló cuando pensó en este y en su conversación minutos antes de salir en busca de ella—. Estoy seguro de que vuestra compañía me será más gratificante que la de él.

—En ese caso, os dejo con vuestra prometida —le aseguró Amy con una leve inclinación de cabeza—. Iré a buscar a Malcom.

—Espera... —la petición que Brenna iba a hacerle para que no se marchara murió en su garganta antes si quiera de nacer. La mirada de Colin en su rostro le provocaba una subida de temperatura.

—Si queréis puedo ir tras ella...

Brenna sacudió la cabeza ante la inmediata propuesta de él. No tenía sentido tratar de evitarlo cuando todos allí conocían la relación existente entre ambos.

—¿Por qué me buscabais?

Él tardó unos segundos en encontrar la respuesta más acertada. Confesarle que sentía la necesidad de estar a su lado, tal vez no fuera lo que ella esperaba. Ni lo más acertado. De manera que optó por la otra versión. La que mejor tenía preparada y que no necesitaba improvisación.

—Para hablaros del capitán. Pero preferiría hacerlo dando un paseo —él se inclinó más de lo debido para susurrarle aquellas palabras, lo que provocó que su atención se demorara sin proponérselo sobre el escote del vestido de ella. Dos media lunas subían y bajaban con ritmo acompasado. Colin decidió elevar su mirada pero no pudo asegurar si fue un acierto o un error porque en ese preciso instante estaba bajo el hechizo de su mirada.

De manera casual ambos comenzaron a caminar hasta la entrada a los jardines conscientes de las miradas de los más atrevidos y curiosos.

—¿Qué queréis decirme?

Ella agradeció que la conversación no tratara de ellos dos; de lo que deberían hacer o no. De si deberían bailar alguna pieza más o dedicarse a charlar o a pasear. Pero pese a todo, Brenna no conseguía despojarse de los nervios que le provocaba su presencia cercana.

—He estado charlando con él después de que Amy y vos abandonaseis la casa.

—¿No os habrá reconocido? ¿Ni sospechará de vos, verdad? —la alarma creada por esta posibilidad la obligó a detenerse y a dejar su mano sobre el antebrazo de él. Pero lo que más le llamó la atención fue su reacción que en nada estaba preparada.

Colin McGregor se limitó a sonreír y a sacudir la cabeza. Por un momento se sintió desconcertado y dichoso porque ella hubiera reaccionado de aquella forma. Pero sabía que se debía al peligro que corría el clan Campbell si llegara a saberse la verdad.

—Quedaos tranquila. No hay nada que temer —cubrió su mano con la suya propia en un gesto que no levantaría ninguna sospecha sino al contrario.

Brenna se relajó y dejó escapar el aire retenido en su interior durante esos segundos.

—En ese caso, ¿de qué se trata?

No abandonó el estado de agitación pese a lo que él le había asegurado.

—Podría asegurar sin miedo a equivocarme que está enamorado de vos.

Ella se quedó clavada en el sitio contemplándolo como si acabara de contarle que el príncipe Estuardo regresaría en un nuevo intento de ocupar el trono. Sacudió la cabeza desechando esa absurda idea.

—Pensaba que solo pretendía cortejarme para...

—¿Para conseguir una esposa? —él elevó una ceja con suspicacia y observó con atención el gesto de ella.

Brenna encogió los hombros.

—Supongo. Es lo que quieren todos los hombres. Una mujer que le dé un heredero y que después lo críe.

—¿Y vos? ¿Qué queréis?

Ella se sintió turbada y sorprendida. Pero no sabría decir si esa sensación se debía a la pregunta en sí misma, o la manera en la que él la contemplaba.

—Seguir adelante con mi vida al frente del clan Campbell en Cawdor.

—Eso está bien pero, ¿no queréis un esposo que os ayude a sobrellevarlo todo?

Ella entreabrió sus labios para responderle pero el gesto de él pareció robarle la voluntad. Prefirió reanudar el paseo alejándose del bullicio de la casa sin ser conscientes de esto. La noche había caído hacía ya algunas horas pero la temperatura era más que agradable pese a encontrarse en el norte del país.

—No lo he necesitado hasta ahora.

—Habéis tenido a Malcom y a vuestra hermana para llevar Cawdor.

—Sí, desde que estalló la rebelión.

—Entiendo. Luego, también comprendo que mi presencia aquí será más bien corta. ¿Lo habéis pensado? ¿Y en la manera en la que lo haré? —Colin se detuvo de repente y se volvió para mirarla.

La luz de la luna se abría paso entre los árboles cayendo sobre el cabello y la piel de ella, dotándolos de una claridad sin igual. Su mirada se volvió más reluciente si cabía, pero él no comprendía si era debido a su pregunta.

—¿Querríais iros después de todo?

El semblante de él se contrajo en una mueca de incompreensión.

—Pero, creía que era lo que vos desearíais en un momento. Y que todo estaba listo para que así fuera, ¿no? En cuanto ese estirado inglés comprenda que no tiene nada que hacer con vos.

—Pero, ¿y qué excusa pondría? Ya lo habéis escuchado antes, cuando nos ha preguntado por la fecha de la boda.

Por primera vez ella le pareció algo angustiada. Todo le indicaba a Colin que ella no había pensado en los pros y los contras de aquella situación. Ni si quiera en la forma en la que todo terminaría entre ellos. Sin duda que a cada pregunta que surgía relacionada con su matrimonio, ella parecía mostrarse más nerviosa. No había calculado nada de lo que podría o no podría suceder.

Brenna no estaba segura de querer que él se marchara de Cawdor. La sugerencia de su hermana flotó en su mente como la bruma de las mañanas en aquellos parajes.

Colin apretó los labios y frunció el ceño fingiendo pensar en algo que no fuera, lo irresistible que la encontraba en ese momento. Con gusto la atraparía entre sus brazos y la contemplaría hasta que lograra memorizar cada uno de sus gestos. Se acercó hasta que las punteras de sus zapatos rozaron el bajo del vestido de ella. Hasta que contempló aquella mirada que parecía estarle pidiendo que no lo hiciera; que no se marchara de Cawdor.

—Veo por vuestro comportamiento que no lo habéis hecho.

—Pero... si vais a marcharos... ¿qué importa el motivo al fin y al cabo? Podéis hacerlo sin un adiós si quiera —Brenna creyó que le faltaba el aire y que el pecho se le encogía de pensar en su partida.

—Claro. Podría irme una mañana temprano. Antes de que la gente de Cawdor se levante. Así cuando lo supieran yo estaría lejos.

—Sí, es una buena opción. De madrugada cuando todos duermen.

Colin permaneció pensativo unos segundos en los que la idea que llevaba forjando en sus mente durante días cobro vida en sus palabras.

—Pero, ¿y si quisiera quedarme?

Ella acusó el golpe de sus preguntas.

—¿Por qué habríais de hacerlo? Os repito que no estáis obligado a ello —le dijo reaccionando de manera rápida—. Correríais un peligro innecesario. Cuanto más tiempo permanecáis en Cawdor y en las tierras de Moray...

El esbozó una media sonrisa dejando que esta se asentara en el pecho de ella. Que la calidez de su mirada le dijera que podría llegar a amarla si ella se lo permitía.

—Hay un peligro mayor que los propios ingleses en Cawdor. Un peligro al que siempre le he tenido mucho respeto y del que he procurado mantenerme a distancia. Pero tarde o temprano acabará por alcanzarme, Brenna Campbell —le aseguró asintiendo de manera leve.

Ella permaneció en silencio, incapaz de moverse, de respirar si quiera...

—¿Qué clase de peligro habéis encontrado en Cawdor que sea peor que los propios *sassenach*?

Él volvió a dejar su atención suspendida en la mirada de ella y asintió.

—El peligro de que esta comedia acabe por destruirme. El acabar sintiendo por vos algo que sé que no es justo.

No quería sentir nada por ella. Nunca lo había hecho por una mujer hasta ese instante en el que el deseo por besarla y acariciarla le quemaba la manos.

—Me estáis diciendo que seríais capaz de llegar a sentir por mí... —ella se apartó adoptando una posición defensiva con las manos cerradas en puños fruto de aquella crispación que sentía.

—En este momento desearía estrecharos contra mí y hacer que callaseis. Porque es lo que más deseo.

Ella acusó el sobresalto que aquellas palabras acababan de producirle. Abrió los ojos al máximo ante semejante locura. Retrocedió otro paso sin ser consciente de que podría caerse porque detrás de ella había una pequeña fuente.

La mano de él la sujetó a tiempo de evitar que ella acabara tropezando. La atrajo contra su propio cuerpo sin que ella se opusiera porque estaba más preocupada de no caerse a que él la arrojara en su abrazo.

Brenna sintió que su respiración se agitada de más y más. El calor intenso prendiendo su cuerpo y los labios entre abiertos para poder respirar. No fue consciente de la forma en la que él la contemplaba hasta pasados unos segundos. Y entonces recordó las palabras que le dijo a su hermana.

<<Nada ni nadie podrían evitar que lo rechazara, si mi corazón lo aceptara. Ni yo misma>>

Su pecho permanecía agitado sin precedentes. Se humedeció los labios más por los nervios que porque pensara que él iba a adueñarse de ellos. El aliento y la respiración se fundieron en una sola cuando ella sintió un leve roce. Uno que prendió la mecha de la rebelión en su pecho. Brenna cerró los ojos como si no quisiera ser testigo de lo que iba a suceder; pero se olvidó de cerrar su corazón para no sentir. Porque cuando él la acomodó entre sus brazos, ella fue consciente de las palabras dichas a su propia hermana.

Colin no quiso profundizar el beso ni dejarse llevar por el deseo que experimentaba en ese preciso instante. Pero debía admitir que ella era una succulenta tentación. La escuchó gemir y la sintió apretarse contra su cuerpo antes de que él la liberara no sin gran esfuerzo.

Durante unos segundos o tal vez minutos los dos permanecieron contemplándose en silencio. Daba la impresión que las palabras sobran después de lo sucedido y que no hacían faltan explicaciones.

Brenna sentía el calor sofocante en su pecho y como este se expandía por todo su cuerpo pese a que él hacía rato que había dejado de besarla. Sus piernas la sostenían a duras penas y los nervios se habían adueñado de ella por completo. Tenía la mirada en el suelo o en las plantas del jardín.

Cualquier lugar era adecuado con tal de no enfrentarse al rostro de él. De repente, sintió una mano deslizarse bajo su mentón instándola a levantar su mirada hacia él.

Colin McGregor fue testigo de aquella brillante mirada llena de curiosidad y de esperanza. Le acarició el mentón con el pulgar antes de bajar la mano.

—Brenna... quería deciros que...

—No importa lo que digáis. Vuestras palabras no justificarían lo que ha sucedido.

—No debí...

—¿Ah no? —una mezcla de ironía y sorpresa la sobrecogió—. Antes de hacerlo me asegurasteis que lo deseabais. De manera que no iréis a decirme ahora que era una mentira porque no os creería.

—Entiendo que nuestro compromiso...

—Es una comedia, sí lo sé. Pero también sé que situaciones como la pasada no deberían suceder pero aun así... ocurren, para bien o para mal —susurró dándose cuenta de que la vista se le nublaba de repente.

—No, no iba a decir nada de eso.

—¿Entonces? —Ella se mostró altiva, fría y lo miró con una ceja elevada con suspicacia—. ¿Soy ese peligro que habita en Cawdor? ¿Al qué os estabais refiriendo? ¿A poder llegar a sentir algo por mí?

Él apretó los labios hasta hacerlos desaparecer. Estaba furioso y contrariado consigo mismo por haberse permitido dar ese paso. Por haber cometido la estupidez de besarla. Sacudió la cabeza sin creer en lo que había hecho.

—Es igual. No importa que no digáis nada. Tal vez sea mejor así —le aseguró con la desilusión prendida en su pecho. Cogió el vestido entre sus manos para caminar más deprisa y alejarse de él. Sin embargo se volvió hacia él en el último instante—. Si os viene bien, podéis marcharos al amanecer. Nadie os dirá nada, ni os seguirá.

—¿De qué...? —corrió tras ella y la sujetó por el brazo volviéndola hacia él para que le diera una explicación sobre esas palabras.

Ella se revolvió entre sus manos pero no consiguió que él la soltara esta vez. Entrecerró sus ojos y lo contempló con una sensación de rabia por haber permitido que la besara, que la hiciera sentir aquel calor sofocante en todo su cuerpo, por haber sido tan vulnerable.

—Habéis oído lo que he dicho. Podéis...

—Ya sé lo que he oído. Me ha quedado muy claro; demasiado. Solo quiero que me expliquéis, ¿por qué ese parecer? Se supone que debo quedarme y ayudaros con el inglés ese tan estirado. ¿Acaso lo habéis pensado mejor y lo preferís a él? —le preguntó enrabiado porque pudiera ser cierto.

—No, claro que no lo prefiero. Nunca me casaría con un *sassenach*. Pero tampoco lo haré con vos y ambos lo sabemos. De manera que...

—Os ha sorprendido el beso —le dijo con total seguridad de lo que hablaba. Pero no logró entender la cara que ella había puesto.

Brenna se humedeció los labios de manera lenta intentando ganar tiempo antes de responderle. Sí, le había sorprendido porque no esperaba sentir todo aquello que él le había transmitido. Por eso mismo era mejor que se alejara de Cawdor antes de que los temores de su hermana se hicieran realidad. Antes de que su corazón sufriera más de lo permitido con aquel McGregor. Tenía que alejarlo de las tierras de los Campbell antes de que fuera demasiado tarde para <<ella>>.

—No se trata del beso sino de vuestra vida si os quedáis aquí.

—Cierto, pero estoy en deuda con vos por haberla salvado. Ya os lo dije. Y os ayudaré cueste lo que cueste. Vos me metisteis en este embrollo, que acepté sin ningún tipo de reparo. Y soy consciente del peligro que corro, ya os lo dije —se acercó más a ella, con paso lento y sin apartar la mirada de la de ella—. El de darme cuenta de que podéis llegar a importarme mucho más de lo que representa esta comedia.

Ella no se apartó de él ni siquiera cuando lo escuchó decirlo. ¿Podría convertir la farsa en algo

real? ¿Era eso lo que le estaba diciendo? ¿Qué podría llegar a sentir por ella algo en verdad? ¿Algo que fuera más allá de un mero deseo carnal? Dio un paso atrás alejándose antes de que él pudiera volverla a rodear entre sus brazos y besarla. No quería correr ese riesgo una segunda vez porque desconocía como actuaría llegado el caso. Era mejor no saberlo.

—Es mejor que regrese al interior de la casa. Amy se estará preguntando dónde estoy.

—No creo que a vuestra hermana le interese mucho lo que hacéis, sabiendo que estáis conmigo, ¿no creéis?

Ella lo observó con detenimiento. Le atraía la confianza y la seguridad que mostraba en sí mismo. Tenía razón. A su hermana no le preocupaba dónde estaba ella mientras él velara por su seguridad. La cuestión que se le planteaba a ella era que Colin McGregor era todo un peligro en sí mismo.

—Siempre sabéis que decir. Pero prefiero regresar.

Emprendió de nuevo el camino de regreso a la casa bajo la atenta mirada de él. ¿Cómo demonios iba a hacer para mantenerse alejado de ella si tenían que convivir bajo el mismo techo? Se había metido en un buen lío a costa de aquella mujer que se paraba a saludar a algunos de los invitados mientras él la seguía a cierta distancia. ¡Mujer testaruda! ¿No comprendía que aquella farsa podía ser más peligrosa que el propio capitán Fullarton cortejándola? se preguntó sacudiendo la cabeza de regreso al interior de la casa. Más le valía estar prevenido para lo que se le viniera encima.

Brenna trató de distraerse desde el momento en el que regresó al interior de la casa. Su presencia no pasó desapercibida para Fullarton, quien la siguió con la mirada desde que regresó al interior. Ni si quiera se percató que detrás suyo venía su prometido. Este no le interesaba sino más bien, ella. Que tuviera un compromiso adquirido con el tal McIvor le importaba más bien poco o nada. Por ese motivo comenzó a moverse por la casa con el objeto de hacerse el encontradizo con ella.

Ella charlaba con algunas damas de la sociedad de Inverness cuando él apareció ante estas. De manera elegante se inclinó para mostrar sus respetos y se quedó mirándola.

—Señorita Campbell, os he visto entrar del jardín algo agitada. ¿Sucede algo? ¿Algún inconveniente con el servicio de la misma?

Brenna lo contempló sorprendida por este comentario. ¿Había estado observándola en todo momento? Inspiró tratando de calmarse cuanto antes porque la noche estaba siendo algo movida.

—No, no. Todo está perfecto.

—Me alegra saberlo. Si tenéis un momento, me gustaría comentarle ciertos aspectos relativos a la política de Londres que atañen a los clanes escoceses. Ya lo he hablado con otros pero no con vos. Sería importante que lo supierais para que no os cayera de sorpresa.

Ella entrecerró sus ojos como si estuviera estudiándolo. Sus palabras, su comportamiento, sus gestos. Pretendía averiguar si se trataba de una encerrona por su parte para estar a solas con ella. Una nunca podía fiarse de los hombres. Y menos de un *sassenach*, se dijo convencida de ello.

—Podemos hablar aquí si queréis —le instó viendo que pretendía alejarla del resto de invitados buscando tal vez, cierta intimidad. Algo que ella no estaba dispuesta a tolerar—. ¿Qué es eso tan crucial que tiene que contarme, capitán?

No estaba dispuesta a ceder ni un palmo de terreno. No quería más paseos por los jardines, ni por los cenadores ni pasillos de la casa. Había tenido suficiente con Colin. Más que suficiente, se atrevería a decir recordando el beso y las tibias caricias de este. Pero sobre todo sus comentarios acerca del peligro que ella representaba para él. ¿Y este para ella? Se preguntó en ese momento.

—Preferiría hablar a solas con el jefe del clan Campell. Es algo que atañe a este.

Brenna accedió a su petición al ver que no sería capaz de quitárselo de en medio. Y prefería hacerlo lo antes posible.

—De acuerdo. Vayamos.

—Si me disculpan, señoras pero he de llevarme a la señorita Campbell un momento. En seguida estará con ustedes.

Las damas asintieron con una sonrisa complaciente sin decir nada hasta que la pareja se alejó.

Entonces comenzaron los chismorreos y los comentarios susurrados acerca del compromiso de Brenna.

—Soy de las que piensa que haría mejor pareja casándose con el capitán Fullarton —se aventuró a decir una primera dama.

—No sé de dónde habrá salido su prometido pero no me convence en absoluto —dijo una segunda.

—¿Qué queréis que os diga, pero no parece normal que una mujer sea el jefe del clan Campbell?! —expresó una tercera sin apartar su mirada de Brenna.

—Con tal de que no tenga que lamentarse por su compromiso.

—Dicen que fue su padre el que lo acordó antes de la guerra.

Por suerte para Brenna, esta no había escuchado nada de lo que las mujeres decían. Sintió la mano del capitán bajo su brazo llevándola a un rincón algo apartado. Brenna apenas se inmutó ante este gesto, claro que seguía presa del sofoco que le había dejado el paseo con Colin. Contemplaba al capitán con el ceo fruncido esperando que le contara eso tan importante que aseguraba que ella debía saber.

—¿Y bien? ¿Qué querías comentarme?

Fullarton permanecía en silencio, pensativo o tal vez eclipsado por la mirada de ella. No era capaz de ordenar sus ideas estando tan cerca de aquella mujer. Pero debía sobreponerse a ello.

—Como sabéis, la guerra ha concluido y ahora que el príncipe Estuardo está en Francia, el gobierno inglés prepara una serie de medidas contra los clanes escoceses —comenzó explicándole mientras el rostro de Brenna cambiaba el gesto al escucharlo.

—Imagino que no todos los clanes. ¿Qué pasa con aquellos que defendimos al actual monarca?

El capitán apretó los labios hasta que se convirtieron en una delgada línea fruto de su preocupación. No estaba seguro de lo que iba a decirle, pero debía hacerlo.

—Tenéis razón. Los clanes escoceses leales al rey Jorge no se verán afectados por estas normas.

—Eso espero. Si los Campbell combatieron en Culloden ayudando los ingleses no es precisamente para que ahora nos traten con el mismo rasero que aquellos que apoyaron al príncipe Estuardo —resumió elevando su ceja con toda intención.

—Por supuesto. Pero tened en cuenta que yo no hago las leyes sino que velo por su cumplimiento.

—¿Qué incluyen esas proclamas? —Brenna mantuvo la distancia con él, observándolo con recelo. No terminaba de fiarse del capitán. Había algo que no le gustaba. Que fueran amigos o más bien conocidos desde hacía años porque los Campbell siempre apoyaron a la corona inglesa, y que él siempre hubiera mostrado su interés en ella, no significaba nada.

—No está muy claro pero tendrán que ver con las tradiciones escocesas.

Brenna asintió.

—Mientras no haya que pagar más impuestos...

—Por el momento es lo que sé.

Ella hizo ademán de marcharse pero él la retuvo moviendo su brazo con rapidez, lo que captó la atención de ella.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me cortáis el paso? Desearía regresar con mi hermana.

—Hay otra cosa.

—¿Qué más?

—Esta vez no tiene nada que ver con Londres ni con la rebelión. O tal vez haya una pequeña relación.

—¿Qué pasa? Me estoy impacientando —le reprochó abriendo la mirada en señal de advertencia.

—Es sobre vuestro compromiso —le dijo observando el cambio de semblante en ella.

—¿Qué sucede?

—Sabéis que llevo tiempo esperando a que me deis la oportunidad de conocernos mejor. Y que estaría dispuesto a desposaros y a...

—Ya tengo un prometido —le cortó antes de que siguiera por ese camino.

—¿No hay manera de romper ese compromiso?

—¿Romperlo? —ella permaneció con la boca abierta sin terminar de creer lo que le estaba diciendo—. No... No puedo. Es algo que mi padre acordó antes de morir. Debo respetarlo, Thomas —le dejó claro llamándolo por su nombre mientras no daba crédito a aquella situación—. Y creo que sería mejor dejarlo estar.

—Sí, claro. Solo quería saber si tenía alguna opción.

—Temo que no. Insisto que me gustaría regresar con mi hermana.

Thomas Fullarton asintió en silencio. La vio alejarse de su lado dejándolo a solas con un nuevo rechazo. Estaba claro que ella no parecía destinada a él. Y todo por un compromiso adquirido tiempo atrás por el padre de ella, se dijo cerrando las manos en puños para apretarlos contra los costados.

Brenna se alejó de él con una sensación amarga. Si después de todo lo que el clan Campbell había soportado por apoyar al rey Jorge, este iba a firmar proclamas en contra de todos los clanes, ¿de qué había servido su lealtad a la corona? Más le habría valido apoyar al príncipe Estuardo; tal vez con sus fuerzas hubieran podido equilibrar la batalla final, se dijo caminando sin rumbo fijo por la casa hasta darse casi de bruces con Colin.

—Estáis en mi camino —le aseguró contemplándolo con el ceño fruncido y las manos cerrada en puños que parecían dispuestos a ser descargados contra él.

—En ese asunto podríamos discernir. Yo podría decir que sois vos la que os habéis cruzado en el mío —la mirada de él estaba cargada de diversión, calidez y algo que a Brenna no le hizo gracia y que le provocó que su pulso se acelerara más de lo que ya lo estaba—. ¿A qué vienen esa cara y esa agitación?

Ella resopló y relajó los hombros cuando comprendió que él no tenía la culpa de lo que Fullarton le había contado. Él más bien la tenía de haberle provocado con su beso un fuego en el interior, que ahora se veía incapaz de sofocar. Se mordió el labio y desvió la mirada hacia uno y otro lado hasta bajarla en señal de rendición.

—¿Qué sabéis de las nuevas leyes de Londres para los clanes de Escocia?

Colin sacudió la cabeza.

—Nada por el momento. ¿Por qué me lo preguntáis?

Ella resopló. Cerró los ojos por un segundo y sacudió la cabeza contrariada por todo lo que estaba viviendo en tan pocos días.

—Olvidadlo.

Paso por el lado de él dispuesta a quedarse a solas pero entonces su mano la retuvo. Brenna se volvió para encararse con este.

—¿Por qué me lo habéis preguntado? ¿Qué sucede? Vuestro semblante no es el mismo que cuando os marchasteis de mi lado en el jardín. ¿El inglés es el responsable de vuestro estado?

Ella sonrió con una mezcla de diversión e ironía por aquel comentario.

—Oh, vaya. ¿Y eso os preocupa? —se mostró altiva y desafiante. Era la manera que tenía para enfrentarse a él y a las emociones que despertaba en su interior.

—Tened en cuenta que sois mi prometida. He de velar por vuestra seguridad y todo lo que os preocupe me atañe.

Ella permaneció con la boca abierta durante unos segundos; los que tardó en reaccionar por aquellas palabras.

—Un compromiso que tanto vos como yo sabemos que no existe —se acercó de manera peligrosa a él temiendo que volviera a sujetarla y a besarla.

Las palabras de ella lo hicieron regresar a la realidad que por un momento él parecía haber olvidado.

—Si tanto os desagrada, ¿por qué demonios os lo inventasteis?

—Podemos romperlo cuando os plazca. De ese modo podréis regresar a vuestras tierras y yo

podré seguir con mi vida.

—¿Y el inglés? —Colin alzó las cejas hacia él.

—Ya sabré arreglármelas con este.

Colin frunció los labios y asintió. Sabía que ella no hablaba en serio sino que se estaba dejando llevar por la rabia que sentía en ese instante.

—Es la segunda vez esta noche que os referís a mi partida, a romper el compromiso. No soy dado a echarme atrás cuando doy mi palabra, pero si es vuestro deseo que me marche, entonces lo haré — hizo una leve reverencia, cogió su mano y la besó expandiendo el calor de su deseo por el brazo de ella.

Luego se giró sobre su talones dejándola sola en el sitio y abandonó el salón hacia la salida de la casa. Le haría ver que él no estaba dispuesto a seguir su juego. Lo había metido en un compromiso inventado que él había aceptado de buenas a primeras porque se lo debía. Pero si quería que se marchara, lo haría. Se alejaría de las tierras de Moray e incluso zarparía hacia Francia. Pero sabía que esto no se produciría en cuanto ella viera que él parecía ir en serio. Quería ver su reacción cuando descubriera que se había marchado de la casa. Solo entonces se daría cuenta de que ella sola no podría hacer frente, ni al inglés ni a lo que se venía encima con las nuevas proclamas de Londres.

Brenna se volvió con rapidez para contemplarlo caminar hacia la puerta de la casa. ¿Se marchaba? se preguntó presa de la agitación. No, no podía dejar que lo hiciera. No cuando... Cogió su vestido entre las manos y salió tras él sin importarle los cuchicheos de los demás invitados que la seguían con sus miradas, incluida la del propio capitán Fullarton. Este no podía esconder ni su sorpresa ni su satisfacción por el desplante que acababa de sufrir ella.

Colin se detuvo en la entrada de la casa para respirar un poco el aire nocturno. No era el único que estaba por allí. Necesitaba despejarse después de lo sucedido con ella. ¡Por San Andrés que no dejaba de preguntarse cómo había accedido a semejante locura! ¿Por qué permanecía en Cawdor? ¿Por una deuda, un gesto de honor? Detuvo sus pensamientos sacudiendo la cabeza. No. En parte podría, pero él conocía el verdadero motivo. Y este aparecía en ese instante por la puerta de la casa apresurada como si en verdad... ¿Temiera que se fuera a marchar dejándola sola? Su reacción le provocó una sonrisa cínica llena de satisfacción. Tal vez después de todo, la señorita Campbell temiera que él se marchara.

Cuando ella lo vio de pie en el camino que conducía a la casa como si estuviera dispuesto a irse, su corazón pareció ralentizar sus latidos. Los mismos que se había disparado cuando él le aseguró que se marcharía. Sin darse cuenta de ello, tuvo miedo de que cumpliera su palabra en un arrebato de rabia semejante al que sentía ella. Inspiró antes de descender los escalones de la entrada y caminar hasta él. Era apuesto, con un físico envidiable a pesar de la guerra y de la convalecencia en la cama. Sintió el rostro arder cuando la mirada de él se fijó en ella transmitiendo infinidad de emociones.

—¿Vos también os vais? ¿O bien habéis salido a tomar el aire? —el tono irónico de él la encendió pero se dijo que debería calmarse para enfrentarse a este. La contempló mientras ella mudaba el gesto. —¿O tal vez me estabais buscando?

Brenna no quería darle la razón, pero era cierto. Había salido en su busca porque temía que se marchara. Pero él no se lo reconocería, ni ella iba a admitirlo. Mejor era dejarlo estar. Se sintió desconcertada por aquella pregunta. No había esperado encontrarlo allí. Ni tenía la respuesta. No iba a confesarle la verdad de buenas a primeras. Así que optó por seguir mostrándose enojada con él.

—Os habéis marchado dejándome plantada delante de todos los invitados.

—Soy consciente de ello.

—¿Y os parece acertado? Se supone que estamos prometidos —ella se acercó más para encararse con él buscando una aclaración a su gesto.

—La verdad es que no. Pero dado que vos no parecéis muy interesada en que me quede en Cawdor, tal vez sea mejor que me marche.

—Yó no os he pedido que os marchéis.

—Habéis asegurado que vos misma os podríais valer con el *sassenach* —él arqueó sus cejas en señal de sorpresa por si ahora se le ocurría decir lo contrario.

—Sé lo que dije. Pero no os he pedido que os marchéis.

Él sonrió al escucharla decirlo.

—No me cabe la menor duda. Por ese motivo habéis salido en mi busca ¿no? Temíais que me hubiera marchado dejándoos sola.

Brenna levantó el mentón con orgullo pero este se disipó cuando percibió la calidez y la ternura que mostraba la mirada de él. Y cuando sus manos la volvieron a sujetar por los brazos, sintió que podría perder el equilibrio porque las piernas no le respondían.

—Quedaos tranquila Brenna. Os di mi palabra y pienso cumplirla por muchas veces que me repitáis que corro peligro y todo eso. Cierto que he burlado a la muerte en varias ocasiones y que algún día me alcanzará, como a todos —le refirió con un tono monótono.

—¿Y qué me decís de lo ocurrido en el paseo? —se humedeció los labios de manera instintiva pensando que él volvería a besarla.

—¿Qué queréis que os diga? Me parecéis una mujer fascinante.

—¿Tanto como para besarme? —ella elevó una ceja con suspicacia ante la pregunta.

Él sonrió.

—Para eso y mucho más —hizo ademán de repetir la acción del paseo pero su mirada se quedó suspendida en la presencia de Amy que parecía estar buscando a su hermana—. Os buscan —le dio haciendo un leve movimiento de cabeza en dirección a la puerta.

Ella no quería volverse en ese momento porque toda su atención estaba fija en el rostro de él. En cada uno de sus gestos, de sus palabras. ¿Ella le parecía fascinante? ¿En qué sentido? ¡Maldita fuera! ¿Tenían que interrumpirla justo en ese momento en el que iba a exigirle una aclaración de lo sucedido? No quería alejarse de su lado sin una aclaración. Pero hubo de desistir cuando él se apartó de ella y se situó a su lado viendo venir a Amy hacia ellos. Suspiró sin poder comprender qué le sucedía con aquel McGregor. Pero sin duda que acabaría por averiguarlo sin él permanecía en Cawdor.

—¿Qué sucede? ¿Por qué has salido a buscarme? —le preguntó a su hermana con un ligero tinte de rabia por haber interrumpido aquel momento.

Amy entornó su mirada con precaución. Mucho se temía que había aparecido en mal momento a juzgar por el semblante de Brenna.

—Te buscaba porque algunas damas quieren saber de tu compromiso —le dijo lanzando una mirada cautelosa a Colin.

—Querrán cotillear sobre mí y mi compromiso —ironizó ella sin abandonar el mal humor. Inspiró y asintió—. Está bien. Vayamos a ver qué demonios quieren.

Colin apretó los labios para evitar sonreír. No quería que ella se lo tomara a mal. Pero en parte entendía que el compromiso de ella se había convertido en un tema más interesante que el final de la rebelión en Escocia.

La vio alejarse en compañía de su hermana pero antes de que entrara en casa se volvió de manera inesperada y veloz hacia él.

—Tenemos una conversación pendiente. No lo olvidéis —lo contempló con los ojos entrecerrados y una ceja elevada con suspicacia.

—No, no lo olvido. Id a que responder a las preguntas de esas damas.

Ella frunció los labios ante ese comentario por parte de él y se giró con el pecho palpitando sin que ella pudiera contenerlo.

Amy paseó su mirada por su hermana y posteriormente por Colin sin entender qué había querido decir esta. Pero estaba segura de que terminaría su conversación. Al McGregor le restaba mucho por conocer de la dueña y señora de Cawdor.

Colin permaneció en la entrada de la casa durante unos segundos más, consciente de que ella lo

había dejado algo tocado. Sonrió al recordar su gesto de sorpresa cuando lo vio allí. ¿Por qué había pensado que él la abandonaría? Le gustó verla aparecer por la puerta de la casa, envuelta en la agitación y el temor porque esto hubiera sucedido. No. No iba a romper su palabra dada. Le debía la vida y estaba en deuda con el clan Campbell. Pero, ¿era esta la única opción por la que permanecería en Cawdor? No quiso responder a esa cuestión sino que se limitó a sacudir la cabeza y regresar al interior de la casa por si ella lo necesitaba.

Una vez de vuelta en Cawdor tras la velada en Inverness, Colin decidió quedarse en el salón junto a la chimenea encendida. Por suerte para él, el calor de las llamas mantenía la estancia algo más caldeada y hasta cierto punto acogedora. Permanecía de pie frente a las mismas, contemplándolas ajeno a todo lo demás, con su mente en blanco. No quería pensar en lo sucedido esa noche en casa del *sassenach*. El capitán se había mostrado algo decepcionado con la temprana marcha de Brenna. No en vano, había tratado de hacerla cambiar de opinión y de que se quedaran a pasar la noche allí. La casa contaba con habitaciones suficientes para alojar a los invitados del clan Campbell. Pero ella se había mostrado decidida a regresar a Cawdor alegando que era su lugar. Y que además necesitaba aclarar ciertas cosas con su prometido. Algo a lo que Fullarton no pudo oponerse, quedando en volverse a ver pronto.

—¿Qué diablos hacéis aquí?

La voz de Malcom captó su atención al momento. Colin se volvió dejando el calor a su espalda para ver al rudo escocés dirigirse hacia él con el ceño fruncido.

—Esperando a que me entre sueño.

—¿Os habéis despejado eh? Sí, supongo que es lo que tiene acabar una velada de madrugada. ¿Qué opinión os ha merecido? Y tranquilo, podéis ser todo lo sincero que queráis. No voy a decirle nada a ella —le aclaró tomando asiento junto al fuego e invitando a Colin a que hiciera lo propio.

Este asintió agradecido por el comentario y sonrió.

—¿Qué queréis que os diga cuando he estado rodeado de leales súbditos del rey Jorge? He tenido que contar hasta diez, inspirar y sonreír de manera disimulada cada vez que me preguntaban mi opinión por la rebelión, por Culloden y por la repentina marcha del príncipe Estuardo. Ni qué decir de los calificativos que le han dado —le respondió con un risa amarga como sus sentimientos por la derrota sufrida.

—Os entiendo pero es lo que os tocará vivir desde ya mismo. Y os aconsejo que lo olvidéis cuanto antes.

—Lo sé. Elegí el bando equivocado, ¿verdad?

—En principio.

—¿Qué queréis decir? Seguí al príncipe Carlos y perdimos. ¿Qué más puede haber?

—Tal vez me equivoque, pero a la vista de lo que parece que se avecina para las Tierras Altas de Escocia... —Malcom chasqueó la lengua y fijó su mirada en las llamas.

—¿Os referís a las proclamas de Londres? —preguntó alarmado e intrigado mientras Malcom asentía—. He escuchado algunas cosas en las distintas conversaciones que he mantenido a lo largo de la noche.

—Supongo que las nuevas directrices para este país no serán nada halagüeñas.

—Pero los Campbell no tendrían que verse afectados. Después de todo defendieron al rey Jorge.

—No os confiéis, McGregor —Malcom rio ante ese comentario llamándolo por el nombre del clan al que pertenecía. Estaban solos en el salón, charlando como dos viejas amistades—. Al final Londres nos meterá a todos clanes escoceses en el mismo saco. ¿Creéis que van a hacer distinciones, eh?

—Ya sé lo que vais a decirme.

Malcom se levantó del sillón y caminó hacia un mueble del que extrajo una botella de licor. Regresó al lado de Colin y se la tendió.

—Echad un trago. Esto es mejor que lo que habéis estado bebiendo esta noche.

—Imagino —asintió cogiendo la botella para beber por el cuello de esta. El calor del aguardiente le bajó como un reguero de fuego hasta aposentarse en su estómago. Sacudió la cabeza y resopló entregándosela de vuelta a Malcom.

—Y ahora que estamos solos compartiendo una botella de *usquebagh*... ¿qué le habéis hecho? Y no me vengáis con monsergas porque soy consciente de que vos tenéis algo que ver con su cambio de carácter esta noche. Fui testigo de cómo salía detrás de vos cuando la dejasteis poco menos que plantada delante de todos —hizo un gesto con su cabeza en dirección al piso superior donde estaría descansando Brenna.

Colin se quedó mirando al rudo escocés con cara de asombro. Luego sacudió la cabeza y sonrió.

—Al parecer me dejó claro que ella sola podría manejar al capitán Fullarton. Con lo que...

—Todavía no estáis borracho para creeros algo así. Ni para contadme la verdad de lo sucedido.

—Pues claro que no lo estoy. Ni yo tampoco la creí. Pero decidí hacerle ver que no me importaba lo más mínimo.

—Bebed un poco más. Tal vez os acabe creyendo.

—¿Tampoco me creéis si os digo que puedo irme mañana mismo sin importarme lo que pueda pasarle?

—Tampoco, McGregor. Le habéis dado vuestra palabra de que no la dejareis mientras el inglés no desista con ella. De manera que... —Malcom se encogió de hombros y bebió un trago largo antes de devolvérsela Colin.

—Entonces, ¿creéis que no seré capaz de largarme de Cawdor?

—Lo creo. No estáis dispuesto a dejarla sola, sinceraros conmigo. Tengo ojos.

Colin comenzó a recelar de aquel hombre que parecía haber visto algo. O tal vez se lo habían dicho. ¿No sabría que él la besó en el paseo de los jardines?

—Ya me he dado cuenta de que la visteis salir a buscarme.

—¿Qué pasó cuando estabais el jardín? —Malcom lanzó la pregunta pero apartó la mirada de él para no intimidarlo.

—Estuvimos hablando de la situación actual.

—¿De cuál? ¿De la que atraviesa la nación o de la personal que os atañe?

—De todo un poco. Aunque al final el asunto por el que estoy en Cawdor fue de lo que más hablamos. Le pregunté qué planes tenía para mí. De qué manera resolveríamos la situación ya que Fullarton nos preguntó por la fecha de la boda. ¿Me marcharía un día sin un adiós? ¿Aguantaría a que el inglés se diera por rendido? ¿Y luego qué? —Colin se quedó mirando el vacío ante él tratando de responderse él mismo esas cuestiones.

—¿Fue antes o después de que la besarais?

Colin sonrió al ver el gesto de picardía en el rostro de Malcom.

—¡Por San Andrés que sois un viejo zorro! ¿Estabais allí espiándonos?

—Esta vez no. Pero sabed que hay que velar por la seguridad íntegra de la jefa del clan Campbell. Vos mejor que nadie sabéis a qué me estoy refiriendo.

—Entonces...

—La pequeña de las hermanas Campbell es algo curiosa e inquieta. Y tiene un sexto sentido para detectar ciertas cosas. Le faltó tiempo para venir a contármelo. Deberíais haber visto su gesto de picardía y satisfacción cuando me lo contaba —le aseguró Malcom mientras lo apuntaba con su dedo como si lo acusara.

Colin resopló ante aquella evidencia. Volvió su atención a las llamas del fuego como buscara alguna respuesta en estas. O como si tratara de esconder la sensación de indefensión en la que se encontraba.

—Veo que os habéis quedado sin palabras.

—No esperaba que alguien nos viera, la verdad. ¿Habéis dicho que ella parecía satisfecha por lo que había visto?

—Eso he dicho. Bah, no os preocupéis. No es nada malo besar a vuestra prometida —posó su mano sobre el hombro de Colin y sonrió en complicidad con este—. Por eso os he asegurado que no vais a abandonar Cawdor.

—Sin duda que teníais información privilegiada.

—Pero, decidme, ¿ibais en serio o formaba parte de la comedia que ambos estáis representando? Os lo pregunto como hombre de confianza del *chieftain* del clan Campbell. Si es así, me parece correcto. Si por el contrario tenéis pensando jugar con ella aprovechando la situación...

—Descuidad. No tengo intención de hacerle daño. Y ya os dije que tendríais que poner os a la cola. Amy es la primera que no vaciló en amenazarme.

—Sí, lo recuerdo. Entonces, ¿qué sucede entre Brenna y vos? Por lo que Amy me contó, su hermana correspondió el beso —Malcom entornó al mirada hacia Colin sabedor de lo que decía.

—Sí. Así es. Amy no se equivocó.

Malcom inspiró hondo manteniendo su mirada fija en un punto en el vacío. Durante segundos no dijo nada, ni siquiera miró a Colin.

—Pero entonces... el compromiso que ella ideó... no es el fondo una comedia. Me refiero a que si vos la besasteis y ella os correspondió... Y después, cuando me fijé en la forma en la que salió del salón de baile primero, y de la casa después buscándoos porque la habíais dejado a solas... Me dio que pensar que su comportamiento no era parte de la representación. Y de serlo, más os convendría andar os con cuidado. Uno puede confundirse y no llegar a distinguir entre la realidad y la ficción.

—Tan claro como que os estoy viendo y escuchando —ironizó Colin casi arrancando la botella de *usquebagh* de las manos de Malcom para echar un trago bastante generoso—. No pretendo confundirla con mis acciones. La besé porque en ese momento era lo que más deseaba. Porque estaba... no sé cómo describíroslo. Solo sé que tenía que hacerlo y dejarle claro lo que sentía en ese momento.

—Lo tenéis bien fácil, a mi modo de ver.

—¿Fácil? —Colin miró al rudo Campbell con el ceño fruncido y una expresión de incredulidad.

—La habéis besado y no os ha abofeteado, ni os ha insultado y mucho menos os ha puesto su daga en la garganta; esa que siempre oculta bajo el vestido.

—¿Una daga bajo el vestido? —Colin abrió los ojos como si fueran a salirse de las cuencas al escuchar aquella confesión.

—Os queda mucho por conocer a vuestra futura esposa —le aseguró dándole una palmada en la espalda—. No es tan dulce como podéis haberla visto o considerado esta noche.

—Parecéis muy seguro al respecto de que acabaré por casarme con ella.

El rudo Campbell mudó el gesto de diversión por uno más serio.

—No me cabe la duda que al final lograréis llegar a su corazón, McGregor. Y cuando lo hagáis no se tratará de una comedia, sino que será real. Tanto como que deberíamos irnos a descansar un poco. Tratad de hacerlo si ella os lo permite ya que imagino que no sois capaz de sacárosla de la mente después de esta noche repleta de fuertes emociones. Mañana será un día más que interesante.

Colin contempló al hombre levantarse de su asiento, dejar la botella sobre la repisa de la chimenea y caminar hacia su habitación. Él se quedó pensando en lo que este le había contado. Amy los había visto besarse en el jardín. Sería complicado explicar que aquel beso no había querido decir nada. Y que se trataba solo de una representación. Parte de la comedia que tocaba representar. Y más tarde cuando ella los interrumpió en la entrada de la casa... Solo tenía que haberse fijado en el semblante y el tono de su hermana cuando ella apareció.

Brenna apenas si había hablado durante el trayecto desde Inverness a Cawdor. En el interior del carruaje, junto a Amy, se había limitado a contemplar la oscuridad del camino a través de la ventana. Mientras, su hermana pequeña la había estado observando con la esperanza de que le contara algo de lo sucedido entre Colin y ella. Pero al ver que no abría la boca, la había dejado tranquila. Cuando

estuviera más calmada y descansada le preguntaría. Pero no podía pasar por alto que lo sorprendiera besándose en el jardín; y más tarde que ella saliera de la casa en busca de él como si dependiera su vida. Claro que en cierto sentido así era después del compromiso al que habían llegado.

Ambas hermanas se despidieron hasta la mañana siguiente ajenas a que Colin y Malcom se quedaban en el salón. Brenna no tenía ganas de hablar con nadie. Quería estar sola para meditar y recapacitar sobre lo que había sucedido entre Colin McGregor y ella. ¿A quién pretendía engañar con ese compromiso ficticio? ¿Él la había besado y ella en vez de apartarse de este se había entregado a sus brazos, a sus caricias y a su beso! Lo que había sucedido no era fruto de su imaginación ni de una ficción ensayada. Había sido algo espontáneo y natural que, al parecer, había puesto al descubierto las verdaderas emociones y deseos de los dos. ¿Cómo diablos iba a enfrentarse a él al día siguiente? No había debido proponerle semejante locura. ¿En qué había estado pensando para hacerlo?! Debió haber rechazado al capitán de una manera elegante y educada.

Se sentó en la cama durante unos instantes en los que trató de hallar la cordura que hasta ahora le había parecido faltar. Se limitó a sonreír al darse cuenta de que era algo tarde para ello. Se había puesto en evidencia ante él al salir en su busca cuando la dejó sola en el salón con la palabra en la boca. Había acudido en su busca como si de verdad le importara que se pudiera marchar. En un principio pensó que su repentina acción se había debido a la rabia que él le había provocado por haberle dado plantón. Sin embargo, descubrió su temor a que él estuviera hablando en serio y se marchara de Cawdor. El peligro al que él se había referido esa noche era <<ella>>. Darse cuenta de que podría llegar a sentir algo que ninguno de los dos había previsto.

Resopló extrayendo la daga oculta bajo su vestido y se quedó contemplándola con una sonrisa taimada. ¿Por qué no la empleó en el paseo de los jardines para mantenerlo alejado de ella en todo momento? Jugó con su filo entre sus dedos y con una ceja elevada con suspicacia. La dejó sobre la mesita de noche y sonrió. Sacudió la cabeza con un resoplido y relajó sus hombros antes de tumbar en la cama con intención de dormir. Pero cuando cerró sus ojos, los recuerdos del beso flotaron en su mente. Y la sensación de calidez y seguridad del abrazo de él envolviéndola mientras la besaba. Y lo que más le inquietó fue tener la sensación de que su corazón parecía querer abrirse. Con esa sensación se quedó dormida de manera plácida.

Colin se levantó antes de que la luz de la mañana entrara por la ventana. No había logrado dormir mucho pensando en Brenna y en todo lo sucedido la noche anterior. También había recordado la conversación con Malcom y su sugerencia de que, si estaba interesado en Brenna, intentara llegar a su corazón. Pensar en ello le arrancó una carcajada. ¡Una Campbell y un McGregor! Sacudió la cabeza pero no desechó esa posibilidad por completo porque, aunque le pareciera irrisoria, él la había besado y ella no había hecho intento por rechazarlo. ¿Cabría la remota posibilidad de lograrlo? ¿De llegar al corazón de ella? ¿Y por qué querría hacerlo y quedarse en Cawdor después de todo? Se preguntó dejando su mirada fija en el vacío. Nunca había sido un experto con las mujeres porque como le había confesado a la propia Brenna, desde que llegó a sus oídos el regreso del príncipe Estuardo a las islas, él no había tenido otra dedicación que preparar al clan para ofrecerle sus servicios y jurarle lealtad. Las mujeres que había conocido eras, como podía ella suponer, aquellas que encontraba a su paso por las ciudades en las que el ejército jacobita pernoctaba.

Permaneció asomado a la ventana de su cuarto dándole vueltas al talante que mostraría ella ese día. Lo que sí tenía claro era que no estaba dispuesto a dejar Cawdor bajo ningún concepto. Aunque ella misma se lo pidiera o lo echara a patadas de sus propiedades. Y si lo hacía, él regresaría las veces que hicieran falta. Sonrió porque pensaba que por primera vez podría llegar a sentir algo por una mujer. Aunque esta perteneciera a un clan rival.

Amy sonreía de manera zalamera contemplando a su hermana entrar en la cocina donde Audrey había preparado el desayuno. Brenna se dio cuenta nada más aparecer ante las mujeres, que era el

centro de atención. Aquellas sonrisas llenas de picardía y aquel intercambio de miradas entre ellas dos. Y que después fijaban en ella significaban algo. Algo que ella creía intuir.

—¿Qué os pasa esta mañana? ¿Por qué me miráis y sonreís? —hizo ademán de sentarse, pero prefirió seguir de pie, moviéndose aquí y allá mientras cogía algo de comer y beber.

—¿Qué tal lo pasaste anoche? Apenas si abriste la boca en el viaje de regreso.

—Ummm, estaba algo cansada —se disculpó Brenna con su hermana sin darle mayor importancia. No era del todo cierto, pero no quería darle demasiados detalles.

—¿Demasiadas emociones para una sola noche? —preguntó Amy contemplándola de reojo mientras esta parecía no haberla escuchado. Luego hizo un gesto con las cejas a Audrey y en dirección a su hermana como si le estuviera indicando que prestara atención a sus explicaciones.

Brenna se volvió hacia Amy y se encogió de hombros.

—Normal.

—¿A qué llamas tú normal?

—Pues a lo que sucedió. Charlas aburridas sobre ropa, costumbres y demás con algunas damas.

—Te olvidas de un tema más jugoso —Brenna centró su atención en Amy sin comprenderla—. Tu reciente compromiso —le dejó caer con toda intención observando el gesto de sorpresa de su hermana.

—Pero capeé el temporal lo mejor que pude. —Brenna agitó su mano en el aire y encogió los hombros.

—¿Entra dentro de lo normal bailar con Colin y con Fullarton?

—Pues sí. Lo estaba esperando. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué debí haberme negado a aceptar sus bailes?

—No, claro. ¿Y dar un paseo por los jardines envueltos en la quietud de la noche y a la luz de la luna?

Brenna sintió un ligero sobresalto al escuchar a Amy hacer referencia a aquel momento de la velada. ¿Cómo demonios lo sabía? ¿Acaso los había visto? Juraría que su hermana desertó de su lado dejándola a solas con Colin...

—También lo es cuando quien me lo propone es mi prometido a ojos de todos.

—Sin carabina.

Brenna frunció el ceño ante la ironía de su hermana.

—¿Qué sucede? ¿A dónde quieres ir a parar? ¿Acaso sugieres que no sé defenderme de un hombre? Bien sabes tú que mi carabina se esconde bajo la falda —le recordó extrayendo de manera veloz su daga para clavarla en la mesa ante la mirada de incredulidad de Audrey.

—Podrías haberle esgrimido cuando el McGregor te besó, ¿no? —Amy elevó sus cejas y abrió los ojos como platos con cara de ingenuidad—. O tal vez haberlo hecho cuando saliste detrás de él abandonando la casa cuando este te dejó plantada en mitad del salón de baile. No sé... —Amy frunció sus labios e intercambió una mirada con Audrey, que sonreía de manera tímida.

—Has resumido a la perfección lo que viví la noche pasada en la casa del capitán, gracias —le comentó con el sarcasmo esperado por parte de Amy y Audrey.

—¿Cómo marcha la relación con tu prometido? ¿Os habéis reconciliado después de la escena a la que he hecho referencia? —ironizó Amy mirando a su hermana con demasiado interés por lo que tuviera que decir. No estaba segura si esta le confesaría que lo había besado en los jardines.

Brenna le devolvió la mirada a Amy su hermana con cierta confusión.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Es algo normal querer saber qué tal te marchan las cosas con él. A ojos de todos en Cawdor y en Inverness anoche, Colin es tu prometido. Tú misma lo acabas de decir.

Brenna apretó los labios y frunció el ceño ante aquella explicación. Amy tenía razón pese a que a ella no pareciera hacerle gracia el tema.

—Procuramos comportarnos como lo que somos.

—Una pareja de prometidos —precisó Amy con la mirada entornada hacia Brenna.

—Sí. ¿Se puede saber qué te pasa esta mañana? ¿No tienes nada mejor que hacer que acosarme con tus estúpidas preguntas? Sabes de sobra la clase de relación que hay —le recordó, irritada por aquellos comentarios y porque desde ya, ni si quiera ella sabía la clase de relación que Colin y ella mantenían.

Hubo unos segundos de silencio en la cocina. Ninguna de las tres mujeres quiso abrir la boca. Audrey apretó los labios y contempló a su señora de manera fija. Había algo en su gesto, en sus palabras y el tono de su voz que denotaban su malestar. ¿Se había dado cuenta a estas alturas de lo que suponía su juego? A lo mejor estaba empezando a hacerlo y eso hacía que se comportara así.

—Creía saberlo, pero desde anoche estoy algo confusa —le aclaró Amy sin perderle la mirada a Brenna. Una mirada que parecía querer decirle que sabía lo que había entre ellos.

—Nada ha cambiado entre...

—¿Ni siquiera después de besaros en el paseo del jardín?

La pregunta paralizó a Brenna, quien se limitó a devolverle la mirada a su hermana. Al cabo de unos segundos tras los que pareció reaccionar, entreabrió los labios para decir algo en un susurro.

—Veo que lo sabes.

Amy asintió mientras su hermana parecía seguir perdida sin capacidad de reacción.

—Os vi.

—¿Nos viste? ¿Estabas en los jardines? Pero, ¿por qué no me lo dijiste?

—Que sepas que no te estaba espiando. Salí a tomar el aire un momento en compañía de Malcom. Y mientras este charlaba con otros de los invitados que le preguntaban por ti, yo me alejé un poco y me fijé en que estabais no muy lejos.

Brenna permaneció en silencio con los labios apretados y los ojos entrecerrados

—¿Quién más lo sabe?

—Malcom. Y ahora Audrey —dijo mirando a esta quien sonreía divertida por la noticia—. ¿Qué sucede entre vosotros, Brenna? Y no vengas a decirme que nada porque no es cierto. ¿Por qué te has besado con él? ¿Acaso... te sientes atraída o es que forma parte de vuestra particular comedia?

El tono de Amy se volvió más cálido y calmado mientras posaba su mano sobre el antebrazo de su hermana, quien resopló y dejó su mirada suspendida en la taza de té tenía en su mano.

—No, no forma parte de ninguna comedia. Ni estaba previsto que sucediera —comenzó a explicar con un tono que denotaba su sorpresa y su incomprensión por lo sucedido—. No sé qué se me pasó por la cabeza para permitirle que me besara —exclamó ofuscada por este hecho mientras cerraba una mano en torno a la empuñadura de su daga, que permanecía clavada sobre la mesa.

—A lo mejor es que en el fondo lo deseabais y no lo sabíais —comentó Audrey con respeto.

—No es posible, Audrey —negó Brenna sacudiendo a cabeza en repetidas ocasiones mirando a la mujer.

—¿Por qué? Puedes sentirte atraída por él como cualquier otra mujer en Cawdor. Y un beso tampoco quiere decir nada —dijo Amy tratando de quitar dramatismo a la situación.

—Un beso es un beso —le interrumpió Brenna—. No hay justificación posible para ello. Me besó y yo no solo no lo rechacé, sino que lo acepté. Eso es todo. De modo que no hace falta buscar una excusa para ello.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sé. ¿Qué quieres que pase? Ya te he dicho que lo sucedido anoche me sorprendió porque no esperaba que sucediera nada semejante.

—Imagino que ahora no se marchará —intervino Audrey con la mirada entornada hacia su señora—. No sería lo más acertado por su parte. Si os ha besado es porque...

Brenna levantó su mirada hacia Audrey y esta se calló antes de decir lo que pensaba en realidad. El gesto de su señora le dejó claro que no quería saberlo porque era algo que nadie podía esperar de él.

—No pensé que todo pudiera enredarse de este modo.

—Pues debiste haberlo pensado antes de presentar al McGregor como tu prometido. Sabías que algo así podría suceder en cualquier momento. Ninguno de los dos podréis abstraeros a la atracción que al parecer sentís.

—Yo no me siento...

—Lo besaste —le interrumpió Amy cuando su hermana comenzó a tratar de justificarse—. Y supongo que si lo permitiste fue porque lo deseabas. No porque estuvieses representando un papel, Brenna. De manera que sería conveniente que os aclaraseis. Y visto por el lado bueno, si el McGregor está interesado en ti, ya no tendrás que preocuparte por ese *sassenach* de Fullarton —sonrió Amy con diversión al ver la situación que su hermana se había montado.

—Me dijo que pronto llegarán las nuevas proclamas de Londres para las Tierras Altas de Escocia y para sus clanes.

—¿Qué nuevas proclamas? —preguntó Audrey temiendo que la situación empeorara.

—La derrota de los jacobitas no parece ser suficiente para el rey Jorge. Según me comentó Fullarton anoche el rey quiere endurecer las leyes para evitar un nuevo intento de rebelión a favor de los Estuardo.

—¿Un nuevo levantamiento? —Amy abrió los ojos como platos—. No creo que haya un solo escocés en toda la nación que esté dispuesto a secundarlo después de este desastre.

—Ya. Pero desde Londres quieren asegurarse de que este no se produzca.

—¿Y te ha comentado Fullarton qué leyes son?

Brenna sacudió la cabeza.

—No, pero supongo que no serán nada favorables, según comentó.

—Pero mi señora, el clan Campbell siempre defendió la causa del rey Jorge, ¿por qué deberían afectarnos las nuevas leyes? —preguntó Audrey con cierto temor.

—Porque al final no harán distinción entre clanes —le aseguró como si ya estuviera viendo lo que iba a suceder.

—Sería bueno que Colin permaneciera a tu lado, hermana —Amy asintió cogiendo su mano en la suya y mirándola con cariño.

Brenna inspiró y sonrió.

—Dependerá de él. Solo si él quiere irse después de lo sucedido anoche...

Sintió un extraño latido en el interior de su pecho cuando pensó en la posibilidad de que Colin se marchara de Cawdor. No esperaba que ello sucediera porque él le había dado su palabra... un beso y una confesión que traían de cabeza a la jefa de los Campbell.

—No desesperéis mi señora. No lo hará —le aseguró Audrey como si supiera lo que iba a suceder.

Brenna resopló y dirigió una mirada de esperanza hacia la sirvienta.

—Yo también lo deseo. En un principio era porque lo necesitaba para alejar al capitán; pero en este momento no estoy segura de que este sea el único motivo.

Tanto Amy como Audrey intercambiaron sus miradas con toda intención, y ambas parecieron llegar a la misma conclusión.

—¿Habéis descansado? —la pregunta de Malcom sorprendió a Colin mientras este bajaba las escaleras.

—A duras penas —le respondió observando como el rostro del hombre de confianza de Brenna asentía.

—¿Demasiado *usquebagh*? —le preguntó haciendo referencia a la botella que habían compartido a solas junto al hogar en el salón cuando llegaron de Inverness.

—Tal vez se deba a las diversas emociones vividas anoche.

—¿Lo decís por la señora?

—Y por ese capitán inglés y sus continuas preguntas. Llegó un momento en el que deseé golpearlo para que se callara de una maldita vez.

—Os entiendo. Pero ya os dije que tenéis que andaros con cuidado. A la mínima sospecha por parte de este, seréis hombre muerto.

—Sí. Por eso me contuve. ¿Oísteis hablar de las nuevas proclamas que prepara Londres para Escocia?

Malcom se pasó la mano por la barba con gesto preocupado.

—No me gusta lo que puede venir. No sé si os lo comenté anoche. De todas formas, lo hago en este momento. Temo que paguemos todos.

—Yo espero que a Brianna no le afecte. Ni a los Campbell.

—Pues yo no estaría tan seguro llegado el momento. De igual manera que escuché contar las matanzas llevadas a cabo por el duque de Cumberland.

Colin tensó el cuerpo y el color de su rostro se volvió ceniciento.

—El carnicero de Culloden, lo apodan. Llevó a cabo una auténtica masacre con los heridos y los moribundos. No respetó nada ni a nadie. Incluso mandó saquear las aldeas cercanas al campo de batalla; incendiarlas y pasar a cuchillo a sus habitantes —resumió Colin con el recuerdo imborrable de aquellas horas.

—¿Vos lo visteis?

Colin asintió.

—Fue espantoso. Culloden no se convirtió en un campo de batalla, si no en una carnicería.

—¿Cómo lograsteis escapar y llegar hasta aquí? No os lo he preguntado.

Colin sonrió de manera amarga.

—Haciéndoles creer que estaba muerto. Ocultándome bajo los cuerpos de varios soldados sin vida. Contuve la respiración hasta que los casacas rojas pasaron de largo. Iban rematando a todo aquel que respiraba. No hacían prisioneros.

—Debisteis pasarlo mal hasta llegar aquí.

—Al llegar la noche, me arrastre por el barro y la sangre entremezclada. Logré poner tierra de por medio con Culloden y vagué sin rumbo fijo hasta que vi la silueta de Cawdor recortada contra el cielo del amanecer. Pensé que era una visión creada por mi mente; una especie de delirio. Pero cuanto más me acercaba más seguro estaba que era real. No eran imaginaciones mías.

—Bueno. Ahora estáis aquí y repuesto de la herida. Tenéis un sitio entre los Campbell y si no me equivoco, os van a necesitar —le aseguró haciendo un gesto hacia Brenna, quien en ese momento aparecía ante ellos.

La mirada de Colin se quedó suspendida en la figura de ella. Con el cabello recogido con una tira de cuero, cayendo sobre uno de sus hombros.

—Buenos días, señora —le dijo Malcom asintiendo antes de ir a la cocina a tomar algo.

—Buenos días.

Luego se volvió hacia Colin, que todavía permanecía al pie de la escalera, donde había estado charlando. Al verla no supo en verdad qué debía hacer; si esperar a que ella se acercara y le dijera algo. O bien ser él quien caminara en su busca.

Brenna lo hizo con paso lento y seguro mientras no apartaba su mirada del rostro de él. Había escuchado parte de la conversación que había mantenido con Malcom. No había podido evitar que el estómago se le revolviera al escucharle narrar las atrocidades de Culloden.

—¿No tenéis hambre? —le preguntó deteniéndose a su altura. Se mordió el labio y se retorció las manos, nerviosa por la cercanía de él.

—Iba a comer algo cuando Malcom me interceptó. ¿Ya habéis desayunado?

—Sí.

—En ese caso...

—Os escuché hablar sobre la batalla de Culloden —ella entornó la mirada hacia él.

—Bueno... no estoy seguro de si es un tema de conversación apropiado.

—¿Apropiado para quién? —Brenna elevó las cejas sorprendida porque él pudiera referirse a ella.

—Para tratar con vos.

—No os equivoquéis. He escuchado a los hombres que regresaron de Culloden, narrar cosas parecidas a las vuestras. No penséis que soy débil por ser una mujer —Brenna se envaró delante de él dejándole clara su postura.

Él no pudo evitar sentir un golpe de orgullo por ella, lo cual le hizo sonreír.

—En ningún momento lo he pensado de vos.

—Ni quiero que lo hagáis. Os espero fuera cuando terminéis de desayunar —le pidió reanudando su camino y dejándolo a solas una vez más.

—¿Deseáis algo de mí?

La pregunta de él hizo que ella se volviera y lo contemplara de manera fija.

—Sí, que me aclaréis vuestro comportamiento de anoche. Y ahora si me disculpáis tengo cosas que hacer. Os estaré esperando. No lo olvidéis.

Brenna volvió a darle la espalda para retomar su camino hacia la salida del castillo mientras él suspiraba, sacudía la cabeza y no apartaba la mirada de ella hasta que desapareció de su campo de visión. Momento en el que aprovechó para ir a comer algo. Sin duda que necesitaba una explicación sobre lo sucedido entre ellos. ¿Y quién no? Ni si quiera tenía una explicación convincente sobre por qué demonios la besó. Salvo que deseó en aquel instante.

Cuando entró en la cocina no esperaba encontrarse con Amy, quien charlaba con Malcom y que había desviado su atención hacia él.

Por un instante se hizo el silencio en la estancia hasta que Malcom lo invitó a sentarse.

—Tomad asiento y tomad algo. El desayuno lo hacemos en la cocina y no en la mesa del salón. De ese modo todo es más rápido para ponernos a trabajar.

—No importa. Es lo de menos.

—¿Qué tal terminasteis la noche? No os volví a ver desde que salía de la casa buscando a mi hermana —le comentó Amy esperando que él le contara si había visto a Brenna cuando llegaron a Cawdor.

—La terminé sentado frente al fuego y con una botella de *usquebagh* —comentó Malcom.

—Vaya. ¿No tuvisteis suficiente bebida en la velada? —preguntó una Amy sorprendida por este hecho.

—No soy de beber mucho. Pero nunca rechazo un trago del licor de las Tierras Altas.

Malcom asintió.

—Y de buena calidad.

—¿Os quedasteis los dos? —Amy seguía sin salir de su asombro porque no esperaba escuchar algo así. Pensaba que él habría pasado tiempo aclarando la situación con Brenna.

—Eso os estoy diciendo.

Amy frunció los labios y asintió. De manera que su hermana y él no habían hablado todavía de lo ocurrido durante la velada en casa del capitán Fullarton, se dijo sin apartar la mirada de Colin.

—¿Qué planes tenéis? —No iba a dejar escapar la oportunidad de indagar más en lo que él pensaba hacer.

—Por lo pronto vuestra hermana quiere verme nada más que termine de desayunar.

—Supongo que para ponerlos al día de la situación, ahora que todos os conocen y saben que sois su prometido. ¿Os agobiaron anoche con preguntas?

—No más de lo esperado.

—Supongo que al que no le hizo ni pizca de gracia conoceros fue al anfitrión de la velada —ironizó Amy sonriendo ante esa perspectiva.

—Imagino que a estas alturas ya sabréis que el capitán siempre ha pretendido a Brenna —señaló Malcom.

—Desde que supo que era ella la que estaba al frente de Cawdor y de las tierras de los Campbell en la región —señaló Audrey con cara de pocos amigos y un tono bastante explícito.

—Soy consciente de ello. Y de que ella no tiene ningún interés en aceptar su propuesta de matrimonio —dijo pasando su mirada por las personas allí reunidas.

—Cierto. Pero tened cuidado con él. Ya lo os advertí anoche. No vacilará en provocaros.

Colin apretó los labios y asintió con preocupación.

—Si eso llegara a suceder, me marcharé antes de que os veáis en peligro. Solo necesito una mínima prueba de sus sospechas hacia mí para hacerlo. No quiero que os suceda nada.

—Es de agradecer vuestro compromiso, pero si lo miráis bien, fue mi hermana la que os metió en este lío —le recordó Amy enrabietada por este hecho—. Debió pensarlo antes, Y no será porque no se lo advertimos. Debió permitirnos marchar cuando vos estabais dispuesto a hacerlo.

—Ya no podéis hacerlo. No cuando os conocen en Inverness —apuntó Malcom con gesto serio.

—La noticia del compromiso correrá como la pólvora por la región. Si no lo ha hecho ya. Seréis considerado como el prometido de la jefa de los Campbell —le aseguró Audrey.

—Ese compromiso durará...

—Mi hermana debería afianzarlo si quiere evitar problemas —le interrumpió dejando a Colin con la boca abierta sin saber qué decir a esa afirmación tan rotunda.

—Pero... No entra en sus planes hacerlo.

—Pues debería considerarlo en serio y más cuando anoche escuché a la gente murmurar que no había fecha para celebrar la boda.

—¿Estáis sugiriendo que...? —Colin volvió a quedarse mudo cuando por su mente cruzó la pregunta completa. La deducción que había extraído de las palabras de Amy.

Esta se limitó a asentir de igual modo que Malcom.

—No querrá.

—No se trata de que ella quiera o no, sino de si vos vais a permanecer a su lado en todo momento —quiso saber Malcom mirando a Colin con la certeza de que esa era la única opción que tenía.

—Tuvisteis la oportunidad de marcharos y rechazar a mi hermana. Pero preferisteis quedaros por vuestro sentido del honor. Algo loable por vuestra parte, pero estúpido si no teníais pensado casaros con ella.

—No hablamos de hacerlo en el sentido estricto —protestó Colin al verse cada vez más acorralado.

—Cierto. Pero la situación os obligará a hacerlo pese a todo.

—Os pido que os quedéis y que la convenzáis para llevar a cabo el matrimonio. De lo contrario, ¿por qué os habéis quedado? —comentó Audrey mirándolo con un sentimiento de cariño y súplica en su voz.

Colin deslizó el nudo que aquella conversación había formado en su garganta impidiéndole hablar. Era el centro de atención de los tres y en cierto modo se sentía algo intimidado. Resopló y sacudió la cabeza sin dar crédito a la situación en la que se había metido solo por cumplir con su deber con Brenna por haberle salvado la vida.

—Anoche os vimos besarla —comentó Malcom.

—No se besa a una mujer por la que no se siente nada.

Colin esbozó una sonrisa.

—Tenéis razón. Pero, no sé si seré capaz de convencerla —les expuso mostrando las palmas de sus manos como si estuviera pidiendo clemencia.

—En ese caso... Conquistarla hasta llegar a su corazón —le dijo con total naturalidad Amy—. Empezad por esta mañana. Nos habéis dicho que mi hermana os espera para hablar con vos en cuanto terminéis aquí—Amy arqueó las cejas y sonrió—. Os aconsejo que lo hagáis esperar.

Colin pareció ir a decir algo pero al final se limitó a resoplar y sacudir la cabeza sin terminarse de creer todo aquello.

Brenna se mantenía entretenida en comprobar cómo marchaban los quehaceres de cada mañana. No había olvidado que tenía una conversación pendiente con Colin, y que aguardaba impaciente a que apareciera.

Este se detuvo en el umbral de la puerta del castillo buscándola con su mirada. Se mostraba algo nervioso e inquieto después de la conversación que había mantenido en la cocina. No se le había pasado por la cabeza llevar hasta el final la farsa que Brenna y él estaban representado. Aunque desde la noche pasada creía que su relación comenzaba a tener menos de comedia y más de realismo. Pero que ella le gustase, como para besarla o acariciarla, no le daba derecho a pensar en ella como su futura esposa, como le habían asegurado Amy o Malcom. Pensó pasándose la mano por la nuca y sacudiendo la cabeza. Decidió buscar a Brenna ya que no la veía por allí cerca. Algunas personas lo saludaban cuando se cruzaban con él.

—¿Sabéis dónde está la señora?

—En las caballerizas, si no recuerdo mal.

—Bien. Me acercaré hasta estas. Gracias.

Conocía aquella parte por ser a la que Amy poco menos que arrastró el día que se presentó Fullarton y él abandonó la cama por primera vez. También recordaba el lugar por el donde Brenna le pidió su ayuda. Y había sido el lugar donde lo encontraron mal herido. Vio a varios miembros del clan cerca y de inmediato distinguió la espesa cabellera color del cobre de ella recogida en una trenza. Estaba de espaldas a él lo cual le favorecía. De ese modo podía contemplarla sin hacerla partícipe de su presencia. Estaba entregada a su trabajo, cepillando un precioso ejemplar junto a otro miembro del clan, que le hizo una señal a ella para que se volviera. Cuando se giró Colin fue testigo de que algunos mechones quedan libres cayendo sobre su rostro otorgándole un aspecto grácil.

Brenna se giró cuando Stephen, uno de los caballerizos, le hizo un gesto con el mentón a su espalda. Entreabrió los labios para tomar aire cuando vio al McGregor ante ella. Apuesto, como si no lo hubiera visto antes. Caminó en su dirección sin apartar la atención de ella.

—No os hacía en las caballerizas.

Brenna expresó su sorpresa en forma de arco con sus cejas. El pulso se le aceleró cuando él se acercó más, posando la mano sobre la grupa del caballo y comenzó a acariciarla. Ella se quedó contemplándolo. Le pareció relajado, con la atención puesta en el animal y en su reacción. De repente él giró el rostro en su dirección quedando separados por escasos centímetros. Brenna sufrió un leve sobresalto inesperado por esa cercanía y el caballo pareció ser el único en notarlo.

—Bonito ejemplar. Veo que no os lo confiscaron los ingleses.

—No. Respetaron a nuestros caballos a cambio de prestarles hombres.

—La milicia de los Campbell —asintió él dándole una palmada al animal en su intento por ocultar la rabia y la frustración que sentía cada vez que pensaba en esto.

—Stephen, llévate el caballo —ordenó Brenna al ver el gesto de frustración en él.

—Como ordenéis.

—¿De qué queréis hablar conmigo?

—Convendría que diéramos un paseo por Cawdor para que conozcáis algo de su historia —le dijo en su intento por alejarse de él, aunque si lo que pretendía era caminar a su lado, tendría complicado controlar los nervios. Tenía la impresión de que estos se habían adueñado de su estómago.

Colin caminaba a su lado con las manos a la espalda para no rozarla si quiera. La contemplaba y se preguntaba hasta qué punto podría llevar a cabo lo que Amy, Malcom o la propia Audrey le había

asegurado que debería hacer. Casarse con ella.

—Está bien. Contadme la historia de vuestro castillo. Supongo que no ha sido siempre de vuestra propiedad, me refiero al clan Campbell.

—¿Por qué estáis tan seguro? —le preguntó volviendo su rostro hacia él con una mezcla de intriga y curiosidad.

—Porque los castillos y palacios suelen cambiar de manos siempre que hay una guerra de por medio. Por eso mismo os lo pregunto; porque estoy seguro de que Cawdor no es ajeno a esa historia.

—Está bien. Fue originario del clan Calder. Estos se casaron con miembros del poderoso clan Rose. El castillo pasó a manos de Archibald Campbell, segundo duque de Argyll y jefe de dicho clan. Este junto con Hugh Rose de Kilaravock fueron nombrados tutores de Muriel Calder, que era la heredera de la familia. Campbell estaba dispuesto a educar a la muchacha y convertirla en una más del clan. Sin embargo, sus tíos no estaban por la labor de permitirlo. Estos persiguieron a la chica y a su escolta hasta Strathnairn. Muriel llegó a Inverary pero no sin grandes penurias para ambos clanes que perdieron a varios de sus miembros. Muriel se convirtió en la última descendiente del clan Calder. Fue educada como una Campbell y contrajo matrimonio con el hijo del duque de Argyll. El descendiente de ese matrimonio se convirtió en el señor de Cawdor.

Colin escuchó con atención la narración de los acontecimientos.

—Sin duda que los Campbell siempre habéis querido imponer vuestra ley. Y ponerlos del lado del más fuerte.

Brenna se detuvo y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué hicieron vuestros antepasados? Los McGregor siempre han sido ladrones de ganado, pependieros... Supongo que os dice algo el nombre de vuestro querido e ilustre antepasado Rob Roy McGregor —ella elevó una ceja con toda intención mientras cruzaba los brazos bajo sus pechos en una pose de cierta superioridad por sus afirmaciones—. Vuestro clan fue declarado al margen de la ley durante el reinado de Carlos I. Un Estuardo, por cierto, dinastía a la que vos habéis defendido en la última rebelión —le recordó en un tono mordaz que le produjo cierta satisfacción.

Colin frunció el ceño y resopló cuando ella se calló.

—¿Habéis terminado?

Ella lo miró con los ojos abiertos al máximo. En un claro gesto de sorpresa por aquella cuestión.

—Sí, ¿por qué?

—Tenéis un muy buen conocimiento de la historia de ambos clanes.

—Está todo en los libros que hay en la biblioteca del castillo. No me invento nada —le indicó extendiendo el brazo en aquella dirección.

—No me cabe la menor duda. Libros escritos por los Campbell —Colin entornó la mirada con toda intención.

—No solo me refiero a estos, sino también a comentarios que he escuchado relatar a aquellos miembros del clan que combatieron hace treinta años. Y los que conocieron a Robert MacGregor y supieron de sus hazañas.

—¿No creéis que empezamos con mal pie nuestro compromiso?

Ella se vio sorprendida por aquella pregunta que nada tenía que ver con la historia de Cawdor ni con los Campbell. Entrecerró sus labios para decir algo o tal vez para poder tomar algo de aire porque la cercanía de él acababa de robárselo; o al menos era la impresión que le había quedado.

—Habéis empezado vos diciendo que los Campbell siempre hemos sabido cómo hacernos con el poder.

—Y no he dicho nada que no sea cierto. Igual que lo que habéis contado de Rob Roy, mi señora.

Brenna se quedó sin capacidad de reacción una vez más. La mirada fija de él parecía haberla paralizado convirtiéndola en una estatua.

—Y ahora hablemos de cosas que nos atañen a nosotros dos de una manera directa. Decidme, ¿cómo vamos a fijar la fecha de nuestra boda? —No quería andar perdiendo el tiempo con ella

porque no tenía sentido hacerlo—. Anoche dejamos claro ante el capitán y sus invitados que lo haríamos.

— ¡Estáis loco si pensáis que voy a casarme! —le espetó mirándolo con determinación antes de lanzar un bufido y alejarse de él.

Colin no esperaba esa reacción ni esa respuesta por parte de ella. Ambas acciones lo cogieron por sorpresa dejándolo en el sitio pero con una sonrisa bailando en sus labios.

—Sin duda que es una Campbell. Esperad.

Brenna escuchó la voz de él a su espalda. Tenía los nervios a flor de piel. ¿Cómo que cuándo iban a casarse? Aquello era una comedia, un supuesto compromiso. Nada más, se repetía a ella misma.

—¿Cuándo diablos se os pasado por la cabeza que vamos a casarnos? —le preguntó deteniendo sus pasos para volverse y enfrentarse a él. No le importó lo más mínimo la cercanía de sus cuerpos, ni que él la contemplara de manera fija y determinante, como si fuera a besarla en ese mismo instante. Todo eso quedaba en un segundo plano.

—A mí no, sino a todos lo que anoche nos vieron juntos y nos escucharon. Decidme pues cómo vais a hacer para engañar al capitán. Porque estoy seguro de que estará muy impaciente por conocer la fecha de nuestro matrimonio, querida.

Ella sacudió la cabeza con la boca abierta mientras ahogaba sus carcajadas como si no terminara de creer aquellas palabras. O bien como si estuviera rechazando semejante idea. Pero él decía la verdad. Tenía razón porque el capitán se había mostrado muy interesado en saber la fecha. Y estaba segura de que seguiría con interés el desarrollo de la relación.

—Vos sabéis que el capitán os pretende desde hace tiempo. Y que os habéis inventado este compromiso para quitároslo de encima.

—Pero se supone que no habrá necesidad de llevar a cabo el matrimonio —estaba furiosa, enrabietada consigo misma porque por fin comenzaba a darse cuenta de lo peligrosa que se estaba volviendo su ocurrencia—. ¿Por qué queríais casaros conmigo?

—Porque es mi deber. Os di mi palabra y la mantendré hasta el final; aunque los McGregor no seamos de fiar según los libros —le refirió mirándola por primera vez con cierto cariño, lo que se tradujo en una sonrisa cautivadora por parte de ella.

—Está escrito en estos. No lo digo yo —puntualizó ella elevando un dedo ante él a modo de aclaración o de advertencia.

—De este modo podréis comprobar que no todos somos unos cuatreros ni unos pendencieros. Mi deber es ayudarte, Brenna —le aseguró tuteándola por primera vez desde que la conocía.

—¿Casándote conmigo? —le preguntó con una ceja elevada con suspicacia mientras él se limitaba a asentir

—Entiendo que no es lo que deseas pero... —detuvo sus pensamientos porque tenía claro que ella no sentía nada por él. O al menos ella no lo demostraba.

Brenna permaneció en silencio un segundo antes de reaccionar.

—Si accediera sería un matrimonio de conveniencia. Tú tendrías tu habitación y yo la mía.

Colin asintió.

—Podemos casarnos pero llevar vidas separadas. Nadie tiene que saber lo que sucede...

—No habrá noche de bodas. Que te quede claro —le dijo envarándose ante él con el mentón elevado con orgullo; el de un clan escocés acostumbrado a mandar sobre los demás—. Y si por casualidad se te ocurre hacer algo parecido, me encargaré de que no vuelvas a intentarlo.

— Ahhhh... ¿Lo dices por la daga esa que escondes bajo tu *keil*?

—Procura no verla cerca de tu cuello. Tal vez sea la única ocasión que tengas.

—No pretendo violentarte. Solo que llevemos a cabo esta comedia hasta el final. Que haya una boda, una celebración para que Fullarton se quede satisfecho. Él no va a estar aquí para ver cómo nos llevamos. O si dormimos en la misma cama o en habitaciones separadas. Podemos seguir comportándonos como hasta ahora.

Ella lo escuchaba con los ojos entrecerrados.

—¿Estás seguro de que no tratarás de hacerme sentir incómoda?

—Lo estoy. Puedes confiar en mí.

—No sé si creerte después de lo sucedido anoche en el jardín.

Colin asintió con una ligera sonrisa.

—Sentí la necesidad de hacerlo. No me preguntes por qué. Solo consideré que era el momento y el lugar idóneos. Deja que te diga que me pareciste muy bonita.

Brenna acusó el sentido de aquellas palabras en forma de calor repentino que invadió su cuerpo. No sabía si decir algo o dejarlo pasar.

—Debí abofetearte. O al menos apartarte de mí en ese momento.

—¿O haberme enseñado la daga que llevabas oculta bajo el vestido?

Ella sonrió con ironía.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Amy?

—¿Qué importa cómo me he enterado? Lo cierto es que así es. Llevas una daga de doble filo oculta entre tus ropas.

—Eres un loco, McGregor por aceptar toda esta situación y no subirte a un caballo y marcharte —le aseguró resoplando y sacudiendo la cabeza al tiempo que se sentaba en un banco de madera cercano al castillo. Las emociones parecían agotarla.

—Tal vez en esta locura haya algo de cordura, después de todo. ¿Quién puede asegurar que con el tiempo no lleguemos a entendernos?

—¿Una Campbell y un McGregor? —ella lo contempló divertida por aquella ocurrencia, pero en cierto modo tenía parte de razón. ¿Sería capaz de hacer que ella cambiara de opinión al respecto de él? ¿Podría sentir algo más intenso que la atracción que experimentaba por él y que no tenía intención de confesarle?

—Bueno, el día que me case contigo seré un Campbell, ¿no?

Ella asintió.

—¿Y no te importa cambiar de apellido de tu clan? —ella se levantó del banco para quedarse de pie delante de él y mirarlo sin llegar a comprender que pudiera hacerlo por ella. Por devolverle el favor de haberle salvado la vida.

—¿Qué puede importarme a estas alturas? Ni si quiera sé si queda alguien de los míos vivo en alguna parte de Escocia. Poco o nada me importa ya. Todo lo perdí siguiendo al príncipe Estuardo —le aseguró con un toque de lástima y rabia.

—Todo no. Nos tienes a los Campbell, ya lo sabes.

—Sí. Es cierto —la contempló de manera fija pensando si debería rodearla por la cintura y atraerla hacia él para volverla a besar como hiciera la pasada noche. Tal vez después de todo Amy y los demás tuvieran parte de razón y él debería lograr llegar a su corazón. Al de una Campbell—. Creo que deberíamos seguir dando una vuelta por los alrededores, y que sigas contándome cosas de tu familia. Necesito saber más de ti y de este castillo. Necesito saber más de mi futura esposa.

Ella entornó la mirada hacia él con sorpresa porque no esperaba que él le pidiera algo así. Que le dijera que quería conocerla. Y al mismo tiempo le produjo un escalofrío escucharle referirse a ella como <<futura esposa>> Solo deseaba que todo aquel embrollo terminara bien para ambos.

Fullarton se encontraba sentado tras la mesa revisando unos papeles cuando llegó su visita. Hacía algunas noches que durante la velada celebrada en su casa, había mantenido diversas conversaciones con destacados miembros de la aristocracia y las altas esferas inglesas en Escocia. Uno de estos estaba de pie en mitad de su despacho esperando a que él se levantara de su silla y acudiera a saludarlo.

—¿A qué debo vuestra visita? La noche que estuvisteis en mi casa me dijisteis que era un asunto urgente el que queríais tratar conmigo.

—Veréis capitán, las cosas van a ponerse algo complicadas en estas tierras —comenzó diciendo

mientras arqueaba las cejas y abría los ojos de manera desmesurada, como si estuviera advirtiéndolo a Fullarton de algún peligro.

—¿Complicadas? La rebelión jacobita ha terminado. La paz se extiende por Escocia en estos días. ¿Por qué pensáis que será así? —el capitán se inclinó sobre la mesa apoyando sus antebrazos sobre esta sin apartar la mirada del señor Cornwall, enviado por Londres a aquella región para supervisar la situación.

—Supongo que desconocéis las normas que el gobierno está redactando y que muy pronto entrarán en vigor para Escocia y sus habitantes.

—Suponéis bien —asintió el capitán sin perder de vista a su interlocutor. Entrecerró los ojos y se reclinó sobre el respaldo de su sillón—. Disculpad mi falta de tacto. No os he ofrecido nada para tomar...

—No es menester. No he venido a tomar el té, sino a algo que nos atañe de una manera más apremiante.

—De acuerdo. Os escucho —hizo un gesto con sus manos para que prosiguiera con sus explicaciones.

Jason Cornwall carraspeó antes de proseguir.

—Dadas las circunstancias pasadas en relación con la rebelión del príncipe Estuardo, el gobierno de Londres ha previsto una serie de normas de obligado cumplimiento para todos los habitantes de Escocia —comenzó explicando mientras observaba el gesto de asombro y expectación que reflejaba Fullarton—. Una detallada serie de normas que vos, capitán, deberéis llevar a cabo al ser la máxima autoridad en esta región. Y deberéis velar por su cumplimiento.

—¿Se saben ya cuáles son esas normas? ¿Y cuándo habría que llevarlas a cabo?

—Se están barajando algunas, pero por lo pronto puedo informaros de las que ya han sido aprobadas —Cornwall sonrió con desgana mientras extraía un pequeño documento del bolsillo interior de su chaqueta que entregaba al capitán Fullarton—. Podéis verlas vos mismo.

Este desdobló el papel y prestó atención a su contenido. De manera pausada fue consciente de lo que implicaban aquellas normas. Emitió algún que otro sonido mientras fruncía el ceño e incluso sacudía la cabeza sin dar crédito a aquello.

—¿Qué os parecen? A juzgar por vuestro semblante...

—Una completa locura.

—¿Lo decís en serio?

—Pues claro que lo digo. Una cosa es castigar a los seguidores del príncipe Estuardo y otra muy distinta... humillarlos.

—Tal vez se lo merezcan, capitán. Vos los habéis combatido.

—Sí, cierto. Pero nunca he pretendido humillar a mi enemigo. Me considero un hombre de honor y... con principios. No creo que despojar a los clanes escoceses de su cultura y de sus tradiciones sea lo más acertado. Ahí dice —señaló con su dedo al documento que había quedado sobre la mesa—, que se le prohibirá el uso del tartán, de las gaitas, del gaélico y del <<kilt>>. Estoy de acuerdo en que se les confisquen las armas, pero... acabar con sus tradiciones... No me parece lo más acertado.

—Veo que no sois partidario de las proclamas de Londres —le refirió Cornwall son un deje irónico.

—No de algunas de estas. ¿Han pensado en lo que puede suceder? ¿En el efecto que puede provocar en los clanes?

—¿No estaréis pensando en una nueva rebelión? —preguntó Cornwall con cierta alarma en su voz.

—No sabría qué deciros...

—No tienen capacidad para hacerlo. Han sido derrotados.

—Sí, una parte de los clanes de Escocia. Los que han apoyado al príncipe Estuardo. Pero, ¿qué sucederá con aquellos que nos brindaron su apoyo? Los Campbell, por ejemplo...

Cornwall frunció los labios en un gesto pensativo. Sin duda que la conclusión a la que había llegado el capitán después de leer el informe de Londres, era algo alocada, pero no imposible.

—Oh, sí, los Campbell...

—Son el clan más poderoso en Escocia. El mismo Archibald Campbell, duque de Argyll es la representación de Londres en estas tierras. Y en cuanto a su clan, bastaría una sola orden de su jefa y todos los demás se levantarían en armas contra la corona una vez más —le aseguró pensando en Brenna y en su reacción cuando conociera estas noticias.

—No os preocupéis por su jefa. Estará más preocupada por los preparativos de su boda, que de soliviantar a los clanes contra el rey. Esperad a que haya contraído matrimonio para darle la noticia. Y en cuanto a Argyll, no le quedará otra que aceptar estas normas puesto que provienen del rey.

Aquella resolución dejó a Fullarton sin palabras. Sí, Brenna estaría más pendiente de su boda con ese tal McIvor que de incitar a los clanes a una nueva revuelta.

—Se enterará de igual manera. En el momento en el que la proclama se conozca en Escocia, esta correrá como la pólvora hasta el rincón más escondido de las Tierras Altas. Os lo aseguro —puntualizó el capitán apuntando con su dedo a Cornwall.

—En ese caso...

—Es una completa locura tratar a todos los clanes por igual. Meterlos en el mismo saco y aplicarles las mismas medidas. ¡Es de locos! —Fullarton cerró sus manos en puños y golpeó con estos los reposabrazos de su sillón.

—¿No estaréis furioso porque Brenna Campbell no os haya elegido a vos?

Fullarton arqueó una ceja ante aquella pregunta, que no pareció hacerle ninguna gracia.

—¿Qué insinuáis? ¿Qué me estoy dejando llevar por mis asuntos personales?

—Solo os lo pregunto. Toda la sociedad de Inverness sabe que pretendíais casaros con la jefa de los Campbell. Pero ella al parecer ya estaba comprometida...

—Sois un necio si pensáis que el hecho de que ella vaya a casarse con un escocés, me importa. Solo quiero mantener la paz en esta región de Moray. Nada más. Ya que he sido nombrado para ello, creo que debo esforzarme para que esa paz no se rompa. Pero con noticias como esta... —Fullarton sacudió la cabeza sin creer que fuera a ser sencillo. Solo pensar en Brenna y en la cara que pondría cuando se lo contara.

—No me corresponde a mí juzgar las decisiones de Londres, capitán. Puedo entender que la situación no será sencilla, pero todavía hay tiempo hasta que entren en vigor. Podrían pensárselo mejor y suavizarse.

—Eso espero por el bien de todos —le aseguró sosteniéndole la mirada.

—Creo que es hora de marcharme y dejaros pensar en todo esto. Capitán —Fullarton asintió sin decir una sola palabra. Bastante tenía él con pensar en todo ese lío. En lo que con toda seguridad iba a suponer para la región y para él mismo. Sentía que iba a traicionar a la mujer a la que había pretendido como futura esposa. ¿Con qué cara lo contemplaría? ¿Con qué tono se dirigiría a él? Sin duda que, si en algún momento tuvo una oportunidad, desde ese momento acababa de perderla por completo.

Hacía días que Brenna parecía ausente. Sin duda que la última conversación que había mantenido con Colin le había dado que pensar. ¿Casarse de verdad para seguir manteniendo la comedia, que ella había iniciado? Se había preguntado en infinidad de ocasiones. ¿Cómo acabaría aquella situación si daban ese paso? Pero, ¿qué otra cosa podría hacer? Él no iba a marcharse de Cawdor a estas alturas. Ni ella iba a pedírselo porque hacerlo, carecía de sentido. Luego, solo quedaba seguir adelante.

—¿Puedo saber qué te ocurre?

La voz de Amy la sobresaltó. La contempló como si acabara de despertarse de un sueño.

—¿Por qué me lo preguntas? Estaba pensando.

—Te llevo observando un rato. Y pareces abstraída en tus cosas, que no sé si tienen que ver con tu

boda o con la situación del país. ¿Has escuchado las noticias que llegan de la capital?

—Sí. Pero no les he hecho demasiado caso.

—Bien, porque eso nos deja un solo tema y es el de tu futura y supuesta boda con el McGregor. ¿Qué has pensado hacer?

Brenna resopló.

—Fijar una fecha, aunque por ahora no hemos acordado cuando.

—¿Lo dices en serio? —Amy entornó la mirada hacia su hermana mientras el gesto de su rostro cambiaba de la diversión inicial a uno más serio.

—Lo hemos estado hablando y... es lo mejor. La noche de la velada en casa del capitán este se mostró muy interesado por saber cuándo nos íbamos a casar.

—No se lo traga. Tal vez crea que es una manera de darle largas.

—Y lo era.

—¿Era? ¿Qué ha sucedido con tu prometido? —había un toque de interés y temor en el tono de la pregunta, que Brenna no pasó por alto.

—Oh, no ha sucedido nada.

—Os vi besaros en los jardines de la casa Fullarton, ¿recuerdas?

—Lo sé. Y no me arrepiento de ello, la verdad —Brenna se quedó contemplando a su hermana con total naturalidad porque así era. Después de todo, le había gustado que la besara.

—¿No irás a decirme que sientes algo intenso por él?

Brenna puso los ojos en blanco y resopló ante aquella pregunta.

—Pues claro que no.

—Entonces, el beso...

—Me sorprendió y no fui capaz de marcharme. Yo misma me he preguntado por qué no lo rechacé; o lo empujé y abofeteé.

—O lo amenazaste con tu daga —sonrió irónica Amy imaginando la cara que habría puesto él.

Brenna sonrió ante ese comentario.

—No lo sé.

—¿Y qué vas a hacer con respecto a la boda?

—Casarnos.

—Pero, entonces...

—No es lo que tú piensas. Lo haremos para que Fullarton nos deje tranquilos. No sería de locos pensar que, si no lo hacemos él, pueda indagar quién es Colin. E imagina que lo llegara a descubrir.

Amy observó con atención el gesto de preocupación en el rostro de su hermana. Su reacción ante esa posibilidad. Podría decirle lo que quisiera al respecto de ellos dos. E incluso engañarse a ella misma, pero había algo más que por el momento no le confesaría.

—Si descubriera quién es, lo mataría. Ya lo sabías desde el momento en el que lo recogiste herido y lo instalaste en Cawdor. Pero ese tema está pasado. ¿Qué sucederá con la boda?

—Será un matrimonio de conveniencia. Nada más. Estaremos casados a la vista de todos, pero...

—Pero no pensáis consumarlo, ¿es eso lo que tratas de decirme?

—Sí. Dormiremos en habitaciones separadas, como hasta ahora. Y no tendremos intimidad. ¡No es una relación en toda regla, Amy! ¡De manera que no te quedes mirándome como si estuviera loca!

Amy sacudía la cabeza mientras escuchaba a su hermana. No podía creerla después de que la hubiera visto besarse con él. Y hacía escasos momentos, ver su gesto de preocupación por lo que pudiera sucederle si Fullarton descubría la verdad.

—No pienso que lo estés. Pero te será complicado mantener las distancias.

—¿Por qué dices eso? ¿No me crees capaz de hacerlo? —Brenna cerró las manos en puños fruto de la crispación que sentía.

—No estoy segura después de haberlo besado. Solo eso.

Brenna entreabrió los labios como si fuera a decir algo, pero prefirió mantener en silencio porque

esa misma idea se la había expresado Colin.

—En cuanto decidáis la fecha, tendremos que ponernos manos a la obra para formalizar la relación. Y cuenta con que tendrá que hacérselo saber a Fullarton. De ese modo se quedará más tranquilo viendo que te casas con tu prometido.

—Sí, sí, sí... Pero, eso queda algo lejos, ¿no crees?

—Tan lejos como tú lo deseas. Si el McGregor está dispuesto a casarse contigo es que está más loco de lo que pensaba en su día. O después de todo, se ha enamorado de ti.

Brenna abrió los ojos como platos y miró a su hermana como si la acabara de insultar, como poco.

—Pero... ¿qué estás diciendo? ¡Enamorarse de mí! ¿No has entendido lo que acabo de explicarte?

—Oh, sí. Me ha quedado muy claro. Solo digo que, si tuviera dos dedos de frente, el McGregor dejaría Cawdor. Créeme.

—No puedes estar hablando en serio, Amy —Brenna sintió el calor sofocante que aquellas palabras de su hermana le habían provocado.

—Solo digo lo que veo. Nada más. Y él debe apreciarte mucho para no haberse largado ya. Lo de su palabra, y el honor de un McGregor, creo que dejaron de tener sentido hace algunos días. Creo que hay otra cosa que lo impulsa a quedarse.

—Un peligro mayor...—murmuró ella recordando las palabras de él acerca de algo de lo que llevaba escapando años. Y que lo había encontrado en Cawdor. Se llevó la mano a la boca y sacudió la cabeza sin querer creerlo. Miró a Amy con los ojos desencajados y la dejó en el sitio sin una aclaración.

Amy la vio alejarse con paso rápido sin decirle una sola palabra. Era consciente de lo que acababa de decirle con respecto al McGregor. Estaba más cuerdo de lo que ella había pensado, después de todo. Y no le extrañaría lo más mínimo que al final, este lograra llegar al corazón de su hermana. Al corazón de la dueña y señora de Cawdor. Al corazón de una Campbell pese a todo.

Colin y Malcom estaba echando una mano a Amy esa mañana cuando esta se percató de la presencia de la llegada de Fullarton a Cawdor. Hizo una señal a sus dos compañeros para que estuvieran al tanto de su presencia.

—¿Qué viene a hacer este ahora? —el tono de inquietud por parte de Malcom no pasó desapercibido para los demás.

—Querrá saber qué tal está Brenna. No olvides que suele pasarse a menudo por Cawdor —le recordó Amy.

—Sí, lo sé. Pero no entiendo a qué diablos viene.

—Supongo que más tarde o más pronto querrá estar seguro de que habrá una boda —intervino Colin sin apartar la mirada del capitán inglés.

—Sí, es posible. Tened en cuenta que Fullarton no es de los que abandona una empresa de manera fácil —le aseguró Amy—. No parará de venir hasta que no vea con sus propios ojos que mi hermana se casa. E incluso es posible que esté presente en la ceremonia —le aseguró Amy mirando a Colin con toda intención, esperando su respuesta sobre este asunto. Si lo que Brenna le había contado sobre su boda de conveniencia, quería saber la opinión del McGregor.

Este pasó a ser el centro de atención de la muchacha, quien no apartaba su mirada de él.

—Supongo que tendremos que agilizar la situación lo más rápido posible para que Fullarton deje de husmear —comentó no sin cierto resquemor por lo que este pudiera averiguar.

—Os conviene convertirnos en un Campbell cuanto antes —le sugirió Malcom.

—Decídselo a vuestra señora. Yo ya le he expuesto mi parecer. Cuanto más tiempo pasemos jugando al gato y al ratón, más riesgo corremos que se descubra que no soy quien ella asegura.

Ninguno de los tres dijo nada más al respecto de la boda. La situación era ya de por sí bastante complicada como para añadir más leña al fuego.

—Será mejor esperar a ver qué cuanta Brenna de su entrevista con el *sassenach* —fijo Amy

finalmente dirigiendo a la mirada hacia este, que en ese momento detenía su montura frente a la entrada de Cawdor.

9

Fullarton detuvo su caballo y se tomó unos segundos en descender de este. La empresa que lo llevaba allí no era nada sencilla. Lo que iba a comunicarle a Brenna no le iba a gustar, si creía conocerla bien. Y no se lo discutiría porque él mismo ya había expresado su opinión al enviado de Londres, al respecto. Cogió aire y se apeó sujetando las riendas en su mano y caminando hacia la entrada. No vio a Amy, ni a Malcom ni tampoco al prometido de Brenna, lo cual le sorprendió, pero agradeció.

Uno de los hombres que había allí se acercó hasta él.

—¿Podéis decirle a vuestra señora que deseo verla?

—Claro.

Fullarton apretó los labios y asintió. Esperaría a que volvieran a por él, o que incluso la propia Brenna apareciera.

Esta se encontraba hablando con Audrey sobre los preparativos de la boda, lo cual la sorprendió en cierto modo.

—Pero, pensaba que la boda no se llevaría a cabo, después de todo —le comentó la sirvienta, sorprendida por esa afirmación.

—En un principio así iba a ser... pero todo se complicó la otra noche durante la velada en Inverness, en casa de Fullarton —le aseguró resoplando y dejando caer sus hombros con gesto abatido.

—Entonces, ¿habrá boda? —Audrey puso los ojos como platos y elevó sus cejas formando un arco en su frente.

—Sí, pero...

Audrey cogió las manos de Brenna entre las suyas y la miró con complicidad.

—Permitidme que sea la primera en felicitaros y desearos mucha felicidad, señora.

—Audrey, yo... No se trata de...

La explicación de Brenna tuvo que esperar porque en ese preciso instante alguien interrumpió la conversación.

—Mi señora, alguien desea veros.

—¿Quién es, Robertson?

—Ese *sassenach* del capitán —le respondió maldiciendo en bajo.

—¿Qué hace aquí? —Brenna bajó el tono de su voz y miró a tal Robertson con el ceño fruncido.

—No me ha dicho nada. Solo quiere veros. ¿Qué le digo?

Durante unos segundos Brenna vaciló, pero al momento supo que no debía crearse enemigos si quería que todo su plan saliera a la perfección.

—Está bien. Iré a ver qué es lo que quiere.

—Bien.

—Ese capitán no deja de pasarse por aquí y ya sabéis cuál es el motivo. Por suerte, pronto se le quitaran las ganas —le aseguró Audrey a Brenna con una sonrisa confidente.

La joven Campbell no dijo nada. Por un lado estaba el asunto de su boda y por otra la presencia del capitán inglés, que era lo más inmediato.

—Seguiremos hablando, Audrey.

—Por supuesto. Hay una boda que preparar —dijo con gesto risueño viendo a Brenna asentir antes de caminar hacia la puerta de la casa.

Fullarton permanecía a la espera con la mirada fija en el suelo y las riendas de su caballo en la

mano. El sonido de pasos captó su atención al instante y levantó el rostro para verla aparecer.

—Me han dicho que queréis verme, ¿qué os trae por aquí? —Brenna mantenía la calma en todo momento pese a no se fiaba de Fullarton. Podían llevar años de buena relación de amistad, pero ambos sabían que se debía a ciertos beneficios para ambos. Los Campbell habían apoyado a la corona facilitándole hombres para su milicia. Y esta había concedido algunos privilegios al clan por su incondicional apoyo.

—Necesitaba hablaros. Es importante.

Ella entrecerró los ojos y le sostuvo la mirada cavilando las posibilidades que tenía. ¿Qué podía ser tan importante como él aseguraba? ¿O bien se trataba de una treta suya para verla?

—Está bien. Robertson se ocupará de tu caballo —le dijo a este, que permanecía cerca de ella. Los hombres del clan no se apartaban de su señora cuando había visita. Y más si era la de un inglés.

Este le entregó las riendas y siguió a Brenna al interior de la casa. Lo condujo a su despacho para estar más cómodos. En aquella estancia del castillo era dónde ella trataba los asuntos políticos y financieros del clan Campbell. Allí adoptaba el papel de jefe del clan. Ella se volvió indicándole un asiento por si quería tomarlo mientras ella misma lo hacía detrás de su mesa. Esta serviría de barrera entre ambos en todo momento.

—Tú dirás. ¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme? —lo contempló con expectación, con las manos entrelazadas y apoyadas sobre la mesa en una postura algo más relajada.

Fullarton carraspeó antes de iniciar su exposición. Le costaba Dios y ayuda hacerlo con ella presente, frente a él y encontrándola tan atractiva. Pero no estaba destinada a él.

—No sé si te han llegado noticias sobre lo que Londres tiene pensado hacer para pacificar estos territorios, una vez concluida la guerra —comenzó diciendo mientras observaba el gesto de ella: no mostraba ningún sentimiento.

—No estoy puesta en ese tema. Supongo que es el motivo por el que has venido.

—Sí. Es mejor que te haga entrega de estas condiciones —extrajo un pliego de papel doblado por la mitad, que tendió para que ella lo cogiera—. La situación va a cambiar bastante en el país, como podrás comprobar.

Brenna estaba recelosa por el significado de las palabras de él.

—No creo que la situación actual en Escocia vaya a cambiar demasiado después de la guerra que la ha asolado. Mientras ese cambio del que hablas no afecte al clan Campbell... —sonrió con ironía antes de centrar su atención en el papel.

Fullarton prefirió no interrumpirla y la dejó leer hasta el final siendo testigo de cómo su semblante cambiaba.

Brenna no podía dar crédito a las condiciones que Londres pretendía implantar en todo el país y que según parecía afectaría a todos los clanes escoceses por igual. Apretó los dientes enfurecida y contempló a Fullarton como si él mismo fuera el causante de aquello.

—Supongo que habrá distinciones entre aquellos que apoyamos a la corona en detrimento de hacerlo a la causa de los Estuardo...

Fullarton la contempló entornar la mirada hacia él con toda intención mientras le devolvía el documento.

—Siento decir que no.

Brenna sintió como si acabaran de hundirle una daga en las costillas. Un frío extremo se extendió por todo su cuerpo.

—¿Quieres decir que Londres no piensa hacer distinción entre los que luchamos en su favor?

—Es algo que he intentado hacer ver al enviado de Londres cuando...

—Sí, supongo que sí —Brenna comenzó a transformar su frialdad en rabia.

—No estoy a favor de aplicar estas normas, si te sirve de consuelo.

—Puedes guardarte tus impresiones para ti. A mí y a los Campbell no nos sirven de nada, como comprenderás. Ya veo cómo paga Londres a los escoceses que decidimos luchar a su lado contra la

casa de los Estuardo, legítimos herederos al trono.

—Si lo hiciste fue porque el clan sacaba beneficio.

—¿Cuál, según tú? La guerra ha terminado. El ejército inglés ha asolado estas tierras, pasando a cuchillo a todos los que lucharon contra este, y ahora pretende despojarnos de lo poco que nos queda. Más nos habría valido luchar en favor del joven pretendiente —le rebatió levantándose de la silla como si acabaran de pincharla.

—Siento todo lo que está sucediendo, pero yo no hago las leyes. No soy tu enemigo, Brenna.

—No las haces, pero tendrás que llevarlas a su cumplimiento como autoridad en la región.

—Puedo suavizarla en lo que respecta al clan Campbell.

—No quiero vuestra ayuda. Está más que claro que no puedo confiar en un *sassenach* —le confesó decepcionada.

Fullarton inspiró hondo.

—¿Significa que no seré bienvenido en Cawdor?

—Podéis venir las veces que gustéis. O sí, también las que vuestro cargo os obligue ya que pronto no haréis cumplir esas normas —le aseguró señalando el papel que todavía permanecía en la mesa.

—Me gustaría seguir siendo un buen amigo del clan Campbell y de su jefa.

—No voy a negaros la palabra por respeto. Pero no puedo aseguraros que el resto de los Campbell vayan a hacerlo. Entendedlo. Para ellos serán un revés inesperado; en especial para aquellos que combatieron y perdieron familiares por Inglaterra.

Fullarton apretó los labios y asintió convencido de que así sería. De que no debería esperar ningún trato de favor cuando apareciera por Cawdor.

—Espero estar presente en vuestra boda.

El asunto de las normas de Londres había dejado en segundo plano su matrimonio. Se limitó a asentir sin saber qué demonios decirle. Tan solo lo miró y le pidió que se marchara de Cawdor y de las tierras de los Campbell.

—Creo que es mejor dejarlo por ahora y que os marchéis.

—Si es lo que deseáis...

—Sí. En este momento os aconsejo que me dejéis a solas. He de prepararme para hacer partícipe de esta noticia al clan.

Fullarton la miró una última vez antes de despedirse.

—Buena suerte, Brenna.

Esta no le dijo nada más. Se quedó a solas en mitad de la estancia retorciéndose las manos. Se sentía impotente en ese instante. Traicionada y humillada por los ingleses. No quería ser testigo de los rostros de la gente de su clan cuando conocieran la noticia. Y menos la de McGregor. Se reiría en la suya propia por haber confiado en los ingleses. Le echaría en cara no haber defendido la causa del príncipe Estuardo. Pero, ¿qué podía importarle en ese momento lo que él le dijera? Tenía cosas más importantes en las que pensar, que en el McGregor y en...

—La boda —murmuró presa de la agitación.

Fullarton abandonó Cawdor decepcionado con Brenna. Esperaba que ella se mostrara más receptiva a la noticia y que no se lo tomara como así había sido. Esperaba que juntos pudieran llegar a un acuerdo para que las normas de Londres no afectaran al clan Campbell después de que este hubiera apoyado a la corona en la última rebelión. En cambio ella se había mostrado herida, decepcionada y orgullosa. Y hasta cierto punto le había dejado entrever que no sería bien recibido en aquel lugar.

Colin no apartó la mirada de Fullarton cuando este se subió a su caballo y emprendió el camino de regreso. Se había fijado en cómo le había cambiado el semblante del rostro tras la entrevista con Brenna. Dispuesto a averiguar qué era lo que había sucedido dejó lo que estaba haciendo y miró a Malcom.

—Voy a hablar con ella.

El Campbell lo contempló en silencio mientras Colin emprendía la carrera hacia Cawdor. Sonrió y sacudió la cabeza al comprender lo que le pasaba.

—Una boda de conveniencia —murmuró para él mismo sin terminar de creerlo.

Brenna no esperaba ver a Colin pero allí estaba en ese momento. Se había quedado parado en la entrada del despacho, contemplándola con atención y con cierta preocupación. Experimentó una sensación de tranquilidad inusitada al fijarse en él. Avanzaba hacia ella con paso lento, si apartar la mirada de su rostro, haciendo que ella se pusiera más nerviosa de lo que Fullarton la había dejado con sus proclamas de la corona inglesa.

—¿Te encuentras bien?

Ella sacudió la cabeza sin entender a qué se debía su pregunta.

—¿Por qué no debería estarlo? —se volvió dándole la espalda para que no percibiera su temblor ni su sonrojo. No pretendía mostrarse de ese modo ante él.

—He visto salir del castillo a toda prisa al capitán inglés. Luego se ha montado en su caballo y ha galopado lejos de las tierras de los Campbell como alma que llevara el diablo. Presiento que algo de lo que habéis hablado le ha provocado esa reacción.

Brenna inspiró antes de volverse hacia el McGregor. No entendía por qué motivo le gustaba esa preocupación suya por ella.

—Cosas de Londres.

Colin dio varios pasos acercándose a ella.

—¿Las nuevas normas?

Ella frunció el ceño al escucharle.

—¿Las conoces?

—No del todo. La gente habla, ya la conoces. Y en ocasiones las cosas se exageran más de lo que son.

Ella sonrió de manera tímida.

—Sí, solo que esta vez no creo que lo sean —ella se volvió hacia la mesa para coger el documento que Fullarton no se había molestado en llevarse, y se lo entregó—. Supongo que sabes leer como hijo del jefe de los McGregor.

Colin asintió sin decir nada y bajó la mirada hacia el documento.

Brenna se fijó en él con detenimiento. Su rostro no cambió ni un solo ápice a medida que iba leyendo. Ni si quiera cuando terminó y se lo devolvió.

—¿Qué opinión te merecen al respecto?

—Es algo que esperaba. Londres no va a dejar pasar esta vez la oportunidad de castigarnos. De ese modo se asegurará de que no habrá un tercer intento de sentar al príncipe Estuardo en el trono.

Ella permaneció en silencio durante un momento después de que Colin le hubiera expuesto su opinión. Asintió y esbozó una media sonrisa irónica, o tal vez llena de melancolía.

—Combatí al príncipe y Londres me lo paga... —se tragó sus palabras y apretó el papel en su mano.

—Tú no tienes la culpa de la reacción de Londres.

—¡Envié a mis hombres a pelear contra el príncipe Estuardo, el legítimo heredero al trono!

—Lo hiciste para salvaguardar los intereses de los Campbell.

—¿Y qué he conseguido? —le preguntó extendiendo sus brazos con las palmas de las manos apuntando hacia él—. Nada. Más me habría valido luchar contra los *sassenach*, como hiciste tú.

—Te habrías sentido igual de frustrada cuando hubieras comprendido que no se podía ganar. Y que tu príncipe era de los primeros en huir.

Lo miró sorprendida por sus palabras. Había dolor y decepción en estas. Y no le faltaba razón.

—Es posible, pero habría defendido una causa justa.

—Y lo hiciste.

—No, no lo hice. Me estoy dando cuenta de que no se puede confiar en un *sassenach* —le aseguró

dejándose llevar por la rabia de las emociones que experimentaba. Se acercó a él contemplándolo de manera fija mientras el pulso le latía desbocado y entre abría los labios buscando aire.

Colin se mantuvo firme en todo momento pese al deseo que le empujaba tomarla por la cintura y atraerla hacia él para hacer suyos aquellos labios tan tentadores. Estaba preciosa con ese toque de genio en su rostro. Sus ojos centelleaban como dos estrellas, y sus mejillas aparecían encendidas.

—A este paso no te quedarán personas en las que confiar. Primero los McGregor, luego los *sassenach*...

Ella elevó sus cejas un poco sorprendida sin duda por aquellas palabras.

—Tal vez los McGregor no sean tan pendencieros como aseguran.

—En eso tengo que darte la razón —le susurró esgrimiendo una media sonrisa jocosa pero seductora que hizo voltear el corazón en el pecho de Brenna.

El calor que la cercanía de él desprendía empezaba a ser mareante. Su mirada, su atención, su presencia... Brenna creía que acabaría derritiéndose allí mismo. ¿Por qué todo su enfado comenzaba a mitigarse? ¿Era por él? ¿Por el McGregor?

—No eres como aseguran.

Colin sacudió la cabeza sin entender a qué se refería. Pero si pensaba en ella, entonces tenía que darle la razón. No era ni mucho menos el hombre que él creía ser cuando la tenía tan cerca.

—Espero que sea para bien.

Brenna inspiró y se apartó de él antes de que pudiera darle opción a robarle un beso como la noche de la velada en casa de Fullarton. Con una vez ya había sido suficiente, se dijo. No podía dar pie a que ello se convirtiera en algo habitual. Tenía que hablar con él para arreglar el tema de la boda, y ahora más que nunca después de lo que iba a suceder en Escocia.

—¿Por qué no hablas con el duque de Argyll? A lo mejor él puede hacer algo...

—¿Con mi tío? —Brenna frunció el ceño con un claro gesto de sorpresa porque él le estuviera sugiriendo aquella posibilidad.

— ¡Tu tío! —exclamó él sin salir de su asombro—. En fin... es el representante de Londres en Escocia. A lo mejor puede suavizar las normas para el clan Campbell. Supongo que vendrá a la boda. Podrás comentárselo.

Ella permaneció con la mirada fija en un punto mientras pensaba en ello. Sacudió la cabeza y centró su atención en él. Lo del duque podía esperar. Tenía en mente otras cuestiones.

—Sí, olvidé que debo enviarle la invitación. No me lo perdonaría. Ni mi tía Agnes. Pero antes de tratar ese asunto hay algo que debo decirte...

—Estoy aquí. Podemos hablar de lo que precisas.

—Es sobre la boda —le costaba referirse a esta pese a que ambos había acordado que se trataría de un matrimonio de conveniencia—. Fullarton quiere asistir.

—¿Te lo ha dicho cuando ha venido?

—Le aseguré que después de esta política de Londres para Escocia y para sus clanes... No podía asegurarle que los Campbell lo trataran de igual forma a partir del momento en el que se enteraran de todo.

—Es lógico. Entiendo que tu gente recele de todo inglés. Yo lo llevo haciendo años —le aseguró sonriendo.

—Me aseguré que le gustaría estar presente en la boda.

—Te diría que es lógico dada la estrecha relación que los Campbell habéis mantenido con él...

—¿Pero? —ella lo interrumpió nada vas percibir la duda en su tono y en su mirada.

—Pero no es menos cierto que no se quedará tranquilo hasta verlo con sus propios ojos. No termina de creérselo. Estoy convencido de que sigue dudando de mí. Toda esa historia del acuerdo entre tu padre y el mío... —Colin volvió a sonreír divertido por esa ocurrencia—. Ya te lo dije.

—Sí. Una vez más tenías razón. Es mejor seguir adelante con ello pero sin olvidarte de que...

—Que es un matrimonio de conveniencia. Nada más —le aseguró apretando los labios y

asintiendo con desilusión. Le gustaría poder besarla a cada momento, acariciarla y sentirla a su lado. Contemplar su reflejo en la mirada de ella...—. No olvidaré cuál es mi lugar en todo esto.

Brenna percibió cierta decepción en las palabras de él, pero sobre todo en la mirada que le dedicó.

—Deberías regresar y echar una mano a Malcom. Yo por mi parte...

—Sí. Es lo más acertado. Si me necesitas para charlar sobre algo en concreto.... Solo tienes que buscarme o mandar hacerlo.

Ella lo contempló alejarse y abandonar la estancia. De repente tuvo la sensación de que esta se había quedado desangelada. Que había perdido el calor que él había traído. Y luego su mirada y sus palabras que parecieran dejar entrever su decepción en lo que se refería a la boda. ¿Acaso se le había pasado por la cabeza que podría existir algo entre ellos dos?

La noche era cerrada en las tierras de Moray. Una media luna aparecía en el cielo y un viento ligero había comenzado a levantarse. Nadie sabía que estaba allí. Colin salió de Cawdor cuando nadie lo veía. Necesitaba dar un paseo para aclararse. Toda aquella locura comenzaba a pasarle factura desde que la besó días o semanas atrás. Había perdido la noción del tiempo desde entonces. Estar en Cawdor y no poder tocarla le martirizaba. Pero había dado su palabra de respetar el matrimonio de conveniencia; y así sería.

Nunca pensó que llegaría el día en el que se casaría pero estaba a pocas fechas de hacerlo; y con una mujer que no esperaba encontrar en su vida. Se había prometido protegerla, ayudarla pero nunca besarla y menos enamorarse de ella. Bajó la mirada hasta el suelo y suspiró. ¡Por San Andrés que toda aquella locura acabaría con él! ¿Cómo haría para llegar a su corazón, como le había pedido Malcom? ¿Enamorarla? ¿Él, un McGregor a una Campbell? Se preguntó sonriendo con ironía o tal vez picardía, ajeno a la persona que lo contemplaba desde la distancia.

Brenna había salido del comedor poco después de darse cuenta de que Colin lo había hecho. Caminó hasta la puerta del castillo y salió al exterior echándose por los hombros un *plaid* para protegerse del frío de la noche en aquellos parajes. No sabía muy bien por qué lo estaba haciendo; salir en busca de Colin para ver qué hacía, pero algo en su interior la instó a ello. Lo contempló en silencio mientras él levantaba la mirada hacia lo alto y parecía murmurar algo. No sabía si debía acercarse hasta él o limitarse a quedarse en el sitio y seguir contemplándolo. Inspiró y se armó de valor en el último momento emprendiendo el camino hacia Colin.

Este se sobresaltó cuando escuchó el sonido de pasos a su espalda. La sensación de peligro tras la guerra no se había ido de su subconsciente. Se volvió y no esperó encontrarse con ella dirigiéndose hacia él con gesto de asombro por su reacción. Por un momento se detuvo al ver el semblante de él: temor y preocupación.

—Siento haberte asustado —ella se envolvió con más determinación en el *plaid* y cruzó los brazos sobre su pecho como si estableciera una barrera entre ambos. Observó como el gesto de él cambiaba al instante hacia uno más acorde a lo que era él.

—No, no pasa nada. No esperaba a nadie y me puse en alerta.

—¿Pensabas que era un enemigo? —Brenna arqueó una ceja con toda intención mientras emprendía el camino hasta llegar al lado de él.

—Esa sensación de peligro no desaparece.

—Lo comprendo.

—Siempre he estado alerta a cualquier movimiento o sonido inesperado. Temíamos las emboscadas de los ingleses. Dormía poco y mal por temor a no despertarme.

—Puedes hacerlo ahora que la guerra ha terminado.

—Cierto —asintió cogiendo aire para enfrentarse a ella—. ¿Qué haces aquí?

—Esa misma pregunta iba a hacerte yo cuando te has sobresaltado por mi presencia.

Colin ahogó la risa. Ella le parecía preciosa recortada en la tenue iluminación que arrojaba tras ella las luces del castillo. El cabello algo revuelto por el viento nocturno, su tez pálida del rostro en el que

destacaban sus ojos y sus labios entre abiertos.

—Tienes frío. Tal vez sería mejor que regresaras al interior —le dijo haciendo un leve gesto con la cabeza hacia el castillo.

—No te preocupes. Estoy más que acostumbrada. Además, tal vez esta sea una de las últimas ocasiones en las que puede envolverme en un *plaid* con el tartán de los Campbell —le aseguró con una mezcla de ironía y decepción.

—Estoy seguro de que al final las normas se suavizaran. Ya lo verás.

—Me gustaría creerte pero si te soy sincera...

—Te sientes traicionada por los ingleses. Es lógico. Pero no le des más importancia de la que tiene por el momento. Fullarton solo vino a informarte de algo que se está negociando en la corte. No es nada concreto, todavía.

—¿Te quedarás a pesar de todo?

El miedo a que él se marchara la golpeó de repente. No espera tener esa sensación de desamparo. Por primera vez se sintió vulnerable ante lo que el futuro pudiera traer al clan Campbell.

Colin se acercó a ella con determinación hasta que el espacio entre ellos se vio reducido a la mínima distancia. Solo el viento podía pasar entre sus cuerpos. Él la contempló detenidamente, de manera lenta su mirada fue recorriendo su rostro hasta detenerse en sus labios. Sus manos se posaron en los hombros de ella de manera cauta y delicada. No quería asustarla, ni pretendía que ella saliera corriendo.

Brenna sintió el calor que emanaban las manos de él pese al frío de la noche. La calma que le transmitía su mirada, su seguridad en ese momento.

—No pienso alejarme de ti, ni de Cawdor. Puedes quedarte tranquila al respecto.

Algo en el interior de Brenna pareció encenderse con aquellas palabras.

—Gracias.

—¿A qué ha venido tu pregunta? —sacudió la cabeza sin comprender a qué había venido aquel temor por su parte. Estaba decidido a casarse con ella y no porque tuviera que cumplir una promesa sino porque con el tiempo, se había acostumbrado a ella, a su presencia, a sus miradas... Sentía por Brenna algo que no había conocido antes y que le complacía.

—No lo sé... A lo mejor con todo esto de las nuevas órdenes de Londres para Escocia... Tal vez no quisieras quedarte aquí y marcharte al continente... O al Nuevo Mundo... O...

Colin la atrajo contra él y la besó de manera lenta. Atrapando su labios entre los suyos con delicadeza. Humedeciéndolos con un beso que en nada tenía que ver con el primero que le dio.

Brenna se vio sorprendida y desbordada por aquel arranque de pasión por parte de él. Al momento estaba balbuceando sobre las posibles opciones que él tenía si no quería permanecer a su lado, y al momento siguiente se encontraba prisionera de su abrazo y rendida ante su beso. El calor inundó todo su cuerpo como si de una hoguera se tratara. Prendió como mecha sobre la pólvora y se asentó en su pecho. Sintió su respiración agitarse. Escuchó un gemido ahogado en el beso. Y cerró los ojos aferrándose a él como si temiera que pudiera quebrarse y caer sobre el suelo.

Colin se apartó de ella y se quedó contemplándola en silencio mientras ella trataba de buscar el aire que él le había robado. Se fijó en como su pecho subía y bajaba con celeridad. Como su pelo se había revuelto un poco más y cómo se humedecía los labios de manera ingenua pero seductora a sus ojos. Toda ella era un claro manojo de nervios pero él la encontró dulce y pecaminosa.

Brenna se tomó unos segundos antes de dirigirse a él, se aclaró la voz y cogió aire.

—¿Por qué me has besado?

—Creí que era la mejor forma de hacerte ver que no pienso marcharme.

—Aun así, te advierto que pese a que nos casemos... —ella encontró la fuerza y el valor para volverle a dejar clara la situación una vez que se hubieran desposado.

—Lo entiendo. Y mi postura sigue siendo la misma.

Ella cogió aire y asintió.

—Me alegra saber que sigues pensando igual. Solo quiero dejarte claro que aunque me beses sin que yo lo espere, como en las dos ocasiones que lo has hecho, eso no te da pie a compartir mi cama la noche de bodas.

Colin apretó los labios y asintió convencido de que así sería.

—Respeto tu decisión. Acordamos que sería un matrimonio de cara a los demás. Y en especial a ese *sassenach* de Fullarton —dijo con un toque irónico al referirse a este—. Creo que sería mejor recogerlos al interior del castillo. La noche se está volviendo más fría.

Brenna no dijo nada al respecto. En su interior parecía haberse desatado un incendio sin control. Le había gustado que la besara, pero más todavía que la hubiera envuelto en sus brazos y que la hubiera contemplado con algo muy diferente a lo que solía percibir ella en la mirada de Colin. ¿Se quedaría después de todo porque podría enamorarse de ella? ¿Sería capaz de conocer el amor gracias a un McGregor? Sonrió de manera tímida con ese pensamiento.

Regresaron al interior de Cawdor y tras cerrar las puertas los dos parecieron sentirse como dos completos extraños. Se quedaron contemplándose en silencio sin que ninguno pareciera tener el deseo de separarse del otro.

—Ah, ya habéis regresado —la voz de Amy los despertó de aquel ensueño en el que se habían sumido desde que volvieron al interior de castillo.

—Sí, salí a dar un paseo para despejarme y luego apareció vuestra hermana...

Amy sonrió con picardía porque no era ajena a la atracción entre ambos, por mucho que Brenna pareciera mostrarse algo más indiferente a ello. Apostaba que él la habría vuelto a besar.

—Es tarde y quiero retirarme. El día ha tenido demasiadas emociones. Buenas noches —dijo pasando la mirada de su hermana a Colin, en quien pareció demorarse un poco más de lo normal.

—Qué descanses —le susurró él con una leve inclinación de cabeza.

La contempló dirigirse a su habitación sin decir nada más, sin volver su mirada hacia él una última vez. Colin sonrió ajeno a la mirada de interés de Amy, y cuando él se fijó en esta presintió que iba a preguntarle por lo sucedido con su hermana.

—Vuestra hermana es una mujer excepcional.

Amy emitió un sonido gutural de aceptación.

—¿En qué sentido?

La mirada inquisidora de la pequeña de los Campbell pareció sorprenderlo e incluso intimidarlo.

—En todos y cada uno de los que conozco de ella hasta el momento.

—Sois muy diplomático, McGregor —le susurró pronunciando su apellido—. ¿Vais a retiraros a descansar o tenéis tiempo para acompañarme un rato en el gran salón?

Colin sonrió. ¿Qué buscaba Amy? ¿Qué quería saber o tal vez contarle?

—Será un placer acompañaros.

—En ese caso...

Le cedió el paso para que fuera él quien se dirigiera a la gran estancia del castillo. Malcom permanecía de pie frente al hogar, contemplando las danzarinas llamas del generoso fuego, que servía para caldear el salón. Al verlo aparecer junto a Amy arqueó sus cejas. ¿Qué hacía allí? Se preguntó contemplándolo mientras se sentaba en uno de los sillones junto al fuego.

Amy sonrió mirando a Colin.

—Seré franca con vos. Mi hermana asegura que pensáis seguir adelante con la boda. Y que será una especie de matrimonio de conveniencia...

—Si Brenna os lo ha dicho así...

—Sí, así ha sido. Solo que hay algo que me llama la atención y que hace que tenga serias dudas al respecto —entrecerró sus ojos sin apartar su mirada de él.

—Si puedo ayudaros a despejarlas...

—¿En serio pensáis a estas alturas que no hay nada más que un simple acuerdo de honor? —Amy presentía que entre el McGregor y su hermana había algo más que un acuerdo por parte de ambos

por haberle salvado la vida a él.

Malcom se volvió con todo interés hacia Colin mirándolo de manera fija. Al tiempo que pensaba en lo diabólica que era la pregunta de la pequeña de los Campbell. ¿Qué demonios pretendía con esta? Todos eran testigos de la atracción entre ambos, ¿qué esperaba?

Colin se rio por lo bajo, inclinó la cabeza hacia delante y la sacudió.

—Estoy de acuerdo con vos en que lo del trato de un primer momento ha quedado en un segundo plano.

—Entonces, es que sentís algo por mi hermana...

El tono serio y de urgencia de Amy hizo que el semblante de Colin cambiara y que su risa desapareciera. Malcom cambió de postura, allí, apoyado sobre la repisa del hogar y miró de hito en hito al MacGregor.

—Solo sé que no puedo alejarme de ella.

—¿Y la boda? ¿Y todo lo que sucederá a continuación?

—He dado mi palabra a vuestra hermana de que no la dejaré sola, ni tampoco la haré sentir a gusto. Respetaré sus decisiones y sus palabras.

—Os advierto que las cosas van a cambiar por aquí —intervino Malcom captando la atención de Colin.

Ese esbozo una sonrisa de disgusto.

—Lo sé. Ella me lo comentó está mañana cuando el *sassenach* se marchó. Sé que la situación puede cambiar a peor para Escocia y sus habitantes.

—Traidores. ¿Es así cómo nos pagan la lealtad a la corona? —preguntó el hombre escupiendo a las llamas con desprecio.

—¿Conocéis todas las normas de Londres? —preguntó Colin pasando su mirada por las dos personas allí presentes.

—Algo hemos escuchado a la gente —respondió Amy—. Prohibir el tartán, el *kilt*, la música de las gaitas... ¡Por San Andrés, que es una completa locura!

—No quieren que tengamos ganas ni fuerzas para volvernos a rebelar —sentenció Colin con amargura.

—Más no había valido luchar por el joven príncipe. Al menos ahora nos quedaría la sensación de haber hecho lo justo —refirió Malcom cerrando una mano en un puño y golpeando la repisa.

—Ya no vale de nada lamentarse. Siempre hemos sido leales a la corona inglesa. No podíamos cambiar de bando —le recordó Amy ofuscada igual que él, o que su propia hermana—. ¿Quién iba saber lo que sucedería?

—Amy tiene razón. No vale de nada lamentarse. La guerra ha concluido.

—A mí lo que más me interesa es conocer detalles de vuestra boda.

—Tal vez deberéis hablar con vuestra hermana. Desconozco lo que pretende.

—Ha de ser pronto. Antes de que ese *sassenach* de Fullarton venga a meter las narices donde no le corresponde. ¿Teméis alguna represalia por su parte? Os repito que le habéis arrebatado a la mujer que él pensaba desposar —le recordó Amy con una sonrisa maliciosa y un tono de advertencia muy serio.

—Espero que no cometa semejante disparate.

—Si se le ocurre hacerle algo a la señora...

—Malcom, mi hermana ya tiene quien vele por ella —le interrumpió riéndose por la reacción de este.

—No hace falta llegar a esos extremos —aseguró Colin.

—Yo lo que espero es que no se deje llevar por los celos y junto con las normas de Londres haga que mi hermana lo pague.

—Y yo os repito que sería absurdo por parte de él hacerlo.

—Cuidad de ella como de vuestra propia vida, McGregor —le refirió Malcom mirándolo de

manera seria.

—Ya lo hago, aunque no lo parezca.

Amy asintió.

—Os veo muy metido en vuestro papel de prometido. Y eso como antes os he dicho se debe a que en verdad os estáis enamorando de Brenna. Solo espero que ella os corresponda después de todo. Llegad a su corazón, y será vuestra.

—Lo decís como si fuera sencillo hacerlo.

—Habéis hecho algo muy complicado y es que sigáis intacto después de haberla besado en dos ocasiones —le refirió Amy con una sonrisa burlona, que contagio a Colin y a Malcom—. Ahora os falta casaros con ella y enamorarla de verdad.

Colin no añadió ningún comentario al perfecto resumen que Amy había hecho. Solo esperaba poderlo lograr aunque era consciente de que ella no iba a ponérselo nada fácil. Nada. Pese a que cómo Amy decía la había besado en dos ocasiones.

Brenna se había encerrado en su habitación. No quería que nada enturbiara la extraña y placentera sensación que le habían dejado las palabras de Colin, asegurándole que no se marcharía. Ni qué decir que la hubiera vuelto a besar cuando ella no lo esperaba. Solo que esta vez la sensación experimentada había sido diferente; tanto por parte de ella como de él. No había sido el ímpetu de la noche en casa del capitán Fullarton. Ni la pasión y el atrevimiento, sino que esta vez había sido más dulce y tierno. Y aunque en un primer momento la sorprendió por su determinación, a medida que él la estrechaba contra su cuerpo y profundizaba el beso, ella creía sentirse más y más vulnerable; hasta el punto de rendir sus armas.

Asomada a la ventana de su habitación, Brenna contemplaba la noche oscura sobre las tierras de Moray. La luna se ocultaba tras un banco de nubes como si no quisiera saber nada de lo que sucedía en la tierra. Él le había prometido respetarla pese a estar casados. Y lo creía. Pero, ¿y ella? Esa duda la perseguía desde la noche que la besó y los posteriores días que compartieron en el castillo. Miradas, comentarios, leves roces de sus manos y de sus cuerpos que no hacía sino confundirla más todavía. ¿Y si llegaba el momento en el que ella misma no podía detener su deseo? En ninguna de las dos ocasiones lo había apartado, ni abofeteado por su atrevimiento. Más bien se había entregado sin condiciones a la pasión que ambos sentían. Eso le preocupaba porque hasta esa noche no había considerado la posibilidad de que después de todo, su matrimonio no fuera una comedia.

10

Los preparativos para la celebración de la boda avanzaban con el paso de los días. La noticia se había divulgado por las tierras de Moray y había llegado a Inverness. También se había hecho llegar una invitación al duque de Argyll como máxima autoridad de Londres en Escocia y por el parentesco que los unía. Los comentarios en torno al enlace no se hicieron esperar. Algunos hacían referencia a que no sabían si era acertado con los tiempos que corrían, con la nueva ley de Londres para Escocia, y por último aquellos que hacía referencia al prometido de la señora de Cawdor, como cabía esperar. Algunas mujeres de Inverness, las más cercanas a la corona, aseguraban que la mayor de los Campbell cometía un grave error al no haber aceptado al capitán Fullarton. Todos en Inverness conocían del interés de este por Brenna. Y también la obstinación de ella por cumplir el acuerdo de su padre.

Fullarton había recibido la noticia del inminente enlace y lo había dejado pasar, más preocupado por las noticias que llegaban de Londres. Sin embargo, no podía evitar pensar en ella y su reacción cuando él se presentó en Cawdor para contarle lo que planeaba Londres. Se sintió dolida y traicionada por aquellos a los que había defendido. Y no se lo discutiría porque él también pensaba que deberían hacerse algunas concesiones con aquellos clanes que habían luchado defendiendo a la corona. Solo esperaba que la situación no se complicara cuando él tuviera que hacer cumplir las leyes. Y ella entendiera que él no era su enemigo. También esperaba que así lo entendiera su futuro esposo.

—Tenemos que ir a Inverness a comprarte un vestido para la boda. ¿O es que piensas casarte con alguno de los que tienes? —le preguntó Amy obligando a su hermana a mirarla con cara de incredulidad.

Audrey terminó de colocar las flores en el jarrón y volvió su atención hacia las jóvenes.

—No hace falta que seamos tan...

—¿Tan qué? ¿No irás a decirme que no lo habías pensado? Necesitas un vestido nuevo para casarte —reiteró Amy asintiendo segura de que su hermana accedería.

—Me refería a que no hay que llevarlo a rajatabla. Sabemos que es una boda de conveniencia. Un acuerdo al que ambos llegamos a cambio de haberle salvado la vida.

—¿Tú qué opinas, Audrey? —preguntó la menor de las dos muchachas.

—¿Yo?

—Sí, tú. Llevas más años que nosotras en el clan. Servías a nuestros padres. Siempre te hemos considerado como algo más que una simple sirvienta. De manera que mi hermana y yo queremos escuchar tu opinión.

Audrey sintió que el pecho se le expandía de gozo. Ella también había percibido el cariño y el respeto de las dos durante todos aquellos años desde la muerte de sus padres. Para ella ambas eran como sus hijas.

—Creo que Amy tiene razón y que deberíais ir a Inverness a compraros el vestido de novia —le dijo a Brenna mostrándose muy segura de sus palabras.

Esta inspiró y soltó el aire de manera lenta.

—Pero... Repito que no se trata de...

—No es la impresión que tengo, hermana —le cortó Amy—. ¿Y tú Audrey?

Esta sonrió de manera tímida sacudiendo la cabeza.

—Creo que vuestro futuro esposo tiene demasiadas atenciones con vos para tratarse de una boda de conveniencia. Por no querer extenderme sobre el hecho de que os ha besado.

Brenna abrió la boca para rebatir las palabras de Audrey pero no las encontró en su interior; o tal vez fueron las fuerzas para hacerlo. Entrecerró sus ojos y centró toda su atención en Amy pensando

que habría sido esta la que se lo habría contado.

—¿Por qué me miras? No soy la única que sabe lo que hay entre vosotros. Ni la única que os ha visto besaros. Y estoy de acuerdo con Audrey en que tu futuro esposo tienes demasiadas atenciones contigo.

—Es porque debemos fingir que nos llevamos bien y...

—Yo creo que está claro para todo el mundo, ¿verdad Audrey? —apuntó Amy asintiendo convencida de que así era.

—Creo que vuestra hermana tiene razón —le aseguró la sirvienta mirando a Brenna de manera fija y concluyente, lo que no dejaba dudas a esta.

—Deberías ir pensando que a lo mejor vuestra comedia ha dejado de serla; pero eso es algo que ya te advertimos —Amy se mostró muy seria a este respecto—. Por ese mismo motivo creo que deberíamos ir a la capital a buscarte un vestido acorde al día.

Brenna resopló ante la evidencia que mostraba su hermana apoyada en Audrey, quien le devolvía la mirada y asentía también.

—De acuerdo. En vista de que todo el mundo parece conocer la situación mejor que yo... Accederé a ir a Inverness a buscar un vestido —Brenna relajó los hombros en clara señal de derrota mientras Amy y Audrey sonreían satisfechas—. ¿Cuándo se supone que tenemos que ir?

Colin paseaba por las tierras de los Campbell en compañía de Malcom. No había visto a Brenna esa mañana, y prefería que fuera así después de los últimos acontecimientos entre ellos. Estaba claro que había algo más que buenas palabras y deseos. Más que un simple acuerdo de matrimonio. Había surgido algo que ninguno de los dos parecía esperar.

—¿Cómo os encontráis ante vuestra inminente boda? —La pregunta de Malcom no pareció alterar el paso ni el gesto de Colin, quien mantenía su atención en el suelo mientras caminaban.

—La verdad... No sabría deciros cómo me encuentro. Es una extraña mezcla de sensaciones.

—Supongo que tendríais vuestros planes para casaros después de la guerra.

—No creáis.

—Oh, en ese caso... Es toda una novedad; me refiero a que si no teníais intención de casaros con alguna muchacha de otro clan, esta situación os ha venido de sorpresa.

—Sí, sí, a eso me refiero. Cuando estalló la guerra no concebía la posibilidad de casarme, más preocupado por saber qué sucedería con el joven príncipe Estuardo. Si llegaría a sentarse en el trono de Londres o no.

—Entiendo. No queríais hacer planes hasta ver.

—Exacto. No quería dejar viuda a una muchacha antes de habernos casado.

—Temíais caer herido o prisionero, o tal vez muerto en la rebelión —dedujo Malcom observando a Colin asentir porque así había sido.

—Por esos motivos decidí no pensar en convertirme en el jefe del clan y formar mi propia familia. No tenía sentido.

—¿Y qué vais a hacer ahora? Vais a casaros de verdad aunque luego la situación sea otra, ya me entendéis. Llegará el día que la gente comience a hablar del futuro heredero de los Campbell.

Colin se detuvo y resopló. Luego se volvió hacia Malcom con gesto de preocupación.

—Soy consciente de que ese momento se presentará. Pero Brenna no está dispuesta por el momento a consumir el matrimonio. Creo que eso ya lo sabéis.

El Campbell apretó los labios y asintió.

—Lo sé. Pero entonces, ¿qué haréis?

—Eso deberíais preguntárselo a vuestra señora —le respondió posando su mano sobre su hombro y mirándolo de manera fija—. Es ella la que tendrá que decidirlo.

—¿Qué hay de regresar a las tierras de los McGregor?

Colin ahogó la risa ante esa pregunta.

—Regresar a estas podría suponer un peligro mayor que quedarme aquí. Podrían reconocermé y apresarme. Después de la rebelión y con las nuevas normas de Londres es más que probable que acabara delante de un pelotón o colgando del extremo de una soga. En serio.

—Visto por ese lado... Tengo que daros la razón.

—Prefiero quedarme en Cawdor con los McGregor.

—¿Estáis a gusto? Y no lo digáis porque vais a convertirlos en el señor de estas tierras —le dijo advirtiéndole acerca de la situación que iba a darse después de la boda.

—Lo estoy. Y no tengo intención de convertirme en el señor. Brenna es quien manda en el clan Campbell y como tal hay que seguir considerándola. Yo me limitaré a estar a su lado en todo lo que pueda necesitarme.

—Veremos qué opina ella. Por cierto, tendréis que vestirlos de manera adecuada para la ocasión. Me refiero a que tendréis que llevar los colores del clan Campbell, ya que los de McIvor no los tenemos. Claro que confío en que las nuevas órdenes de Londres, nos permitan llevar nuestros trajes.

—Esperemos que no entren en vigor de manera inmediata. Por mi parte llevaré los colores de los Campbell como habéis dicho.

—Hacedme un favor y enamorar a la joven Brenna. Es lo mejor que puede suceder en estos tiempos que se acercan para estas regiones y para sus habitantes.

Colin esbozó una media sonrisa cargada de melancolía.

—Es lo que pretendo desde que decidí quedarme con ella.

Malcom asintió convencido de que el McGregor podría llegar a hacerlo. Razones no le faltaban. Y después de haber besado a su señora sin que esta lo hubiera amenazado con su daga... Mucho terreno había ganado.

Brenna tenía la sensación como si la estuvieran atando con cuerdas. Eran los nervios del momento que la atenazaban sin dejarla respirar. Había llegado a Inverness en compañía de Audrey y su hermana, además de Malcom que se encargaba de velar por su seguridad. Temía que dados los tiempos que corrían, los ingleses que vivían en la capital pudieran meterse con ellas pese a que los Campbell siempre habían sido defensores de la corona.

—Si no os importa daré una vuelta mientras vosotras miráis los vestidos.

—Puedes tomarte el tiempo que precisas. Tardaremos —le aseguró Amy—. Ten en cuenta que mi hermana no va a elegir el primer vestido que vea.

Malcom carraspeó y asintió.

Brenna cerró los ojos y cogió aire antes de decidirse a entrar en la tienda. Ante ella se abría su futuro, incierto junto a Colin McGregor. Intentó centrarse en el propósito por el que estaban allí y dejarlo a él al margen, aunque era parte indispensable.

—No hace falta que pasemos mucho tiempo ni que nos volvamos locas buscando un vestido. No es más que un simple trámite —les dejó claro a sus dos acompañantes antes de volverse hacia el hombre que acudió a recibirlas de manera sonriente.

—No es un simple trámite, Brenna. Es tu boda.

Esta resopló ante la insistencia de Amy de querer dar a la ocasión el carácter que no era. De acuerdo que iba a casarse pero solo de cara a la gente.

—Buenos días señorita Campbell —saludó un caballero reconociéndola al instante—. ¿Qué puedo hacer por vos?

Brenna cogió aire y sonrió a duras penas. Parecía estar pensándose lo que iba a decir hasta que su hermana se anticipó al verla dudar.

—Hemos venido a ver vestidos para su boda. Supongo que a estas alturas todo Inverness lo sabe.

—Así es. Y quiero aprovechar la ocasión para felicitaros por vuestro compromiso. Como bien decís, todos saben que la señora de Cawdor va a casarse. Quiero deciros que es un placer poder atenderos, y que hayáis escogido mi tienda para elegir vuestro vestido. ¿Comenzamos? ¿Qué idea

tenéis en mente?

—No lo sé... —Se había quedado en blanco porque no pensó que aquel momento fuera a llegar.

—¿Podría mostrarnos los vestidos que tiene? —le preguntó Amy al ver a Brenna completamente paralizaba por la situación.

—De acuerdo. Síganme. Les mostraré los vestidos de los que disponemos en este momento.

Amy sujetó a su hermana por el brazo deteniendo su avance.

—¿Se puede saber qué te pasa? Vas a casarte no a postrarte ante el verdugo. Se supone que estás feliz por este acontecimiento. Si no cambias el talante comenzarán a sospechar que no te casas por amor. Y tu plan se vendrá abajo.

—Vuestra hermana tiene razón. Debéis tratar de mostrar más entusiasmo o la gente comenzará a murmurar —le aseguró Audrey asintiendo.

Brenna paseó la mirada por sus dos acompañantes cuyos gestos mostraban su preocupación por el talante que estaba mostrando. Inspiró hondo y asintió.

—De acuerdo. Procuraré estar más participativa y más entusiasmada.

—Eso está mejor. Y ahora, vamos. El dependiente nos aguarda.

Brenna sonrió e inspiró hondo antes de emprender el camino hacia la parte de la tienda donde este las aguardaba con impaciencia e ilusión.

De repente se vio rodeada de telas de varios colores, de los más diversos tejidos como algodón, que podía ser estampado, muselina, o lana. Así como diversos vestidos.

—¿Qué idea tenéis? —preguntó el dependiente mirando a las tres mujeres, que en ese preciso instante se quedaron sin palabras, ya que ninguna parecía tener las ideas claras.

Malcom se dedicó a pasear por la calles de Inverness. Entendía que las mujeres se tomarían su tiempo para elegir el vestido de novia de Brenna, así que se lo tomó con relativa calma. Observó los restos de la fortaleza que se elevaba por encima de la ciudad. Los jacobitas, al mando del coronel James Grant, la habían rendido ante el mayor empuje de los ejércitos ingleses. El príncipe Estuardo solo se preocupó de avanzar hacia Inglaterra descuidando la retaguardia, que poco a poco fue rindiéndose ante el avance inglés. Y ahora toda Escocia, y en especial el norte que había sido lo primero que el Estuardo había reconquistado a los ingleses, volvían a estar bajo el gobierno de estos.

Malcom se detuvo pensativo recordando las noticias en torno a este hecho cuando alguien lo llamó por su nombre. Sacudió la cabeza como si acabara de despertar de un sueño y centró su atención en su interlocutor. Una sensación de desagrado lo sobrecogió cuando reconoció al capitán Fullarton frente a él, y otros dos hombres que lo escrutaban con sus miradas. Sin duda que le resultaría sorprendente verlo vestido con el tradicional traje escocés. Y todo se debía a que de acuerdo con las normas que programaba Londres, pronto habría que dejarlo guardado en un arcón.

—¿Qué hacéis por aquí?

La repentina presencia del capitán lo cogió por sorpresa y durante algunos segundos pareció dudar.

—Bueno... Estoy haciendo tiempo mientras las mujeres echan un vistazo al vestido de boda de Brenna.

Aquella afirmación tan rotunda mudó el gesto del inglés quien hizo un esfuerzo por mantener la compostura. Trató de sonreír pero tan solo consiguió esbozar una media sonrisa, que Malcom calificó como de decepción. ¿Acaso el capitán esperaba que ella se echara atrás a estas alturas? Por San Andrés, que su señora podría haber tomado una decisión algo alocada, pero cuando se proponía algo, lo llevaba hasta el final. Y en este caso no iba a ser menos; aunque fuese celebrar su matrimonio.

—De manera que ha venido a buscar un vestido. ¿Ha fijado la fecha del enlace? No me ha comentado nada, ni he recibido comunicado para asistir a este.

—Es algo que lleva en secreto junto a su hermana y a Audrey. Ya conocéis a las mujeres —le refirió con una sonrisa. No iba a decirle que no tenía ni la menor idea de cuándo se celebraría porque Brenna se mostraba un poco reticente. Pero al parecer ya estaba pensando en ello de una manera más

seria y determinante.

—Sí, os entiendo. Las mujeres necesitan su tiempo para tener todo en orden. Solo espero su invitación pese a las diferencias que surgieron el último día que estuve a verla en Cawdor.

Malcom sabía a qué se refería el inglés. A la nueva política de Londres para Escocia tras haber finalizado la guerra.

—Confío en que supieseis entender su comportamiento pero que no se lo tengáis en cuenta. Se debe a los nervios de la boda —le aseguró quitando hierro a la cuestión—. Solo que después de que el clan apoyara a la corona en su guerra con la casa Estuardo...

Malcom dejó el comentario sin terminar pero no hacía falta ser muy inteligente para entender lo que pretendía dejar claro. Y así lo constató el gesto de asentimiento del capitán, y de sus dos acompañantes.

—Lo entiendo pero yo no soy vuestro enemigo. Me limito a cumplir las órdenes, como le dije a ella.

—Es cierto, pero ahora mismo ella se siente dolida y traicionada por la corona.

—Al menos ella y los principales miembros de su clan siguen vivos. ¿Qué habría sucedido de haber combatido al lado del Joven Pretendiente?

Malcom sonrió con gesto burlón.

—Temo que nunca lleguemos a saberlo. ¿No creéis? ¿Deseáis algo más de mí?

Fullarton apretó los labios y sacudió al cabeza. No tenía mucho que hablar con el hombre fuerte de Brenna. Todo lo relacionado con la política de los próximos meses estaba dicho. Y en cuanto al tema de la boda de ella, también lo parecía.

—No. Solo darle recuerdos a vuestra señora cuando la veáis. Y quedaré a la espera de su invitación al enlace.

Malcom asintió y no perdió de vista al capitán Fullarton hasta que este se alejó en compañía de otros dos hombres. No le gustó nada sus pretensiones para acudir al enlace de Brenna. Pero por otra parte era consciente de que la presencia de la máxima autoridad inglesa en aquella región debía estar presentes. Y más cuando el clan Campbell había combatido al lado de la corona británica. Sacudió la cabeza preguntándose si en verdad había valido la pena enfrentarse al resto de los clanes que había defendido la causa jacobita. Algo que ya no podría saber.

Brenna apareció antes su herma y Audrey con un vestido compuesto de una falda de color blanco, una sobrefalda en un tono más oscuro y un corpiño que descendía hasta las caderas; y que dejaba al descubierto los hombros y un pronunciado escote. Las mangas le llegaban hasta el codo desde dónde salía un volante, que descansaba sobre el antebrazo sin llegar a ocultarlo por completo. La tela era fina, delicada. Hilo y gasa que daban un toque vaporoso al conjunto.

Las mujeres se quedaron contemplándola con la boca abierta, y sin saber qué demonios decir mientras observaban el gesto de sorpresa en el rostro de ella, cuando se vio de cuerpo entero en un espejo.

Brenna se había quedado sin aliento. Nunca pensó que verse con un traje de novia como el que llevaba puesto, pudiera afectarla de aquella manera. Se veía diferente a cómo solía verse a diario e incluso atrevida dejando al desnudo sus hombros y realzando sus pechos con aquel escote tan provocativo, para su gusto. No estaba segura de si aquel vestido era lo más acertado ya que parecía estar ofreciéndose a McGregor.

—Sin duda que se os veís... elegante y distinguida —comentó el dueño de la tienda fijando su mirada en la imagen que devolvía el espejo.

Brenna permanecía en silencio porque no se veía capaz de decir nada. Seguía contemplando de manera fija su imagen e incluso se atrevió a darse media vuelta para ver cómo le caía por detrás la tela de la falda.

—Estáis radiante, mi señora —exclamó Audrey sin poder ocultar una tímida sonrisa de

complicidad con ella.

—No me cabe la menor duda de que sorprenderás a tu prometido —le aseguró Amy asintiendo convencida de que McGregor lo tendría muy complicado para no caer rendido ante su hermana. Y lo que ella también pensaba, era que a esta tampoco le resultaría sencillo poder entregarse.

—Si necesitáis algún complemento no tenéis más que decirlo, señorita Campbell.

El solo hecho de que el dependiente pronunciara aquel apellido hizo que varias mujeres que había en la tienda, se volvieran hacia ella para contemplarla. Si poder evitarlo comentaron por lo bajo lo que les parecía.

—No, no... yo... Creo que con el vestido... es suficiente —no era capaz de coordinar su pensamiento. Las palabras salían por su boca sin que ella fuera consciente; era como si las pronunciara porque tenía que hacerlo—. Tal vez algo de tela para cubrirme los hombros y el escote —dijo finalmente mientras se llevaba las manos hacia este y pensaba en Colin McGregor y en lo que él imaginaria al verla.

El dependiente pareció dudar ante aquella petición porque sin duda que no la esperaba. Creía que prefería mostrarse tal y como era ante su futuro esposo.

Amy sacudió la cabeza cuando el dependiente la miró. Ella era consciente de que cubrir el escote no sería acertado.

—Creo que no te favorecería, querida. Es mejor dejarlo como está —le aseguró esta situándose a su lado. Se fijó con atención en ella; su piel casi blanca, sus cabellos cobrizos algo desordenados que caían sobre sus hombros. Amy sonrió con ironía al pensar en Colin. Por mucho que este la respetara, dudaba que dejara pasar la oportunidad de tomar a Brenna y encerrarla en su alcoba nada más concluir la ceremonia.

—¿No crees que es algo... provocativo?

—Es la moda que viene de Francia, señorita Campbell. No obstante puedo enseñarle alguno más —le anunció el hombre haciendo ademán de ir en busca de estos.

—No hace falta. Me gusta la tela de este y los tonos —le cortó Brenna de inmediato. Como si tuviera prisa por terminar. No le cabían dudas de que estaba algo incómoda con todo aquello porque nunca había creído que pudiera llegar a casarse. Aquella situación la sobrepasaba. Prefería quedarse con ese primer vestido que andar probándose uno tras otro. Y además, se repetía que no era una boda por amor, sino más bien por cuestiones personales; o eso al menos se decía a pesar de que en su interior algo estaba cambiando.

Brenna arqueó una ceja al escuchar aquellas palabras del dependiente con respecto a la moda francesa. Sería la clase de vestido que se ponían las mujeres en París, pero a ella le resultaba muy atrevida volvió a pensar lanzando un último vistazo a su imagen.

—Lo cierto es que me gusta el estilo —dijo provocando una sonrisa de agrado en el dependiente porque se había asegurado la venta—. Podríais llevarlo a Cawdor mañana mismo.

—Por supuesto. No hay inconveniente.

—En ese caso...—Brenna resopló con cierta resignación por todo lo que estaba aconteciendo en los últimos días—. Os pagaré mañana mismo. No obstante, si queréis que os deje una señal...

—No. Me basta con vuestra palabra señorita Campbell. Sois la dueña y señora de Cawdor y vuestro clan es todo un garante de lealtad en estas tierras y en Inglaterra. Mañana haremos cuentas cuando os lo entregue. Si no queréis que os hagamos algún arreglo...

Brenna levantó los brazos dejando que los volantes de las mangas flotaran en el aire como mariposas. Se giró para ver la parte trasera del vestido con su escote cuadrado. Y luego se volvió hacia un lado y hacia el otro hasta parecer quedar satisfecha.

—De acuerdo. Voy a cambiarme —anunció cogiendo el vestido entre sus dedos para dirigirse al reservado y allí volver a vestir sus ropas.

—Iré a ayudarla —dijo Audrey dejando a la pequeña Campbell con el dependiente para ultimar los detalles de la entrega.

La puerta de la tienda de modas se abrió dejando paso a Malcom, quien se limitó a asentir en silencio cuando vio a Amy.

—Llegas tarde.

—¿Yo? ¿Por qué? No habíamos quedado en nada al respecto del tiempo que necesitabais.

—Me refiero a que de haber llegado dos minutos antes, habrías visto a Brenna con su vestido de novia.

—¿Ya lo ha elegido?

—Sí. Al parecer no ha querido mirar más. Tiene prisa por cerrar el asunto —el tono sarcástico de Amy hizo que Malcom entrecerrara los ojos y dirigiera su mirada hacia Brenna, que aparecía en compañía de Audrey.

—¿Todo listo, mi señora? —preguntó con una leve inclinación de cabeza.

—Sí, sí —respondió de manera rápida y atropellada, fruto de los nervios—. Nos llevarán el vestido mañana.

—Así lo haré —asintió el dependiente.

—En ese caso, volveremos a vernos y cerraremos el asunto. Que tenga un buen día.

—Le deseo lo mismo, señorita Campbell.

Brenna salió de la tienda de modas con paso rápido. Tenía la leve sensación de que empezaba a faltarle el aire. Si seguía un poco más, acabaría por desmayarse, pensó. El corazón comenzó a latirle más y más deprisa al tiempo que los nervios se adueñaban de su estómago.

—¿Por qué no te has recreado en la compra del vestido? Me refiero a que podías haberte tomado tu tiempo y probarte alguno más. Y que conste que me gusta el que has elegido —matizó Amy entornando la mirada hacia Brenna que se acababa de detener y se volvía para encararla.

—¿Por qué debería hacerlo? Con un vestido basta —le confesó de mal humor.

—Entiendo que estés nerviosa por todos los preparativos pero...

—Es una boda sin más.

—Pareces convencida de que así es pero...

—Pero, ¿qué? ¿Acaso se te ha pasado por la cabeza que se trata de un matrimonio por amor? Porque si sigues pensando eso es que no has entendido nada, Amy.

Esta sonrió con melancolía, con cierta pena por las palabras que decía su hermana.

—Eres tú la que no te das cuenta. Creo que de las cuatro personas que estamos aquí, tú y solo tú, eres la que no quieres ver la realidad de lo que te está sucediendo. Es mejor que regresemos a Cawdor. Hay trabajo por delante hasta la boda. Pero ya que estamos aquí, podrías hablar con el pastor. La iglesia está por allí —señaló con el brazo hacia el edificio.

Brenna entreabrió los labios para decir algo, pero al final tuvo que limitarse a resoplar frustrada por el comentario de su hermana, y por las miradas de Audrey y de Malcom. ¿Qué tenía que ver? Se preguntó tomando el camino hacia la iglesia sin decir nada más. Era mejor callarse y tranquilizarse porque ella estaba más que nerviosa.

Colin permanecía entretenido echando una mano a un grupo de hombres del clan ajeno a lo que sucedía en el interior de la casa. Había visto llegar un coche de caballos y como había bajado de este un hombre desconocido para él que portaba una caja de grandes dimensiones. No le prestó más atención de la que merecía y siguió con su trabajo. Brenna y él habían hablado más bien poco en los últimos días acerca de los preparativos de la boda. Faltaba poco tiempo para la celebración y ella parecía estar evitándolo. Necesitaba saber si todo estaba bien; si no se echaría atrás en el último momento. Podría darse el caso de que le entrara pánico en el último instante. Y sobre todo tenía que acordar algunos detalles de la ceremonia. Se quedó pensativo y tras hacer una señal a uno de los muchachos, se dirigió hacia el interior de Cawdor.

Brenna, Audrey y Amy recibieron al dueño de la tienda que había acudido a llevarle el vestido de

novia.

—Aquí tenéis vuestro vestido señorita Campbell.

Esta se mostró dubitativa, como si no se atreviera a acercarse a este. Mientras, el hombre desenvolvía el paquete revelando el vestido que el día antes ella se había probado y elegido en su tienda.

Brenna inspiró hondo cuando sintió que el estómago se le encogía y que la garganta se le cerraba. El momento crucial de su vida se acercaba cada vez más deprisa y ella no podía hacer nada por retrasarlo. Y cuando el hombre extendió la prenda delante de ella, Brenna tuvo la sensación de que el corazón ralentizaba sus latidos y amenazaba con detenerse en cualquier instante.

Pero experimentó el efecto contrario cuando escuchó el sonido de la puerta del salón. El pecho le dio un vuelco cuando reconoció a Colin asomándose tras esta. En un momento Amy se dirigió a toda prisa hacia él mientras Audrey se situaba delante del vestido de novia de su señora.

— ¡No puedes entrar! No en este momento —le dijo Amy sacando a empellones a Colin fuera del salón, y cerrando la puerta tras ella—. No debes ver el vestido de novia antes de la boda. Trae mala suerte.

—De cuerdo, de acuerdo —Colin alzó las manos y retrocedió unos pasos hasta que Amy consideró que era una distancia prudencial.

—¿Qué querías? Tal vez yo puedo ayudarte.

—Lo cierto es que... —Se quedó callado pensando en lo del vestido de novia de Brenna.

Amy se quedó contemplando con la mirada entornada.

—¿Y bien? ¿Puedo ayudarte o no? ¿O prefieres esperar a que mi hermana esté visible?

Colin hizo ademán de contarle sus dudas a Amy, tal vez ella pudiera ayudarlo, pero en el último momento se limitó a sacudir la cabeza.

—Son cuestiones relativas a la boda. Que ella me busque cuando termine. Será lo mejor.

Amy asintió.

—Como tú quieras.

—Sí. Son cuestiones que debo tratar con ella en persona —hizo ademán de marcharse al exterior del castillo pero la curiosidad que le agujoneaba hizo que se volviera—. ¿Qué opinión te merece el vestido?

Amy que no esperaba semejante pregunta, abrió los ojos como platos y dio un ligero respingo. Sonrió como una cínica y cruzando los brazos bajos los pechos se acercó hasta él.

—Tendrás que esperar a verlo por ti mismo. Y ahora si me disculpas... —retrocedió hasta la puerta del salón sin perderlo de vista, no fuera a ser que ella se girara y él aprovechara el momento para entrar en este. Cuando Amy sintió el picaporte de hierro en su mano, abrió la puerta un resquicio: el necesario para colarse ella y cerrarla en las narices del McGregor. Sonrió como una chiquilla traviesa al recordar la cara que él había puesto. ¿Por qué le interesaba tanto saber cómo era el vestido de su hermana? Pensaba que era una boda por obligación y que esos detalles no se tenían en cuenta. Pero entonces, su pregunta, la había hecho dudar.

Se volvió hacia las tres personas que había en el salón y contempló a su hermana vestida de novia. Solo entonces, volvió a preguntarse si Colin McGregor estaría preparado para verla.

Brenna se quedó mirándola y preguntándose a qué venía aquella sonrisa. ¿Qué había sucedido con Colin para que esta regresara con aquella cara?

—Bien, creo que el vestido está perfecto —dijo de manera rápida. La incertidumbre y los nervios por saber lo que su hermana había hablado con Colin la empujaban a despechar con celeridad al dependiente—. Deme la cuenta para que se la pague.

—Claro, como guste señorita Campbell —asintió él entregándole una nota.

Brenna le echó un vistazo y de inmediato se volvió para dirigirse a uno de los muebles que había en el salón y sacar una bolsa de monedas. Cogió unas cuantas del interior de esta y se las entregó al hombre.

—Gracias. Ha sido un honor servir al clan Campbell para tan importante ocasión.

—Tenga, una gratificación por haber venido hasta aquí. Si necesita algo más, solo tiene que decírmelo.

—Tan solo desearle mucha dicha y felicidad en su futuro matrimonio.

Brenna torció el gesto ante esas palabras pero no dijo nada. No tenía nada claro que ello pudiera suceder. Por ese motivo prefería no pensar en esto.

—Si me disculpáis tengo asuntos que tratar... Audrey os acompañará a vuestro coche.

—Sin duda que todos ellos relacionados con vuestra boda. Bien, no os entretengo más. Yo también debo velar por mi negocio. Señorita Campbell...

—Seguidme.

Brenna esperó a estar a solas con Amy antes de dirigirse a esta.

—¿Qué quería Colin?

—Quería charlar contigo sobre algunos temas relacionados con la boda. Nada más —respondió la menor de los Campbell sin darle demasiada importancia.

—Bien, si solo se trata de eso. Iré a verlo —dijo camino de la puerta pero el gesto en el rostro de su hermana la obligó a detenerse—. ¿Por qué te quedas mirándome de esa manera y sonríes? ¿Hay algo más?

—Me ha preguntado si el vestido te favorecía.

Brenna sacudió la cabeza y prosiguió su camino hacia la puerta. Pero se detuvo en el último momento. Se volvió hacia su hermana y la contempló con el ceño fruncido.

—¿De verdad quería saberlo?

—Sí.

Brenna desvió la atención de Amy y apretó los labios. Permaneció unos segundos con gesto dubitativo, como si no terminara de creer que él hubiera dicho eso.

—Voy a ver qué quiere.

Caminó por el pasillo hacia el exterior del castillo de Cawdor envuelta en ese último comentario de su hermana. ¿Quería saber si el vestido le favorecía?

Encontró a Colin McGregor charlando con Malcom. Al parecer se habían hecho grandes amigos con el paso de los días, e incluso ella podría asegurar que eran casi inseparables. Presentía que el viejo Campbell tal vez viera en Colin a su hijo perdido en la rebelión jacobita. Y por ese motivo se mostraba afable con él.

Brenna centró su atención en Colin y las palabras de Amy volvieron a revolotear en su cabeza, sin que ella pudiera apartarlas.

Colin sonrió de manera tímida al verla aparecer e intentó imaginársela con otras ropas, con un vestido más elegante que los que solía llevar puestos a diario. No le importaba lo más mínimo cómo se vistiera, ya que desde hacía un tiempo le parecía más atractiva. Y no sabría decir si era parte del influjo que le causaba todo aquel acontecimiento de la boda.

—Amy me ha dicho que te buscara porque querías hablar conmigo.

—Sí, así es. Pero llegué en mal momento, al parecer —sonrió irónico recordando el gesto en el rostro de ella, y el posterior de su hermana Amy.

—Sí. Acaba de llegar mi vestido para la boda —le dijo con algo de timidez a pesar de la confianza que tenía con él dado el tiempo transcurrido desde su aparición en las tierras de los Campbell—. Si quieres puedes decirme lo que entonces no pudiste.

—Solo quería saber qué ropa llevaré, supongo que un traje del clan —le comentó como disculpa para verla. Ese tema lo había estado hablando con Malcom. Solo quería encontrar una excusa para poder estar con ella un momento, ya que en los últimos días apenas si había podido verla con todo el tema de la boda.

—Sí, claro.

—Bien. ¿Cuándo será la ceremonia?

—Dentro de dos días.

— ¡Dos días! —Colin se quedó con la boca abierta al escucharla.

—Iba a decírtelo pero he estado algo liada con los preparativos —ella acusó el golpe que le produjo la reacción de él. Algo lógica porque ella no se lo había comentado hasta ese momento; y porque sin duda que no tenía mucho tiempo para tomárselo en serio.

—Entiendo. Dos días...

—Es mejor celebrarla cuanto antes. Tú mismo dijiste que de ese modo nadie sospecharía que esto era una comedia. Sobre todo el capitán. ¿Te parece pronto? ¿Tal vez precipitado?

Colin se quedó callado y pensativo porque sin duda que no había esperado que le quedara tan poco tiempo.

—No, no. Tienes razón. Lo mejor es... celebrarla lo antes posible. Sí, es lo mejor.

—Nos casaremos en el castillo. El pastor está avisado ya para que esté aquí pasado mañana.

—Entiendo.

—Después celebraremos una fiesta con los invitados. Te aviso de que acudirán autoridades de Inverness...

—¿*Sassenach*?

—Sí. Entre estos supongo que estará el capitán.

—Ayer lo vi en Inverness mientras os esperaba a que compraseis el vestido.

Brenna miró a Malcom con el ceño fruncido y sacudió la cabeza.

—¿Qué te dijo?

—Esperaba la invitación para asistir a vuestro enlace. Nada más.

La joven Campbell se mordió el labio pensando que no había mandado recado para ello. Tendría que hacerlo esa misma mañana.

—De acuerdo. Me encargaré de ello. ¿Algo más?

—No, mi señora. Solo me hizo referencia a este dato.

—En ese caso, si no hay más cuestiones...—desvió la mirada hacia Colin por ver si este tenía algo que añadir. Pero al ver que sacudía la cabeza, lo dejó estar—. Si me necesitáis estaré en el interior del castillo.

Los dos hombres la contemplaron alejarse y Colin la acompañó con su mirada hasta que ella se perdió en el interior de Cawdor. Permanecía ajeno a la mirada inquisidora de Malcom hasta que desvió la atención de la puerta por la que había desaparecido Brenna.

—¿Nervioso joven McGregor?

Este resopló y se pasó la mano por el cuello.

—Mentiría si te dijera que no.

—Es normal que lo estés.

—Ya.

—Te aterroriza la situación a medida que llega el momento. Pero tranquilo solo será cuestión de horas. Luego todo volverá a la normalidad como hasta ahora entre vosotros, ¿no? —arqueó una ceja con suspicacia por escuchar lo que el McGregor tenía que decir.

Este le sostuvo la mirada a Malcom y se limitó a asentir pese a que en su cabeza no era la idea que tenía. ¿Sería capaz de no tocarla? ¿De no besarla ni una sola vez después de estar casados? Se le hacía complicado respetar ese acuerdo con una mujer como ella. Puro fuego en el que a él no le importaba acercarse, mientras no se quemara.

11

El tiempo parecía haberse evaporado como la niebla matinal lo hacía cuando los primeros rayos de sol se habría paso por esta.

El día de la boda había llegado y Brenna se sentía igual de nerviosa que días atrás. Pensó que se tranquilizaría pensando que solo se trataba de un mero trámite. Pero a pesar de que se tratara de una maniobra para salvar la vida al McGregor y para que el capitán Fullarton se olvidara de ella, en el fondo, Brenna sabía que estaba uniendo su destino a un hombre desconocido.

La noche antes a penas si había podido pegar ojo. Y se la había pasado asomada a la ventana de su alcoba o sentada junto al fuego del hogar, hasta que los nervios habían hecho mella en ella, y había tenido que acostarse.

Permanecía tumbada sobre la cama con la vista fija en el techo cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta. Deberían ser su hermana y Audrey, ya que el día había comenzado. Se incorporó y tras echarse por encima algo de ropa se dirigió a abrir.

—Ha llegado el día y el momento —anunció Amy con naturalidad contemplando el gesto de incertidumbre de su hermana—. ¿Has logrado descansar algo?

Brenna se retiró de la puerta y se adentró en su habitación dándole la espalda a las dos mujeres e intentando tranquilizar a su corazón. Retumbaba en su pecho como si fuera un volcán en erupción.

—Poco. La verdad.

—Lo temía.

Brenna se giró con el ceño fruncido para contemplar a Amy por esa afirmación.

—¿Por qué?

—Es simple. Vas a casarte. Supongo que cuando llegue mi turno también lo estaré. Bien, hay que prepararse para cuando comience a llegar la gente, y sobre todo el pastor. De manera que...

Brenna resopló. Cerró los ojos e intentó olvidarse de todo aquello.

—Os aconsejo que cambiéis el gesto y sonriáis, mi señora —le pidió Audrey—. De lo contrario, la gente pensará que os casáis obligada. Y no es eso lo que pretendemos que piensen.

—Sobre todo Fullarton —apuntó Amy con mala cara—. Y el tío Archibald y la tía Agnes.

Brenna asintió e intentó sonreír pese a todo. Ambas mujeres tenían razón: no podía dar la impresión de que no estaba enamorada de su futuro marido. Pero, ¿de verdad que no sentía algo distinto al buen trato y la camaradería por él? Se preguntó pensando en las dos ocasiones en las que la había besado. Y entonces, el pulso se le aceleró y el estómago pareció encogerse. Así como las veces que él se quedaba contemplándola de aquella forma tan suya, tan personal que la estremecía.

Colin permanecía de pie frente al espejo que había colgado de la pared de su habitación. Trataba de dejar su mente en blanco para no pensar en nada. ¿Estaba haciendo lo correcto? No lo sabía. Ni quería saberlo. Nunca imaginó que se encontraría en una situación así. Pero era tarde para rechazarla y salir huyendo. No, cuando había dado su palabra a dueña y señora de Cawdor. A la jefa de los Campbell en las tierras de Moray. No, cuando sus vidas dependían de aquella ceremonia. Ella alejaría al *sassenach* de una vez por todas y él, se salvaría de la horca. Pero también, porque se había propuesto llegar al corazón de ella, de Brenna. De una Campbell pese a las continuas disputas que habían existido entre sus respectivos clanes a la largo de la historia de Escocia.

Malcom se detuvo en el umbral para observar con detenimiento al joven.

— No sé qué estará pasando por esa cabeza, pero espero que no estés pensando en largarte en último instante.

Colin ahogó las carcajadas ante aquella pregunta. Miró al viejo Campbell con un toque de diversión.

—¿Por quién diablos me tomas? Di mi palabra.

—Sí, sí. Eso ya lo has dicho en un par de ocasiones.

—Entonces no insistas.

—¿Necesitas que te eche una mano?

—Tan solo asegúrame que no habrá ningún problema después de hoy —le pidió con gesto serio—. Dime que todo saldrá como ella lo ha planeado.

Malcom apretó los labios y se pasó la mano por su barba con gesto de preocupación.

—Procura hacerla feliz. De lo demás... —se encogió de hombros como si no le importara lo más mínimo lo que pudiera suceder—. Daros prisa antes de que ella se arrepienta. Iré a ver al pastor. Y a saludar a los duques de Argyll.

Colin escuchó el sonido de la puerta cerrándose y permaneció en el sitio incapaz de moverse.

—Hacerla feliz —murmuró al tiempo que dejaba escapar una leve sonrisa.

Malcom acudió a recibir al pastor que oficiaría la ceremonia. Cuando estaba hablando con este apareció el capitán Fullarton y algunas autoridades de Inverness. Era lo esperado dado que los Campbell era el clan más poderos de la región y uno de los baluartes de la corona británica entre los escoceses.

—¿Cómo está, Malcom?

El Campbell lo saludó y le estrechó la mano más por protocolo, que porque en verdad deseara hacerlo. No podía olvidar ni por un solo segundo que aquel hombre representaba a Inglaterra. Y que los Campbell hubieran combatido bajo su bandera para echar al Joven Pretendiente de sus aspiraciones al trono, le revolvió el estómago. Pero tuvieron que hacerlo por el bien del clan. Ahora, solo esperaba que su lealtad no se viera afectaba con las nuevas leyes de Londres.

—Capitán.

—Puede dejar el rango fuera de toda conversación. Basta con Thomas. Llevamos mucho tiempo siendo amigos. Y espero que lo sigamos siendo.

Malcom arqueó una ceja ante ese comentario.

—Yo también.

—¿Dónde está Brenna? —paseó la mirada por la gente que estaba allí congregada pero no la vio.

—Arreglándose.

—Entiendo. ¿Y el futuro *laird* de estas tierras?

—Solo hay una señora en esta región y en este castillo —le corrigió Malcom con toda intención—. Además, su futuro esposo ha renunciado a todos sus derechos para que sea Brenna la que siga al frente.

Fullarton pareció sorprendido.

—Lo desconocía.

—Pues ya estáis puesto al día. Si me disculpáis voy a ver al novio.

Colin terminaba de vestirse cuando Malcom apareció en la habitación.

—Llegs a punto para echarme una mano y sujetarme el *plaid*.

—Y algo más —le dijo ayudándolo a sujetarlo con el broche.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene esa cara?

—Fullarton ha llegado. Le he puesto al tanto de la situación que quedará tras la boda. Que has renunciado a todo para que Brenna siga siendo la señora de Cawdor y la jefa de los Campbell en la región de Moray.

—Así es. No pretendo nada para mí.

—¿Estás completamente seguro? —le preguntó levantando la mirada del broche y elevando una ceja con cierta suspicacia; como si no terminara de creerlo.

—No me interesa lo material. Solo el bien de Brenna.

Malcom ahogó la sonrisa.

—Pues ya puedes aplicarte desde hoy mismo. Ya está —Malcom dio un paso atrás—. Pareces un Campbell de verdad.

—Es lo que pretendemos hacer creer a todos, ¿no?

—Será mejor que bajemos a hablar con el pastor y ver si ha llegado Argyll. Te advierto para que estés preparado para escuchar cualquier comentario, cualquier pregunta que te hagan... Ya me entiendes.

—No pienso perder los nervios. Hoy más que nunca.

Brenna terminaba de arreglarse con la ayuda de Amy y de Audrey, principalmente. Estaba nerviosa y expectante por lo que pudiera suceder. No podía evitar sentir temor por la reacción de la gente, de Fullarton, del propio Colin... y de ella misma.

—Estás radiante —dijo Amy dando un paso atrás para ver a su hermana.

—¿Tú crees? —el titubeo en su voz alertó a las dos mujeres presentes junto a ella.

—Mi señora, por mucho que tratéis de disfrazar este momento de comedia, y por mucho que os repitáis que no es más que una ceremonia de conveniencia para ambos, —Audrey cogió aire antes de proseguir—. No me cabe la menor duda de que vuestro futuro esposo acabará rendido ante vuestra belleza en este día.

El calor comenzó a ascender desde las piernas hasta recorrer su cuerpo como si fuera un reguero de pólvora y asentarse en el pecho. De ahí, ascendió hasta su rostro donde se hizo más latente. Sonrió ante aquellas palabras e intentó encontrar el aplomo suficiente para enfrentarse a su destino. No fue capaz de decir nada porque le parecía que la garganta se le había cerrado así que se limitó a inspirar y sonreír.

—Unos últimos retoques y casi estás lista —le anunció Amy feliz por ver a su hermana en semejante situación. De acuerdo que en un principio lo había considerado una locura; pero el paso de los días y la relación cordial que había surgido entre su hermana y el McGregor, aderezada por dos besos, habían hecho que ella viera la situación desde otra perspectiva. Estaba dispuesta a jurar, que su hermana acabaría amando a Colin.

Este aguardaba junto a Malcom y al pastor en la pequeña capilla con la que contaba Cawdor. Se encontraba nervioso, como cabía esperar ante semejante acontecimiento. Pero sobre todo por las ansias por ver a Brenna.

—¿Nervioso?

La pregunta del pastor sacó a Colin de sus pensamientos en torno a su futura esposa. Centró su atención en el hombre y se limitó a sonreír de manera tímida. Quiso responder pero la repentina aparición de Fullarton captó su atención.

—Quería felicitaros por vuestro próximo enlace.

—Gracias.

—Debería alegrarme por este día, pero no puedo sentirme decepcionado porque esperaba que Brenna cambiara de parecer en el último momento. Lástima —Fullarton chateó la lengua y esbozó una sonrisa irónica que Colin pasó por alto. No era momento para enzarzarse en una discusión con él.

—Desconocía vuestros intereses en mi futura esposa —Colin recalcó las dos últimas palabras para dejarle claro a Fullarton con quién iba a casarse.

—Creo que carece de valor a estas alturas. Por cierto, ¿hay alguien de vuestro clan aquí presente? Me gustaría conocerlos. ¿Vuestra familia? —Fullarton no había saludado todavía a ningún miembro de los McIvor.

—¿McIvor? —preguntó un tipo elegante que pareció surgir de la nada en ese preciso instante.

Colin se temía una pregunta así por parte de él. Solo podía indicar que no se acababa de tragar la historia que Brenna y él habían urdido. Un detalle en el que no había caído en su momento, pero que

él esperaba solventar.

—Ya estamos todos, Argyll. Estaba preguntando al novio por su familia. El clan McIvor y por qué no había venido nadie de sus invitados.

Argyll echó la cabeza atrás por un instante y contempló a Colin con los ojos entrecerrados. Sonrió de lado con ironía.

—El clan McIvor es una de las muchas ramas del clan Campbell —respondió este antes de que Colin abriera la boca—. Supongo que no habrán podido venir. Vuestras tierras quedan algo alejadas de las tierras de Moray —dedujo el duque de Argyll con toda intención.

—Si. No han venido, dado que gran parte del clan quedó diezmado con la última rebelión del Estuardo —les refirió con toda naturalidad, recordando las trágicas suertes que habían corrido sus propios padres al inicio de la rebelión. Una gran parte de los miembros del clan McGregor habían perecido siguiendo al Joven Pretendiente, Carlos Estuardo. Miró a Argyll con precaución porque o mucho se equivocaba o este sospechaba algo de él. Tal vez lo había reconocido o conocía a alguno de los hijos del jefe McIvor. Pero no lo delató ante Fullarton.

—Es una verdadera lástima —dijo este chasqueando la lengua.

—Lo es —asintió Colin.

Argyll no apartó la mirada de este el tiempo que lo tuvo frente a él. Esperaba poder hablar a solas con su sobrina, Brenna.

En ese instante el silencio se abrió paso entre los asistentes a la boda. Todos ellos dejaron de hablar cuando contemplaron a la novia aparecer junto a su hermana Amy y Audrey.

Colin creyó que estaba soñando cuando fijó su mirada en ella. Con el cabello recogido de manera perfecta en una trenza que caía por su espalda. Su ojos claros irradiaban una luminosidad que no había percibido con anterioridad; sus mejillas arreboladas, sus labios entre abiertos. Pero lo que más llamó su atención fue su vestido, que se ajustaba a su cuerpo con exquisita delicadeza y que resaltaba su figura a cada paso que daba hacia él. Los hombros al descubierto y el pronunciado escote captaron la atención de Colin. Sintió la boca seca, la mente en blanco, y sus nervios acrecentarse como una joven imberbe ante una noche de pasión.

Todos fueron testigos de las miradas entre ambos incluidos Fullarton, quien torció el gesto al ver la complicidad que existía. Si aquel mal nacido de McIvor no hubiera regresado de la guerra, a estas horas sería él quien estaría esperando a recibirla para convertirla en su propia esposa. Los duques de Argyll no perdieron detalle de ese instante; en especial Archibald, el tío de Brenna, quien no pudo evitar hacerse una pregunta. ¿Qué tramaba su querida sobrina?

Esta sentía la piel erizada, los latidos de su corazón aumentar de manera gradual, y un inesperado vacío en su estómago. Le gustaba como la contemplaba en ese mismo instante en el que se detuvo ante él a pesar de que sus piernas flaquearan. Y cuando percibió la tímida sonrisa en su rostro, Brenna experimentó una subida de temperatura en todo su cuerpo que se hizo más acusada en su rostro. Estaba a un paso de convertirse en la esposa de Colin McGregor.

Cuando el pastor los contempló a ambos con una sonrisa y asintió, Brenna comprendió que todo había terminado. Desde ese instante era la esposa de Colin. Ni si quiera escuchó los aplausos y los vítores de los asistentes al enlace. Estaba tan sorprendida por lo que estaba sucediendo que tenía la impresión de estar dentro de una burbuja, ajena a lo que pasaba a su alrededor. Se había dedicado a responder a las preguntas del pastor, y a realizar todo aquello que requería la breve ceremonia. Cuando pareció reaccionar fue cuando sintió los labios de Colin rozando los suyos con un simple pero revelador beso. Se quedaron contemplándose en silencio de una manera sin igual. Brenna experimentó el sofoco en su rostro cuando él la cogió de la mano y ya no la soltó hasta que la ceremonia concluyó.

Colin recibió las felicitaciones de todos los presentes, excepto la del capitán inglés, como cabía esperar. Fue significativa la de Argyll, quien se demoró de más estrechando su mano sin dejar de mirarlo de cerca.

—Me gustaría que hablásemos más tarde. Tengo curiosidad por saber qué tal están los <<McIvor>>.

—Cuando gustéis, señor.

Colin vio a Argyll alejarse de él. Sus palabras lo habían sorprendido y había provocado en él una cierta preocupación. Pero no tanto como Fullarton. Debería cuidarse y mucho de él. Estaba convencido de que tramaría cualquiera cosa para perjudicarlo a él o incluso a Brenna por no haberse casado con él. Eso era lo que más temía Colin en ese momento. Había percibido sus miradas y sus gestos, nada agradables por otra parte. Aprovecharía esa noche para poner al corriente de esto a Malcom. Le vendría bien que este lo supiera.

Fullarton se abrió camino entre la gente que se agolpaba delante de Brenna felicitándola y deseándole dicha y felicidad. Y cuando se detuvo frente a ella, sintió que la envidia y la rabia lo poseían porque ella era para otro hombre. Cogió su mano y se la llevó a los labios.

—Enhorabuena por tu matrimonio, pese a que no me parezca acertado; como bien sabrás — Fullarton hizo una mueca de desagrado cuando pronunció estas palabras.

Brianna se mantuvo firme ante aquella confesión.

—Agradezco tus palabras de felicitación —le dijo sin pronunciarse acerca de la segunda parte de su breve discurso—. Espero verte por Cawdor y que mi matrimonio no sea un impedimento.

Brenna era consciente de que la relación cordial del clan Campbell con la corona se vería trastocada con las nuevas normas de Londres para Escocia. Y además, temía que Fullarton se comportara de una manera diferente y rencorosa porque ella se hubiera casado con otro.

Este se limitó a sonreír.

—Claro que seguiré viniendo a Cawdor. No lo dudes. Qué disfrutes de tu día —se limitó a esbozar una sonrisa cínica y a inclinar su cabeza en señal de respeto antes de alejarse de ella.

Brenna entrecerró los ojos y lo siguió hasta que se perdió entre la gente. Su pulso se aceleró al pensar en la actitud que tomaría con el clan a partir de ese día. Pero por ahora, no quería pensar en ello. No era el día, ni el momento para hacerlo. Era el día para disfrutar. Buscó a Colin con la mirada y cuando lo vio sintió el interior de su pecho alterarse en gran medida. Estaba atractivo con su traje de gala del clan. Pero lo que más le llamaba la atención a ella era su manera de mirarla. Con una intensidad desconocida hasta entonces. No sabía si tendría que ver con el hecho de que acabaran de casarse o bien se debía a que se había metido en su papel de una manera que nadie tuviera dudas de lo que supuestamente sentía por ella. Brenna sonrió tímida cuando él asintió de manera lenta hacia ella, a modo de saludo.

—No podrás decir que no te mira con cariño e incluso me atrevería a decir que...

—Mejor no digas nada, Amy —le interrumpió de manera brusca no queriendo saber lo que ella pensaba de la manera en la que Colin la miraba.

—Creo que sigues algo nerviosa. Pero creo que tu esposo dejó la comedia hace tiempo —Amy elevó su ceja con suspicacia mientras hacía la pregunta a su hermana.

Brenna desvió la atención hacia esta.

—¿Por qué te empeñas en ver algo que no va a suceder? Sabes tan bien como yo que...

Sus palabras quedaron en suspenso cuando vio al duque de Argyll acercarse con una sonrisa, en compañía de su esposa, la tía Agnes.

—Enhorabuena por tu matrimonio Brenna —comenzó diciendo con una leve inclinación de cabeza en señal de respeto.

—Excelencia.

—Deja los títulos por un día, querida sobrina.

—Gracias por venir y por vuestra felicitación.

—No podía dejar de venir a la boda de la jefa del clan más importante de nuestra nación.

—Ni yo no invitar al delegado del gobierno de Londres en Escocia —le dijo con picardía ya que él se había referido a ella como la jefa del clan Campbell en aquellas tierras.

—Más tarde tendremos tiempo para charlar. Ahora disfruta de tu día. Voy a saludar a tu hermana.

—Haced lo mismo tío.

—No le hagas caso, querida. Seguro que se pone a hablar de política en un día como este. Cuánto me alegro de que te hayas casado. Y por cierto, tu esposo es muy atractivo. ¿Cómo te lo tenías tan callado? —le susurró con picardía.

—Fue algo tan inesperado como repentino —le aseguró sin darle más detalles.

—Me alegro mucho. Ya iba siendo hora de que tuvieras a un hombre, que no fuera Malcom, a tu lado. Espero que Amy se decida pronto.

—No se lo recuerdes o saldrá huyendo, tía. Disfruta del día.

Por un segundo Brenna permaneció absorta en sus pensamientos. El tono de la conversación con su tío había sido breve, cordial pero al mismo tiempo le parecía percibir un toque misterioso en su tono.

Sus sospechas se esfumaron cuando vio a Colin acercarse hasta ella, sujetarla por la mano y dar un paso atrás para poderla contemplar en todo su esplendor. Sin duda que estaba preciosa, no... lo era. Pero no podía tocarla porque habían acordado que aquel matrimonio era una simple comedia con diferentes propósitos para los dos.

Brenna abrió los ojos al máximo y elevó sus cejas en una expresión de estar asombrada o intimidada por la manera en la que Colin la contemplaba y sonreía.

—Mi señora, dejadme deciros que os encuentro radiante —le confesó de una manera educada y galante al ser consciente de que acababan de convertirse en el centro de las miradas de todos los presentes.

Esta no pudo contener la ola de calor que experimentó todo su cuerpo. Y se limitó a asentir sin soltarse de la mano de él. La leve caricia de él parecía relajarla a pesar de la situación que atravesaba. Y cuando él se acercó más para besarla en la mejilla, Brenna se aferró a la manga de la camisa de Colin por temor a marearse. Su cercanía había sido algo tan inesperado como sorpresiva; algo para lo que ella no parecía estar preparada.

—Quedaos tranquila, Brenna. No voy a ponerlos en un aprieto.

El susurro de aquellas palabras acompañadas de su aliento cálido, provocaron un gemido en ella del que solo fue consciente el propio Colin. Se apartó sin dejar de contemplarla ni un segundo, consciente del poder que ejercía sobre él. Se le haría muy complicado cumplir su cometido con ella. Demasiado, si cada vez que se acercara a Brenna, ella despertaba el anhelo por besarla y acariciarla.

Ella sonrió de manera tímida ante aquella confesión por parte de él. Y su alejamiento hizo que sintiera una corriente fría envolviendo su cuerpo. Era como si Colin trajera consigo la calidez y su marcha la dejara en ese estado de desasosiego. Lo contempló en silencio mientras saludaba a Amy, y ella recibía la felicitación de Malcom.

—Mi señora. Os deseo toda la felicidad de la que podáis disfrutar.

—Gracias mi fiel consejero.

—Ahora ya tenéis a quién os aconseje mejor que yo —le recordó haciendo un gesto a Colin.

—Eso que decís es muy halagador, pero ya conocéis la situación real —Brenna arqueó sus cejas y asintió provocando en el escocés un gruñido.

—Si me necesitáis...

—Seréis el primero en saberlo —le aseguró ella con una risueña sonrisa.

Amy se apartó un poco de Brenna para conversar con cierta intimidad con Colin.

—¿Cómo os encontráis?

—Extraño.

—Es normal. Si no pensabais casaros algún día... Pero yo me refiero a las emociones. ¿Qué os parece mi hermana en este día? —Amy quería confirmar sus sospechas, y las de Audrey. Él no tardaría en enamorarse de Brenna si no había comenzado a estarlo ya.

Permaneció en silencio observándola mientras charlaba con otras mujeres, sonreía, o abría los ojos

sorprendida por algún comentario. E incluso en un breve instante sus miradas volvieron a encontrarse. A Colin le pareció que ella lo había hecho porque parecía estar buscándolo. Y cuando su mirada lo encontró, ella se limitó a sonreír de manera tímida y a volver su atención a los invitados.

Amy, que no había apartado su atención de Colin, también dejó escapar una sonrisa al comprobar la increíble complicidad entre su hermana y este.

—Vuestra hermana...

—No hace falta que os expliquéis —le interrumpió captando la atención de él. La contempló con el ceño fruncido en señal de no entenderla—. Me ha bastado con fijarme de manera atenta en vuestra forma de mirarla. No digáis nada o romperéis el hechizo que habéis creado.

Colin sacudió la cabeza e hizo intento de decir algo pero el gesto de Amy le indicó que era mejor no hacerlo. No estaba seguro de lo que ella podía haber percibido o intuido. Claro que ni él mismo era consciente de por qué se quedaba contemplando a Brenna de aquella manera.

La tarde languidecía dejando paso a la noche. La celebración persistía en el interior del castillo, aunque de una manera más tranquila. Casi la totalidad de los invitados se habían marchado, o estaban a punto de hacerlo. En ese momento, Colin estaba fuera, disfrutando de un momento de sosiego y tranquilidad, tras haber bailado una vez más con su esposa. Resopló recordando este último baile al sonido de las gaitas, los tambores y los violines de los Campbell. Su mano sobre la cintura de ella en algún paso; su sonrisa, su forma de mirarlo, el roce de sus manos, su cuerpo tan cerca del suyo... Se pasó la mano por la nuca al tiempo que resoplaba. No tenía ni idea de cómo iba a comportarse con una mujer que pare él puro deseo.

—¿Qué demonios haces aquí fuera? Es tu boda. Ve a lado de tu esposa.

Colin se volvió al reconocer la voz de Malcom. Este señalaba con el brazo extendido hacia el interior de Cawdor y lo miraba a él con un gesto de incompreensión por encontrarlo a solas.

—Necesitaba un respiro.

—¿Respiro? ¿Qué te sucede?

Contarle a Malcom tus emociones hacia su señora no iba a ser de gran ayuda. De eso estaba seguro.

—Me preocupa Fullarton. Y también, el duque.

—¿Ha pasado algo con ellos? —Escuchar aquel nombre hizo que el viejo Campbell cambiara el rictus.

—Fullarton me estuvo preguntando por mi familia; por los miembros del clan McIvor. Si habían venido a la boda. Quería conocerlos.

Malcom resopló poniendo mala cara.

—¿Qué le dijiste?

—Más bien fue Argyll el que respondió.

—¿El duque? ¡Qué demonios...!

—Aseguré que las tierras de los McIvor quedaban algo alejadas de las de los Campbell, aquí en Moray, para hacer el viaje. Creo que sospecha algo.

—Pero... No estás seguro de ello... —Malcom entornó la mirada con la preocupación consabida dibujada en su rostro.

—No. No lo sé. Me limité decirle a Fullarton que algunos habían perecido en la guerra.

—Le contaste lo que le sucedió a vuestro clan.

—Así es. No tengo ni idea de qué suerte ha corrido el clan McIvor. Pero creo que Argyll pudiera saberlo.

—No te preocupes. No creo que Fullarton se moleste en averiguarlo. Además, los McIvor es una de las muchas ramas del clan Campbell, ¿no? Están integrados y algunos han cambiado su apellido. En cuanto al duque... —Malcom abrió los ojos como platos y resopló—. Veremos qué sucede. Tal vez desconozca la situación. O bien no diga nada.

Colin asintió al ver el gesto de indiferencia de Malcom.

—Brenna dijo que así era. Que no era importante. Pero todo puede cambiar si el duque conoce el engaño.

—Su tío no os delatará en ningún caso. Que sea el delegado de Londres para Escocia no quiere decir que haya dejado de ser escocés. Ni mucho menos. En ese caso, no tienes de que preocuparte. Insisto en que regreséis y...

—No puedo. Ni debo —le dijo con autoridad.

—¿Qué te sucede? No se trata solo de lo que Argyll pueda pensar, ¿no? Mírame y dime qué es lo que está matando por dentro —Malcom lo sujetó del brazo obligándolo a volverse hacia él.

Colin esbozó una media sonrisa cargada de ironía y desencanto.

—Prometí respetarla en todo momento.

Malcom hizo ademán de decirle algo pero al final se limitó a resoplar y sacudir la cabeza.

—En ese caso, estás metido en un buen lío.

—Lo sé.

—Ella te gusta. ¿Tanto como para enamorarte de ella? —Malcom dejó la mano sobre el hombro de Colin y lo contempló con la mirada entornada.

—No sabría explicar lo que me hace sentir. Solo tengo necesidad de acariciarla y de besarla. De...

—No sigas.

—No puedo entrar y hacer como si nada de esto me afectara.

—Debiste marcharte cuando la herida estuvo cerrada por completo. ¡No acceder a esta locura!

—Se lo debía.

— ¡Mentira! No hacía falta que te comprometieras de esta forma.

—Ella quería alejar a Fullarton —le recordó ofuscado por la situación que estaba atravesando.

—Más pronto o más tarde este se habría cansado y se habría buscado una dama inglesa. Se habría olvidado de Brenna —le aseguró sacudiendo su mano en el aire—. De modo que si te has quedado aceptando su oferta fue porque en el fondo querías hacerlo. Acabas de confesarme lo que sientes por ella —le recalcó señalándolo con su dedo como si lo acusara.

—Estás muy seguro de ello.

—Lo estoy. Del mismo modo que de lo que voy a decirte —Colin McGregor cruzó los brazos sobre el pecho y sostuvo la mirada al viejo Campbell—. A mi modo de ver solo tienes una salida y esta es llegar a su corazón. Y más después de lo que me has confesado. No te imagino abandonando Cawdor como un cobarde con el rabo entre las piernas una fría mañana. Creo que esto ya te lo comenté la noche que acudimos a Inverness.

—Sí, creo recordarlo. Y no, no pienso huir como un cobarde. Tenlo en cuenta. Soy un McGregor —le dejó claro enfrentándose a él mientras Malcom sonreía al ver la determinación de este.

—Pues empieza a conquistar el corazón de Brenna de una maldita vez. Pero no olvides que no será nada sencillo. Aunque confío en que tengas más suerte que el Joven Pretendiente de los Estuardo con el trono de Inglaterra.

Colin esbozó una mueca cargada de ironía por la comparación que Malcom acababa de hacer.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra.

—Yo creo que sí. Saca el genio y la astucia de vuestro clan. A los McGregor siempre se os ha tachado como ladrones de ganado. Pues bien, ¿a qué esperas para hacer lo propio con el corazón de Brenna?

Colin rio a carcajadas.

—Estás muy ingenioso esa noche con las comparaciones.

—Ten en cuenta que si no entras a por ella, Brenna acabará saliendo a buscarte porque no podrá evitar preguntarse dónde demonios te has metido. O si estás retozando con alguna muchacha en algún lugar de este castillo. Piénsalo mientras estás a solas. Yo vuelvo a la fiesta.

Colin permaneció inmóvil meditando la conversación que acababa de tener con Malcom. Tal vez

después de todo tuviera razón. En todo. Debió marcharse cuando su herida cicatrizó y no quedarse en Cawdor porque se lo debía a ella. Se quedó porque lo que más deseaba era permanecer a su lado. ¿A quién demonios pretendía engañar? Aceptó su propuesta porque en realidad la deseaba. Deseaba despojarla de sus ropas y contemplar su cuerpo desnudo antes de acariciarlo y tenerla entre sus brazos. Pero eso era algo que por el momento no conseguiría. Se lo había prometido y la respetaría. Pensó en lo último que Malcom le había dicho.

Si él no acudía al lado de ella, sería Brenna la que acudiría a buscarlo. Y entonces, ¿qué haría?

Malcom regresó al interior del salón donde la alegría se desbordaba por la boda de su señora. Se fijó en ella y las palabras de Colin vinieron a su mente. Sacudió la cabeza pensando en la locura que había cometido al aceptar la oferta de ella.

Brenna se había dado cuenta de que su esposo, Colin, había salido del salón hacía tiempo y no había regresado. Una punzada de inesperados celos se apoderó de ella. ¿Estaría con alguna muchacha? Entendía que su compromiso era algo ficticio y que él podría tener las amantes que quisiera porque ella misma le había dejado claro que su matrimonio no se consumaría. Pero, pensar en que podía estar con otra mujer era algo que no esperaba que se le pasara por la cabeza. Y menos que se sintiera celosa de esto. Se recostó contra el respaldo de su asiento con la mirada perdida en el vacío mientras notaba como su corazón latía cada vez más deprisa.

Amy se fijó en la postura de su hermana. Minutos antes estaba charlando y riendo de manera amigable y de repente la encontraba perdida en sus pensamientos... y con aquel gesto en su rostro.

—¿Te sucede algo? ¿Estás cansada?

Brenna sacudió la cabeza y parpadeó en repetidas ocasiones como si acabara de despertar. Y en verdad que así le parecía a Amy.

—No, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque estabas con la mirada perdida y un gesto extraño.

—Oh, no me sucede nada. Tan solo pensaba en lo que ha ocurrido este día. Nada más —le respondió tratando de parecer tranquila a pesar de que su interior era una marejada de emociones encontradas y a cual más alocada.

—¿No estarás pensando que has cometido un error? Porque temo que sea algo tarde para enmendarlo. Bueno, él siempre puede largarse de Cawdor cuando y así lo desea, claro —Amy torció el gesto e inspiró pensando en esa remota posibilidad y en que el McGregor, ahora Campbell, no se le pasaría por la cabeza.

—No. Nada más lejos de la realidad. Aunque en un principio fue una locura repentina o algo improvisado... no es el momento de arrepentirse —aseguró tras coger aire para decir lo que tenía que decir, aunque no fuese en realidad lo que experimentaba en su interior.

—Me alegra escucharte decirlo. No tendría sentido que ahora dijeras que te arrepientes y todo eso, cuando esto fue idea tuya.

—Por eso mismo.

—Y más, cuando os habéis besado en un par de ocasiones. No lo olvides.

Brenna acusó el significado de aquel comentario experimentando un calor sofocante en su cuerpo, que se acentuó en su rostro.

—No lo olvido.

—Bien. Me parece perfecto.

Amy cogió su copa de vino y se limitó a beber sin dejar de mirar de reojo a su hermana. Luego, sonrió divertida porque presentía que Brenna se preguntaría en qué embrollo se había metido, y cómo iba a salir de este.

Malcom se acercó hasta ella para hacerle saber que Colin estaba a las puertas del castillo pensando en ella y en lo que sucedería entre ellos a partir de esa noche. Pero Brenna se anticipó.

—¿Has visto a mi esposo? —Le resultó raro referirse a Colin con aquel calificativo. Pero era la manera en la que tendría que referirse a él desde ese día. Se quedó callada esperando la respuesta de

Malcom.

—Está fuera.

—¿Fuera? —Brenna repitió entornando la mirada hacia su hombre de confianza.

—Solo. Me ha dicho que estaba tomando el aire.

Ella se sintió extraña ante aquella explicación. ¿Qué estaba haciendo a las puertas de Cawdor el día de su boda? Se preguntó sorprendida por este hecho, pero al mismo tiempo por el estado de nervios en el que se sumió. Sin decir nada ni mirar a nadie se levantó de su asiento y con paso ligero y decidido fue en su busca. El corazón golpeaba sus costillas con tal virulencia que pensaba que se las quebraría con uno de sus latidos. Estaba ofuscada, nerviosa, enrabiada... celosa hasta hace unos segundos en los que se lo había imaginado en brazos de otra. Se detuvo a las puertas de Cawdor y permaneció con la mirada puesta en él. Daba paseos cortos de un lado a otro. Con los brazos a la espalda y la mirada puesta en el suelo. Levantó la mirada hacia lo alto; hacia el cielo nocturno. Luego sonreía y sacudía la cabeza. ¿En qué estaba pensando? Se preguntó Brenna comenzando a notar que la agitación de su pecho parecía remitir.

Colin se volvió hacia la puerta de Cawdor como si algo le dijera que debía hacerlo porque allí encontraría las respuestas a sus preguntas. No se movió del sitio mientras contemplaba la silueta de Brenna, iluminada tan solo por la tenue luz que salía del interior del castillo. El vestido le favorecía sin lugar a dudas. Se ajustaba a su cuerpo como si de una segunda piel se tratara. No había tenido ocasión como esa para poderla contemplar en todo su esplendor como en ese preciso instante. Tenía los cabellos sueltos sobre los hombros fruto de las continuas danzas tradicionales en las que había participado; y de los bailes que había compartido con ella. Entrelazaba sus manos en un gesto de nerviosismo. Se acercó a ella con paso lento, memorizando sus rasgos y sus gestos. La manera de mover sus cejas, de humedecerse los labios y de mordisqueárselos por los nervios.

Brenna comenzó a caminar hacia él porque su mirada la ponía nerviosa. No obstante le agradaba como mujer. Por eso se sentía turbada. Por esas contradicciones que ella misma experimentaba. Había deseo en los ojos de Colin; pero también ternura, calidez y cariño. Seguramente se estaría preguntando qué hacía allí. ¿Por qué había salido a buscarlo?

—Malcom me dijo que estaba aquí fuera... solo —le dijo cuando él quedó a su propia altura. Tuvo que levantar su mirada para mirarlo mejor.

—Salí a tomar el aire un momento. ¿Querías algo de mí?

La voz ronca y cautivadora con la que le hizo la pregunta erizó la piel de Brenna y la obligó a cerrar los ojos y sacudir la cabeza.

—No, no. Era simple curiosidad.

—Bien. No temas que no pienso marcharme. Ya lo sabes.

—Bueno, no te preocupes. No es algo en lo que pienso. Me diste tu palabra.

Colin asintió.

—Sí. Te di mi palabra de que me quedaría hasta el final.

Ella lo miró desconcertada. ¿Qué quería decir? ¿Pensaba quedarse allí hasta el fin de sus días? ¿Por qué?

—No hace falta que sea tanto. En cuanto Fullarton comprenda que no tiene nada que hacer...

—Me da igual el capitán y lo que pueda pensar de mí al respecto. No me importa lo que digan o murmuren el resto. Me quedará porque es lo que deseo, Brenna —él dio un paso adelante y la sujetó por los brazos obligándola a permanecer en el sitio mientras él la contemplaba intentando hacerle ver que ya no era una cuestión de obligación o de promesas, era algo personal para él.

Ella se sintió turbada por aquellas palabras y dejó escapar un leve gemido por entre sus labios mientras notaba que su pecho volvía a agitarse de manera violenta.

—Pero, estar casado conmigo no te permitirá rehacer tu vida... Esto es... Yo... No debía arrastrarte a esto por mi egoísmo. No tengo consideración —le confesó dejando que su frente se apoyara contra el pecho de él mientras cerraba los ojos como si no quisiera ser testigo de nada más. Y

cuando sintió los brazos de él estrechándola con delicadeza, Brenna comenzó a temblar de manera acusada.

Colin la sintió agitarse entre sus brazos. Deslizó una mano bajo el mentón de ella para poder contemplarla de cerca, como merecía la ocasión. Sus pupilas brillaban en demasía mientras ella respiraba por entre sus labios.

—No olvides que yo mismo acepté tu proposición. Pude haberme marchado y ser un desconsiderado contigo.

—Pero no lo has sido en ningún momento y a pesar de todo. A pesar de que sabemos que nuestro matrimonio es una comedia.

—Dime, ¿qué necesitamos para que deje de serlo, Brenna? —le pasó el pulgar por la mejilla enrojecida y fue descendiendo hasta recorrer sus labios—. Estoy dispuesto a correr los riesgos que hagan falta.

Ella entrecerró sus ojos como preludio de lo que estaba por llegar. Agonizaba por el deseo de que él la besara, de que siguiera arrullándola entre sus brazos, de que le dijera que sentía por ella algo más intenso que el simple deseo por hacerla suya. Que sentía en su interior que le faltaba el aire cuando estaban juntos. Ella también había comenzado a darse cuenta de la comedia ya no era tal. Que no tenía ningún sentido engañarse. En un gesto incomprensible por parte de ella, sus manos se aferraron a la camisa y al *plaid* de él, y dando un pequeño tirón, lo obligó a que se inclinara sobre sus labios para terminar de una vez con aquel suplicio.

Colin la contempló cerrar los ojos a medida que acortaba la distancia entre sus labios. El solo roce de estos hizo que él sintiera un escalofrío por toda su espalda pero no le importó sentirlo. Ni que la gente comenzara a abandonar Cawdor en ese momento en el que él le estaba entregando lo que era. Todo. No se preocupó de nada más a su alrededor salvo de retenerla a ella entre sus brazos y deleitarse con la suavidad de sus labios. Escucharla gemir en su propia boca, notar la respiración agitada de sus pechos, sus manos aferrándose a él como si temiera que pudiera dejarla marchar.

Brenna se entregó como no lo había hecho antes. Se aferró a él sintiendo que con cada lance de sus bocas ella creía desfallecer. Escuchó conversaciones, murmullos, risas y aplausos a su alrededor, pero no le importaron lo más mínimo. No, cuando el mundo parecía haberse detenido en ese instante. No había nadie más excepto ellos dos. Se apretó más contra Colin presa de una necesidad y una urgencia inesperadas por hacerlo. Y el fuego interno comenzó a consumirla mientras tenía la impresión de que su corazón se hacía más grande en su interior.

Colin la dejó ir antes de que fuera demasiado tarde. El deseo por retenerla lo consumía pero no podía dejarse llevar por este. La contempló mientras ella se humedecía los labios y su mirada emitía destellos luminosos. Sus cabellos esparcidos sobre sus hombros le otorgaban un aspecto irresistible para cualquier mortal. Estaba preciosa con el rostro encendido por la pasión el beso, en incluso con un toque de lascivia.

Brenna pareció reaccionar cuando se dio cuenta de la gente congregada allí fuera, los vitoreaba y aplaudía mientras ella solo era consciente de la manera en la que Colin y ella se habían besado.

Amy sonrió convencida de que su hermana estaba enamorada de su esposo. Y de que no había excusa posible que le dijera lo contrario. No sabía qué le diría ella, pero los hechos eran los hechos. Y allí, tanto ella como Malcom, Audrey y muchos invitados habían sido testigos de que ella había rendido su corazón.

Brenna esbozó una sonrisa que contagió a Colin. Este la tomó de las manos y las besó sin apartar su mirada del rostro de ella en ningún momento.

—Haré lo que sea —le susurró haciendo referencia al anterior comentario de él acerca de que estaba dispuesto a lo que fuera por dejar de actuar con ella. Simple y llanamente porque no podía. No cuando la tenía cerca.

Ella inspiró hondo en un intento por serenarse, pero ¿cómo iba a hacerlo en el estado de agitación en el que él la había sumido con su beso y sus palabras? ¿Cómo podía refrenar el calor que sentía en

todo su cuerpo? ¿Acaso estos síntomas eran los de la pasión y el deseo? ¿O bien se trataba de que se estaba enamorando de él? ¿Aquellas sensaciones que no había conocido antes, tenían que ver con el amor? Contempló el rostro de Colin ajena a todo excepto a su mirada llena de expectación por lo que pudiera suceder a continuación.

Él se quedó contemplándola sin saber qué hacer o decir. Creía que ella lo tendría claro después del beso y de asegurarle que haría lo que fuera por cambiar el sentido de su relación.

—Me encanta ver a una pareja tan enamorada —anunció el duque de Argyll quedándose frente a ambos.

Brenna sonrió agradecida por aquel comentario de este. Pero se sintió azorada al mismo tiempo. El calor la inundó hasta encender su rostro. Colin por su parte se puso en guardia porque la presencia del duque allí podía complicar la situación. Pero ver el comportamiento de Brenna lo llena de orgullo porque tal vez después de todo, ella misma se hubiera dado cuenta de lo que sentía por él.

—Espero que os estéis divirtiendo, excelencia —le dijo ella sin soltarse del brazo de su esposo.

—Sí, sí. Todo está saliendo a la perfección. Y ya que os veo aquí a los dos, quería aprovechar la ocasión para que aclaréis qué está pasando aquí, sobrina —Argyll entornó la mirada hacia los dos en un principio pero después se quedó mirando de manera fija a Brenna.

Esta frunció el ceño y sacudió la cabeza ajena a lo que Colin sospechaba del duque. Él no se lo había dicho porque no ha tenido la posibilidad.

—¿A qué os referís, excelencia?

Argyll sonrió.

—Deja las formalidades a un lado y aclárame de una vez por todas que esta locura de casarte con un McGregor —le confesó haciendo un gesto hacia Colin. Cuando volvió a mirar a su sobrina Brenna estaba sonrojada pero en esta ocasión de cierta vergüenza porque su tío la había descubierto —. ¿Pensaste que no me daría cuenta? ¿Un McIvor? ¿Sabías que dicho clan quedó absorbido por el Campbell y que el jefe perdió a sus dos hijos después de las rebeliones de los Estuardo? Da gracias a que ese estirado de Fullarton no tenga ni idea de la Historia de nuestra nación y de sus clanes. He estado fijándome con atención en él durante la ceremonia y admito que tiene un parecido con su padre Robert McGregor.

Brenna abrió la boca sorprendida o aterrada por aquella confesión. Pero al momento reaccionó bajando la mirada al suelo y los hombros. Sacudió la cabeza como si estuviera derrotada, pero al momento levantó la mirada hacia su tío.

—Llegó herido a Cawdor. Lo atendí porque era mi deber y mi obligación. No podía dejar que se desangrara.

—¿Culloden?

—Sí, excelencia —asintió Colin esperando cualquier castigo por la traición que había cometido Brenna. Pero lucharía y la defendería ante su propio tío o ante el mismo rey Jorge.

—No voy a echártelo en cara, querida sobrina. Yo habría hecho lo mismo por un escocés. Pero... ¿y la boda? Esto es lo que no logro explicarme —le había llamado la atención en un principio. Pero con el paso de las horas en Cawdor había sido testigo del aprecio, del cariño y creía que del amor, como su esposa Agnes le había confesado. Había visto el respeto entre los dos. Y cómo él la miraba.

—Se lo pedí yo.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Quería alejar a Fullarton. No estaba dispuesta a aceptar su propuesta de matrimonio. No con un *sassenach* —le aseguró dando un paso al frente, envarándose con autoridad ante su tío, que sonreía ante ese gesto.

—Y vos aceptasteis, claro —comentó mirando a Colin con curiosidad.

—Se lo debía por haberme salvado la vida.

—De manera que esto es el pago porque ella os salvara la vida.

—Es un matrimonio de conveniencia para alejar a Fullarton de una maldita vez —le recordó

Brenna.

Argyll no podía creer lo que estaba escuchando. No señor. ¡Un matrimonio de conveniencia! ¡Su sobrina casada con el hijo del jefe de los McGregor para alejar al capitán Fullarton y sus pretensiones de cortejarla! Sin duda que aquello era de locos.

— Debes de estar muy segura de lo que has hecho —arqueó una ceja mirando a su sobrina sin terminar de creerla.

—Yo... —Brenna balbuceó cuando la mirada de su tío se volvió inquisidora, casi amenazante.

—Con un McGregor... Durante años hemos sido clanes que hemos rivalizado por el control de Escocia. Y en este momento me encuentro a mi querida sobrina casada con el futuro jefe de dicho clan. Con un descendiente de Robert Roy —ironizó sin poder evitar sonreír.

—Confío en tu discreción para que no lo delates ante Fullarton —le pidió Brenna posando su mano en la de Argyll.

—No traicionaría al clan ni a la nación. Que sea el delegado de Londres en Escocia; o que los Campbell siempre hayamos apoyado al rey Jorge, no significa que no deje de ser escocés ni de amar mi tierra. Y se avecinan tiempos difíciles, créeme.

—Sí. Supongo que no podrás hacer nada por evitar esas proclamas del rey —le comentó Brenna temiendo conocer la respuesta de ante mano.

Argyll sacudió la cabeza.

—No mi querida sobrina. No puedo hacer nada. Lo que cuenta para ti es tu felicidad con este hombre. McGregor, si se te ocurre deshonrarla, te juro que no habrá lugar para que te escondas en todas las Tierras Altas. Tenlo por seguro.

—Descuidad, excelencia.

—Y tú, Brenna, no te metas en líos con Fullarton. Si está celoso de tu matrimonio y se deja llevar por los celos, buscará su revancha. Ten cuidado. Y ahora os dejo. Vuelvo con tu tía Agnes.

Lo vieron regresar al interior de Cawdor y durante unos segundos ninguno dijo nada. La conversación con Argyll había sido bastante explícita.

—Es mejor que yo también regrese. Y no diremos nada de lo hablado aquí con el duque —le pidió ella con una mirada y una sonrisa de complicidad.

—Es lo mejor. No dar pie a Fullarton para que descubra la verdad —asintió Colin algo más tranquilo después de la conversación con el duque.

Vieron a Amy y a Audrey que parecían estar buscándolos. Brenna caminó hacia estas dejando a Colin detrás. Le dirigió una mirada por encima del hombro y sonrió.

Colin permaneció en el sitio un momento sin saber qué demonios pensar de todo aquello. Bien, Argyll conocía su secreto y no lo revelaría a nadie. De manera que por el momento no tendrían mucho de qué preocuparse mientras Fullarton no metiera las narices en ciertos asuntos. En cuanto a su matrimonio, mantendría la palabra que le había dado a Brenna pese a que a estas alturas no era lo que más anhelaba. Ni lo que los allí presentes esperarían. Pero ninguno conocía el acuerdo que Brenna y él tenían. Por otra parte, era significativo que el propio Argyll y su esposa no se lo hubieran creído. Y es que Colin intuía que la comedia se acabó hacía tiempo.

12

Brenna entró en su habitación seguida por Amy y Audrey. Se encontraba presa de una agitación que no había conocido hasta ese momento. Todo comenzó después de que Colin y ella se besaran. No había tenido nada que ver con las otras dos ocasiones y por ese motivo ella estaba desconcertada. Daba vueltas sobre sí misma retorciéndose las manos o bien se llevaba el pulgar a los labios y lo mordisqueaba ajena a las atentas miradas de las otra dos mujeres.

—¿Podemos saber qué te sucede? ¿Por qué nos has conducido hasta aquí?

Las preguntas de Amy no parecieron afectarla en un primer instante porque Brenna siguió caminando por la habitación.

—¿Os encontráis bien? —Audrey se aventuró a hacer una pregunta y ver si su señora la respondía.

Brenna se detuvo de repente y se quedó mirando a las dos mujeres al tiempo que sacudía la cabeza.

—No sé cómo me siento. Ese es el problema —explicó con las palmas de sus manos abiertas—. Lo sucedido con Colin hace un momento...

La vieron sacudir la cabeza y suspirar. Quedaba claro que la manera en la que se habían besado había puesto de manifiesto que entre ellos había algo más que una simple comedia. Una atracción, un deseo y una pasión que no tardarían en culminar, pese a que Brenna lo negara.

—En el fondo sentís algo por vuestro esposo. Algo tan desconocido como inesperado —le aseguró Audrey mirando con cariño a su señora.

Ella volvió el rostro hacia ella y se quedó contemplándola con una mezcla de curiosidad y de incredulidad. No podía concebir que se sintiera atraída por él. No de aquella manera tan apasionada con la que lo había besado. Era algo inconcebible.

—Pero... ¿cómo ha sucedido? Se supone que este matrimonio... —A Brenna le faltaban las palabras para explicarlo.

—No importa lo que digáis acerca de vuestra relación con Colin. Ni lo que penséis que tiene o no tiene que suceder, mi señora. El corazón es al final el que decide.

Brenna sonrió tímida ante estas últimas palabras de Audrey.

—Creo que la presencia a diario de Colin en Cawdord te ha venido bien después de todo —afirmó Amy.

Brenna se sentó sobre la cama con las manos entrelazadas y la mirada perdida. Sonrió de manera tímida y sin terminar de creer que hubiera sucedido. Que se hubiera enamorado del McGregor. Pero, ¿y él?

—Mi señora, creo que deberíais meditarlo, pese a que no creo que haya mucho que pensar.

—No puedo creer que sienta esto por un McGregor. Por alguien que pertenece a un clan con el que hemos estado enfrentados tanto tiempo —murmuró sin mirar a ninguna de las dos mujeres. Pero no podía negar que él la hacía sentir diferente.

—Eso carece de importancia en este momento —comenzó diciéndole Amy sentándose en la cama a su lado y cogiendo sus manos entre la suyas propias—. No importa a qué clan pertenezca mientras estés a gusto a su lado.

Brenna volvió el rostro hacia su hermana.

—Creo que la comedia ha dejado de serlo.

—Eso es algo que tú sola debes decidir —le aseguró palmeando la mano de su hermana con cariño—. Y creo que es hora de que Audrey y yo nos retiremos y te dejemos a solas con tus pensamientos.

Amy se levantó de la cama y miró a Audrey indicándole que la siguiera afuera. Brenna debía pensar y recapacitar en lo que acababa de decir, y de descubrir que sentía por su esposo.

Cerró la puerta cuando salieron de la habitación y se quedó en mitad del pasillo.

—¿Qué os sucede, muchacha?

Amy sonrió risueña.

—No me puedo creer que mi hermana se sienta de esa manera por Colin. Tenía mis sospechas acerca de que podría suceder, pero... siempre pensaba que Brenna era más dura y fría de corazón.

—Tal vez el hecho de negarse a ella misma que no sucedería, ha sido el que lo ha provocado. ¿Creéis que él la ama?

Amy levantó la mirada de suelo al que se había quedado contemplando de manera fija.

—Si te soy sincera, creo que él lleva tiempo haciéndolo —comentó con toda naturalidad—. Deberíamos irnos, no vaya a ser que él se presente para pasar la noche de bodas junto a su esposa.

Audrey esbozó una sonrisa al tiempo que ponía los ojos como platos y se llevaba la mano a la boca con asombro y picardía.

Colin se había retirado a su habitación después de que el resto de invitados se hubieran marchado, y las pocas personas del clan Campbell hubieran hecho lo mismo. Incluso Malcom lo hizo después de despedirse de él con una palmada en el hombro y una mirada bastante significativa.

Una vez a solas Colin permaneció sentado en una de las sillas que había en la habitación frente al tibio fuego del hogar. Su mirada fija en este, el codo apoyado sobre uno de los brazos de la silla y el mentón en su mano. No podía dejar de pensar en Brenna y en la manera en la que se había entregado en el beso. En cómo se había quedado contemplándolo después; con una mezcla de curiosidad y deseo. ¿Tal vez había esperado que él le hubiera dicho algo más aparte de lo sucedido? Le había confesado sus intenciones de cambiar la situación entre ellos. Y quería hacerlo, porque lo que sentía por ella no era algo pasajero. Sonrió de manera irónica y se removió en su asiento al volver a traer a su mente la imagen de ella, tan deseable que si no fuera porque había dado su palabra, le habría sobrado tiempo para ir a su habitación, golpear la puerta y entrar para dejarse llevar por lo que sentía.

Brenna cambió su vestido de novia por uno más ligero y tras meditarlo unos minutos abandonó su habitación con paso lento pero seguro. No tenía dudas acerca de a dónde se dirigía ni de lo que pretendía hacer. Las sensaciones que experimentaba la empujaban hacia su destino que parecía estar ligado de por vida al de su esposo. Por eso mismo recorrió la distancia que separaba sus habitaciones y se detuvo delante de la puerta de la de él. Cerró los ojos e inspiró hondo antes de levantar la mano y llamar.

Colin estaba absorto en sus propios pensamientos y no prestó atención a los golpes en un principio. Le pareció que sería algún ruido procedente del exterior del castillo; pero cuando volvió a escucharlos no le quedó duda de que alguien estaba llamando a su puerta. Se incorporó de la silla y caminó hacia esta sorprendido por las horas que eran.

Cuando abrió la puerta no podía creer lo que sus ojos contemplaban. O mejor dicho a quién. Frente a él se encontraba la criatura más bonita que había visto en su corta existencia. Brenna permanecía de pie, en el umbral, vestida con uno fino vestido y un *plaid* sobre los hombros. Se había recogido el cabello de una manera improvisada y rápida dejándolo caer sobre uno de sus hombros. Sus ojos tenían un brillo especial y sus labios entre abiertos eran todo un reclamo.

Brenna entornó su mirada cuando lo vio allí de pie, sin poder moverse. Estaba segura de que no la esperaba y de ahí su reacción. Le faltaba el aliento y las palabras que había estado meditando que le diría no salían por sus labios. Por fortuna para ella, Colin

—¿Qué haces aquí? ¿Sucede algo?

Ella sacudió la cabeza de manera rápida más por los nervios del momento que porque en verdad le sucediera algo.

—No, solo pasé a verte —se retorció las manos y sonreía de manera tímida.

—¿Quieres pasar?

El tono de su invitación pareció empujarla al interior de la habitación. No volvió la mirada hacia atrás para ver a Colin cerrar la puerta. Se detuvo esperando a que él se acercara.

—¿A qué has venido si no sucede nada?

—¿Por qué me besaste en la entrada de Cawdor?

—Sentía la necesidad y el deseo de hacerlo —Colin intentó mantener la distancia que los separaba pero de manera involuntaria avanzó acortándolo, como empujado por esa misma necesidad y deseo que le había dicho.

Ella se humedeció los labios ante su proximidad.

—Y lo de que estarías dispuesto a convertir la comedia de nuestro matrimonio en algo real...

La contempló de manera fija, recreándose en su rostro, dejando que el pulgar trazara el contorno de este camino de sus labios. La escuchó suspirar cuando los rozó.

—Si te lo dije fue porque así lo creo. Podríamos dejar la comedia e intentarlo, Brenna —el tono cálido de sus palabras y que él apoyara su frente sobre la suya, hicieron que ella respirara con mayor dificultad. Su corazón comenzó a acelerar sus latidos, su piel se rebeló y el calor comenzó a adueñarse de su cuerpo.

—¿Por qué quieres quedarte aquí, conmigo?

Él enmarcó su rostro para que lo mirara de manera fija. ¡Por San Andrés, que él agonizaba de deseo por volverla a besar! Por despojarla del vestido que llevaba puesto y llevarla a la cama.

—Todo parece indicar que mi llegada aquí no fue una casualidad del destino. Creo que este me tenía deparada una grata sorpresa. No quiero marcharme de Cawdor, ni quiero dejarte sola.

—Pero... ¿y tu vida?

—Está aquí. En las tierras de los Campbell. A tu lado —la contempló cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás esperando que él la besara. No tardó demasiado en sentir los labios de Colin con extrema delicadeza y ternura al tiempo que la rodeaba con sus brazos para acercarla a él.

Brenna gimió ante el empuje del beso y lo correspondió abriendo su corazón para que él terminara de asentarse en este sin que ella le pidiera nada a cambio.

Colin no se detuvo en esta ocasión sino que siguió besándola por el rostro, el cuello, la clavícula apartando el *plaid* que caía a sus pies en un amasijo de tela.

Brenna sintió su cuerpo temblar por las caricias, y la sensaciones desconocidas hasta entonces. Y cuando él comenzó a desprenderla de su fino vestido tuvo la impresión de que quedaba desarmada y rendida ante él. Sin mayor protección que el abrigo de sus propios brazos.

Él la contempló de manera detenida. Su piel blanquecina sobre la que destacada el color rojizo de su cabello. La cogió en brazos sin dejar de contemplarla en ningún instante camino de la cama. La dejó con cuidado mientras él terminaba de desvestirse antes de recostarse a su lado y seguir propiciándole infinidad de caricias para relajarla. Para hacerla sentir deseada en todo momento.

Brenna comenzó a experimentar un aumento de la temperatura en todo su cuerpo. Unas sensaciones maravillosas que la volvieron más activa, más generosa; besando y acariciando el cuerpo de él mientras se preparaba para recibirlo en su interior.

Colin la miró a los ojos, le acarició la mejilla y la besó despacio al tiempo que formaba parte de ella. La sintió agitarse bajo sus manos y al momento cerrar los ojos y abrazarlo como si temiera que iba a dejarla. Una sensación extraña se expandió por su cuerpo agitándolo de manera gradual. Su respiración comenzó hacerse más acelerada haciendo que su pecho subiera y bajara con mayor frecuencia. Contempló el rostro de Colin durante unos segundos en los que percibió su cariño y su ternura.

Este aumentó su ritmo consiguiendo que sus respiraciones y sus alientos se entremezclaran en uno solo. Entrelazó su mano con la de ella cuando presintió que el final se acercaba y que todo su cuerpo se tensaba. Brenna no podía soportar el calor que la envolvía, ni que su corazón pudiera soportar aquella cadencia de latidos. Pensó que estallaría en brazos de él. Pero entonces experimentó una ola

de calma, de plácida tranquilidad que la invitó a cerrar los ojos y dejarse llevar.

Él se dejó caer sobre el costado de la cama y cerró los ojos por unos segundos mientras su respiración volvía a ser normal. Luego se volvió hacia Brenna deseoso por saber cómo se encontraba. Daba la impresión de estar durmiendo. Su pecho subía y bajaba de manera relajada mientras ella permanecía ajena a su mirada. Apoyó un codo sobre la almohada y el rostro sobre la palma de su mano y permaneció en esa postura hasta que ella volvió el rostro y sus brillantes ojos captaron su atención.

Colin dejó su mano sobre la cadera de ella para sentir su piel suave. Brenna cerró los ojos e intensificó la caricia e inspiró hondo, dichosa por aquella extraña sensación de felicidad que la embargaba.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él hundiendo sus dedos entre los cabellos sueltos de ella.

Brenna se limitó a sonreír.

—En lo bien que me siento en este momento.

—Podría haberme detenido solo con que tú me lo hubieras pedido.

Ella sacudió la cabeza.

—No tenía sentido cuando decidí venir, ¿no crees? Quiero que te quedes aquí conmigo en Cawdor; como me has asegurado antes de que sucediera todo —le pidió pasando su mano por la mejilla de él.

Colin retuvo la mano de ella cubriéndola con la suya propia antes de llevársela a los labios para dejar un beso en su palma.

—Ya te lo dije. No pienso alejarme de ti bajo ningún concepto. Pertenezco a este clan desde este día.

Le agradó escucharle decirlo porque sabía que era verdad.

—Otra promesa. Desde que apareciste en Cawdor no has dejado de hacerlas.

Colin sonrió.

—Y creo recordar que las estoy cumpliendo todas.

Ella se acercó más para besarlo una vez más. Cerró los ojos y se limitó a sentir con todo su deseo mientras el brazo de él la rodeaba atrayéndola contra su pecho. Colin la besó en el pelo, en la frente y fue descendiendo hasta sus labios. Los tanteó con pereza antes de atraparlos de manera posesiva.

Se quedaron dormidos abrazados hasta que la luz del amanecer comenzó a filtrarse por la ventana de la habitación. Colin fue el primero en abrir los ojos y darse cuenta de que el brazo de Brianna reposaba sobre su pecho, y su cabeza sobre el hombro. Sonrió en un primer momento al descubrirla en aquella postura y volvió a cerrar los ojos. No podía creer que se hubiera casado con ella. Que al final aquella intriga para alejar a Fullarton hubiera terminado en un matrimonio real. Pero el tiempo que había pasado al lado de ella había sido tan increíble que no había podido evitar sentir por ella, algo más que una mera atracción. Esa era la cuestión. La sintió moverse de manera lenta y perezosa bajo su abrazo. Y abrir los ojos de igual modo.

Brenna no tenía ganas de abandonar la cama, ni el abrazo de Colin por mucho que él le dijera. Prosiguió aferrada a él.

—Por fi has despertado —le susurró mientras ella proseguía acurrucada contra el cuerpo de él.

—Pero no quiere decir que vaya a abandonar la cama ya.

—Puedes permanecer en esta el tiempo que precises. Al fin y al cabo eres la dueña y señora de Cawdor. No tienes por qué levantarte si es lo que deseas. Es tu primer día de casada. Todos lo entenderán.

Ella se incorporó de inmediato cubriendo su desnudez con la sábana con cierto pudor. Sus cabellos desmadejados caían sobre sus hombros otorgándole la imagen de una especie de divinidad de aquellos parajes.

—No puedo hacerlo. ¿Qué pensarían todos ellos? Que mi matrimonio me ha vuelto vaga.

Colin sonrió sin poder evitarlo por ese comentario y después se abalanzó sobre ella para robarle el aliento con un nuevo beso. Cayeron sobre la cama envueltos en las sábanas y en la pasión palpitante que ambos sentían. Le apartó el pelo del rostro para poderla contemplar con toda atención.

—No creo que la gente del clan Campbell llegue a pensar eso de ti. No cuando tú has sido quien lo ha mantenido unido.

Brenna sintió la emoción de aquellas palabras tan sinceras por parte de él. Su pecho se inflamó de regocijo porque le hacía ver lo que ella representaba para el clan; pero también la imagen que él tenía de ella.

—Pues en ese caso...

Le robó un beso antes de apartarse de ella para que se incorporara y abandonara la cama. No dejó de contemplarla en ningún momento mientras ella se vestía. Y Brenna no podía evitar los continuos sofocos que experimentaba a cada minuto que el la contemplaba.

—Te seguiré en cuanto esté listo.

—No tardes. Cawdor requiere mucho trabajo.

Ella salió por la puerta sin esperar encontrarse con Audrey en el pasillo. Esta no pareció sorprendida al verla salir de la habitación de su esposo. Al contrario, Amy y ella habían percibido un cambio en Brenna. Y a fe que este tenía que ver con sus sentimientos hacia Colin McGregor.

—Buenos días señora.

—Buenos... días, Audrey —titubeó Brenna al encontrarse con esta.

—¿Todo bien? ¿Desea algo?

—Ah, no, No. Todo está bien. Voy a desayunar.

—Amy lo está haciendo.

—Bien, iré a verla cuando me cambie de ropa —le aseguró bajando su mirada hacia su ropa de cama. Caminó delante de Audrey sin percatarse de la sonrisa de la mujer.

Brenna no quiso pensar en nada que no fuera ponerse en marcha esa mañana como cualquier otra. No importaba que fuera el día siguiente a su boda, ni que hubiera pasado la noche con Colin McGregor. Al fin y al cabo era su esposo, se dijo abriendo la puerta de su propia habitación y quedándose apoyada contra esta con los ojos cerrados. Su corazón latía desaforado y su respiración se veía más que agitada. Tenía que calmarse antes de bajar a desayunar y ver a Amy. No podía aparecer ante esta hecha un manojo de nervios o sospecharía que le había sucedido algo. Claro que todo ello carecía de importancia una vez que Audrey la había visto abandonar la habitación de su marido.

Amy y Malcom charlaban de manera distraída mientras desayunaban. De pronto escucharon el sonido de pasos adentrándose en el salón. Dirigieron sus atenciones hacia el umbral y vieron a Brenna. Al momento ambos se callaron y centraron sus miradas en ella.

—¿Sucede algo? —preguntó Brenna deteniéndose de manera inesperada para ellos.

Amy escrutó el rostro de su hermana como si buscara en este algún síntoma de cómo se sentía después de haber pasado la noche en la habitación del McGregor. Porque eso era lo que había sucedido. La había visto salir de la suya y dirigirse a la de su esposo, porque ella se había levantado y había ido al salón en busca de un tronco para el hogar. Sus labios se curvaron en una media sonrisa entre la ironía y la diversión recordando a su hermana la pasada noche. O mucho se equivocaba o su hermana tendría que tragarse sus palabras acerca de lo que su matrimonio iba a ser.

—Eso mismo iba a preguntarte yo —le dijo Amy siguiendo con su mirada a Brenna hasta el mueble donde estaba la comida.

Esta sintió el calor invadir su cuerpo más por sentirse el centro de atención de su propia hermana, que por el calor que hacía en el salón debido al fuego del hogar.

—Con vuestro permiso, señoritas —Malcom se retiró mostrando su respeto hacia ambas. Pensó que era mejor dejar a solas a las dos hermanas. Tendrían mucho de lo que hablar y él no pretendía inmiscuirse en esa conversación.

Brenna y Amy se quedaron a solas en el salón de Cawdor y mientras la pequeña se centraba en su tazón de avena con leche. Pero no dejaba de contemplar a su hermana mientras comía.

Esta se sentó en silencio y comenzó a comer, esperando el interrogatorio de su hermana. A estas horas suponía que ya sabría que no había pasado la noche en su propia habitación, sino en la de su esposo.

—¿Tardaste mucho en dormirte cuando te dejamos anoche?

Brenna dio la impresión de no haber escuchado la pregunta porque siguió a lo suyo ajena a la atenta mirada de Amy. Lo hizo para tomarse unos segundos en los que meditaba la respuesta.

—No más de lo normal.

—Depende a lo que tú te refieras como <<normal>>

Brenna percibió el sarcasmo en el comentario de Amy, dejó la cuchara sobre la mesa y tras limpiarse las comisuras se enfrentó a su mirada interrogadora. Pero tuvo que esperar a decirlo porque Audrey hizo acto de presencia en el salón y el rostro de Brenna se encendió al recordar que se había topado con ella saliendo de la habitación de Colin.

—Buenos días, Audrey. ¿Quieres sentarte con nosotras a charlar un rato? Es el primer día de casada de mi hermana Brenna —dijo con toda intención mirando a esta para ver su reacción.

Audrey también se quedó contemplándola sabedora de dónde había pasado la noche.

—Hay que recoger los restos de la celebración.

—Lo sé, pero un día como hoy estamos todos algo cansados, ¿verdad? —Amy se quedó mirando a Brenna con las cejas elevadas en forma de arco sobre su frente—. Podemos hacerlo en los días siguientes. Hay que dejar que la nueva esposa disfrute de su día.

—Vamos Amy, ¿no crees que exageras? —le preguntó Brenna desviando su atención de esta—. Tampoco ha sido para tanto. Y ya sabes lo que opino de este matrimonio...

Audrey se quedó contemplándola al escuchar aquellas palabras. No era esto lo que le había parecido a ella que había sucedido. Más bien creía que su matrimonio y su noche de bodas no habían tenido mucho que ver con una comedia. No señor, pensó.

—Oh, sí... ¿Sigues pensando igual después de ayer? —Amy se incorporó apoyando los brazos en la mesa y poco menos que fulminando a su hermana con su mirada.

Esta deslizó el nudo que acababa de formarse en su garganta. La mirada de Amy ocultaba algo que ella desconocía. Se mostraba mordaz con ella y se debía a que seguía pensando que su matrimonio no era una farsa como ella había pretendido desde el comienzo. Pero con el paso de los días y lo sucedido la pasada noche con Colin, acababan de echar por tierra su plan. Estaba casada, sí. Pero también ilusionada y por qué no decirlo, enamorada de su esposo.

—Hay algo que debes saber —se humedeció los labios y lanzó una mirada a Audrey. No tenía sentido ocultarle lo sucedido la pasada noche. No, cuando la sirvienta la había pillado abandonando la habitación de Colin, vestida con su ropa de cama, despeinada y con el rostro encendido por el arrebató de la pasión.

—¿Qué sucede? —Amy presentía lo que Brenna iba a decirle pero ella misma no la interrumpiría y le confesaría lo que sabía.

Sonrió de manera tímida recordando algunos momentos de la pasada noche. Miró a Audrey y asintió y luego a Amy.

—He dormido en la habitación de Colin.

—Quieres decir que has pasado la noche con tu marido.

—Eso mismo —rebató Brenna sin entender a qué venía aquella aclaración por parte de su hermana.

—Pues deja de referirte a él como Colin. Y no te preocupes, era algo que todos veíamos venir, ¿verdad? —dijo lanzando una mirada a Audrey, quien se limitó a asentir.

—Ya se lo dijimos. Que vuestra relación con Colin cada día se parecía menos a una farsa. No se puede mandar en los asuntos del corazón, muchacha.

—Bien, ¿y ahora qué sucederá? Porque si habéis consumado el matrimonio no podréis decir que se trata de una farsa, ¿no?

Brenna sacudió la cabeza.

—Ya no tiene ningún sentido fingir que no existe un sentimiento entre nosotros.

—¿Y cuál es el problema? Parece por la expresión de tu rostro y el tono de tus palabras que te arrepientes de lo sucedido.

— ¡No! Solo que no esperaba que llegara a suceder. Eso es todo —se explicó Brenna consciente de que su vida acababa de dar un giro.

—En ese caso tal vez no debiste proponérselo, si haberlo invitado a abandonar Cawdor —le recordó Amy.

—Podría haberlo hecho...

—Pero creo que en el fondo no sentías la necesidad. Míralo por el lado bueno, tienes un esposo del que estás enamorada o camino de hacerlo; y te has librado del capitán inglés —resumió mirando a Audrey con una sonrisa risueña—. Dinos, ¿por qué fuiste a su habitación?

Amy no le confesaría que la vio. No cuando su propia hermana les estaba contando lo sucedido. No era el momento ya que podría acusarla de estar espiándola. No quería romper el momento de felicidad por el que atravesaba su hermana.

—Todavía no lo sé. Pero sentía la necesidad de acudir a su lado. Lo que sucedió a continuación...

—Lo que tenía que ser —apuntó Audrey con una sonrisa de dicha por ver a su señora en ese estado de felicidad—. No le deis más vueltas a lo acontecido, no cuando el amor se refleja en vuestro rostro.

Brenna experimentó una ola de calor ascendiendo por su cuerpo y como se vio obligada a coger aire porque aquellas palabras de Audrey acababan de dejarla sin este.

—Al final va a resultar que el destino te trajo a un McGregor a tu vida. Después de tantos años de enfrentamientos en ambos clanes, y de defender cada uno a un rey diferente, acabamos unidos con tu matrimonio. ¿No crees que el destino es sarcástico? —le preguntó Amy con una sonrisa mientras Brenna no sabía muy bien qué decir y se limitaba a suspirar y a encoger los hombros.

Colin salió de la habitación después de asearse y vestirse. Hacía un rato que Brenna lo había hecho y él quería permanecer a solas meditando acerca de lo sucedido. Se había casado con Brenna Campbell, dueña y señora de Cawdor y las tierras de Moray. Jefe del clan Campbell en esta región. Se quedó contemplando el techo de la habitación intentando buscar el sentido a todo lo que había vivido en tan poco tiempo. El desastre de Culloden y posterior la huida del joven pretendiente Estuardo; su andadura hasta llegar a las tierras de los Campbell. Quedarse a vivir en estas después de que Brenna lo curara de sus heridas. Y casarse con ella. ¿En qué espiral de locura se había convertido su vida desde el comienzo de la rebelión? No había vuelto a tener noticias de los miembros de su propio clan, pero apostaba a que muchos habrían perecido en la guerra y otros tantos estarían dispersos por el país, escapando de las patrullas de casacas rojas del rey. Pero eso a él no tenía por qué preocuparle. La guerra había terminado con la derrota y humillación de los clanes escoceses leales a la casa Estuardo, y otro tanto para los que habían defendido al rey Jorge. Esperaba que el resto de vida pudiera vivirla en paz en aquel lugar que el destino había elegido para él, y junto a su hermosa esposa.

No esperaba encontrarse con ella tan pronto, sino que suponía que no querría verlo después de haber compartido la noche. Pero cuando la vio en compañía de Amy y de Audrey sintió un extraño remolino en el estómago que achacó al hambre. No quería pensar que su timidez y reticencia a caminar hacia la mesa se debían a que la encontraba preciosa. Pero no pudo apartar la mirada del rostro de ella en ningún momento, delatándose por lo que ella le provocaba.

Las tres mujeres fueron testigos de la presencia de Colin y de la expresión de su rostro. Brenna acusó el efecto de su mirada pues era ella el destino de la atención de Colin. Puesta en ella de manera

fija, de su cálida sonrisa y sus gestos. ¿Por qué de pronto su corazón comenzaba a latir más y más pausado? Era como si la presencia de su recién estrenado esposo le transmitiera calma y sosiego.

—Buenos días —dijo saludando y pasando su mirada por las tres mujeres por igual hasta detenerse en Brenna como correspondía.

—¿Habéis descansado después del día tan agitado de ayer? —preguntó Amy al ver que ni su hermana ni Audrey le decían nada.

—Sí. Sin duda que fue un día de la más movido.

—Sed bienvenido al clan Campbell —le dijo Amy con un leve gesto de respeto que lo sorprendió—. Ahora sí puede decirse que lo sois de una manera oficial, puesto que os habéis casado con la jefa de dicho clan —anunció lanzando una mirada a su hermana.

—No creo que vaya a cambiar en nada mi situación aquí —refirió él pasando su mirada de Amy a Brenna.

—Habéis pasado a convertirlos en el *laird* de Cawdor y de las tierras de Moray. Y sois la mano derecha de mi hermana.

Colin sacudió la cabeza.

—Nada de ello me interesa. No tengo la intención de ser el señor de Cawdor, ni de la región de Moray. Ni la mano derecha de la jefa de los Campbell —dejó claro mirando a Amy y luego a Brenna.

—Pero al ver contraído matrimonio... —intervino su esposa posando la mano sobre la muñeca de él para captar toda su atención.

Colin se sintió raro al sentir la caricia de la mano de ella sobre él. Sonrió por este gesto y sacudió la cabeza.

—Acepté tu propuesta de matrimonio para alejar al capitán Fullarton de ti y de sus pretensiones por casarse contigo. Te lo debía por salvarme la vida. Nunca he buscado ser el señor, el *laird* de este castillo —dijo pasando su mirada por el amplio salón—. Ni tampoco ser jefe del clan Campbell en las tierras de Moray. Ya hay una jefa, y lo seguirá siendo hasta el fin de sus días.

—Habéis renunciado a vuestro apellido y a vuestros derechos como heredero de los McGregor —le recordó Amy interesada en este asunto.

Colin sonrió con amargura y sacudió su cabeza.

—Lo sé. Pero después de la guerra... No tengo la más mínima idea de qué habrá sido de ellos. Supongo que muchos caerían en Culloden y que otros... Poco importa en este momento. Acepté ser un McIvor o un Campbell para salvar el cuello y la deuda contigo por salvarme la vida.

—Eso quiere decir que os quedaréis aquí —dedujo Amy con la mirada entornada hacia él.

—Sí.

La seguridad que mostró en su respuesta y en su mirada a Brenna hizo que se removiera en su silla, parpadeara en repetidas ocasiones como si no acabara de creerlo. Se lo había confesado la pasada noche antes de que él la desnudara y la condujera hasta la cama. Pero había temido que fuera para lograr su propósito de hacerle el amor. Sin embargo, algo en ella le decía que Colin, hablaba en serio.

—Me alegra escucharos decir eso —asintió Amy con un gesto de convicción de que así sería y de que su hermana acababa de encontrar el amor y a un hombre de confianza con quien compartir su vida—. Si me disculpáis, hay que hacer algunas cosas. La celebración de ayer ha dejado trabajo por hacer. Audrey, ¿me acompañas?

—Faltaría más.

—¿Qué vais a hacer? Hace un momento asegurabais que se podía hacer a lo largo de los siguientes días —le recordó Brenna confusa por el cambio de parecer de las dos mujeres, que ya estaban en el umbral de la puerta agitando sus manos en señal de despedida, sin decir una sola palabra más.

—Hay mucho por hacer hasta dejar Cawdor como estaba antes de ayer. Echaré una mano en cuanto termine de comer algo —le aseguró Colin.

—Gracias por lo que has dicho. Mi hermana tenía sus temores acerca de lo que pensabas hacer ahora que eres el señor de Cawdor.

—No he dicho nada que no te hubiera contado a ti antes. No pretendo ser nada más que tu esposo. Tú eres la dueña y señora de este castillo. Y tú diriges a los Campbell en estas tierras. Y así seguirá siendo.

—No obstante, espero que ello no signifique que no puedo contar contigo.

Colin sonrió. Ella le parecía diferente a la mujer que había conocido. Tal vez el hecho de ver que él no tenía ninguna intención oculta, sino que había accedido a casarse porque se lo debía. Aunque nunca pudo imaginar que acabaría sintiendo aquello por Brenna.

—Puedes contar conmigo. Estaré a tu lado en todo momento.

—Me alegra saberlo.

—¿Ya saben que has pasado la noche en mi habitación? —le preguntó haciendo un gesto con el mentón hacia la salida del salón, y en referencia a Amy y a Audrey.

—Sí. No les cabía ninguna duda de que acabaría sucediendo. Esta mañana cuando abandoné tu habitación me encontré con Audrey. Se limitó a contemplarme y a sonreír.

—Bueno, en ese caso... No tendrás necesidad de ocultarlo. Ni de asegurar que nuestro matrimonio es una comedia.

—No, ya no tendré que disimular delante de nadie.

—Así se quedará más tranquilo tu amigo el capitán inglés.

—No esperes que lo acepte.

—¿Tanto le ha molestado que hayas decidido casarte conmigo? ¿Con un escocés? —Colin entornó su mirada hacia ella con cierta preocupación. Desde ese día, ella formaba parte de su vida para bien o para mal. Y como tal estaba en su deber de protegerla ante cualquier peligro. Aunque él estaba seguro de que Brenna no necesitaba mucho que la ayudaran. Si durante años ella se había hecho cargo del clan y de sus propiedades, él no creía que con su llegada ella fuera a cambiar. Pero él estaría ahí para echarle una mano.

—Creo que tenía asumido que yo acabaría aceptando su proposición cuando la guerra acabara.

—Y de repente aparecí yo y tú me presentaste como un antiguo prometido —apuntó Colin con una media sonrisa.

—Algo así.

—¿Le diste esperanzas de que pudiera llegar a suceder?

— ¡No! Claro que no —respondió tajante Brenna sacudiendo la cabeza—. Habrán sido imaginaciones tuyas. Si me he mostrado atenta y amable con él se debía única y exclusivamente al bienestar de mi clan. Durante años los Campbell hemos apoyado a la corona, nada más.

—Entiendo tu postura.

—Contribuimos con hombres a las tropas de Londres para luchar en las dos guerras de los Estuardo. No se me pasó por la cabeza casarme con él solo porque tuviéramos una relación estrecha. ¡Es un *sassenach*! ¿Cómo puede esperar que lo acepte sin más? ¡Que el clan haya sido siempre partidario de Londres, no significa que no tengamos nuestro orgullo y nuestro amor a esta tierra! —le aclaró envalentonándose y acercándose más a Colin como si este tuviera la culpa y sin ser consciente de que la distancia entre ellos era mínima. Solo lo fue cuando se vio elevada en alto por los brazos de él alrededor de su cintura; y como la sentaba en sus rodillas antes de besarla.

Se vio sorprendida por una especie de torbellino que parecía elevarla hacia lo más alto del castillo. Ahogó un gemido de protesta o de aceptación del beso que él le estaba dando. Se sintió prisionera de los brazos de él, pegada a su cuerpo mientras el corazón le golpeaba las costillas de manera frenética. Él la acomodó entre sus brazos para poderla besar mejor y disfrutar del momento. Sus labios eran suaves y su boca cálida. La sostuvo con firmeza mientras ella lo contemplaba de manera fija y sin apartar sus brazos del cuello del él. Percibió la mirada llena de deseo y pasión de él. Y una sonrisa que le provocó un nuevo vuelco en su pecho. Se llevó la mano a sus labios e inspiró hondo en un nuevo intento de recomponerse.

—¿A qué...? ¿Por qué...?

Las palabras no ascendían por su garganta debido al estado de agitación en el que estaba.

—Si quieres saber a qué ha venido este beso —la vio asentir sin mediar palabra—. Me atrapaste con tu sentido patrio. Tu orgullo escocés. Me provocó un deseo por besarte.

Aquellas palabras encendieron aún más el rostro de ella.

—Es la verdad. Ante todo soy escocesa. Y no estaba dispuesta a desposar a un *sassenach*.

—Lo has hecho con un McGregor —ironizó él con una sonrisa risueña mientras ella sacudía la cabeza.

—Lo he hecho con el hombre del que... —se mordió la lengua en el último momento porque pensaba que era precipitado confesarle sus propios sentimientos. ¿Qué sentido tenía decirle que se estaba enamorando de él? ¿O que ya lo estaba? Solo sabía que lo que sentía en su interior no lo había experimentado antes.

Sacudió la cabeza y se bajó de las rodillas de él para salir del comedor dejando a Colin con la palabra en los labios. Su confesión lo había dejado sin capacidad de reacción. Pero, ¿qué había querido decirle? ¿Por qué se había contenido en el último momento? Hizo ademán de salir tras ella y pedirle que se lo aclarara, pero finalmente lo dejó estar. Ya lo haría más tarde cuando ella estuviera más calmada. Pero sin duda que era algo parecido a lo que le sucedía a él.

Fullarton y Jason Cornwall, el enviado de Londres para velar por el cumplimiento de las restricciones de Londres en la región, partieron temprano hacia Cawdor acompañados por una nutrida escolta de soldados. La cuestión era simple y el capitán esperaba que no se complicara: hacer oficial las nuevas medidas adoptadas por Londres al clan Campbell. Al parecer había prisa en el gobierno por ejemplarizar a los clanes escoceses, a todos. Incluidos los que habían servido a la propia corona.

—No esperaréis resistencia por parte de los Campbell ¿verdad? —le preguntó Cornwall echando la vista atrás hacia la escolta que llevaban.

Fullarton negó con la cabeza en primera instancia.

—No. Por supuesto.

—¿Pese a que sirvieron a la corona en la rebelión jacobita?

—Pese a ello.

—Supongo que Brenna Campbell se mostrará contrariada. Pero os une una amistad de hace años, ¿no?

—Así es.

—No obstante vamos bien armados por si hubiera algún tipo de complicación. No sería de extrañar que se rebelaran contra nosotros.

—Quedaos tranquilo —le aseguró pese a que en su interior Fullarton pensara que Brenna podría protestar, gritar, e incluso echarlos de sus tierras y acusarlos de traidores. No había olvidado las palabras que le profirió antes de su boda cuando fue a visitarla para informarla de manera extra oficial de lo que estaba por llegar. No confiaría en él. Y también recordaba su frialdad el día que su boda a pesar de que él pretendía mantener una buena y estrecha relación de amistad con ella.

—Espero que su marido no interfiera. No sería de extrañar que fuera él quien dirigiera Cawdor —se aventuró a expresar Cornwall con una media sonrisa que no gustó a Fullarton.

No creía que Brenna cediera sus derechos en favor de su esposo. El tal McIvor, ahora convertido en un Campbell por la boda, no le gustaba, pero ello no significaba que no se pudiera tratar con él. Debería dejar a un lado la envidia que le provocaba verlo casado con la mujer que él siempre había codiciado.

Cuando Malcom vio aparecer al grupo que se acercaba a Cawdor sacudió la cabeza y chasqueó la lengua en clara alusión a que nada bueno podía salir de aquello. Que Fullarton se presentara con un grupo de casacas rojas no le hacía la más mínima gracia. Se volvió para ir a buscar a Brenna y ponerla sobre aviso.

Las carcajadas que salían de la cocina hicieron que el viejo Campbell cambiara el gesto de su rostro. Se detuvo a escasos pasos de la estancia para asegurarse de que había escuchado bien y que no se trataban de imaginaciones suyas. El delicioso sonido de la risa de su señora hizo que él mismo sonriera. Sin embargo de inmediato volvió a cambiar el gesto porque lo que tenía que decirle a Brenna no le causaría ninguna risa.

Apareció en el umbral de la cocina y se quedó quieto contemplándolo la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Brenna tenía las manos hundidas en la harina y en lo que parecía ser masa de pan. Tenía la cara tiznada de blanco aquí y allá. Algunos cabellos escapaban de su recogido, si podría definirse como tal en ese instante. Colin permanecía detrás y sus manos se posaban en la cintura de ella con toda naturalidad y picardía.

Cuando Brenna vio a Malcom contemplándolos su gesto fue cambiando de manera paulatina. Lo conocía de muchos años y sabía reconocer los problemas en su rostro. Y en ese momento se avecinaban.

—¿Qué sucede? —le preguntó caminando hacia él mientras se sacudía la harina restante de sus manos.

—Fullarton y una dotación de casacas rojas —le informó con un gesto de su cabeza hacia el exterior—. Se acercan.

Brenna apretó los dientes y cerró sus manos en puños fruto de la crispación.

—Nada bueno puede traer si viene con soldados.

Malcom lanzó una mirada a Colin que avanzaba junto a su señora en ese preciso instante.

—Tened cuidado —le susurró el viejo Campbell sin que su señora lo escuchara.

—Descuidad. No voy a ponérselo fácil al *sassenach*.

Brenna salió al exterior del castillo para contemplar a Fullarton y a otro hombre acercándose a caballo. Detrás de estos, una columna de soldados con bayonetas al hombro. ¿Qué demonios se proponía presentándose en Cawdor de aquella manera?

Amy se percató de la escena pero se mantuvo a cierta distancia a una señal de su hermana.

Colin fijó la mirada en su esposa y la percibió algo molesta, ofuscada por la situación. Brenna inspiró antes de saludar a Fullarton que detenía su montura a escasos metros de ella.

—Buenos días Brenna —dijo en primera instancia antes de volver su atención hacia Colin e inclinar su cabeza a modo de saludo y respeto—. Colin.

Este correspondió de igual modo.

—Buenos días, capitán.

—Este es el señor Cornwall, llegado de Londres para velar por la paz en esta región —anunció extendiendo el brazo hacia este para introducirlo en la conversación.

—La paz ya se sustenta por sí sola desde que la guerra concluyó —le recordó Brenna molesta con la presencia de aquel hombre.

—Sí, pero hay que asentarla y...

—Os repito que ya llevamos tiempo viviendo en paz —Brenna no parecía dispuesta a ceder ni un ápice de terreno ante aquel enviado de Londres—. El clan Campbell contribuyó a esta defendiendo a la corona británica.

Fullarton sonrió ante ese comentario. Brenna se lo reprocharía toda la vida y razones no le faltaban. Estaba radiante. Su mirada relampagueaba con un brillo desconocido para él. Sus mejillas estaban encendidas, sus labios entre abiertos. Su camisa de hilo se ceñía a su torso como una segunda piel, manchada de harina en varias partes. Se había desabrochado y recogido las mangas y lucía una falta larga de tartán con idénticas manchas que la camisa. La había pillado en la cocina, pensó Fullarton antes de admitir que la encontraba muy atractiva. El matrimonio parecía haberle sentado bien aunque tan solo llevara semanas casada.

—Sí. Los Campbell siempre se han mostrado partidarios de la corona. Y eso es de agradecer —recordó Cornwall con una amplia sonrisa—. Pero hay que cumplir una serie de normas.

—Ya. De nada ha valido luchar por el rey Jorge —Brenna sonrió irónica.

—Nosotros no hacemos las leyes Brenna. Creo que ya te lo comenté la última vez que vine antes de tu boda —intervino Fullarton tratando de apaciguar la situación porque presentía que ella no iba a callarse así como así.

—No. Pero las ejecutáis —le dejó claro desafiándolo con la mirada—. ¿A eso has venido a Cawdor? ¿A velar porque el clan Campbell cumpla las leyes de Londres? Por eso has venido con los soldados —le dijo haciendo un gesto hacia estos.

Fullarton percibió el orgullo de ella cuando se envaró ante él con el mentón elevado. Digna hija de aquella tierra. No quería discutir con ella ni hacer que el clan Campbell pagara las consecuencias de sus actos.

—Solo hemos venido con una escolta porque uno nunca sabe lo que puede suceder por estos caminos —explicó Cornwall con una sonrisa que dejaba entrever sus dientes.

Brenna le lanzó una mirada de reproche.

—Habláis de paz pero venís a hacerlo con soldados. Los Campbell nos hemos mantenido fieles a Londres durante años y así nos pagáis nuestra lealtad. Con normas que nos humillan y con bayonetas por si nos negamos —le repitió señalando con el brazo extendido a estos.

Fullarton no perdía detalle de la escena y hasta cierto punto se mostraba sorprendido porque el marido de Brenna permaneciera en segundo plano, callado y expectante. Sin duda que respetaba la jerarquía del clan y que había decidido que fuera Brenna, jefa de los Campbell la que negociara. Sin embargo este no dejaba de mirarlos, a él y Cornwall. Apostaba a que saldría en defensa de ella si alguno de los presentes le ponía la mano encima o se atrevía a tocarle un solo cabello.

—Brenna, debéis cumplir las normas dictadas por Londres. No os queda otra salida. ¿Quiéres provocar otra revuelta? —le preguntó extendiendo sus brazos con las manos vueltas hacia ella, como si le suplicara—. Sería el fin Escocia y su pueblo. Vuestro tío, el duque de Argyll es conecedor de estas normas y las acepta porque son buenas para esta nación.

Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos con un deje amargo.

—Os conviene cumplir la ley o Londres tomará represalias más severas contra vuestro clan y contra vos —le hizo ver Cornwall con una sonrisa que no gusto nada a Colin.

Hasta ese momento se había mantenido al margen porque respetaba a Brenna. Había dejado clara su postura en los asuntos relacionados con el clan. Era ella la que tenía que llevarlos. Él estaría a su lado en todo momento para apoyarla y no interferiría salvo que ella se lo pidiera.

—¿Estáis amenazando a mi esposa?

La voz de Colin captó la atención de los allí reunidos. Su tono no pretendía ser frío ni amenazador, sino todo lo contrario ya que no buscaba el enfrentamiento con los ingleses. Pero no pasaría por alto que alguien la amenazara.

Brenna volvió el rostro hacia Colin con una mezcla de sensaciones en su interior. La había gustado que saliera en su defensa porque le demostraba cuánto le importaba. Pero al mismo tiempo ni quería que Fullarton se fijara en él y pudiera tomar represalias.

—Nada más lejos por mi parte...—Cornwall entornó la mirada hacia Colina sin saber quién era.

—Es mi esposo —intervino Brenna situándose a su lado.

—Ah, bien. No nos habían presentado. Decidle a vuestra esposa que debe acatar las proclamas de Londres.

—Ya se lo estáis diciendo vos. Yo no soy el jefe de los Campbell en las tierras de Moray. Ni el *laird* de Cawdor —dejó claro pasando su mirada por los dos hombres hasta detenerse en Fullarton.

Este le sostuvo la mirada sin decir nada. Cornwall era el encargado de tratar el asunto que los había llevado hasta allí.

—En ese caso, no hay más que decir salvo cuáles son las condiciones que impone Londres.

—Diréis mejor las humillaciones —le interrumpió Brenna dando un paso al frente con sus manos cerradas en puños y estos pegados a sus costados. La ironía y la rabia brillaban en su mirada a partes iguales—. O acaso no lo son renunciar a nuestras tradiciones; a nuestra Historia.

Cornwall comenzaba a cansarse de la situación. Miró a Fullarton quien asintió y dando un paso al frente leyó el documento que el propio emisario le hizo entrega. Todos se quedaron contemplándolo con expectación.

—Su majestad exige que los clanes dejen de vestir el kilt así como el tartán distintivo de cada uno de estos. Que entreguen las armas de fuego y la pólvora que posean. Cualquier distintivo que haga mención a la casa de los Estuardo. Las gaitas, espadas y dagas propias.

Brenna no cabía en sí de la rabia y el dolor que sentía. Había luchado por un rey que no era el suyo propio y esta era la manera que le pagaba.

—¡Así nos paga Londres haberle servido con la milicia para combatir a los Estuardo! Nunca

volveré a poner mi confianza en un *sassenach*. Y ahora, salid de las tierras de los Campbell antes de que mande a mis hombres que os echen.

—¿Nos estáis amenazando, Brenna? —Fullarton enrolló el documento y la contempló aturdido por su reacción desmedida en su opinión.

Ella se quedó clavada en el sitio sosteniéndole la mirada y dejándole claro que no le temía. Ni a él, ni a sus normas de Londres. No esperaba que fuera Colin el que se dirigiera a Fullarton.

—Hacedle caso a mi esposa o seré yo el que os amenace.

Brenna se sobresaltó al escuchar las palabras de Colin. Lo sujetó con las manos para evitar que se enfrentara a Fullarton, mientras los soldados parecían disponerse a tomar posiciones. Pero se echaron atrás cuando se vieron superados en número por los Campbell.

Fullarton paseó la mirada por estos y sacudió la cabeza.

—Tendré que informar de vuestro comportamiento —dijo Cornwall sin que ninguno de los tres le prestara atención.

Colin y Fullarton mantenían una disputa que iba más allá de las proclamas de Londres. Brenna apartó a su esposo antes de que pudiera detenerlo por cometer una estupidez.

—Podría ordenar a mis hombres que os detuvieran por desacato a la autoridad.

—Pero no vais a hacerlo porque el clan Campbell siempre ha sido un leal defensor del rey Jorge. Detener al marido de la jefa del clan podría acarrearos algún que otro inconveniente con el duque de Argyll. Pero adelante, hacedlo —le desafió Colin con la mirada.

—¡No! —explotó Brenna volviéndose hacia este con el corazón en un puño. No podía permitir que se lo llevaran. No. Ahora no.

—Deberíais enseñarle modales a vuestro esposo, Brenna —le aconsejó Fullarton con un toque irónico—. Al fin y al cabo vos sois la que mandáis en Cawdor.

—Hablaré con él. Pero sois vos quienes deberíais salir de mis tierras de inmediato.

—Cometéis un grave error Brenna.

—Vos y yo sabemos que lo que hacéis tienes un marcado carácter personal. No se trata de hacer cumplir la ley a un clan como el Campbell. Leal a la corona en ambas rebeliones jacobitas. No. Lo vuestro es un tema personal porque ella no os eligió a vos como esposo.

Aquellas palabras provocaron un grito de diversión en Amy que se llevó a la mano a la boca para ahogarlo. Malcom sacudió la cabeza sin poder creer que el McGregor estuviera tan loco como para decirlo.

Fullarton dio un paso al frente y abofeteó a Colin ante la exclamación de los allí presentes.

—Os pido... No, os exijo que saldemos nuestras diferencias a solas.

—Con mucho gusto —le aseguró Colin sin perderle la mirada a Fullarton.

—Caballeros, ¿se han vuelto locos? Hemos venido en son de paz para informar al clan Campbell de...

—Coged a vuestros soldados y salir de mis tierras ahora mismo —le ordenó Brenna cuya sangre bullía en sus venas. Aquel gesto de Fullarton la había pillado desprevenida. Nunca imaginó que él se atreviera a comportarse así.

—Tendréis noticias mías —le aseguró el capitán señalando a Colin con un dedo antes de dirigir una última mirada a Brenna. Luego volvió sobre sus pasos y subió a su montura con gesto altivo y desafiante.

Los vieron alejarse junto a los soldados mientras Colin no se movía del sitio y Brenna sentía que el corazón se le encogía. ¿Qué había hecho el loco de su esposo? Se preguntó volviendo la mirada hacia él. Le pasó las manos por el rostro mientras retenía las lágrimas.

—No has debido hacerlo.

—Tal vez estés en lo cierto pero no podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo te trataban.

—Pero con tu atrevimiento conseguirás que te maten —se aferró a su camisa y lo atrajo hacia ella con desesperación.

Colin sonrió.

—No estés tan segura.

—Fullarton es un oficial británico.

—Y yo un McGregor, no lo olvides nunca. Somos pendencieros, guerreros, ladrones de ganado, he sobrevivido a una rebelión y una guerra como para morir a manos de un *sassenach*.

—No te curé las heridas ni...—Brenna apartó la mirada para no expresar sus verdaderos sentimientos mirándolo a la cara—. Ni me enamoré de ti para perderte tan pronto.

Colin se sobresaltó al escucharla confesar lo que sentía por él. La obligó a mirarlo posando su mano bajo el mentón de ella. Su mirada refulgía por las lágrimas detenidas. Él deslizó el pulgar por su mejilla y ahogó sus palabras en la repentina emoción que sentía.

—Me siento halagado por tus palabras. Te prometo que no vas a perderme. El diablo no quiere tratos con los McGregor. Me echaría a patas del infierno si se me ocurriera aparecer —le aseguró entre risas tratando de relajar la tensión. No sabía si era bueno para él que ella sintiera algo así. No pensó jamás que pudiera llegar a suceder, pero así había sido—. Y ahora deberíamos seguir con lo que estábamos haciendo. Cawdor tiene mucho trabajo.

Brenna se sintió algo descorazonada porque esperaba que él le dijera lo que sentía por ella. Pero estaba claro que no era el momento adecuado o no sentía por ella algo tan intenso.

Colin apretó los labios con rabia al ver el semblante de ella. ¿Debería haberle confesado que él la amaba? Que por nada del mundo estaba dispuesto a marcharse de su lado; y menos muriendo a manos de un maldito *sassenach* como Fullarton. El destino lo llevó hasta las tierras de los Campbell y pese a que en un principio no comprendió el motivo, con el paso del tiempo lo encontró: en ese momento, su propio destino caminaba delante de él.

—Si por casualidad os estáis preguntando si habéis hecho bien retando a ese malnacido de Fullarton, dejadme que os diga que ya era hora de que alguien lo hiciera —le comentó Malcom situándose detrás de Colin—. Y en cuanto a Brenna, no os preocupéis por ella. Es más fuerte de lo que aparenta. Pensad que ella sola ha conducido a este clan después de que se viera diezmado por las rebeliones jacobitas.

—No me gustaría defraudarla.

—Tranquilo. No lo haréis. Al contrario, habéis hecho lo que ninguno de nosotros no nos hemos atrevido a hacer con el *sassenach*.

—Si acabo con él...

—Por supuesto que lo haréis. No os quepa la menor duda de ello. Sois un McGregor de sangre. Y un Campbell de adopción. Una combinación bastante curiosa. Si yo fuera Fullarton me lo pensaría dos veces antes de cruzar la espada con alguien como vos.

—A lo mejor tenéis razón y se lo piensa mejor.

Malcom sonrió y palmeó el hombro de Colin.

—¿Vos lo haríais sabiendo que vais a batiros con el hombre que os ha arrebatado a la mujer que amáis?

Colin se quedó contemplando al viejo Campbell sin decir nada, ya que pensaba que todo estaba dicho. Tenía razón en lo que se refería a Fullarton; no dejaría escapar la oportunidad de acabar con él por haberle quitado a la mujer que codiciaba.

Fullarton estaba rabioso por todo lo sucedido en Cawdor. No era su intención que todo acabara como había hecho aunque una parte de él se alegraba. El tal McIvor acababa de brindarle la oportunidad de desquitarse por haberse casado con Brenna Campbell. Claro que si acababa con este, no tendría ninguna opción con ella. Lo odiaría hasta el fin de sus días.

—No habéis debido hacerlo —le dijo Cornwall mirándolo con gesto taciturno—. Retar al esposo de Brenna Campbell. La sobrina de Archibald Campbell, duque de Argyll.

—Lo sé, lo sé. Pero no pude contenerme —se justificó Fullarton paseando por el salón de su casa

con el gesto pensativo.

—Si llega a oídos de este, podría pedir a Londres que os aparten del cargo en estas tierras. Hemos venido a lograr la paz no a iniciar una nueva rebelión por una mujer.

—Creo que estáis exagerando, Cornwall —le aseguró Fullarton sacudiendo su mano en el aire sin darle mayor importancia al asunto.

—Os enfrentáis al clan más poderoso de toda Escocia. El único que podría levantar en armas a los jacobitas una tercera vez. Y en esta ocasión estoy seguro de que todos y cada uno de los clanes se unirían.

—No les quedan armas, ni hombres, ni ganas para un tercer levantamiento.

—¿Y si Francia enviara tropas en esta ocasión? No deberíamos tentar a la suerte. Si matáis al marido de Brenna Campbell, tendréis un serio problema. Y si este amenaza la paz lograda, ya podéis daros por acabado. Espero, confío y deseo que por vuestro bien no sigáis adelante con el asunto del duelo.

Fullarton apretó los dientes y cerró su mano formando un puño que se llevó a los labios. Sin duda que el enviado de Londres tenía razón. Si seguía adelante con el duelo y acababa con la vida del esposo de la jefa de los Campbell de Cawdor, podría atraer sobre él todo el peso de la justicia. E incluso mandarlo arrestar y juzgar por quebrantar la paz. Pero cuando se trataba de Brenna, él parecía tenerlo muy claro.

Brenna no podía ocultar la angustia que apretaba su pecho desde el día que Fullarton retó en duelo a Colin porque este salió en su defensa. Estaba inquieta y nerviosa a cada momento. Se sobresaltaba con facilidad cuando escuchaba el sonido de los cascos de los caballos que llegaban a Cawdor por si se trataba de los enviados de Fullarton. Había pensado en acudir a la capital para hablar con él pero Amy le había aconsejado que no removiera más el asunto.

—Tal vez recapacite y lo deja pasar.

Brenna quería creer a su hermana pero le costaba hacerlo porque sabía que la acusación de Colin era cierta.

—El capitán me lleva pretendiendo mucho tiempo, tú lo sabes.

—Lo sé. Por eso mismo confío en que recapacite y que retire su petición de duelo con Colin. ¿Crees que si en verdad siente algo por ti, estaría dispuesto a dejarte viuda?

—Uno nunca sabe lo que puede hacer cegado por la ira. Puede hacer eso y más.

—Espero que ese enviado de Londres que vino con él haga algo.

—Lo dudo. Después de años al lado de la corona británica, defendiendo sus ideales, sus banderas, su honor ante la casa real de los Estuardo, nos pagan como al resto de clanes escoceses: como traidores —le recordó con un deje de rabia y amargura—. ¿De qué sirvió ponernos de su lado? Casi nos hubiera ido mejor apoyando al legítimo heredero al trono.

—Esto nos demuestra que no podemos confiar en ellos. Los ingleses son traidores.

Brenna asintió.

—No volveré a poner al clan al lado de la corona británica mientras yo sea su jefa.

—¿Tuviste ocasión de hacérselo saber a nuestro tío?

—Se lo comenté cuando se quedó con Colin y conmigo para confesarnos sus sospechas —ironizó Brenna con una sonrisa acorde a ese comentario.

—¿Sospechas? ¿No irás a decirme que estas iban referidas a Colin? —Amy entornó su mirada hacia su hermana temiendo la respuesta que esta pudiera darle. Pero hizo falta que dijera nada. Bastó con el gesto de su rostro.

—Sabía que algo no cuadraba. Conoce a los McIvor y sabía que Colin no era hijo del jefe. Nos dijo que estuvo observándolo durante la ceremonia y que su parecido con Robert McGregor era innegable.

—Pero, ¿qué te dijo de que te hubieras casado con él?

Brenna sonrió con timidez.

—Que le agradaba ver a una pareja feliz. No se opuso pese a la rivalidad que ha existido entre ambos clanes durante años.

—Deberías decirle que Fullarton lo ha retado. Tal vez pueda hacer algo.

—No, no. Nuestro querido tío no puede hacer gran cosa. Eso iba a contarte antes de todo el embrollo con Colin. Nos dijo que pese a que es el delegado de Londres para Escocia, no puede inmiscuirse en las decisiones del rey y del Parlamento.

—Pero los Campbell siempre hemos sido leales a la corona —protestó Amy, indignada por esa situación.

—Lo sé. Pero parece ser que quieren dar ejemplo para evitar nuevas revueltas.

—Me pregunto qué habría sucedido si hubiéramos apoyado al joven pretendiente. A lo mejor a estas alturas tendríamos a un Estuardo de vuelta en el trono de Londres, y los clanes viviendo en una situación más ventajosa. Ya escuchaste al enviado el otro día. Nos quitarán nuestras señas de identidad. Nuestro pasado y nuestras Historia —le recordó a su hermana, presa de la furia que la carcomía.

—Vendrán tiempos mejores. Y ahora sigamos con el trabajo y dejemos aparcados los asuntos políticos.

Pero pese a dejarlo claro, Brenna no podía pensar en lo que le sucedería con Fullarton y Colin.

El capitán hizo oídos sordos a la petición de Cornwall acerca de retirar su ofensa al esposo de Brenna Campbell y una semana después del incidente un emisario llegó a Cawdor para informar a Colin de la fecha en la que se celebraría el duelo.

La noticia cayó como un jarro de agua fría en el castillo. Cuando muchos creían que Fullarton se había echado atrás o que se le había pasado, la notificación volvió a sembrar de dudas y temores el corazón de la señora de Cawdor.

—Iré a hablar con él. Le pediré que recapacite su demanda —le dijo Brenna mirando a su esposo sin despegar la mirada de su rostro mientras él permanecía impassible en el salón del castillo.

—No tienes que hacer nada. Debería ser yo el que acudiera a retirar mis palabras, pero no he dicho nada que no fuera cierto. Fullarton te pretendía desde hacía tiempo y tengo la impresión de que no lo ha superado. De que se deja llevar por el orgullo herido porque haberte perdido.

—Pero, ¿Por qué reacciona de ese modo? Nunca le di esperanzas para que se convirtiera en el señor de Cawdor. Jamás.

—Es fácil quererte, Brenna. Con solo mirarte me doy cuenta de ello —le confesó atrayéndola hacia su pecho y acariciándole la mejilla con el pulgar.

—Yo... —se había quedado sin palabras al escucharle. ¿La quería? Es decir, ¿la amaba?

—Y pensar que durante estos años me he limitado a pelear en una causa que estaba perdida antes de comenzar. Pero esta no. La causa tuya y mía no está perdida, Brenna Campbell.

Lo contempló con el corazón en vilo y siendo consciente de que la visión se le empañaba debido a las lágrimas de emoción que su confesión le había provocado.

—No quiero que te maten —apoyó su rostro contra el pecho de él y cerró los ojos con fuerza. Pero su amor por Colin McGregor era más fuerte que su voluntad por no llorar. Los brazos de él la estrecharon con fuerza como si la estuviera protegiendo de todo mal.

La besó en el pelo y la obligó a mirarlo deslizando su mano bajo el mentón de ella. Le borró las lágrimas de sus mejillas y se sintió agradecido por su reacción. Ella lo amaba. No le cabía la menor duda al respecto. Tenía miedo a perderlo y ello hacía que él se sintiera orgulloso. Había llegado a su corazón.

—Nada malo va a pasarme. No soy tan estúpido como para morir en un duelo después de haber sobrevivido a una guerra. Me salvaste y me devolviste a la vida Brenna.

—No puedo perderte. Ya nada tendría sentido si te marcharas de mi lado. Haz honor a tu apellido

de McGregor pero vuelve a mí —lo obligó a inclinarse sobre ella para besarla una vez más mientras se aferraba a sus brazos por temor a que el empuje del beso la hiciera perder el equilibrio.

—Descuida que no te librarás de mí tan fácilmente —le aseguró con una sonrisa taimada que pareció calmar el agitado pecho de ella.

La noticia del duelo le llegó al duque de Argyll le había llegado a última hora de la noche. El gesto se le contrajo y maldijo a Fullarton. ¿Cómo era tan insensato? ¿Retar a un duelo al esposo de Brenna Campbell? ¿Es que había perdido la cabeza o era tan estúpido que nunca la había llevado sobre los hombros? Si cruzaba la espada con el McGregor, este acabaría con él por muy buen tirador de espada que fuera Fullarton. Partió al amanecer hacia Cawdor seguido de varios hombres de su escolta personal para evitar el duelo a toda costa. ¿Quería que los clanes se pusieran del lado de los Campbell y se organizara otra revuelta?

La noche previa al duelo Colin se pasó gran parte de esta envuelto en los brazos de Brenna, entre sus caricias y sus besos. La escuchó gemir, respirar de manera agitada antes de quedarse rendida y dormida. Fue cuando él aprovechó para quedarse despierto y contemplarla de manera fija. Había pasado innumerables noches en vela durante la guerra y esa parecía ser otra de tantas. Solo que la visión que tenía en ese instante era sin duda más placentera que un campo de batalla.

Faltaba poco para que amaneciera cuando Brenna encontró a su esposo levantando y vestido para la ocasión. Ella se incorporó en la cama cubriendo su desnudez con la sábana. Lo vio sonreír mientras el deseo y el cariño anidaban en sus ojos. En breve, él se batiría por el honor de ella, de los Campbell, de todo lo que representaba su nueva vida.

—No te marches de mi lado —le susurró ella abrazándolo tras abandonar la cama.

—No tengo la menor intención de hacerlo.

Minutos después, Colin se encontraba en la biblioteca de Cawdor junto a Brenna, Amy y Malcom. Todos tenían el semblante serio. Fue ella, Brenna, la que cogió una *claymore* que había allí, y que Colin había contemplado tiempo atrás, la primera vez que entró en aquella sala.

—Pertenece a mi padre. Creo que es justo que la empuñes en un día como el de hoy.

Colin se quedó contemplándola de manera fija. Si todo salió como él esperaba, no tendría necesidad de hacerlo; pero no se lo confesaría a ella. La noche le había dado para pensar, y mucho acerca del duelo. Pero también de su futuro con Brenna.

—Gracias.

Ella se aferró a la camisa de él y lo obligó a inclinarse sobre sus labios para besarla una vez más, la última antes de batirse con Fullarton.

—Es mejor no entretenernos. Resolvamos la cuestión lo antes posible. Hay cosas que hacer en Cawdor, *mo ghrad!*

La mirada de Brenna se empañó cuando lo escuchó referirse a ella como <<mi amor>> Ella no podía estar equivocada, su corazón no podía. Colin McGregor la amaba.

Fullarton apareció en Cawdor con sus padrinos. Colin salió del castillo para recibirlo junto a Brenna, Amy, Malcom y algunos miembros más del clan. Las miradas no eran nada amistosas, ni los gestos.

—Buenos días —saludó Fullarton con un leve asentimiento—. ¿Todo listo? Hace un poco de fresco. Una temperatura ideal para hacer un poco de ejercicio, ¿no creéis? —lanzó una mirada a Colin esperando su respuesta.

—He conocido mañanas peores que esta.

—Sin duda. ¿Comenzamos?

—De acuerdo.

—¿A primera sangre?

—Lo que os plazca. Vos sois quien nos ha citado aquí, a las puertas de Cawdor esta mañana — ironizó Colin ante el asombro de los asistentes.

Fullarton sonrió sarcástico y se apartó.

—Sea.

Ambos contendientes miraron al juez que asintió ante la petición.

Brenna se volvió hacia Colin con el temor impreso en su mirada.

—Ten cuidado —lo besó de manera tierna y dulce ante las miradas de los demás.

Fullarton cerró su mano con fuerza en torno a su empuñadura. Deseaba que el duelo cuanto antes. Había acepado su ofrecimiento de que este fuera a primera sangre, y ahora se arrepentía. Debería haber dicho que fuera a muerte. Claro que una primera sangre bien podría tratarse de una estocada mortal, pensó blandiendo su espada en el aire.

Colin se despidió de Brenna y con su *claymore* en la mano se dirigió en busca de Fullarton. Sonrió sabiendo cuál sería el resultado. No le había pedido disculpas por lo que le había dicho. Ni lo haría porque no era nada falso, ni una injuria. La confesión de los sentimientos de Brenna hacia él lo había hecho recapacitar y pensar en la mejor manera de no perder la vida en el duelo. Ella lo amaba, lo sabía, se lo había dicho. Y él no sería el responsable de causarle dolor, ni de arrebatarle ese sentimiento. Por ese motivo aceptó el duelo a primera sangre. El que resultara herido se retiraría y el honor quedaría restituido al otro.

—Caballeros, el duelo será a primer sangre. En el momento en que uno de los dos resulte herido, me veré obligado a detenerlo. Hay un médico que atenderá la herida —dijo señalando con la mano a este—. Por lo demás, si no vais a retirar vuestras palabras... —el juez del duelo miró a Colin esperando que tal vez se lo hubiera pensando mejor y que todo se solventara con una disculpa.

—No es el momento de disculparse —intervino Fullarton mirando con desidia a Colin, quien se limitaba a asentir.

—Bien. Caballeros. Adelante.

Todos contuvieron el aliento esperando ver quien lanzaba la primera estocada. Quien tomaría la iniciativa. Colin permanecía en el sitio, *claymore* en mano, vestido con el *kilt* y el *plaid* de los Campbell en honor a Brenna. Estaba pensativo para sorpresa de todos. No había movido su cuerpo ni un milímetro; ni había adoptado una posición de combate. Este gesto sorprendió a Fullarton, quien pensó que si no iba a presentar combate le resultaría más fácil acabar con él.

El sonido de caballos galopando hacia Cawdor captó la atención de todos.

—¡Argyll! —susurró Brenna con el pecho henchido de felicidad. Se había enterado del duelo por alguien y había.

Archibald Campbell detuvo su montura situándose en medio de los dos duelistas para sorpresa de todos. Pero se dirigió a Fullarton en primer lugar.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo? Batiros en duelo con el esposo de Brenna Campbell, jefa del clan Campbell en las tierras de Moray; y dueña de Cawdor.

—No podéis impedir el duelo, Argyll —le dijo Fullarton nervioso e irritado con aquella interrupción por parte de este.

—Puedo y debo hacerlo. ¿Queréis dar pie a una nueva revuelta apoyada por el clan Campbell? Y vos, —Argyll se volvió hacia Colin, sin apearse de su caballo—. ¿No pensáis retirar vuestras acusaciones? ¿Una disculpa?

Nadie esperaba la reacción que tuvo Colin iba a hacer en ese momento y que había pensado la noche antes. Dio un paso al frente como si fuera a por Fullarton. Pero Colin hizo algo impensable. Caminó hasta Fullarton y cerró su mano alrededor del filo, produciéndole un corte en su palma. Cerró el puño y apretó dejando que las gotas de su sangre impregnaran el suelo ante la mirada de incredulidad de Fullarton.

—Aquí tenéis vuestra primera sangre. Sois el vencedor del duelo.

Brenna contemplaba a su esposo con la boca abierta por lo que acababa de hacer. Argyll sonreía

complacido por la jugada del McGregor. Muy listo, se dijo. Había evitado el duelo y la posible muerte del capitán Fullarton. Se volvió hacia este quien sacudía la cabeza negando la evidencia.

—La herida no puede producirse uno mismo.

—Me veo en la obligación de detener el duelo según las normas —intervino el juez—. El médico atenderá al herido. Capitán Fullarton, sois el vencedor del duelo. Vuestro honor está restituido.

Fullarton apretó los dientes con rabia.

—No está permitido que uno de los duelista se produzca la herida.

—Ambos habéis dicho a primera sangre —reiteró el juez.

—Capitán, es vuestra espada la que está manchada con mi propia sangre, no la mía.

El escocés se había burlado de él. No podía hacer nada con Argyll allí delante de él. Arrojó la espada al suelo y con una sonrisa falsa se volvió sobre sus pasos.

Colin se volvió para recibir a Brenna entre sus brazos. Ella lo contemplaba con una mezcla de admiración y amor. Sonría dichosa porque tenía a su esposo para ella hasta el fin de sus días.

—Sin duda hacéis honor a vuestro clan —le aseguró Argyll respirando más tranquilo—. Por un momento pensé que os batiríais con el capitán.

—Nunca tuve intención de hacerlo. No pondría en riesgo la paz en estas tierras. Ni estaba dispuesto a causarle dolor a mi esposa —la contempló dichoso por tenerla allí y poderla abrazar.

—Deberíais haberme mandado recado de lo que iba a suceder. Me enteré ayer a última hora de la tarde y preparé todo para estar esta mañana aquí y evitar el duelo.

—No quería molestarte, tío.

—¿Molestarme? ¡Por San Andrés, que has cambiado sobrina! ¿Tiene algo que ver tu esposo? —Archibald Campbell miró a este con una ceja elevada con suspicacia sabiendo que así era—. En fin, procurad no meteros en más líos.

—Lo tendré en cuenta, excelencia.

—Ya que estoy aquí y me has hecho madrugar, sobrina, podría darnos algo de comer.

—Con mucho gusto, tío.

—Por otra parte, quería comentarte...

Colin dejó que ambos se alejaran mientras Malcom lo aguardaba.

—Sin duda que tienes agallas. E ingenio.

Este esbozó una media sonrisa.

—¿Tú también pensaste que me batiría con Fullarton? —entornó la mirada con curiosidad hacia el viejo Campbell.

—No te tengo por estúpido. Y menos después de casarte y darme cuenta de que en verdad quieres a Brenna. No eres un cabeza hueca como el *sassenach* ese —hizo con un gesto con el mentó hacia el lugar por el que se había marchado.

—Celebro que pienses de ese modo. No podía permitir que ella se quedara con el dolor por mi orgullo.

—La amas. ¿Se lo habéis dicho?

Colin sacudió la cabeza.

—Todavía no.

—¿Y a qué diablos estás esperando? Has hecho lo más difícil, llegar hasta su corazón y adueñarte de él. ¿Qué son una par de palabras? —Malcom frunció el ceño sin apartar la mirada de Colin.

—Tienes razón. Pero, buscaré el momento para hacerlo.

Epílogo

Días después

Los sobresaltos del duelo habían desaparecido con el paso de los días. Argyll se había marchado después de conversar con sus dos sobrinas largo y tendido sobre la que sería la situación de Escocia en breve. Se despidió de Colin confiando en que solo se dedicara a cuidar y querer a Brenna, y no se metiera en más líos. La normalidad había regresado después de días de incertidumbre y ajeteo. Brenna y Colin seguían con su relación cordial y amistosa por el día, no exenta de deseo y pasión en las noches. Amy sonreía cada vez que recordaba lo que había cambiado la vida de su hermana desde que acogió al McGregor para curarle las heridas. Y aunque en un principio se mostró reacia a que lo hiciera por lo que podía representar para el clan, debía admitir que había sido lo mejor que su hermana hizo. El destino era incierto para todos.

En la oscuridad del salón de Cawdor, salvo por la luz que arrojaban las danzarinas llamas del generoso fuego que crepitaba en la chimenea, Colin permanecía sentado contemplándolas con gesto pensativo. De pronto, unas manos pequeñas y fuertes; ágiles y suaves se deslizaron por sus hombros en dirección a su pecho.

—Ummm.

Colin las cubrió con las suyas propias. Las volvió para dejar al descubierto sus palmas y depositar un beso en ambas, para dicha de su dueña. El rostro de Brenna apareció de repente junto al suyo y Colin sintió la suavidad de su piel, la caricia de sus cabellos.

—¿En qué piensas?

—En lo bien que me encuentro cuando estás cerca. Ven —le pidió sujetándola de las manos para conducirla hasta sentarla sobre su regazo para deleite de los dos. Colin la contempló entusiasmado, hechizado por su aspecto. El pelo le caía en ondas de cobre sobre sus hombros. Sus ojos ganaron intensidad. Su piel, color. Y sus labios entre abiertos parecían un verdadero reclamo para él.

Brenna aprovechó el momento en el que estaban a solas para preguntarle por su gesto en el duelo con Fullarton. No había tenido tiempo ni el tema había salido en sus conversaciones. Había preferido no removerlo. Colin tampoco había hecho mención alguna a este, como si quisiera pasar página. Y ella lo había respetado... Hasta ese momento.

—¿Por qué no me comentaste lo que pensabas hacer? Me tuviste en vilo durante toda la noche...

—Brenna trazó el contorno del rostro de él con su dedo mientras lo contemplaba esperando que respondiera.

—Porque se me ocurrió durante esa misma noche al contemplarte dormir abrazada a mí. Me di cuenta de que no podía permitir que sufrieras; ni dejarte sola con tu dolor por haber sido una cabeza loca al acusar a Fullarton.

—Si te hubieras ido, no habría consuelo para mí en lo que me restara de vida —se inclinó hacia su rostro para sujetarlo en ambas manos y pasarle los pulgares por las mejillas—. Te quiero Colin Campbell McGregor —le susurró en los labios antes de cerrar los ojos y besarlo.

Colin experimentó un golpe en el pecho ante aquellas palabras y aquel gesto de ella. La rodeo con un brazo por la cintura como si pretendiera atraerla todavía más contra su propio pecho, como si buscara fundirla en él. Y cuando ella se incorporó con aquella mirada tan luminosa y aquella sonrisa tan peculiar y llamativa, Colin supo que había llegado el momento del que Malcom le había hablado. Había logrado llegar al corazón de ella. Debía hacerla partícipe de sus sentimientos en ese preciso instante.

—No estaba dispuesto a dejarte, a perder todo lo que he encontrado en esta tierra. Nunca pensé que una promesa como la que te hice pudiera derivar en algo así. Ni que llegara el día en el que me dijera que no quería marcharme. Que quería pertenecer a esta tierra y a este clan.

—¿Aunque sea una Campbell? —ironizó elevando una ceja con suspicacia.

—No me importa el clan al que pertenezcas Brenna, me enamoré de la persona que permanecía a mi lado —le confesó siendo él quien ahora enmarcaba entre sus manos el delicado rostro de ella.

—¿Te has enamorado de mí? —la pregunta fue un leve susurro porque ella sentía que las fuerzas parecían haberla abandonado. Y daba gracias a que estaba sentada en el regazo de él porque de lo contrario se habría caído al suelo.

—Me propuse llegar a tu corazón, cuando comprendí que tú te habías adueñado del mío hacía tiempo —le confesó contemplándola sonreír mientras su mejillas se encendían y apostaba a que no se debía al fuego, en ese momento—. Por ese motivo, comencé a darle vueltas a la manera de salir vivo del duelo. Para quedarme contigo. Brenna Campbell hace tiempo que deseaba decirte esto, pero no encontraba el momento.

—No hacen falta palabras cuando tus gestos te han ido delatando día a día. Llegaste a mi corazón sin que pudiera evitarlo al principio. Pero después no quise hacerlo. No quise que te marcharas.

—Te prometí que no lo haría.

—Sin duda. Creo que tendremos que modificar lo que los libros cuentan de los McGregor —ironizó ella moviendo sus cejas.

—Tal vez, pero antes déjame demostrarme lo que te quiero.

Ella sonrió dichosa antes de inclinarse sobre él para besarle y obligarle a recostar su espalda contra el sillón. Dejó que él la acariciara bajo las capas de tela, que la besara y la arrullara contra él mientras los gemidos y las respiraciones se mezclaban con el crepitar del fuego en el hogar.

AGRADECIMIENTOS

A Romantic Ediciones por confiar en esta nueva historia para que forme parte de su catálogo.

A todo su equipo por terminar de darle forma, editora, corrector, diseñador/a,...

A mi chica por sus consejos y su sinceridad a la hora de evaluar la novela.

Y por último, pero no menos importante, a ti, lector/a, gracias por haber confiado una vez más en mí. Espero que pronto, vuelvas a sumergirte entre las páginas de una nueva historia mía. GRACIAS, por tu confianza una vez más.

ÍNDICE

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Epílogo

AGRADECIMIENTOS